

Los trabajos de las mujeres en el mundo antiguo

Los trabajos de las mujeres en el mundo antiguo

Cuidado y mantenimiento de la vida

Ana Delgado Hervás y Marina Picazo Gurina (editoras)

Abstracts in English



Institut Català d'Arqueologia Clàssica

Tarragona, 2016

Los Trabajos de las mujeres en el mundo antiguo : cuidado y mantenimiento de la vida. – (Hic et nunc ; 8)
Bibliografía. – Resums en anglès
ISBN 9788494203473
I. Delgado, Ana, ed. II. Picazo, Marina, ed. III. Institut Català d'Arqueologia Clàssica IV. Col·lecció: Hic et nunc ; 8
1. Dones – Treball – Història – Fins al 1500 2. Dones – Història – Fins al 500 3. Rol sexual – Història – Fins al 1500
331-055.2”.../14”
316.663:316.346.2”.../04”

Aquesta publicació s'inscriu en el marc dels treballs desenvolupats dins dels projectes de recerca “Género y colonialismo: grupos domésticos, trabajo y prácticas de cuidado en ámbitos coloniales del Mediterráneo occidental (s. VIII-IV a.C.)” (2011-0004-INV-00132), finançat per l'Institut de la Mujer, i “Interacción, identidad y cultura material: un estudio comparativo de tres espacios coloniales (Bahía de Málaga, Empúries-Ullastret y Bahía de Oristano-Nuraghe S'Urachi, s. VI-IV a.C.)” (HAR2012-36260), finançat pel Ministerio de Economía y Competitividad.



Aquesta obra ha passat revisió d'experts.

Comitè Editorial

Juan Manuel Abascal (Universitat d'Alacant), José María Álvarez Martínez (Museo Nacional de Arte Romano, Mèrida), Carmen Aranegui (Universitat de València), Achim Arbeiter (Universitat Georg-August de Göttingen, Alemanya), Jean-Charles Balty (Universitat de París-Sorbona [París IV], França), Francesco D'Andria (Universitat del Salento, Itàlia), Ella Hermon (Université Laval, Quebec, Canadà), Rosa Plana-Mallart (Universitat Paul-Valéry Montpellier 3, França), Lucrezia Ungaro (Sovrintendenza Capitolina, Direzione Musei, Itàlia) i Susan Walker (Ashmolean Museum, Oxford, Regne Unit).

© d'aquesta edició, Institut Català d'Arqueologia Clàssica (ICAC)
Plaça d'en Rovellat, s/n, 43003 Tarragona
Telèfon 977 24 91 33 - fax 977 22 44 01
info@icac.cat - www.icac.cat

Durant els nou primers mesos de publicació, qualsevol forma de reproducció, distribució, comunicació pública o transformació d'aquesta obra només es pot fer tenint l'autorització dels seus titulars, amb les excepcions previstes per la llei. Adreceu-vos a CEDRO (Centre Espanyol de Drets Reprogràfics, www.cedro.org) si heu de fotocopiar o escanejar fragments d'aquesta obra.

A partir del desè mes de publicació, aquest llibre està subjecte –llevat que s'indiqui el contrari en el text, en les fotografies o en altres il·lustracions– a una llicència Reconeixement-No comercial-Sense obra derivada 3.0 de Creative Commons (el text complet de la qual es pot consultar a <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/deed.ca>). Així doncs, s'autoritza el públic en general a reproduir, distribuir i comunicar l'obra sempre que se'n reconegui l'autoria i les entitats que la publiquen i no se'n faci un ús comercial, ni lucratiu, ni cap obra derivada.

© del text, les autores

Primera edició: juliol del 2016

Coordinació editorial: Publicacions de l'ICAC

Correcció: Pere Farrando Canals

Imatge de la coberta: *Woman sitting by a bread oven* ('Dona asseguda al costat d'un forn de pa'). Foto: © Leemage / Getty Images.

Disseny de la col·lecció i de la coberta: Mireia Prats

Maquetació i impressió: Indústries Gràfiques Gabriel Gibert

Dipòsit Legal: T. 740-2016

ISBN: 978-84-942034-7-3

Sumario

Introducción: los estudios sobre el trabajo femenino en el mundo antiguo. <i>Marina Picazo Gurina y Ana Delgado Hervás</i>	7
--	---

I. Las mujeres en las relaciones y los procesos productivos

1. El proceso de producción lítica en las sociedades prehistóricas. Reflexiones desde una perspectiva de género. <i>Teresa Orozco-Köhler</i>	17
2. En busca del trabajo de las mujeres en la agricultura pre- y protohistórica. <i>Natàlia Alonso Martínez</i>	23
3. Las cuentas claras: el rol de la mujer ibérica en la economía doméstica. <i>Helena Bonet Rosado y Consuelo Mata Parreño</i>	37
4. Cuidadoras, gestoras y productoras: trabajos de mujeres en el registro arqueológico de las sociedades ibéricas. <i>Carmen Rísquez Cuenca</i>	45
5. Asalariadas y emprendedoras: mujeres trabajadoras del sector textil en la antigua Mesopotamia. <i>Agnès Garcia-Ventura</i>	57
6. Producción artesanal y trabajo femenino en las comunidades fenicias occidentales: una mirada crítica a la teoría de las esferas separadas. <i>Ana Delgado Hervás</i>	67
7. Familia y trabajo colectivo en las unidades domésticas griegas. <i>Marina Picazo Gurina</i>	77
8. Mujeres, trabajo y servidumbre en la Grecia antigua. <i>Anastasia Serghidou</i>	85

II. Construir el mundo cada día: reproducción, socialización y tareas de cuidado

9. El vaivén cotidiano: la transformación del cereal en las sociedades prehistóricas. <i>Eva Alarcón García y Margarita Sánchez Romero</i>	97
10. Parteras, nodrizas y cuidadoras en Mesopotamia. <i>M. Erica Couto-Ferreira</i>	105
11. La maternidad: de la infancia a la adolescencia en la Grecia antigua. <i>Susana Reboreda Morillo</i>	119
12. Madres sustitutas y oficios femeninos. Nodrizas y niñeras en la Roma antigua. <i>Rosa María Cid López</i> . .	129
Bibliografía.	139
Abstracts in English	163

Introducción: los estudios sobre el trabajo femenino en el mundo antiguo

Marina Picazo Gurina y Ana Delgado Hervás
Departament d'Humanitats, Universitat Pompeu Fabra

Este volumen, en el que participan prehistoriadoras e historiadoras del mundo antiguo, propone diversas perspectivas de análisis del papel de las mujeres en las actividades económicas del mundo antiguo. Desde el inicio del proyecto nos propusimos usar el análisis de las actividades económicas realizadas en o desde el contexto doméstico como una forma de superar la vieja –aunque todavía presente en algunos ámbitos– separación entre los discursos académicos basados en las fuentes escritas sobre la familia antigua y los que proceden de la arqueología –entendida generalmente de forma restrictiva como «prehistórica»– de las unidades domésticas. Pese a avances realizados en los últimos años, todavía sobrevive en determinados círculos la idea de que tan solo los textos proporcionan la clave para entender las relaciones humanas de las sociedades del pasado y que, por tanto, el análisis de los restos materiales no puede proporcionar información sobre la vida de las personas, sino solo del contexto en el que sucedían los hechos que nos transmiten los textos. Esta creencia, que ha sido una de las premisas que subyacen en la escasa conexión entre los estudios «históricos» y los «arqueológicos», también es una de las causas de la invisibilización de las mujeres en la historiografía tradicional. Esta se centró, durante largo tiempo, en los aspectos relacionados con el poder y la participación en los asuntos de la gestión de lo público, en la paz o en la guerra, muy presentes en las fuentes escritas. Como casi siempre esos asuntos han estado en manos de hombres, el desarrollo historiográfico se basó –en sus categorías de análisis y en la organización de las periodizaciones– en una estructura masculina por definición. En cambio, las organizaciones y relaciones sociales alejadas de esas esferas, las que afectan a la vida cotidiana de todos los seres humanos, y en las que las mujeres han tenido siempre una presencia y, frecuentemente, un papel de agentes muy activas, tienen menos información textual y recibieron menos atención

en la investigación histórica tradicional. Uno de los temas invisibilizados en ese proceso es el del trabajo de las mujeres en el mundo antiguo, en parte por falta de una metodología de estudio apropiada y, probablemente en mayor medida, por el escaso interés que la investigación ha dado a las mujeres como agentes económicos. Por ejemplo, durante largo tiempo el importante papel de las mujeres en las actividades productivas y como propietarias durante el Imperio romano ha sido prácticamente descuidado en los estudios sobre economía romana. Esa tendencia ha sido tan sistemática que, a pesar de la creciente importancia de los estudios históricos sobre las mujeres desde la década de los setenta, se ha seguido prestando poca atención a los roles económicos femeninos.

Frente a esa ausencia, de forma creciente se ha demostrado que las actividades domésticas constituyen un tema en el que la interrelación entre la información arqueológica y los limitados textos antiguos y las inscripciones epigráficas pueden colaborar de forma fructífera, siempre y cuando se entiendan las diferencias entre las perspectivas analíticas que implican la variabilidad de la cultura material, por un lado, y los textos de diversos tipos, por otro (Allison 2001, 184-185). De hecho, la investigación sobre el espacio doméstico en el mundo mediterráneo antiguo está demostrando el gran potencial de información que la interrelación entre las fuentes antiguas y el estudio de la cultura material tiene para la historia del trabajo y para la historia social del mundo antiguo (Nevett 2010).

El análisis de las actividades laborales en el mundo antiguo se ha desarrollado a partir de diversas perspectivas, no solo desde la historia económica, sino también desde la historia cultural y social, así como a partir de análisis de las representaciones simbólicas y de las formas de expresión de los valores dominantes en las sociedades históricas. Existe una documentación relativamente importante y diversa sobre el trabajo en

la antigüedad: inscripciones, referencias en la literatura clásica, contratos de trabajo preservados en los papiros egipcios y, sobre todo, la abundante cultura material de los trabajos de diversos tipos. Desde el punto de vista de las fuentes escritas, una de las principales carencias se debe a que ninguna de las grandes civilizaciones del pasado, incluyendo la griega y la romana, desarrolló una reflexión sistemática sobre el trabajo y las actividades laborales. Además, en algunos casos, como el de las culturas grecorromanas, se connotaba de forma negativa y no se consideraban apropiadas para los ciudadanos la mayor parte de las tareas laborales (Mosse 1966, 25-30). En la *Política*, Aristóteles (1329a, 159-64) enfatiza la importancia del ocio para que los ciudadanos puedan participar en los asuntos públicos, los únicos, junto a la guerra, a los que deben dedicarse los hombres libres. En cambio, se daba poco valor a los trabajos artesanales, que, frecuentemente —aunque no siempre—, eran realizados por extranjeros. Las actividades económicas, por tanto, eran valoradas en función de los valores dominantes en sociedades donde el estatus social y la condición jurídica de la ciudadanía eran condiciones fundamentales en la diferenciación entre las personas.

Otros condicionamientos para la investigación sobre el trabajo en el mundo antiguo se relacionan con otras presuposiciones ampliamente extendidas en la historiografía moderna. Una de esas premisas es la tendencia a considerar la existencia de un profundo salto cualitativo en relación con el trabajo humano, entre las sociedades posteriores a la industrialización y las sociedades preindustriales. Una de las consecuencias de esa división ha sido el situar en una categoría única y, en cierta medida, de características similares, a todas las sociedades humanas desde la prehistoria hasta el siglo XVIII. Esas características se han definido y analizado siempre desde un punto de vista comparativo, implícito o explícito, respecto al papel del trabajo como elemento central de las sociedades industriales. Se ha generalizado la idea de que la organización económica de las sociedades preindustriales era más simple, dando poca importancia a la complejidad y la diversidad de las relaciones laborales, entre ellas, las que se refieren al género. En ese contexto, encontró fácil expansión la idea de la división sexual del trabajo, una división basada en factores más biológicos (por tanto, «naturales») que sociales, que naturalizaba la atribución a las mujeres de las tareas reproductivas y de cuidado y las situaba al margen de las actividades económicas «reales» (Haraway 1995, 222-223).

Es evidente, por otra parte, que en la mayor parte de las sociedades humanas, las actividades consideradas masculinas se han definido y representado, en una u otra forma, en contraste con las actividades consideradas femeninas. Lo que esto quiere decir es que el

trabajo se organiza y se imagina en las formas marcadas, en cada caso, por los valores culturales del género que, por otra parte, no son invariables y experimentan cambios a lo largo de tiempo. Esas representaciones ligadas al género han tenido siempre implicaciones en las experiencias individuales de mujeres y hombres en la sociedad, sobre todo, porque frecuentemente las tareas consideradas propias de las mujeres tenían menor consideración que las masculinas (Mead 1975, 159-60). Y estos dos factores, el reconocimiento y/o representación de las actividades laborales en relación con el binomio masculino/femenino, y la desigualdad inherente a esa división, son condicionamientos que han marcado el estudio histórico del trabajo en el mundo antiguo porque han funcionado como premisas previas de una parte importante de la investigación.

Incluso los primeros estudios feministas de los años setenta entendían la división sexual del trabajo ligada a la existencia de una dicotomía entre espacio público y espacio privado como factores esenciales para entender las causas de la opresión de las mujeres bajo el patriarcado. La terminología de las «esferas separadas» se había desarrollado a partir de mediados del siglo XIX y, a lo largo de gran parte del siglo XX, como un producto de los cambios sociales y económicos ligados a la revolución industrial y al desarrollo de la economía de mercado. La metáfora de la esfera fue el tropo con el que la historiografía empezó a describir la posición de las mujeres en la cultura occidental del siglo XIX. Explorando las tradiciones del discurso histórico, los historiadores encontraron frecuentes menciones y referencias a una «esfera propia de las mujeres y sus actividades» que se infiltraban en el lenguaje en múltiples contextos, literarios o populares; a su vez, la historiografía empezó a usar la metáfora en sus descripciones de la vida cotidiana. Como ha señalado Kerber (1988, 9) la relación entre el nombre —*esfera*— y la percepción de lo que se nombraba —un espacio propio de las mujeres ligado a la unidad doméstica— parecía omnipresente en los valores culturales de muchas sociedades y, como presuposición que no necesitaba demostración, el concepto fue asumido por los investigadores en los relatos históricos que construían. También ayudaba a los lectores de historia que compartían las mismas presuposiciones: sobre todo la de que las mujeres actúan, hablan y viven de formas específicas y de menor valor que las de los hombres.

A partir de los años ochenta se buscaron formas de superar el modelo de las esferas separadas. La crítica fundamental era que su construcción se basa en dicotomías biologicistas en que los dos términos se definen por oposición y han servido, ante todo, para justificar diferencias asimétricas entre los sexos. Crecientemente se hizo evidente que muchas diferencias sexuales son el resultado de la socialización, no de la biología. Es-

tudios diversos, históricos y etnográficos han demostrado que el concepto de privacidad no es universal y que, frecuentemente, la investigación moderna lo ha aplicado al pasado desde una perspectiva propia de la cultura occidental moderna. Desde diversos campos de análisis se propuso abandonar la idea de una separación entre espacio privado y espacio público y buscar otras formas de definir las actividades que se realizaban en determinados contextos espaciales.

A pesar de estas críticas, la idea de las esferas separadas ha perdurado en las propuestas interpretativas de la investigación histórica, incluyendo los estudios sobre el mundo antiguo. Así, en las últimas décadas se ha mantenido un debate —especialmente en Francia e Italia— sobre la posibilidad de aplicar los términos de privado y público a las sociedades grecorromanas. Parece claro que la ciudad griega y la romana diferenciaban las actividades que se relacionaban, respectivamente, con la gestión de los asuntos públicos y con la organización de la unidad doméstica. Y asociaban esas funciones distintas con los roles sociales de hombres y mujeres. Las fuentes no dejan duda de que, en general, se valoraba la exclusión de las mujeres de la esfera pública de la política y la guerra. Es significativo, sin embargo, que en la primera obra en la que encontramos claramente expresadas esa diferencia y esa exclusión, el *Económico* de Jenofonte, se proponga que, aunque la relación conyugal de marido y mujer se basa en la división de trabajos, ambos son mutuamente dependientes y la gestión eficaz de un *oikos* debe ser una empresa compartida entre los dos (*Econ.* 7, 28). Jenofonte no enfatiza la diferencia en los trabajos realizados en el exterior (público) en contraste con los trabajos realizados en el contexto interior (doméstico). Aunque se apunta a la diferencia entre los sexos, el binomio privado/público y la propia idea de los «trabajos» de hombre y mujer, son muy diferentes a las que encontramos en épocas posteriores. De hecho, como hemos señalado anteriormente, las fuentes clásicas, especialmente las griegas, consideran inferiores, incluso, en cierto sentido, feminizadas, las tareas relacionadas con la producción artesanal que se presentaban como opuestas a la autonomía económica del ciudadano propietario de tierras. Lo que una persona hacía —su actividad laboral— no la definía más que de forma relativa, sobre todo porque en el mundo grecorromano predominaba la idea de que cualquier actividad que implicaba recibir un pago a cambio, desde la artesanía más modesta a la construcción de un edificio o la creación de esculturas, implicaba una forma de dependencia alejada del ideal de la ciudadanía masculina y su —supuesta— autonomía. Aunque probablemente esa consideración no impedía que hombres ciudadanos se dedicasen a ese tipo de actividades, cuando Jenofonte o Aristóteles hablan de las tareas propias de los ciudadanos libres no esta-

ban pensando en la producción artesanal o en el comercio. Incluso la agricultura, que, en principio, era la única actividad productiva considerada apropiada para el ciudadano, no implicaba el trabajo directo en los campos. No cabe duda de que el ideal del ciudadano libre, tanto en Grecia como en Roma, era el de propietario de tierras que tenía a su servicio gentes, esclavas o asalariadas, que las trabajaban. La división sexual del trabajo en el mundo antiguo no se relacionaba con actividades económicas privadas versus públicas. Aquellas tareas que las fuentes antiguas consideraban femeninas eran las de la gestión de la reproducción y de la unidad doméstica, y las masculinas eran esencialmente las de participación en los asuntos públicos, incluyendo los procesos de socialización y discusión entre iguales (entrenamientos físicos, comensalía, debates, discusiones, etc.). Es decir, las actividades políticas y militares que los hombres realizaban en relación con los procesos de toma de decisión en las comunidades del Mediterráneo antiguo.

Esta diferenciación se apoyaba en la existencia de una serie de valores culturales que definían los roles apropiados para los dos sexos. Uno de esos valores, en relación con las mujeres, idealizaba la reclusión femenina en el contexto doméstico, causa y consecuencia de su exclusión del ámbito de la gestión de lo público. Muy probablemente tan solo una minoría de mujeres —jóvenes y pertenecientes a las clases que tenían suficientes recursos— mantenían en la práctica alguna forma de reclusión. Pero el ideal se ajustaba a estereotipos y valores muy apreciados y debía de formar parte de los procesos de socialización de las niñas y jóvenes. La fuerza de esos valores explica que, en ciertos momentos, formas de domesticidad fueron utilizadas en experimentos de «renovación» social. En las reformas propuestas por el primer emperador romano, Octavio Augusto, tras su victoria frente a Marco Antonio y Cleopatra, el espacio doméstico y las mujeres se convirtieron en un elemento central en la reestructuración del espacio cívico. Se enfatizaron valores como la piedad, la pureza y el sometimiento de las mujeres, similares a los que definían al ángel del hogar de la sociedad victoriana (Welter 1966). En ese proceso se reelaboró una relación entre la vida pública y la vida privada en la que las mujeres, empezando por las de la familia imperial, tenían un papel importante. Como consecuencia, se extendió una preocupación por las virtudes femeninas de la que encontramos referencias en las fuentes contemporáneas y emergió un debate público sobre la vida privada, como pasó también en el siglo XIX (Milnor 2005, 3-4).

A partir de la década de los noventa, nuevas perspectivas sobre la historia de la familia introdujeron en la investigación un renovado interés por las relaciones de género y de edad en las unidades productivas de

base familiar. Esas relaciones han variado en los distintos medios sociales y han sido, probablemente, el factor principal que ha condicionado las opciones de las mujeres en relación con las posibilidades diversas de trabajo, asalariado o no. Se ha reforzado la idea de que las familias han buscado siempre asegurar la autonomía del grupo orientando a los miembros del grupo a realizar actividades diferentes, según el sexo y la edad, dentro o fuera del espacio doméstico. Estudios en sociedades diversas muestran que los usos sexuados del espacio han sido fluidos y que las mujeres han actuado como agentes activos dentro y fuera de la esfera doméstica.

La evidencia arqueológica procedente de casas griegas y romanas de diversos lugares y períodos se ajusta a ese modelo de economía familiar. Se ha documentado en las excavaciones de unidades domésticas en la *polis* de Olinto evidencia de la preparación y consumo de alimentos, pero también de todo el proceso de la producción de telas o de la transformación de los productos agrícolas para obtener, por ejemplo, vino o aceite. Pequeños talleres, como sucede en las casas del Barrio Helenístico de Rosas, estaban integrados en los espacios domésticos, donde producían cerámica, terracotas u objetos de metal. De hecho, parece que gran parte de la producción artesanal se realizaba a nivel doméstico, por grupos familiares que buscaban asegurar su propia reproducción económica. De igual forma, se ha encontrado creciente evidencia de la existencia de zonas dedicadas a la venta, directamente relacionadas con unidades domésticas, en ciudades griegas y romanas. Las propias fuentes antiguas reconocen que, para las familias no acomodadas, era necesario que las mujeres trabajasen para completar los ingresos familiares, en el trabajo agrícola, elaborando telas, preparando alimentos para la venta, lavando ropa o cuidando niños (*Dem.* 57, 45). Las familias organizaban las tareas necesarias en las granjas o en los talleres urbanos y tomaban decisiones acerca de cómo organizar los esfuerzos y tareas de hombres, mujeres y niños. Evidentemente, esas decisiones estaban condicionadas por las pautas de mortalidad y fertilidad, por la estructura social, las normas y valores culturales y por las instituciones. Con todo, puede suponerse que, en el contexto de esos límites, las casas del Mediterráneo antiguo tenían una variabilidad en las formas de actividad laboral que difuminan los límites entre lo estrictamente doméstico —entendido desde la tradición occidental de los dos últimos siglos—, lo industrial/artesanal y lo comercial. ¿Dónde podríamos delimitar las esferas privadas y públicas y la división sexual del trabajo en esas unidades domésticas?

Los trabajos que se presentan en este volumen parten de distintos campos de evidencia, literaria y/o arqueológica. No intentan adaptarse a un modelo

determinado del rol de las mujeres en las actividades económicas del mundo. Las autoras adoptan diversas estrategias, desde una variedad de contextos temporales, espaciales y culturales, y con varias aportaciones disciplinares para analizar el tema en sociedades que cubren el Neolítico (N. Alonso), el Bronce del sudeste peninsular (E. Alarcón y M. Sánchez), las culturas ibéricas (H. Bonet y C. Mata; C. Rísquez), las unidades domésticas de Rosas (M. Picazo), las relaciones coloniales en el sur peninsular (A. Delgado), las mujeres en Mesopotamia (A. García; E. Couto), el mundo griego clásico (A. Serghidou; S. Reboreda) y la Roma antigua (R. M. Cid). Deliberadamente, las editoras no han intentado imponer una única perspectiva de análisis, ya que se trataba de proponer lecturas desde la diversidad de evidencias y formas de análisis sobre un tema que, extrañamente, a pesar de su universalidad en todos tiempos y lugares, ha tenido escaso impacto en los estudios de las mujeres del pasado.

Teresa Orozco defiende la necesidad de incorporar perspectivas sociales y de género en el análisis de los procesos de fabricación, uso y deposición de objetos elaborados en soportes líticos. En su capítulo, explora los procesos de producción lítica, entendidos como acciones a través de las cuales cotidianamente se expresan y reafirman identidades de género, relaciones sociales y visiones del mundo. El concepto de cadena operativa le permite aproximarse a estos procesos productivos, superar miradas simplistas que han considerado la producción lítica como una tarea masculina y tener presente toda su complejidad tecnológica, social y espacial. Este concepto permite a la autora poner de relieve el carácter colaborativo de buena parte de estos procesos productivos, en especial la extracción, el transporte y el acarreo de material lítico, a partir de datos de carácter etnográfico. La participación de mujeres en trabajos de cantería en comunidades prehistóricas del pasado es asimismo defendida a partir de la osteopatía que presentan ciertos individuos femeninos procedentes de contextos peninsulares datados en la Edad del Bronce. Especial atención dedica la autora a la necesidad de atender al proceso de transmisión de conocimientos y habilidades productivas, además de reivindicar el interés de analizar los procesos de aprendizaje y socialización de los niños en estas tareas y explorar posibles indicadores arqueológicos de este tipo de prácticas.

Natàlia Alonso analiza el trabajo de las mujeres en la producción agrícola de las comunidades prehistóricas, utilizando para ello datos etnográficos y arqueológicos. En su estudio, la autora destaca la relevancia del trabajo de las mujeres en los procesos agrícolas de una enorme diversidad de comunidades del pasado prehistórico y del «presente» etnográfico. Especialmente interesante es la exploración etnográfica que realiza, que

le permite generar cierta complejidad en relación con la tesis evolucionista tradicionalmente mantenida que defiende, de un modo universal, la pérdida de protagonismo de las mujeres en las prácticas agrícolas a raíz de la introducción del arado. Plantea, en este sentido, diversas variables altamente relevantes que afectan a modos y tiempos de dedicación de las mujeres al trabajo agrícola en las diversas comunidades analizadas por la etnografía. Entre ellas destacan las condiciones ecológicas —que afectan a la estacionalidad de los cultivos y a la distribución del trabajo en el tiempo—, los tipos de cultivos —diferenciando entre cereales, tubérculos o árboles—, la importancia de los animales domésticos en la subsistencia —debido a que en muchas de las comunidades analizadas buena parte de su cuidado constituye asimismo una actividad femenina principal—, la densidad de población y altas tasas de fertilidad —que incrementan los tiempos necesarios para el cuidado del grupo, especialmente de los niños— o el aumento del trabajo doméstico —en el sentido de que actividades de mantenimiento con más carga de trabajo o más intensivas requieren nuevos repartos del trabajo en el seno del grupo o la comunidad. Los datos y contextos arqueológicos disponibles para analizar prácticas de trabajo en procesos agrarios desde el punto de vista de las relaciones e identidades de género son mucho más exiguos. Representaciones iconográficas, contextos funerarios y los propios cuerpos de las mujeres y los hombres protagonistas de estos trabajos permiten a la autora aproximarse a esta cuestión y contrastar arqueológicamente las pautas inferidas a partir de los estudios etnográficos.

Eva Alarcón y Margarita Sánchez analizan una de las actividades básicas de la preparación de alimentos en las poblaciones prehistóricas. A partir de la evidencia arqueológica procedente de yacimientos argáricos del sudeste de la península Ibérica, se centran en la molienda en términos de producción, trabajo y tecnología, tres aspectos básicos de la economía prehistórica. Después de analizar las distintas fases de la obtención de los cereales, describen la tecnología de la molienda a partir de los molinos barquiformes, utilizados durante el período estudiado por las autoras. Diversas pruebas experimentales han demostrado el cuidado que se tenía en la fabricación y mantenimiento de estos artefactos, incluyendo la preparación de la superficie activa de los molinos para lograr un mejor proceso de molienda de los cereales. También apuntan las autoras al hecho de que el contexto de aparición de las estructuras de molienda en diversos yacimientos argáricos demuestra que esta actividad se producía en relación con otras actividades de mantenimiento, como la producción textil y otras técnicas relacionadas con el procesado de los alimentos. Finalmente, analizan las posibles consecuencias para la salud de las per-

sonas que realizaban la molienda, es decir las mujeres. A partir de estudios realizados sobre esqueletos de más de un centenar de individuos procedentes de varios yacimientos de la Edad del Bronce del sudeste peninsular, se ha podido establecer la presencia de lesiones relacionadas con la artrosis y el estrés musculoesquelético que normalmente están relacionadas con trabajos que producen una sobrecarga muscular. Aunque estas patologías afectaban tanto a hombres como a mujeres, se ha podido detectar que estas últimas presentaban más frecuentemente artrosis en la columna vertebral, manos, caderas, rodillas y pies, las partes del cuerpo directamente relacionadas con la molienda.

Helena Bonet y Consuelo Mata analizan los espacios domésticos del mundo ibérico desde una perspectiva de género, un foco de atención que les permite reclamar el protagonismo histórico de grupos de mujeres invisibles en la iconografía o en los contextos funerarios. Su exhaustivo estudio de la distribución de artefactos en diferentes ámbitos cotidianos de asentamientos ibéricos ampliamente excavados, como La Bastida, El Puntal dels Llops i El Castellet de Bernabé, les permite detectar un solapamiento entre actividades de mantenimiento, trabajos metalúrgicos y prácticas administrativas, relativamente común entre estas comunidades. Trabajos metalúrgicos relacionados con tareas de copelación y beneficio de la plata son relativamente habituales en estas comunidades, donde este metal parece haberse utilizado como medio de pago. La localización de estos trabajos productivos en espacios residenciales sugiere a las autoras que, en gran medida, estas tareas básicas para la economía debieron de estar organizadas como industrias domésticas. La asociación reiterada de evidencias de actividades metalúrgicas y prácticas de cocina y actividad textil, unas tareas consideradas preferentemente femeninas en el mundo ibérico, sugieren que las mujeres pudieron tener una participación activa en procesos productivos relacionados con el laboreo de la plata. Asimismo, la asociación de estas actividades productivas y prácticas de mantenimiento con objetos relacionados con tareas administrativas, como ponderales, plomos escritos y llaves, parecen evidenciar el protagonismo de estas mujeres ibéricas en tanto que administradoras y custodias de los bienes producidos por estas economías.

El artículo de Carmen Rísquez recupera la evidencia de las actividades femeninas a partir de contextos domésticos y funerarios de diversos yacimientos andaluces de los siglos IV al I a. C., la etapa en la que se produjo la consolidación de la aristocracia y la aparición de sistemas clientelares en los centros urbanos ibéricos complejos. Es el período en que aumentó el número de representaciones femeninas en la escultura y en la pintura de los vasos frente a una etapa anterior centra-

da en la figura del héroe. Partiendo de la hipótesis de que en las sociedades ibéricas de esa fase las mujeres adquirieron una mayor visibilidad como consecuencia de la creciente importancia de las unidades familiares urbanas, Rísquez pasa revista a los diversos tipos de actividades de cuidado y mantenimiento realizadas por mujeres. Desde los biberones y sacaleches hasta los objetos relacionados con la alimentación o con el cuidado del cuerpo que han aparecido como parte de ajuares funerarios masculinos y femeninos, encontramos una serie de objetos ligados a la participación activa de las mujeres en los rituales funerarios. En los contextos domésticos, por otra parte, se ha encontrado abundante evidencia de trabajos relacionados con la preparación y transformación de alimentos, así como su almacenamiento: hogares, hornos, parrillas o asadores, ollas y cazuelas de cocina, morteros y molinos, entre otros espacios y utensilios. Otro aspecto de los trabajos de las mujeres en las casas ibéricas se refiere a la industria textil. Todos los aspectos del proceso de obtención de telas, desde el esquilado de las ovejas hasta el hilado y el tejido en los telares, se ha documentado tanto en contextos domésticos como en funerarios. De estos últimos proceden algunos elementos específicos como los tensadores de las fibras, las agujas y agujones, que siempre se asocian a tumbas femeninas. De hecho, en su trabajo, Rísquez apunta que los cambios en el papel femenino que se estaban produciendo en el siglo IV a. C. se asocian de forma específica a la industria textil.

Ana Delgado reflexiona sobre el peso que ha tenido el moderno paradigma de las esferas separadas en nuestras lecturas históricas de las sociedades pasadas, provocando la consiguiente naturalización de la visión dicotómica del mundo postulada por las ideologías y representaciones de género dominantes en la sociedad occidental. Analiza la producción artesanal en las comunidades fenicias occidentales, donde la localización de talleres en espacios residenciales y la asociación espacial de prácticas de preparación y cocción de alimentos y actividades artesanales permiten sostener que en estos contextos buena parte de la producción artesanal estaba organizada como industrias domésticas no segregadas del ámbito residencial. Estas fuertes asociaciones y las interrelaciones entre ciertos utensilios, técnicas y acciones gestuales que comparten tareas desarrolladas durante la producción artesanal y la preparación de comidas sugiere la implicación de mujeres en el trabajo minerometalúrgico, así como posiblemente en otras actividades artesanales como la alfarería. Espacios, gestos y tecnologías compartidas ofrecen una imagen que se aleja de la estricta división sexual del trabajo tradicionalmente imaginada en estos contextos y sugiere la participación, ya sea de forma continuada o intermitente, de buena parte del grupo doméstico—hombres y mujeres, niños y niñas, ancianos y ancianas—

en una producción altamente especializada y destinada al intercambio.

En su artículo, Marina Picazo señala que el tema de las mujeres y el trabajo en el mundo antiguo se ha planteado generalmente desde una perspectiva excesivamente simple de la diferencia sexual, a partir de premisas que se basan en los roles sexuales «naturales». Esa tendencia que ya aparece en las fuentes antiguas, ha seguido estando presente en alguna medida en la investigación moderna, que sitúa el trabajo femenino en el espacio privado y el masculino en las tareas exteriores, de las que ya hablaba Jenofonte en el *Económico*. En todo caso, en los últimos años, desde la arqueología, se han planteado nuevas formas de analizar las relaciones sociales y económicas en el seno de las unidades domésticas. En asentamientos diversos se han identificado áreas de producción artesanal ligadas a contextos domésticos. Es el caso de la ciudad de *Halieis* (Argólide), donde un número importante de casas presenta zonas de trabajo relacionadas con el procesamiento de productos agrícolas y, esencialmente, con la obtención de aceite. En Olinto, el yacimiento que ha proporcionado más información sobre la casa y la organización de los espacios públicos y privados en la ciudad griega, existía una variedad de estrategias económicas en el seno de las unidades domésticas. Un número considerable de las viviendas dedicaba una parte importante del espacio a producciones no estrictamente domésticas o a la venta posterior de los productos obtenidos. Lo mismo parece haber sucedido en el llamado Barrio Helenístico de Rosas, donde se excavaron una docena de casas de los siglos IV a II a. C. Al menos en cuatro de esas viviendas existían áreas específicas de producción artesanal (talleres metalúrgicos o de producción cerámica) ligadas a viviendas. La autora propone que se trataría de empresas familiares en las que debían de trabajar, probablemente en diferentes tipos de actividad, todos los miembros hábiles de la familia, hombres, mujeres e incluso niños. Esa pauta de trabajo familiar cooperativo ha sido común en muchas sociedades anteriores al proceso de industrialización. En los sectores más pobres, la economía familiar era básicamente de supervivencia. Se trataba de mantener a los miembros del grupo a partir de un trabajo duro y constante en el que participaban todos los miembros de la familia, de ambos sexos y de todas las edades. Las viviendas del asentamiento de Rosas muestra que en las comunidades griegas la unidad básica de producción, la casa, utilizaba a todos los miembros del grupo familiar como trabajadores.

Agnès García-Ventura se aproxima al papel de las mujeres en la industria de textil en dos períodos y espacios de la antigua Mesopotamia, la época de Ur III y el período paleoasirio. En ambos períodos la fabricación de tejidos constituía una de las actividades económicas

más importantes, como demuestran las referencias a trabajadores de ambos sexos, sobre todo mujeres, en las tablillas cuneiformes procedentes de los templos o palacios. En algunos períodos conocemos también datos sobre mujeres gestoras de negocios relacionados con el comercio de tejidos, como demuestran las cartas que intercambiaban los miembros de las familias de mercaderes que organizaban los intercambios entre las colonias asirias en Anatolia y la capital, Asur.

La terminología sobre las diversas ocupaciones que proceden de las tablillas cuneiformes demuestra que existía una jerarquía de categorías laborales y variedad de especializaciones en el proceso de producción de tejidos. Las mujeres representaban el sector mayoritario de personas implicadas en el proceso de producción de telas, mientras que los cargos superiores de la jerarquía laboral, capataces o inspectores, parecen haber estado mayoritariamente en manos masculinas.

Frente a las interpretaciones dominantes que usualmente dan al género una importancia fundamental en relación con la situación económica y social de las personas implicadas en la industria textil mesopotámica, la autora enfatiza que, probablemente, en muchos casos era el estatus socioeconómico, y no el género, el que proporcionaba mayores posibilidades de actuación y de autonomía. En ese sentido destaca la necesidad de superar la tendencia a ver la situación de las mujeres en la economía antigua en contraste y/o relación con los hombres, en el seno de una organización centrada en la existencia de un modelo de familia nuclear que no tiene por qué haber sido siempre, y en todos los períodos históricos, dominante.

M. Erica Couto estudia las prácticas femeninas mesopotámicas ligadas al parto y al cuidado, por madres, comadronas, amas de cría y nodrizas que aparecen reflejadas en los textos mesopotámicos del tercer al primer milenio a. n. e. Como en otras sociedades históricas, las mujeres que participaban en actividades asistenciales, sobre todo a otras mujeres o a la infancia, basaban sus saberes en sus experiencias personales en relación con el parto, la cría de los bebés y las tareas de asistencia y educación. El centro de esas actividades y funciones era la importancia de la maternidad en la vida femenina. Una parte de la información sobre las cuidadoras y gestoras de la reproducción en el mundo mesopotámico procede de la literatura sumeria y acadia sobre las divinidades, como las diosas del nacimiento, que ayudaban en el parto usando técnicas y procedimientos que, probablemente, existían en los partos humanos, como el ladrillo de dar a luz o la piedra para cortar el cordón umbilical. Este tipo de información, como la que procede de otro tipo de textos, indica que las parteras realizaban plegarias y rituales, antes y después del parto, para asegurar la protección de la madre y del bebé. Tras el nacimiento, emerge la

figura del ama de cría, que amamantaba al bebé, de la que también tenemos ejemplos divinos. Las nodrizas ejercían una importante función afectivoemocional, puesto que dormecían, cuidaban y tranquilizaban a la criatura. En algunos casos las nodrizas continuaban estando presentes en la vida adulta de los infantes a los que amamantaron y cuidaron. Es el caso de la «nodriza del rey», Gisadu, quien fue nodriza del rey Irkab-damu (ca. 2340 a. n. e.), en Ebla, y permaneció toda su vida en la corte.

En los estudios sobre las mujeres y el género en las sociedades griegas y romanas no se había prestado atención a la construcción cultural de la maternidad hasta época reciente. Precisamente, en el caso de España, se debe a la iniciativa de Rosa María Cid y del Grupo Deméter de la Universidad de Oviedo, un proyecto de investigación sobre la historia de la maternidad en las sociedades antiguas y medievales. En 2008 organizaron un coloquio internacional sobre el tema *Maternidades: discursos y prácticas históricas*, que ha dado lugar a dos excelentes publicaciones con aportaciones de especialistas en diversas áreas sobre esta temática (Cid 2009 y 2010). En su capítulo, Rosa María Cid propone una aproximación al tema de los cuidados maternos que recibían los niños en algunas familias de nodrizas que los amamantaban e iniciaban en su socialización. Era un oficio común en la antigüedad clásica para mujeres de origen humilde pero que llegaban, en ocasiones, a tener una cierta consideración social y a ser estimadas y recordadas por los niños a los que habían cuidado, como hemos mencionado en el caso de las sociedades orientales. De hecho, la nodriza realizaba las mismas tareas de cuidado y de creación de lazos emocionales que constituyen el elemento central de la maternidad. Por otra parte, su carácter de «madres sustitutas» establece dudas sobre el ideal de la matrona romana, construido, en parte, sobre una idealización de la maternidad como ejemplo máximo de la virtud femenina ciudadana. Esas madres ejemplares, sin embargo, eran las que dejaban a sus hijos recién nacidos durante meses, o incluso años, en manos de mujeres esclavas o asalariadas que los cuidaban y socializaban. La noción de la maternidad que nos transmiten las fuentes escritas o las representaciones antiguas es excesivamente lineal, y la realidad de las relaciones entre las mujeres y los hijos en las unidades domésticas podían responder a motivaciones y sentimientos más complejos que los que se presentan en los monumentos cívicos y funerarios o en las descripciones literarias.

Por su parte, Susana Reboreda reflexiona sobre las relaciones entre madres e hijas, tema escasamente representado en las fuentes antiguas, con excepciones como la del *Himno homérico a Deméter*, que describe como el estrecho lazo efectivo entre las dos diosas,

Deméter y su hija Perséfone, logra superar el poder masculino del padre, Zeus, y el esposo, Hades. La autora busca en diversas formas de representación huellas de la relación entre madres e hijas en el mundo de la Grecia clásica. Puesto que la esfera del cuidado de los muertos y las tumbas tenía una connotación claramente femenina en la ciudad griega, podemos encontrar en ese contexto no solo un mayor número de representaciones femeninas, sino también menciones a relaciones entre mujeres o entre estas y los niños. Desde hace tiempo se ha señalado que en esa esfera encontramos evidencia de la importancia que las niñas o las muchachas jóvenes tenían en el entorno familiar a pesar de que, de forma global, la sociedad griega diese mayor importancia a los hijos varones que a las hembras. Las estelas funerarias, sobre todo las procedentes del Ática, proporcionan representaciones del dolor que experimentaba la madre al separarse de una hija o un hijo. Por otra parte, en su capítulo se enfatiza la importancia de la transmisión de trabajos y prácticas como parte de la socialización ligada a la maternidad. En los epitafios y epigramas dedicados a las mujeres con frecuencia se cita el trabajo de la lana, siempre ligado al estereotipo de la mujer ideal. Muy probablemente esta forma de actividad, como otras relacionadas con las tareas de mantenimiento, era transmitida de madre a hija, como algunas representaciones literarias e iconográficas parecen indicar.

También el capítulo de Anastasia Serghidou está dedicado al mundo griego. Enfatiza en primer lugar la necesidad de aproximarse al concepto de trabajo en la sociedad griega antigua desde criterios diferentes a los del mundo occidental moderno. Como hemos señalado anteriormente, en el caso de la ciudad griega esos criterios dependían de una escala de valores estrechamente relacionados con el ideal del ciudadano y su aportación a la comunidad. En relación con esas escalas de valoraciones, se distinguían oficios «dignos» e «indignos» en relación con la libertad y el tiempo libre del ciudadano. Entre los primeros destacaba el trabajo de la tierra, que garantizaba el sustento económico y la dignidad de ciudadano. Los demás miembros de la ciudad, los artesanos, las mujeres y, por supuesto, los esclavos de ambos sexos, ocupaban una situación de inferioridad que permitía mantener la cohesión de la comunidad cívica. Señala la autora el hecho de que, para mantener el valor superior que se concede a las actividades del ciudadano y al cuidado que da a su cuerpo mediante el entrenamiento y la búsqueda de un ideal físico de belleza, era necesario dotar a las actividades de los «otros» de un carácter humillante. Así, las tareas que las mujeres realizan en el contexto doméstico resultan ligadas a formas de esfuerzo que se consideran degradantes porque crean dependencia y no libertad.

I

Las mujeres en las relaciones y los procesos productivos

1 El proceso de producción lítica en las sociedades prehistóricas. Reflexiones desde una perspectiva de género

Teresa Orozco-Köhler

Departament de Prehistòria i Arqueologia, Universitat de València

El instrumental lítico tiene un papel relevante en los estudios prehistóricos. Se trata de uno de los apartados del registro arqueológico que destaca por su perdurabilidad, variedad y continuidad a lo largo de la prehistoria, y que ha servido para definir o delimitar fases culturales; en este sentido, las primeras etapas de la historia de la humanidad se definieron como Paleolítico y Neolítico, atendiendo a la evolución que reflejaban los instrumentos de piedra. La perdurabilidad de estos materiales en los contextos arqueológicos es una de las cualidades que ha influido en el desarrollo de su análisis, pero también su universalidad, ya que los instrumentos líticos aparecen en todas las regiones geográficas del planeta desde que son pobladas por homínidos. Estas variables, entre otras, han potenciado el interés y el desarrollo de los estudios sobre estos materiales.

Los trabajos dedicados a estas piezas muestran variedad de enfoques y son un buen reflejo de la evolución de la disciplina prehistórica. Cómo son, para qué sirven y cómo se fabrican han sido las cuestiones que han ido trazando el desarrollo de la investigación, abordadas desde el análisis formal, de la trazabilidad y tecnológico. En la actualidad, los estudios afrontan el proceso de producción lítica de una forma integral, desde la obtención del material, pasando por la elaboración de soportes y la conformación de útiles, hasta su uso y su deposición final, y ello nos acerca en mayor medida a la comprensión de las sociedades prehistóricas. Por supuesto que, para las etapas más antiguas del pasado, en las que la escasez de testimonios arqueológicos es notable, las herramientas líticas son el elemento que nos permite conocer la evolución tecnológica e interpretar la conducta humana. El recorrido evolutivo desde el instrumental más antiguo y sencillo hasta la eclosión tecnológica actual se concibe como una línea genealógica, que suele interpretarse como una tecnología diseñada, planificada y ejecutada ma-

yoritaria y tradicionalmente por hombres, visión que se traslada hasta las relaciones sociales desiguales de nuestra sociedad contemporánea (González Marcén 2008). En efecto, las herramientas prehistóricas suelen entenderse como una invención masculina, y la talla de la piedra (el dominio de la tecnología) suele considerarse una ocupación de hombres. Por otro lado, una gran parte del instrumental lítico (puntas de flecha, puñales, hachas, entre otros tipos) se ha asociado a actividades que se consideran masculinas, bien por la suposición de un esfuerzo físico, bien por la suposición del prestigio asociado a una tarea (por ejemplo, la caza o la guerra), con lo cual se han proyectado al pasado las percepciones actuales (Orozco 2006).

Trataremos en las páginas siguientes de exponer y valorar el proceso de producción lítica, considerando que el modelo a seguir no son las actividades, los trabajos y las experiencias exclusivas de los hombres. Los trabajos sobre arqueología de género han madurado, desde la crítica feminista al androcentrismo haciendo visibles a las mujeres, hacia estudios holísticos sobre significado y experiencia de diferencias sexuales e identidades de género en el pasado. Muchas autoras han tratado sobre equívocos acerca de lo que debe constituir una arqueología de género (Conkey y Gero 1991, entre otras), uno de los cuales es la idea de que seamos capaces de identificar en el registro arqueológico ciertas actividades o aspectos de la cultura material que puedan atribuirse a hombres o a mujeres. No se trata de aplicar una «arqueología feminista del remedio»: añadir a las mujeres y agitar (Tringham 1991). Dar género a la prehistoria nos permite ir más allá en nuestra comprensión de la variabilidad tecnológica en términos de relaciones entre hombres y mujeres, entre diferentes grupos de edad y también entre diferentes grupos sociales.

En los últimos años se vienen rechazando las explicaciones universales, incluyendo interpretaciones

sobre desigualdad y modelos transculturales de división sexual del trabajo, así como definiciones esencialistas de lo que significa ser hombre o mujer (Gilchrist 1999). Asimismo, se cuestiona el esencialismo biológico como elemento definidor de la noción de género. La biología impone algunas restricciones a las mujeres, que suelen interpretarse como universales; ello ocurre de forma destacada cuando se equipara mujer con madre: no todas las mujeres son madres, y no todas las mujeres son madres con niños dependientes a lo largo de sus vidas (Nelson 2004). Se ha superado la idea de identificar el género con las categorías dicotómicas del sexo biológico o con la sexualidad reproductiva. Las mujeres son algo más que su biología, y desarrollan tanto un papel productivo como uno reproductivo en todas las sociedades. Sin embargo, en las interpretaciones del pasado se suele asumir una división sexual del trabajo que, de alguna manera, confina o limita a las mujeres: si el hombre desarrolla una tarea, la mujer no puede, no debe o tiene prohibido realizarla, y viceversa. Ello corresponde a la proyección al pasado de un concepto postindustrial: el hombre sale de casa a desarrollar su trabajo mientras que la mujer se queda en el hogar, a cargo de los niños. Las sociedades en las que la mujer pasa todo su tiempo en el hogar, tanto en el pasado como en el presente, son escasas y, sin embargo, el mito persiste (Nelson 2004); esta concepción del trabajo femenino como no creativo tiene como resultado la invisibilidad o trivialización del trabajo de la mujer. En buena parte de las interpretaciones de datos arqueológicos subyace la percepción de un rol pasivo de las mujeres, cuando, realmente, no hay elementos que sustenten dicha visión.

El género no es una categoría universal ni atemporal, no está constreñido a una dualidad sexual. Edad, raza y clase son características que también definen las categorías de género. Interesarse en la identidad de género no significa definir los grupos de edad arqueológicamente visibles, como infantiles o ancianos, sino ver el valor social de los rasgos de edad y género y las conexiones y tensiones creadas a través de generaciones (Gilchrist 1999); significa mirar hacia el pasado considerando la forma en que las gentes se relacionan, considerando experiencias compartidas pero también la manera en que se diferencian entre ellos (Joyce 2008). La dicotomía producida por nuestro lenguaje y nuestra categorización del mundo tiende a ofuscar lo que podemos aprender sobre el pasado prehistórico. En el caso del instrumental lítico, nos encontramos con un apartado de la cultura material sobre el que se proyecta fácilmente nuestra idea actual de las herramientas, de cómo y quién las fabrica y utiliza.

El proceso de producción lítica

Con esta denominación se define la gestión integral de los recursos líticos, desde la selección y obtención de la materia prima, su transformación (manufactura, mantenimiento, reciclado) y diversos procesos de uso, hasta llegar a la amortización de las piezas. Se trata de un conjunto de procesos sucesivos y acumulativos, que se articulan e interrelacionan entre sí, para dar respuesta a las necesidades socioeconómicas de las comunidades prehistóricas. No nos limitaremos a enumerar simplemente las modificaciones y transformaciones realizadas sobre los artefactos líticos, pues la descripción de todos estos procesos es el objeto de análisis y estudio de numerosas obras científicas. Consideramos que los fenómenos técnicos son enteramente sociales, esto es, son uno de los principales medios a través de los cuales se definen y reafirman las relaciones sociales y la visión del mundo, por lo que nos proponemos en las páginas siguientes reflexionar sobre ello. Se ha señalado que, en las sociedades prehistóricas, los roles de género corresponden a las identidades sociales que se expresan o son expresadas en el hacer y rehacer los artefactos (Dobres 2000). Hombres y mujeres tienen papeles activos a la hora de crear, hacer y dar significado a los objetos.

Aprovisionamiento de recursos líticos

Este término engloba aquellas actividades destinadas a la selección y obtención de la materia prima. La elección de una determinada litología viene dada principalmente por sus propiedades (tenacidad, resistencia, entre otras), pero también por las necesidades socioeconómicas de las sociedades, así como por criterios culturales.

El aprovisionamiento de recursos minerales se puede articular a través de dos sistemas, que no son excluyentes: el suministro directo, que también se denomina explotación directa del medio, y corresponde al trabajo de una persona o grupo que obtiene los recursos deseados, implementando una o varias estrategias técnicas, y el suministro indirecto, que designa la obtención de recursos por medio de actividades de intercambio o comercio con otras comunidades.

Entre las estrategias de suministro directo documentadas a lo largo de la prehistoria destacan: la minería del subsuelo, la realización de actividades extractivas a cielo abierto (trabajos de cantería) y la recolección superficial. Esta última es la que necesita una menor inversión de trabajo para la obtención de los soportes líticos deseados, y es una actividad difícil de reconocer en el registro arqueológico, puesto que la recolección o laboreo superficial no suele dar lugar, habitualmente, a la formación de un yacimiento característico. Por el

contrario, las minas y canteras son frecuentes en la prehistoria europea, de forma destacada a partir de la implantación de la economía de producción (Neolítico). La explotación a cielo abierto fue considerada como un preludio de la minería en buena parte de Europa. Sin embargo, no se puede precisar que los trabajos de cantería sean el antecedente de las minas. La elección de uno u otro sistema de explotación depende, en buena medida, de la naturaleza geológica y la topografía de la zona.

Grime's Graves en Inglaterra, Krzemionki en Polonia, Casa Montero (Madrid) o las Minas de Gavà (Barcelona) son algunos ejemplos que muestran la explotación del subsuelo a través de diversas soluciones técnicas para llegar a obtener soportes líticos de diferente naturaleza, destinados a la confección de piezas de características distintas. Llama la atención la complejidad técnica que muestran algunas de estas minas prehistóricas y el esfuerzo físico que suponen estas tareas. Posiblemente por asociación con la minería contemporánea, el trabajo desarrollado en estos yacimientos tiende a considerarse como tarea masculina. Si tomamos en consideración diversos ejemplos etnográficos, podemos suponer que en época prehistórica la explotación de recursos líticos era, en buena medida, una actividad de marcada temporalidad y estacionalidad. Los estudios centrados en diversas minas neolíticas británicas, destinadas a la obtención de sílex, plantean, a partir del número de pozos documentados y el registro radiocarbónico, que no se trata de una actividad intensiva, sino que representan episodios discretos de actividad, realizados en cortos períodos de tiempo. Además, se considera un trabajo colectivo y excepcional que implica no solo un instrumental especializado para la realización de estos trabajos, sino, especialmente en el caso de la realización de pozos profundos, un nivel de organización social y especialización tecnológica que va más allá de lo que puede considerarse una actividad oportunista o circunstancial, y que necesita un alto grado de planificación (Barber *et al.* 1999).

En la realización de estos trabajos debió de colaborar parte del grupo, y posiblemente fue lugar y momento de aprendizaje por parte de jóvenes o individuos no iniciados, para desarrollar las habilidades y destreza necesarias. En efecto, cabe imaginar que la transmisión de conocimientos tecnológicos, en este caso, debe realizarse *in situ*, bien a una colectividad o a algunos sujetos. Además, en las áreas de extracción suele llevarse a cabo una tarea muy especializada, como es el reconocimiento de un soporte lítico adecuado. La densidad de restos que queda en superficie indica que los bloques obtenidos no son transportados sin haber sido testados, con el fin de comprobar la idoneidad de sus propiedades. Es posible que, en ciertos casos, la transformación en soportes se realice en las

inmediaciones de la zona de extracción, si bien ello no es frecuente, y, por lo general, el material bruto seleccionado se transporta hacia otras zonas donde se lleva a cabo su transformación. Como hemos señalado en otros trabajos (Orozco 2006), en las tareas de acarreo y transporte hacia las zonas de transformación o áreas de taller puede participar el conjunto del grupo, tal como evidencian la etnografía y también el registro arqueológico, a través de los indicadores de actividad física y cargas laborales que pueden aparecer en los restos paleoantropológicos. En algunos trabajos se identifica osteopatía en restos femeninos de la Edad del Bronce atribuida a trabajos de cantería (Balaguer *et al.* 2002); otros estudios sobre restos humanos de la cultura argárica señalan una clara diferencia en la actividad física realizada por los individuos y, si bien no se puede determinar la «profesión» de los individuos estudiados, se concluye que en esta etapa cronocultural varones y mujeres realizaron actividades físicas distintas (Jiménez-Brobeil *et al.* 2004). El hecho de que la participación en estos trabajos sea abierta, o restringida a una parte de la comunidad, estará en relación con el nivel de organización y complejidad social del grupo, que no se define únicamente en base a la dicotomía sexual, sino que también se estructura a partir de las diferencias de estatus y de edad, entre otros factores. Por nuestra parte, únicamente queremos remarcar que en determinadas comunidades puede haber solapamiento entre las actividades desarrolladas por hombres y mujeres, que ambos pueden haber realizado diferentes trabajos en los mismos lugares o pueden haber compartido tareas, o en ocasiones haber llevado a cabo el mismo trabajo.

Transformación de los soportes líticos

La manufactura de las herramientas es el siguiente paso en el proceso de producción lítica. Combinando una serie de gestos técnicos, aplicando diversas técnicas de talla y trabajo de la piedra, los soportes son transformados en útiles. Las etapas en la fabricación del instrumental lítico son uno de los aspectos mejor conocidos, y están ampliamente descritas en los modelos de cadenas operativas líticas.

La investigación ha prestado gran atención a las piezas con filo, que suponen una mejora cualitativa notable en las condiciones de vida de los grupos humanos, y permiten afrontar las necesidades cotidianas con mayor eficacia. La evolución tecnológica de estos útiles se va perfilando a lo largo de la prehistoria y se refleja en una mayor especialización de las herramientas líticas. Desde los elementos de piedra tallada más simples (cantos tallados), de rápida factura y uso polivalente, asociados a los homínidos antiguos, un recorrido cronológico por las diversas etapas del Paleolítico pone de

relieve el desarrollo de una capacidad de abstracción y planificación necesaria para la fabricación de las piezas que conocemos como bifaces, pero especialmente de las tallas centrípetas que se desarrollarán a lo largo del Paleolítico Medio. Aparecen nuevas técnicas en la talla de la piedra a lo largo del Paleolítico Superior (talla por presión, tratamiento térmico, etc.) asociadas a la expansión de los humanos anatómicamente modernos, hasta llegar a un dominio en la manipulación de los soportes líticos. Se aprecia, a lo largo de la escala temporal, una mejora en la gestión de la materia prima, un perfeccionamiento en las técnicas de talla, una mejora de los gestos técnicos, condicionados por una anticipación y planificación mentales del útil. Con el desarrollo de la economía de producción, las necesidades de los grupos humanos se reorientan. A partir del Neolítico y el desarrollo de la industria lítica pulimentada, se puede decir que las grandes innovaciones en la tecnología lítica se han completado, y lo que documentamos son variaciones de las técnicas ya implementadas, preferencias por tipos o herramientas determinadas o también preferencias por una determinada litología, en cada grupo cultural.

La fabricación de instrumentos líticos es una de las actividades que, tradicionalmente, se asocia a los hombres. Las herramientas se han visto como una invención masculina y la talla de la piedra se ha considerado una ocupación de hombres. El trabajo de la mujer no se ha considerado creativo, y esa actitud desgraciadamente tan común, en su proyección a tiempos pretéritos, ha tenido como resultado la invisibilidad o trivialización del trabajo femenino. Se ha asumido que las mujeres no tienen tecnología, solo habilidades artesanales, y que únicamente elaboraban artefactos perecederos y recolectaban plantas (Nelson 2004). Resulta lógico pensar que las mujeres prehistóricas necesitaron tallar, fabricar instrumentos, para llevar a cabo sus tareas, y en absoluto parece razonable suponer que esperaron hasta que los hombres llegaran al hogar. J. Gero (1991) fue una de las primeras autoras en reflexionar y criticar el sesgo androcéntrico que, hasta fechas relativamente recientes, presentaban los estudios sobre materiales líticos prehistóricos, y en plantear el interés de reconocer las relaciones de género como una dinámica que construye y moldea la vida de los grupos humanos y que, en este sentido, actuará a lo largo del proceso de producción lítica. Es evidente que puede no ser posible aprehender la dinámica de las relaciones de género a partir de un único elemento de la cultura material, pero, trazando líneas de convergencia con otros apartados del registro arqueológico, podemos avanzar en su conocimiento (Gero 1991).

En efecto, debemos asumir que las mujeres de la prehistoria fueron conocedoras del proceso de producción lítica, al menos de una parte, aquella referida a la

manufactura, el mantenimiento y el uso. Ahora bien, más que un interés por sexuar las herramientas líticas, nos parece interesante reflexionar sobre la transmisión de estos conocimientos y destrezas, y la posibilidad de su documentación a través del registro arqueológico. En el caso de la tecnología lítica, es evidente que debe darse un proceso de aprendizaje y experimentación que nos resulta difícil percibir o interpretar. En los últimos años, se están realizando interesantes investigaciones sobre la infancia en época prehistórica (Baxter 2005; Moore y Scott 1997, entre otros trabajos). Los niños existieron y formaron parte de la vida diaria en las comunidades del pasado. El concepto de infancia es una construcción cultural, y difiere de un lugar a otro y de una época a otra, y también entra en juego en la definición de los roles de género. La manera en que estos individuos son designados en una comunidad como niños es como opuestos a adolescentes o adultos; incluso la dicotomía niño/adulto deja de ser válida en muchos casos. La idea actual de una infancia pasiva, dependiente, adorada, puede ser inapropiada para el pasado, y diferentes investigadores plantean examinar la especificidad cultural de la infancia, de la adolescencia, del trabajo infantil, y su reflejo en los depósitos arqueológicos.

El fenómeno del juego en los niños es un modelo de conducta humana universal. El concepto de juego abarca muchos tipos diferentes de actividades, y hay muchos ejemplos en los que, a través del juego, se imitan actividades de adulto. Estos juegos (de imitación) son una forma de preparar —a través de la diversión— la integración en la vida social y en las actividades económicas. El juego deviene una especie de entrenamiento, un proceso de socialización; proporciona un modelo de sociedad y prepara individuos para situaciones y roles futuros (Högberg 2008).

Más importante que reconocer a niños de forma individual o su trabajo, es la comprensión del proceso de adquisición de género a través de la aculturación: la infancia es el tiempo de aprendizaje hacia unas normas culturales, hacia unos roles de género (Gilchrist 1999). La socialización es el proceso que promueve la continuidad entre generaciones; se puede entender como el escenario donde ocurren cambios en normas sociales, creencias y conductas (Baxter 2005).

En el caso de la talla de la piedra, la presencia de individuos infantiles o aprendices en una zona de trabajo debe poder distinguirse en los restos arqueológicos por el carácter no utilitario de las piezas que trabajan, pobremente talladas, en las cuales mostrarán menor habilidad que los iniciados. El trabajo de niños y niñas debe poder identificarse, consecuentemente, como más simple y desestructurado en comparación con el trabajo más elaborado de los adultos. Estos rasgos deben estar presentes en los conjuntos líticos prehistóri-

cos, y pueden tener su reflejo en: tecnología sistemática *vs.* tecnología *ad hoc*; alta calidad de la materia prima utilizada *vs.* baja calidad del material lítico (no selectiva); formas tipologizables *vs.* formas no tipologizables (Högberg 2008). Ciertamente, el material lítico forma parte del proceso de socialización, y el contexto social y cultural tiene un papel esencial en el aprendizaje y desarrollo de los individuos. El conocimiento y la forma de hacer es resultado tanto de la propia comprensión de cada individuo como del hecho de interactuar socialmente con miembros más experimentados y versados de su comunidad cultural. Durante el proceso de aprendizaje se hacen evidentes normas y valores de la comunidad que el aprendiz percibe, así como actitudes comunes hacia lo que es visto como permisible y no permisible. El niño es enseñado a tallar y a trabajar la piedra a través de su participación activa, de la transferencia del *cómo hacer* desde la experiencia, y también desde su inexperiencia, que puede reflejarse en juegos de imitación de gestos técnicos.

El uso y la amortización de piezas líticas

Los estudios funcionales tienen una amplia tradición en arqueología prehistórica. Estos trabajos permiten demostrar científicamente la utilización concreta de las herramientas prehistóricas a partir del análisis de las huellas que la utilización deja en los instrumentos; señales que son microscópicas, y específicas, pues dependen tanto del trabajo realizado como del material trabajado, unos resultados que son contrastados con la experimentación. Asimismo, el material etnográfico posee gran valor como fuente comparativa para las investigaciones sobre la funcionalidad de los útiles prehistóricos.

Los contextos de uso de las piezas líticas son los escenarios donde, de manera inequívoca, la tecnología se convierte en un fenómeno social. La variedad de situaciones y escenarios es realmente extensa: espacios públicos, privados, sagrados, profanos... No pretendemos mostrar aquí un listado exhaustivo, únicamente señalar la diversidad de situaciones en las que las herramientas líticas desempeñan un papel que va más allá del simple reflejo pasivo del comportamiento humano, articulando la dinámica social. En anteriores trabajos (Orozco 2005) hemos destacado la versatilidad del instrumental lítico: piezas de rasgos morfológicos y tipológicos similares pudieron tener valores y/o significados muy distintos, dependiendo del contexto, y remarcábamos la metamorfosis de lo profano a lo sagrado documentada en algunos útiles líticos pulimentados.

Las piezas líticas pueden ser objeto de acumulación; pueden ser elementos cotidianos accesibles al conjunto de la comunidad o puede que en ocasiones

sean objetos excepcionales, cuyo acceso o disfrute esté restringido; en definitiva, podemos encontrar una gran diversidad de situaciones en diversos grupos culturales. Nos interesa subrayar que la cultura material y ese apartado que comprende el utillaje lítico forman parte del proceso de socialización, participan en la definición de las identidades sociales.

El contexto de deposición es la última etapa del proceso de producción lítica. Se suele establecer una distinción fundamental entre deposiciones intencionales (depósitos en enterramientos, ocultaciones...) y otras no intencionales, como la pérdida, abandono o desecho de un objeto. El registro arqueológico nos ofrece multitud de ejemplos en todos los apartados de la cultura material, y muy especialmente de materiales líticos, a partir de los cuales solemos ensayar la reconstrucción de la historia de estas piezas. Entre los contextos de deposición intencional, el registro funerario ha tenido siempre un protagonismo destacado en arqueología. En efecto, la naturaleza específica de estos yacimientos ofrece, en buena medida, una instantánea del pasado y nos conecta con eventos singulares de las sociedades pretéritas. La diversidad de patrones funerarios es excesivamente amplia, pues es uno de los elementos que, en muchos casos, permite establecer diferencias entre grupos culturales. Los contextos funerarios expresan la ideología y las creencias de las comunidades que los construyeron, esto es, no solo reflejan ideas y costumbres, sino también las relaciones sociales de los grupos humanos. El análisis de los elementos conservados de restos óseos hallados en sepulturas permite acceder de forma directa a la materialidad de los agentes de la historia que investigamos: su edad, sexo, aspecto físico. Además, en estos cuerpos han quedado grabados rastros de la vida que llevaron a cabo, que se estudian a través de los análisis paleoantropológicos, un campo que facilita el estudio de la vida de personas concretas que vivieron en época prehistórica. Las tumbas y su contenido, cuerpos y objetos, se conforman así en lo que se ha dado en llamar *contextos con sexo* (González Marcén 2006). La asociación entre cuerpos y objetos en el registro funerario puede ser uno de los mejores instrumentos para comprender las relaciones de género y cómo las sociedades crean, manipulan y modifican esta identidad a través del tiempo (Sánchez Romero 2008c).

Los referentes simbólicos que encontramos en las necrópolis, principalmente los objetos que conforman la ofrenda o ajuar funerario, pero también el tipo de tumba y su ubicación, son elementos clave que permiten estudiar y establecer diferencias de estatus, riqueza y/o poder en y entre las comunidades prehistóricas. También son de importancia por hablarnos no solo del difunto, sino, sobre todo, de sus relaciones con los vivos. En efecto, los objetos colocados en o junto al

cuerpo son cruciales para comprender la identidad social, porque mantienen firme el vínculo con la persona que pudo fabricarlos y/o usarlos en el pasado (Sánchez Romero 2008c).

La presencia de instrumentos líticos en sepulturas suele ser habitual. No obstante, pocas aproximaciones se han hecho para comprender la relación de los difuntos con estos materiales, más allá de suponer que –en el caso de estas piezas– corresponden a sus pertenencias de la vida cotidiana, o comprobar si fueron usadas antes de su deposición, o si por el contrario se trata de una producción específica para esa amortización.

Recientes trabajos muestran interpretaciones muy sugerentes sobre la relación entre grupos prehistóricos y materiales líticos. La necrópolis de hipogeos de Sobreira de Cima, en el sur de Portugal, es de enorme interés (Valera 2009): se encuentra emplazada en una región considerada potencial fuente de materia prima para la explotación de anfíbolitas, empleadas en muchos casos como soporte de útiles pulimentados en la prehistoria portuguesa. El sepulcro 1 presenta varios individuos, en conexión anatómica, y un conjunto artefactual votivo donde, al igual que en otros ejemplos del Neolítico final de la zona, destaca la ausencia de cerámica, y un importante conjunto de restos líticos (geométricos, láminas, hachas, un núcleo de cuarzo...) y restos faunísticos. Lo que resulta llamativo es la forma en que el sepulcro fue cerrado: una gran laja de anfíbolita se empleó como puerta, y el pozo de acceso se rellenó con sedimentos arcillosos; durante ese sellado se realizaron varias deposiciones rituales de conjuntos de bloques de anfíbolita (un total de 50), de los que algunos corresponden a auténticos lingotes, esbozados por talla, y otros se depositan en bruto, sin desbastar.

Esta manipulación ritual de la anfíbolita no tiene paralelos; en Sobreira de Cima es utilizada de una forma emblemática, como elemento arquitectónico (pilares, lajas) o depositada en bloques y lingotes; debió de ser uno de los focos sobre los que incidió el ceremonial (además de los muertos); probablemente desempeñó un papel central en el ritual y no fue únicamente un elemento más en el conjunto de los ajuares. Estos bloques de anfíbolita no se interpretan como una dádiva personal o colectiva para los individuos enterrados: espacialmente, su empleo se limita a las zonas de acceso a los sepulcros, las que vinculan el mundo de los vivos y de los muertos, lo que podría expresar el papel de este material lítico en la cimentación y construcción de la identidad social de este grupo (Valera 2009).

La construcción de la identidad y las formas de representarla en las sociedades prehistóricas vienen dadas por la percepción que tenían estas de sí mismas y por las estrategias materiales que utilizaban para expresarla, así como por el proceso de percepción que se exigía a los demás miembros del grupo o de otros grupos externos (Sánchez Romero 2008c).

A lo largo de estas páginas, y a través de algunos ejemplos seleccionados, hemos intentado reflexionar no solo sobre la importancia que los objetos líticos tuvieron para algunos grupos prehistóricos, sino también sobre las posibilidades de su estudio y la necesidad de plantear nuevos interrogantes y de abordarlos desde nuevos enfoques. Las litologías y su transformación no son únicamente soporte de herramientas, son parte de la identidad, de la vida de estas comunidades, son expresión de sus relaciones sociales y de su visión del mundo.

2 En busca del trabajo de las mujeres en la agricultura pre- y protohistórica¹

Natàlia Alonso Martínez
*Grup d'Investigació Prehistòrica, GRAPHIA (SGR2014-273), INDEST
Departament d'Història, Universitat de Lleida*

Todas las sociedades asignan unas formas de trabajo a los hombres y otras a las mujeres, con variaciones en la especificidad y el grado de flexibilidad en función de múltiples variables (Hays-Gilpin y Whitley 1998, 139). Las actividades relacionadas con la obtención y/o producción del alimento, fundamentales en el sistema socioeconómico, no escapan a esta premisa. Tanto en las sociedades cazadoras-recolectoras como en las agrícolas estudiadas etnográficamente, se constata una división básica del trabajo según el sexo (a la que habría que añadir la edad), que puede ser modificada en función de la complejidad social por fenómenos como el esclavismo o el trabajo externo pagado.

Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, la base económica de las comunidades humanas ha sido la recolección (de vegetales, de moluscos), la caza (de grandes y pequeños mamíferos, de aves) y la pesca. Como es bien sabido, a inicios del Holoceno se dio un proceso más o menos simultáneo en diferentes partes del planeta (principalmente el sudoeste asiático, el sudeste asiático, América Central y América del Sur) que llevó a la domesticación de plantas y animales y a la substitución casi completa de una base económica recolectora y cazadora por una basada principalmente en la agricultura y la ganadería.

Evidentemente, el sistema económico de las sociedades cazadoras-recolectoras no es uniforme. En este pueden tener un peso mayor o menor un tipo de actividades u otras, en función de las características ecológicas en las que se desarrollan. Lo mismo sucede con las sociedades agrícolas en función del sistema agrícola que practiquen, el tipo de ganadería asociada, los cultivos principales o la ecología.

Reconocer el trabajo de las mujeres en las tareas relacionadas con la recolección y la producción de alimentos en épocas prehistóricas es una tarea ardua

debido a las pocas evidencias materiales específicas que conserva el registro arqueológico. Por tanto, una de las primeras tareas de la investigación arqueológica es detectar las trazas materiales de las actividades agrícolas, y buscar mecanismos para interpretar en qué casos pueden ser asignadas a hombres o a mujeres.

La extrapolación de los procesos, sin embargo, no se puede hacer de manera automática, ni considerar que las circunstancias de las sociedades estudiadas etnográficamente, la mayor parte de ellas influidas históricamente en menor o mayor medida por los poderes coloniales, son las mismas que se daban en la prehistoria. Tampoco sería correcto construir modelos de evolución de estas sociedades a partir de variables no propias de las zonas estudiadas (por ejemplo analizar la agricultura neolítica europea a partir de modelos de horticultura de tubérculos y raíces en zonas tropicales).

Con todo, hay algunos aspectos fundamentales que son ampliamente reconocidos por la antropología y la arqueología, como el hecho de que las mujeres son las encargadas de la recolección en casi el cien por cien de las sociedades. Por un lado se parte de esta constatación, que podría ser el modelo de la situación existente en la mayoría de las sociedades cazadoras-recolectoras prehistóricas, aunque con características particulares en las diversas partes del planeta en función de factores ecológicos. Por otro lado, como constata Ehrenberg (1989, 99), en los tiempos de los primeros textos escritos conocidos en el Mediterráneo, la agricultura era una ocupación eminentemente masculina y los hombres eran los propietarios de las tierras y las herramientas. Por tanto, parece que, en el lapso de tiempo que lleva de la preponderancia de sociedades cazadoras-recolectoras a la de sociedades agrícolas de cultivo intensivo, se experimentó un cambio en el trabajo de hombres y mujeres respecto

1. Este capítulo fue acabado de redactar en junio de 2010.

al aprovisionamiento de alimentos y productos vegetales. Este cambio estuvo relacionado seguramente con el sistema agrícola utilizado y otros factores que veremos a continuación.

Para encauzar la búsqueda del trabajo de las mujeres en la agricultura presentamos en primer lugar su situación desde el punto de vista etnográfico, en segundo lugar esbozamos el estado del conocimiento actual referente a los sistemas agrarios prehistóricos en el nordeste de la península Ibérica, y acabamos con un repaso de las aproximaciones existentes sobre el trabajo de la mujer en la agricultura prehistórica.

1. La división sexual del trabajo en los sistemas agrícolas: una aproximación etnográfica

A partir de los años setenta se han llevado a cabo múltiples investigaciones sobre la división sexual del trabajo a partir de los estudios etnográficos realizados en poblaciones agrícolas tradicionales que aplicaban diversos sistemas de cultivo a finales del siglo XIX y principios del XX. El *Atlas etnográfico* recopilado por G. Ps. Murdock en 1967 y sus análisis posteriores sobre la base de un amplio espectro de datos antropológicos de 862 sociedades humanas repartidas por el planeta (Murdock y White 1969; Murdock y Morrow 1970; Murdock y Provost 1973) han servido de base a muchos de esos trabajos.

En la misma época, la economista danesa Ester Boserup publicó el libro *Woman's role in economic development* (1970), en el que analiza el papel de las mujeres en el desarrollo de la agricultura y que tuvo gran influencia en los estudios antropológicos. Distingue entre sistemas agrícolas de subsistencia femeninos y masculinos, considerando el principal criterio para la división del trabajo la edad y el sexo (Boserup 1970, 15). Respecto a la edad, constata que tareas ligeras, como vigilar los animales domésticos o ahuyentar a los animales salvajes de los cultivos, son realizadas usualmente por niños, niñas y personas mayores. Pero la distinción esencial correspondería al diferente peso del trabajo de cada sexo en el sistema: 1) sistemas femeninos, en los que la producción del alimento es responsabilidad de las mujeres, con poca ayuda por parte de los hombres; 2) sistemas masculinos, en los que la producción del alimento es responsabilidad de los hombres, con poca ayuda por parte de las mujeres.

La propuesta de Boserup ha marcado buena parte de la investigación posterior, pero la variabilidad entre estos dos sistemas es muy grande, y una realidad tan compleja no debe ser simplificada. De hecho, no todos investigadores e investigadoras han asumido una

visión tan generalizadora, y desde finales de los años setenta se dejaron oír voces críticas a las interpretaciones sobre el pasado realizadas directamente desde modelos basados en sociedades actuales (Leacock 1978).

Aun así, en este trabajo, y siendo conscientes de que este capítulo trata de sociedades del siglo XX, posiblemente mediatizadas por la influencia de las colonizaciones europeas ocurridas a lo largo de la historia, así como por posibles evoluciones propias, consideramos interesante plantear la situación de las sociedades agrícolas tradicionales estudiadas etnográficamente, ya que son las únicas que podemos analizar directamente en la actualidad.

De entre los sistemas de cultivo principales en el mundo nos centraremos en tres (Boserup 1967: Murdock 1967, 159):

- *la agricultura de rozas*: también denominada agricultura extensiva, en la que anualmente se aclaran zonas más o menos boscosas para establecer nuevos campos, cultivados un año o dos, y abandonados posteriormente para que se recupere el bosque o maquia durante un largo período improductivo.

- *la horticultura*: agricultura semiintensiva, limitada principalmente a campos de pequeña extensión, en los que se cultivan principalmente verduras, legumbres o árboles frutales.

- *la agricultura intensiva*: con campos permanentes, en la que se utilizan el barbecho, la fertilización con abono animal (u otro), la rotación de cultivos u otras técnicas donde el abandono del cultivo de un campo no es necesario o es realizado solamente en períodos relativamente cortos. Cabe decir que el barbecho no es un abandono del campo del cultivo, sino que se barbecha arando el suelo en un conjunto de trabajos de primavera o verano que se realizan para preparar la siembra.

Boserup constata que los sistemas agrícolas femeninos se basan principalmente en la agricultura de rozas y la horticultura, mientras que los masculinos son intensivos y utilizan el arado y/o la irrigación, la cual corresponde a una intensificación mayor, que necesita de una mayor fuerza de trabajo (Boserup 1970, 24-26). De hecho, la relación entre la contribución de las mujeres a la producción primaria de alimentos de un grupo y el tipo e intensidad de la agricultura que practican es curvilínea: las mujeres contribuyen sobre todo en las sociedades que basan su subsistencia en la agricultura de rozas y en la horticultura, mientras que su participación en los extremos es menor, cuando no hay agricultura o cuando es intensiva (Sanday 1973, 1690-1692, fig. 1). (Fig. 1a).

Entre las sociedades recopiladas por Murdock (1967) que presentaban una dependencia subsistencial de la agricultura de al menos el 55 por cien (534), hemos trabajado con las que tenían más datos respecto

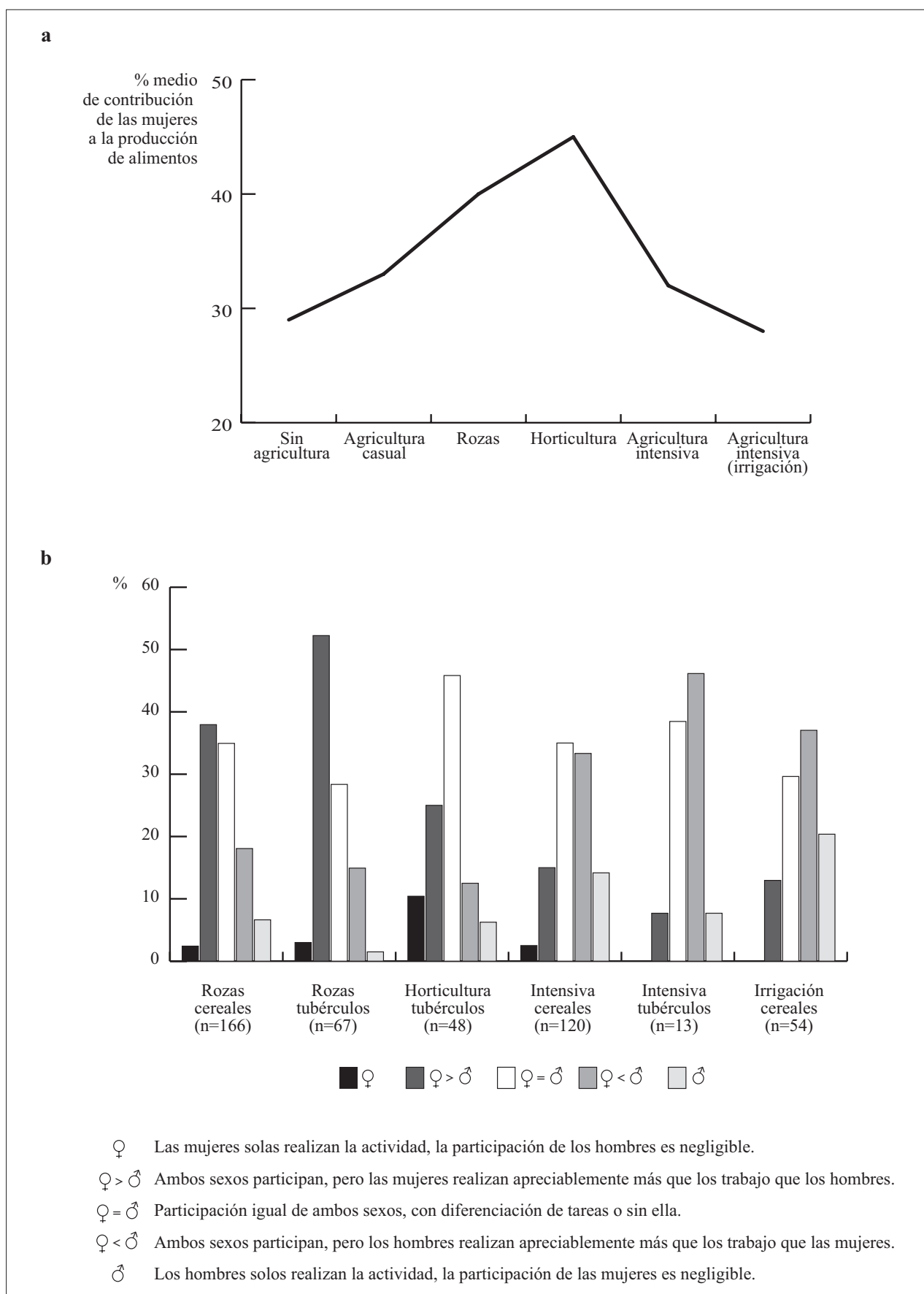


Figura 1. (a) Relación entre el tipo e intensidad de la agricultura y el porcentaje medio de contribución de las mujeres a la subsistencia (Sanday 1973, fig. 1); (b) Porcentajes de trabajo de mujeres y hombres en diversos sistemas agrícolas (diagrama realizado a partir de los datos de Murdock 1967).

al sistema agrícola y al cultivo principal (468). En la figura 1b se puede apreciar cómo, en las sociedades que practican la agricultura de rozas, el porcentaje mayor corresponde a comunidades en que las mujeres realizan considerablemente más trabajo que los hombres, si bien ambos sexos participan. Esta proporción se invierte con la intensificación y la irrigación, en las que la proporción de trabajo más elevada corresponde a los hombres, aunque también las mujeres contribuyen. Aumenta además el porcentaje de hombres que realizan esas tareas de manera casi exclusiva, mientras que resulta mucho menor el trabajo de las mujeres, y se observa la situación inversa en una proporción destacable solamente en la horticultura. Cabe destacar un número importante de comunidades (el 25 por cien) en que se da una participación equilibrada de ambos sexos, ya sea con una diferencia marcada en tareas específicas para cada uno o sin ella. Por tanto, podemos confirmar que la agricultura de rozas y la horticultura suponen un mayor trabajo de las mujeres que la agricultura intensiva.

De hecho, la intensificación agrícola provoca el incremento del trabajo necesario para la subsistencia de un grupo. El coste de trabajo por unidad de alimento (u otro tipo de producto) se incrementa cuando las técnicas de cultivo requieren una mayor preparación del suelo y un mayor mantenimiento, así como también cuando se requiere más tiempo en la cosecha o en su procesado (Kramer y Boone 2002, 512). Por tanto, la consecuencia generalizada de una intensificación del medio de subsistencia es un descenso de la eficiencia del trabajo individual. La necesidad de una numerosa fuerza de trabajo comporta, por ejemplo, que solamente en los sistemas de agricultura intensiva se recurra a trabajadores pagados o esclavos (Boserup 1970, 24-26).

Si la diferencia en coste de trabajo entre la agricultura de rozas y la intensiva es importante, todavía lo es más si se compara la agricultura con la recolección. Aunque no todas las formas de agricultura requieren una intensidad energética mayor que todas las formas de recolección, en general la eficiencia en el trabajo descende con la agricultura (Sahlins 1983).

En resumen, podemos decir que actualmente las mujeres son las principales responsables de la recolección en las sociedades cazadoras-recolectoras, que tienen un papel preponderante en la agricultura de rozas y que su contribución al trabajo agrícola decae con la intensificación agrícola (Boserup 1970; Sanday 1973; Martin y Voorhies 1978; Ember 1983; Burton y White 1984). Hay autoras, sin embargo, que consideran que se trata solamente de un declive relativo, como veremos más adelante (Ember 1983).

El análisis etnográfico de las causas que provocan variaciones de la contribución de las mujeres en el tra-

bajo agrícola ha sido planteado principalmente a partir de la observación de seis variables, algunas de las cuales corresponden también a la diferenciación entre los sistemas agrícolas citados y que en muchos casos se interrelacionan entre sí.

1.1. Las condiciones ecológicas

Los efectos del clima en la división sexual del trabajo han sido destacados por algunos autores, que los han considerado, junto con el peso de los animales domésticos en la economía, como las variables que influyen en mayor medida en la división sexual del trabajo agrícola (White *et al.* 1981; Burton y White 1984, 568-570). Por ejemplo, en África, las zonas de clima tropical (donde se cultivan principalmente tubérculos o raíces) presentan una variación climática estacional menor, y las diversas operaciones agrícolas se reparten durante todo el año, de manera que no hay picos de incremento del trabajo. En estas zonas la mayor parte del trabajo en los campos recae en las mujeres. Sin embargo, en las zonas con un número mayor de meses secos y una estación de recolección más corta (donde se cultivan principalmente cereales), hay una presión temporal en la siembra y la cosecha que crea la necesidad de movilizar un alto porcentaje de trabajo en momentos concretos del año. En estas áreas la mayor parte del trabajo en los campos recae en los hombres.

1.2. La importancia de los animales domésticos en la subsistencia de la comunidad

El uso de animales domésticos, ya sea para su utilización como fuerza de trabajo (animales de tiro) o como fuente de alimento, parece tener también consecuencias importantes en la división sexual del trabajo en la agricultura, ya que su cuidado recae en buena parte en las mujeres, lo que comporta una notoria limitación en el tiempo dedicado por las mujeres a otras operaciones agrícolas (Burton y White 1984, 572). Actualmente, en la agricultura de rozas la importancia de los animales domésticos es menor, mientras que el aumento de la cabaña animal provoca que aproximadamente una mitad del trabajo de las mujeres se dedique a la cría del ganado, aunque los hombres son los principales cuidadores de los animales de tiro (Boserup 1970, 31).

Diversas tareas relacionadas con los animales domésticos son realizadas principalmente por las mujeres, como recolectar hierba para los animales, recoger los excrementos para combustible o como material de construcción, proveer de agua a los animales, cuidar las crías, ordeñar y elaborar productos derivados de la leche, conservar la carne, procesar cuero y lana. Además, algunas de las operaciones agrícolas realizadas

principalmente por las mujeres, como el escardado de los campos de cultivo, producen subproductos utilizados como pienso. (Fig 2a).

1.3. La utilización del arado como elemento característico del sistema de cultivo

Actualmente, el arado es un instrumento agrícola característico de los hombres. Su utilización y la de los animales de tiro es una de las variables considerada determinante para la disminución del trabajo de las mujeres en agricultura (D'Andrade 1966; Boserup 1970, 24; Murdock y Provost 1973, 211; Stanley 1981, 299; Burton y White 1984, 569; Ehrenberg 1989, 81). Su introducción en un sistema agrícola comporta un cambio radical en los roles sexuales del trabajo, a partir del cual los hombres son los encargados de arar incluso en regiones donde el trabajo del suelo con azada era un trabajo de las mujeres (Boserup 1970, 33). No obstante, algunos autores consideran que su introducción no provoca una disminución del trabajo femenino, sino un cambio en la participación de cada sexo en la secuencia de producción, según el cual los hombres realizan las tareas cercanas al inicio de la secuencia, a las que se añade el cuidado de los animales de tiro, y las mujeres, las cercanas al final (Burton *et al.* 1977). La operación de arar puede ser considerada también una extensión de la preparación del campo, un rol principalmente masculino también en las agriculturas que no utilizan el arado. (Fig. 2b).

Sin embargo el empleo del arado como instrumento masculino no llega a ser una regla universal. Por ejemplo, entre los bantúes de Sudáfrica las mujeres dirigen el arado, mientras que en la India el 2 por cien del trabajo de arar es hecho por mujeres (Boserup 1970, 31). También existen documentos gráficos de mujeres arando en Castilla a principios del siglo xx, aunque desconocemos si se trataba de una actividad habitual o excepcional. En este sentido, C. R. Ember (1983, 285-286 y 299) es crítica con los estudios que dan tanta importancia a la utilización de este instrumento por los hombres desde la premisa de que algunos de los argumentos propuestos son muy débiles, como por ejemplo el de la constitución física de las mujeres (Murdock y Provost 1973, 211) o el de la incompatibilidad de su uso con el cuidado de las crías (Brown 1970, 1075).

1.4. El tipo de cultivo: cereales, tubérculos o raíces, árboles

Algunos autores proponen que en los sistemas en los que el trabajo de las mujeres es mayoritario predomina el cultivo de tubérculos o raíces, mientras que en los que presentan un mayor trabajo de los hombres, predominan los cereales (Martin y Voorhies 1975;

Ember 1983, 300). Es verdad que las sociedades horticultoras cultivan principalmente tubérculos o raíces y que es en este tipo de sociedades en las que el trabajo de las mujeres es mayor, así como que la agricultura intensiva de tubérculos o raíces está muy poco expandida (solamente 13 de los 534 que hemos trabajado a partir de Murdock 1967) (Fig. 1b), y por tanto la relevancia del trabajo de los hombres es menor.

Si comparamos el cultivo de cereales y de tubérculos o raíces con un mismo sistema agrario, como el de rozas (ya que para los otros no hay suficiente muestra), podemos observar que sí existen diferencias, pero que son menores que las constatadas a partir del sistema de cultivo (Fig. 1b). Con este sistema, si se cultivan tubérculos o raíces, el trabajo es realizado mayoritariamente por las mujeres en un 55 por cien de los casos (ya sea de manera exclusiva o preponderante). Si el cultivo principal son cereales, lo es en un 41 por cien; mientras que el de los hombres es mayoritario solamente en un 17 por cien en el primer caso y en un 25 por cien en el segundo. Por tanto, sí se observa una mayor presencia del trabajo masculino en relación con los cereales, pero no parece una variable fundamental si se están comparando dentro de un mismo sistema de cultivo.

Uno de los aspectos que podrían causar esta diferencia es que los cereales son más difíciles de procesar que los cultivos de tubérculos o raíces, y son las mujeres las que dedican más parte de su tiempo al procesado (White *et al.* 1981, 827). Así mismo, la organización temporal de la cosecha (que es mucho más concentrada en los cereales) podría causar un aumento del trabajo de los hombres en la recolección de los cereales (30 por cien) en comparación con la de los tubérculos o raíces (10 por cien). (Fig. 2b).

1.5. La densidad de población y la fertilidad

Esta variable es la considerada principalmente en las tesis de Boserup sobre la intensificación agrícola y el cambio tecnológico, y en particular sobre el trabajo de las mujeres en la agricultura (Boserup 1967; 1970; 1984). Esta autora señala que en las regiones escasamente pobladas, donde se practica principalmente la agricultura de rozas, los hombres hacen poco trabajo y las mujeres cargan con la mayor parte. En cambio, en las regiones más densamente pobladas, donde el sistema agrícola es el del cultivo con arado, las mujeres realizan mucho menos trabajo agrícola y los hombres mucho más. Finalmente, en las regiones con agricultura intensiva de irrigación, ambos, mujeres y hombres, necesitan trabajar mucho más para sostener una familia con un pequeño trozo de tierra. Boserup propone que el aumento de población causa el acortamiento de los ciclos de cultivo y la introducción del arado (Boserup 1970, 31-35).

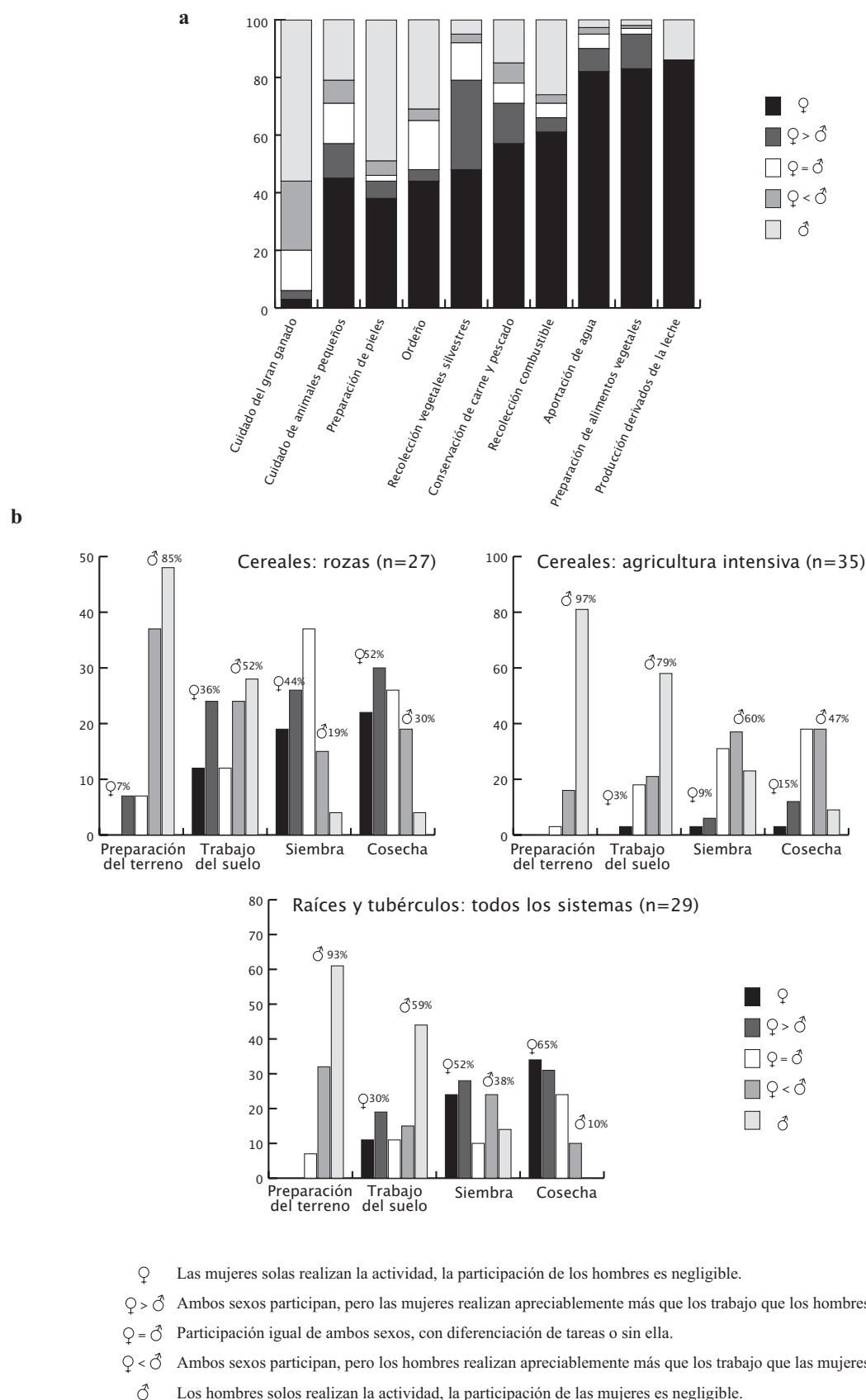


Figura 2. (a) Porcentajes de trabajo de mujeres y hombres en algunas actividades económicas (diagrama realizado a partir de los datos de Murdock y Provost 1973, 207, tabla 1); (b) Porcentajes de trabajo de mujeres y hombres en las diversas operaciones agrícolas (diagrama realizado a partir de los datos de Murdock 1967 y Murdock y Provost 1973, 207, tabla 1).

La intensificación de la agricultura es considerada, por otro lado, una de las causas de una mayor fertilidad de las mujeres de las comunidades que la practican. Al ser necesario más trabajo para obtener una producción similar, la cantidad de fuerza de trabajo existente aumenta de valor. Por tanto, es necesario un mayor número de nacimientos, ya que además, con pocas excepciones, los niños y niñas de comunidades agricultoras trabajan duramente. Estos adquieren, pues, una importancia económica como fuerza de trabajo, y por tanto las mujeres también tienden a procrear más, con lo que la reproducción y el cuidado de la infancia se convierte en su papel social más importante (Stanley 1981, 300; Ember 1983, 294; Ehrenberg 1989, 103; Kramer y Boone 2002, 513-516).

1.6. Incremento de la participación de las mujeres en el trabajo doméstico

C.R. Ember (1983) considera que el declive del trabajo de las mujeres observado con la intensificación de la agricultura no es tan importante, sino relativo, y propone dos procesos paralelos que se debieron de dar en los sistemas intensivos: el incremento de la participación de las mujeres en el trabajo doméstico y el incremento de la participación de los hombres en la agricultura. Entendemos el concepto de trabajo doméstico como el que engloba las actividades de mantenimiento que se realizan de manera cotidiana para asegurar la reproducción física y social de los grupos humanos (González Marcén *et al.* 2005, 1-2).

Tres causas podrían haber causado el incremento del trabajo doméstico de las mujeres (Ember 1983, 290-294): *a*) más tiempo dedicado al procesado del alimento vegetal debido al cultivo de cereales, también argumentado por otros autores y autoras; *b*) más tiempo en actividades de obtención de agua y combustible, debido a un mayor sedentarismo; *c*) más tiempo en el cuidado de la infancia, debido a que el trabajo infantil es más valioso en las comunidades con agricultura intensiva y a que la fertilidad es mayor, como acabamos de comentar. Para esta autora no hay una diferencia significativa entre la agricultura intensiva y la de rozas respecto a la cantidad de horas que realizan las mujeres fuera del hogar, aproximadamente 4,5 horas diarias en ambos tipos de sociedades (Ember 1983, 288).

Pero, como hemos ido viendo, el trabajo agrícola no es un bloque único, sino que tecnológicamente está formado por una serie de operaciones que van de la preparación del terreno al procesado de los productos obtenidos. El trabajo se reparte entre hombres y mujeres, y algunas operaciones son realizadas casi exclusivamente por los hombres, incluso en los sistemas donde el trabajo es preponderantemente realizado por las mujeres (Fig. 2b). El acondicionamiento que supone la

preparación de un terreno para que pueda ser trabajado y/o sembrado es realizado en todos los sistemas agrícolas preponderantemente por los hombres, ya sea la tala y quema de los árboles, en sistemas de rozas, o, por ejemplo, el aterrazamiento en sistemas más intensivos. El trabajo del suelo, sin embargo, presenta una participación mayor de las mujeres, sobre todo en el cultivo de cereales con el sistema de rozas.

En general, el trabajo de las mujeres aumenta en las operaciones posteriores, por ejemplo la siembra, si bien en la agricultura intensiva de cereales es muy reducido, al utilizarse también el arado. En cambio, en la agricultura de rozas o en el cultivo de tubérculos o raíces, en las que se puede utilizar un palo cavador o un arado, es claramente superior. Las operaciones de escardado (arrancado de las malas hierbas) son realizadas fundamentalmente por las mujeres, si bien la preparación del suelo con arado necesita menos escardado que los otros sistemas, de manera que su participación también se reduce.

La cosecha es un trabajo mucho más equilibrado tanto en la agricultura de rozas, donde de hecho es una operación típicamente femenina, como en la intensiva, donde, si bien no se da casi de manera exclusivamente femenina (aunque es la tarea agrícola con más casos), implica tanto a hombres como mujeres en un trabajo intenso que se ha de realizar en un período corto de tiempo.

En general, raramente un único sexo realiza todas las tareas agrícolas de manera exclusiva, del mismo modo que una participación igualitaria de los dos sexos en cada una de las tareas es rara. Lo más frecuente es que se dividan las operaciones, de manera que finalmente haya una responsabilidad compartida entre los sexos para la secuencia entera, como sucede en África (Burton *et al.* 1977, 245-246).

Los datos recopilados por Murdock y Provost (1973) no especifican la división del trabajo en los procesos de limpieza de la cosecha. Tienen en cuenta la preparación de los alimentos vegetales, tarea que corresponde casi exclusivamente a las mujeres, pero no las operaciones de trilla, que se suceden entre la cosecha y la preparación de los alimentos vegetales, que sí están contemplados por estos autores y son tareas casi exclusivamente femeninas como la molienda (Murdock y Provost 1973, 207, tabla 1). Estas operaciones suponen el final del proceso agrícola y en algunos casos podríamos decir que se encabalgan con el trabajo doméstico, tal y como lo hemos definido anteriormente.

A este respecto creemos que conviene aclarar dónde podemos encontrar el límite entre el trabajo agrícola y el trabajo doméstico. Por ejemplo, en el caso de los cereales, si la preparación culinaria de los alimentos es considerada trabajo doméstico, las tareas agrícolas más

cercanas a esta son el procesado y el almacenamiento. El procesado está compuesto de diversas operaciones que se pueden realizar a gran escala en un espacio corto de tiempo dentro de lo que se puede considerar el sistema agrícola, o a pequeña escala, de manera cotidiana, dentro de lo que se podría considerar una operación doméstica. Esta diferencia en la escala y temporalidad de las operaciones de procesado está en relación directa con una variable fundamental que depende de si el cereal es vestido o desnudo (es decir si mantiene las glumas una vez trillado o no).

En el caso de los cereales desnudos, como el trigo común, estas operaciones tienen como objetivo separar el grano de la paja, de las glumas, aristas y otros fragmentos de espiga, así como de las malas hierbas, y se realizan mayormente después de la cosecha, hasta que el grano está casi limpio y se puede almacenar. Estas operaciones son fundamentalmente la trilla, el aventado y el cribado grueso, y forman parte de las tareas consideradas agrícolas. Cuando se quiere consumir, solamente requiere de un cribado fino y una limpieza manual de las malas hierbas que podían quedar y ya está listo para moler o cocinar. Todo esto en un proceso ya totalmente doméstico.

Si se trata de cereales vestidos, como el trigo almidonero, la cebada vestida o la escanda (entre otros), el grano, aunque también trillado, se debe almacenar vestido (cada grano por separado pero con las glumas enganchadas, como la cebada vestida) o en espiguilla (como el trigo almidonero), ya que sin sus cubiertas no es tan resistente como el cereal desnudo. Este hecho supone que las operaciones de limpieza posteriores al almacenamiento sean mayores, y por tanto el trabajo del procesado doméstico de estos cereales más complejo: torrefactado, desgranado, cribados múltiples.

Se podría establecer el límite entre el trabajo propiamente agrícola y el doméstico en el almacenamiento, ya que significa el final del proceso agrícola, del que el grano almacenado sería el producto final. Una vez es recuperado en el ámbito doméstico para su consumo, se convierte en la materia prima, sobre la cual se realizan una serie de operaciones para una preparación concreta. Este límite variará, pues, según el tipo de vegetal, el tipo de cereal y el tipo de almacenamiento, y siempre que la molienda sea doméstica, ya que, en el momento en que se realizara a una escala mayor, el límite de lo doméstico se volvería a desplazar.

Aparte de tener las mujeres un papel importante en las operaciones finales del proceso agrícola, así como de ser las propietarias de los campos o tener alguna independencia económica, pueden ser también las encargadas del almacenamiento (Hastorf 1991, 134-135; Milledge 1997, 102).

2. Los sistemas agrícolas prehistóricos en el nordeste de la península Ibérica

Hasta ahora hemos descrito el reparto diferencial del trabajo agrícola entre hombres y mujeres según el sistema de cultivo y las plantas cultivadas preponderantes, a partir de los datos etnográficos. Con todas las reservas ya mencionadas anteriormente, los modelos inferidos nos servirán para contrastar los datos arqueológicos que nos permitan aproximarnos a una posible división del trabajo agrícola en la prehistoria del nordeste peninsular. Sin embargo, es imprescindible contextualizar primero estos datos con el conocimiento que disponemos sobre los cultivos y sistemas agrícolas empleados por las comunidades que habitaban la zona.

Desde los inicios de la agricultura en el nordeste de la península Ibérica se conocen cuatro tipos de cultivos: los cereales, las leguminosas, los frutales y el lino (Alonso 1999; Pérez *et al.* 2007; Buxó y Piqué 2008; Albizuri *et al.*, 2011; Sanmartí *et al.*, 2011; Antolín 2016). Los cereales son claramente las plantas cultivadas preponderantes, mientras que las leguminosas son secundarias, aunque constantes, así como el lino, más puntual. La viña, el olivo o la higuera, por su lado, no tuvieron una entidad significativa hasta época ibérica.

Los principales cereales cultivados en esta zona, y de hecho en todo el Mediterráneo occidental, son la cebada vestida (*Hordeum vulgare*) y el trigo común/duro (*Triticum aestivum/durum*), seguidos por la cebada desnuda (*Hordeum vulgare* var. *nudum*) y el trigo vestido (*Triticum dicoccum*). A finales de la Edad del Bronce, y sobre todo durante la Primera Edad del Hierro se expande también el cultivo de los mijos (*Panicum miliaecum* y *Setaria italica*). No entraremos en detalles sobre la evolución de estos cultivos, aunque se puede plantear una situación bastante estable durante el Neolítico y la Edad del Bronce, con un aumento paulatino de la importancia de la cebada vestida y del trigo común/duro, y un descenso menor del trigo almidonero y sobre todo de la cebada desnuda. Las leguminosas principales son la lenteja (*Lens culinaris*) y el guisante (*Pisum sativum*), si bien el espectro de especies es más amplio. Respecto a la implantación de la viticultura, no se consolidó hasta época ibérica, si bien ya era conocida en el siglo VII a. n. e. (Pérez *et al.* 2008). Nos encontramos, pues, durante toda la prehistoria, con una agricultura basada principalmente en el cultivo de cereales.

Pero los datos arqueobotánicos nos dan poca información sobre el sistema de cultivo utilizado, aunque uno de los indicadores potenciales podría encontrarse en los restos de plantas arvenses o malas hierbas que acompañan a las plantas cultivadas en los campos y también en el registro arqueológico. Las oscilaciones en la frecuencia de un tipo u otro de taxones podrían indicar cambios en los sistemas de cultivo. Sin embar-

go, la composición taxonómica de la muestra arqueobotánica puede estar influida por muchos factores, desde los efectos de las operaciones de limpieza de la cosecha —que pueden estar priorizando un tipo concreto—, hasta la misma carbonización.

Los cultivos secundarios, con una producción posiblemente menor, podrían haber sido cultivados en un sistema de huertos o terrenos de alta productividad cercanos a cursos de agua. En cambio, los cereales podían haber sido cultivados con sistemas de rozas o sistemas más intensivos de ciclo corto (con barbecho). Los útiles agrícolas recuperados en los yacimientos arqueológicos pueden ofrecer pistas sobre las operaciones y los sistemas de cultivo.

El sistema agrícola de rozas no necesita un utillaje numeroso. Uno de los útiles fundamentales es el hacha, que no es propiamente un útil agrícola pero tiene una gran importancia en la apertura de espacios para el cultivo. Las hachas líticas pulidas, y también las azuelas, que pueden haberse utilizado también para talar árboles, son bien conocidas y abundantes en el registro arqueológico, sobre todo durante el Neolítico y la Edad del Bronce, si bien también se conocen ejemplares de la Edad del Hierro (Alonso 1999, 172-173; Buxó y Piqué 2008). Como veremos en el siguiente apartado, se trata de un útil que en las necrópolis aparece asociado fundamentalmente a los hombres, lo que seguramente confirmaría la dedicación de estos a los trabajos de apertura de nuevos campos. Las hachas son bien conocidas también durante la Edad del Bronce y la Edad del Hierro, cuando podían ser multifuncionales y tener valor como armas o como *hachas-moneda*.

Otro útil característico de la agricultura de rozas y la hortícola sería el palo cavador, un útil que se puede utilizar para sembrar o plantar, para desterronar (sobre todo si es de grandes dimensiones) y para desenterrar tubérculos o raíces, de manera que también puede ser utilizado en la cosecha y la recolección de plantas silvestres. Si bien puede tener un contrapeso en piedra, la parte principal del útil es de madera, de manera que se conservan muy pocos ejemplares. Sin embargo, gracias a las excavaciones arqueológicas realizadas en el yacimiento lacustre neolítico de La Draga (Baño-las, Girona), de finales del vi milenio a. n. e., se han podido recuperar un buen conjunto de 24 ejemplares conservados gracias a las condiciones húmedas en las que se encuentra (Bosch *et al.* 2006). En este conjunto se observan dos grupos, uno de palos cortos, que según los autores pudieron servir principalmente para plantar o sembrar, y otro de palos largos, que podían utilizarse para cavar agujeros y también para abrir surcos, presionando con las manos o con el pie, algunos de ellos directamente paralelizables con la laya. El uso de estos útiles es característico principalmente en huertos, donde se trabaja intensivamente el suelo en pequeños

espacios de tierra, o en la agricultura de rozas, en la que el trabajo del suelo es mínimo y los palos se utilizan para sembrar.

El sistema de agricultura intensiva con barbecho depende, como ya hemos reiterado, del arado. Desgraciadamente es uno de los útiles más difíciles de identificar en nuestra zona, ya que hasta la introducción de la reja de hierro se construían completamente de madera. Existe la posibilidad de que se utilizaran rejas líticas, de las que podrían conservarse algunos ejemplares, si bien son de cronología desconocida (Bosch 1984, 231). Los testigos más antiguos del trabajo con arado en Europa provienen de las representaciones de escenas, de los ejemplares conservados y de los huellas de surcos en los campos. Las pruebas de su utilización son numerosas a partir de la segunda mitad del iv milenio (Pétrequin *et al.* 2006). En el nordeste de la península los restos de bóvidos recuperados en los yacimientos neolíticos no presentan huellas de haber sido utilizados para el tiro, ni siquiera en La Draga, donde algunas piezas de madera recordaban elementos de yugo, pero donde los investigadores descartan esta posibilidad para el vi milenio (Tarrús *et al.* 2006). En el mundo ibérico se conocen rejas de arado en hierro, además de arados votivos como el de Covalta (Pla 1950-51), desde el siglo v a. n. e. (Rovira 2000).

Tanto la siembra como la cosecha pueden ser realizadas con múltiples sistemas (Alonso 1999, 178-179), muchos de los cuales no necesitan de instrumentos, sino que se realizan con las manos, y por tanto no dejan evidencia material directa (como ejemplo, el proceso de arrancar el cereal con las manos). La siega con cuchillo y con hoz es bien conocida: los denominados dientes de hoz constituyen una de las piezas líticas más comunes en los yacimientos prehistóricos y protohistóricos. También son bien conocidas las hoces de hierro (Rovira 2000).

El procesado de los cereales parece similar en todas las épocas, a partir del análisis de los restos arqueobotánicos de trilla (partes de la espiga que no son propiamente el grano y que provienen de las operaciones de procesado) y los restos de malas hierbas. En los yacimientos arqueológicos se recuperan principalmente los restos de los últimos estadios de las operaciones de limpieza que ya hemos comentado en el apartado anterior, realizadas a partir del estado en el que el grano fue almacenado (generalmente en estado semilimpio). Por tanto, pueden corresponder principalmente a unas tareas domésticas cotidianas y no tanto al sistema agrícola (Alonso *et al.* 2008). En este tipo de restos el trigo almidonero, que se almacena generalmente en espiguilla, está mucho más representado que el trigo común/duro o la cebada vestida. Sin embargo, es evidente que antes del almacenamiento se realizaba la secuencia de operaciones de la trilla, de la que poseemos pocos da-

tos directos, excepto algunas piezas líticas que podían utilizarse para cortar los tallos sobre el suelo o para separar la espiga o la raíz (Gibaja 2003, 135-136).

Por tanto, con los datos actuales, la identificación de un sistema agrícola mayoritario en el nordeste peninsular durante la prehistoria y la protohistoria es difícil. Se puede reconocer tanto una agricultura de rozas como una horticultura a partir de la presencia de palos cavadores y múltiples hachas y azuelas, que podrían haber sido características durante el Neolítico (Buxó y Piqué 2008, 195-200). Se debe tener en cuenta, por otro lado, que buena parte de los indicios de una agricultura intensiva de barbecho son indirectos hasta la utilización de las rejas de arado de hierro. Considerar la posibilidad de la aplicación de una agricultura intensiva durante la Edad del Bronce es complejo, pero los datos faunísticos en relación con la utilización de bueyes y hasta caballos como fuerza de trabajo, como mínimo desde el Bronce final, y la confirmación de la utilización del arado en Europa desde el IV milenio, como hemos visto, nos hace considerar seriamente la aplicación de este sistema. Su implantación podría ser gradual durante el segundo y primer milenio, así como la colonización y la extensión de nuevos campos de cultivo y pasto, ya que hasta época ibérica no se observa una verdadera antropización del paisaje (Albizuri *et al.* 2011).

Tenemos pocos datos paleoecológicos que den información sobre la utilización del fuego para el aclarado de espacios por parte de las comunidades prehistóricas en el nordeste peninsular, en lo que sería un sistema de rozas. Sin embargo los sondeos de Mercabarna, Besòs y Cubelles (Riera 1995) localizan unas fases de perturbación de la vegetación debidas a incendios durante el Neolítico antiguo y medio, con una concentración importante de microcarbones y un aumento de otros indicadores de actividad agrícola y ganadera. En cambio, en las fases más recientes de 6000-5000 a.C., su uso debió de ser más limitado y se propone la posibilidad de que estos cambios respondieran a estrategias diferenciadas del uso del medio natural. Por ejemplo, en el Ampurdán o en el Pla de Barcelona, la incidencia antrópica sobre la vegetación se inicia hacia el 4000 a.n.e. (Riera y Parra 1994), con acciones humanas puntuales e intermitentes que no debían de afectar a la capacidad de recuperación de la vegetación arbórea. No es hasta aproximadamente el cambio de era que los diagramas polínicos muestran con claridad el carácter generalizado en el espacio y en el tiempo de la acción humana sobre la vegetación, que no permitirá ya la recuperación del bosque.

Proponemos pues unos sistemas agrícolas basados en los cereales, con el complemento de leguminosas, cultivados con sistemas de rozas u hortícolas durante el Neolítico, que se pudieron ir intensificando durante la Edad

del Bronce, con la introducción del arado, y finalmente una utilización más generalizada de sistemas intensivos de ciclo corto con arado de reja de hierro, introducción de la viña y posibles rotaciones con leguminosas, cereales de primavera o irrigación en época ibérica.

3. Arqueología de las mujeres agricultoras

La bibliografía arqueológica, antropológica y feminista ha desarrollado numerosas generalizaciones acerca de los posibles cambios en el trabajo de hombres y de mujeres asociados al origen de la agricultura, muchos de ellos basados, tanto crítica como acríticamente, en los datos etnográficos presentados en el punto 2 de este trabajo. En este apartado nos referiremos a los planteamientos efectuados en referencia al proceso de domesticación y el desarrollo posterior de la agricultura, así como a los datos arqueológicos directos que nos informan sobre las actividades agrícolas de las mujeres.

3.1. Las mujeres recolectoras y el origen de la agricultura

Las mujeres con sus hijos y nietos comenzaron a explorar el crecimiento de las plantas que crecían alrededor de sus casas.

Aprendieron al fin qué frutos calmaban el hambre, qué hojas y raíces curaban la enfermedad y la aflicción, y cuáles trabajaban mágicamente en el ojo, la boca y la cabeza.

La diosa Deméter miraba cariñosamente cómo los mortales aprendían cada vez más acerca de sus plantas. Viendo que sus vidas eran difíciles y sus provisiones esporádicas, fue empujada a hacerles el regalo del trigo. Les mostró cómo plantar la semilla, cultivar y finalmente recolectar el trigo y molerlo. Los mortales siempre confiaron el proceso esencial de plantar el alimento a las mujeres, esperando que la fecundidad de su matriz pudiera ser transferida a los campos que tocaban.

Esta es una versión de Ch. Sprenak (2009, 9) del mito de Deméter y Perséfone, realizada a partir de fragmentos textuales y otras evidencias. Se trata de un texto que parece resumir miles de años de historia humana y que puede acompañar muchas de las interpretaciones realizadas sobre el posible papel destacado de las mujeres en el origen de la agricultura (Stanley 1981).

De hecho, en los estudios antropológicos y arqueológicos está ampliamente aceptada la idea de que en las sociedades cazadoras-recolectoras las mujeres son las encargadas de la recolección de plantas para la alimentación (que en dos tercios de ellas depende de las plantas en un 60-70 por cien), así como para usos medicinales, de vestido, cuerdas, contenedores y otros

propósitos (Flannery 1969, 79; Ehrenberg 1989, 52-53; Milledge 1997, 101). Si esta asunción es correcta, cabe deducir que, antes de la domesticación de las plantas, las mujeres debieron de observar con atención sus características, los lugares en los que crecían de forma preferente, la estacionalidad y los hábitos de crecimiento. Algunas autoras, sin embargo, son muy críticas con este punto de vista. Consideran que arqueológicamente no se puede demostrar que haya una división del trabajo en las comunidades cazadoras-recolectoras y hacen hincapié en algunos paralelos etnográficos de grupos que realizan estas actividades de manera mixta (Crabtree 1991).

Si bien no conocemos la proporción de los componentes de la dieta de las poblaciones cazadoras-recolectoras paleolíticas y mesolíticas, son comunes las evidencias de que se consumía gran variedad de alimentos vegetales, muchos de los cuales se podían preservar, como los frutos secos, además de ser una importante fuente de proteínas. En el nordeste y el este peninsular eran comunes las avellanas, las bellotas, los endrinos, los serbales, los madroños y las manzanas/peras, así como algunas leguminosas y gramíneas (Aura *et al.* 2005; Buxó y Piqué 2008, 39-45).

Asumiendo que las mujeres eran las mejores conocedoras del mundo vegetal, muchas autoras y autores consideran que, en el paso de la recolección intensiva a la agricultura incipiente, seguramente la responsabilidad del proceso de domesticación de las plantas fuera de ellas (Rohrlich-Leavitt 1977, 38; Stanley 1981; Ehrenberg 1989, 77-78; Watson y Kennedy 1998, 185).

Sin embargo, Watson y Kennedy (1998, 185) plantean que la historiografía prehistórica ha planteado este tema siguiendo dos propuestas, que en cierta manera tienden a minimizar la implicación consciente de las mujeres en el proceso de domesticación. Una primera propuesta se basa en la suposición de que las mujeres debieron de estar limitadas por sus responsabilidades reproductivas, a las que se añadirían ciertos rasgos de la personalidad de hombres y mujeres, que harían a los hombres activos (asociados a la caza y a los animales) y a las mujeres pasivas (asociadas a la recolección y a las plantas). Una segunda propuesta se basa en la observación de la división sexual casi universal en las sociedades cazadoras-recolectoras, pero sin suponer ninguna característica psicológica innata o niveles separados de hombres y mujeres.

Reconociendo las evidentes capacidades de las mujeres para la invención tecnológica, A. Stanley (1981, 291) les atribuye, además de la domesticación de las plantas, invenciones relacionadas con la recolección (el palo cavador, los sacos o bolsas para transportar, el cuchillo de segar o la hoz), las relacionadas con el procesamiento de los vegetales y otros productos (el mortero, el

molino, los métodos de aventado, torrefactado y lavado del grano con sus útiles correspondientes, los métodos de eliminación de sustancias tóxicas o amargantes, algunas formas de cocinar), y, finalmente, invenciones relacionadas con el almacenamiento (los cestos, los silos, el secado y ahumado o la preservación con miel).

M. Ehrenberg (1989, 38-107) considera que, desde el punto de vista de las vidas de las mujeres, el período Neolítico es posiblemente la fase más importante de la prehistoria. Durante el Paleolítico y el Mesolítico, las mujeres debieron de disfrutar de una mayor igualdad con los hombres, ya que en las comunidades cazadoras-recolectoras eran las mayores proveedoras de comida, y este hecho les era reconocido socialmente. Sin embargo, según esta autora, probablemente en la Edad del Bronce la mayor parte de los roles de género diferenciados ya se habrían establecido en Europa. Este cambio crucial necesariamente se tuvo que dar, pues, durante el Neolítico, y debió de estar en relación con el rol de los animales en la economía prehistórica europea, que provocó ciertos cambios que probablemente llevaron a la dominación masculina de la agricultura. La introducción de carros y arados, y una explotación a mayor escala de la leche y otros productos secundarios, lo que A. Sherratt denominó la *revolución de los productos secundarios* de finales del Neolítico y el Calcolítico (Sherratt 1997), le sirven de marco a Ehrenberg para localizar en este momento (hacia finales del IV milenio-III milenio a. n. e.) una inflexión entre una agricultura extensiva u horticultura que se habría llevado a cabo en Europa durante el Neolítico con un trabajo mayoritario de las mujeres, y una agricultura intensiva durante la Edad del Bronce, en la que el trabajo debió de ser realizado fundamentalmente por los hombres.

Desgraciadamente, la iconografía humana en Europa relacionada con el trabajo agrícola es muy reducida: principalmente las escenas representadas en el arte levantino, los grabados alpinos y algunas pinturas en cerámica.

En el arte postpaleolítico levantino de la península Ibérica existen múltiples figuraciones de mujeres realizando actividades relacionadas seguramente con la recolección o la agricultura (Escoriza 2002, 65-68). Se trata de mujeres de pie o levemente inclinadas y/o agachadas hacia el suelo, sosteniendo con las manos diversos tipos de objetos: uno o dos palos cortos (que podrían relacionarse con palos cavadores), una vara larga, ramas o tallos. Podrían tratarse de escenas relacionadas con la siembra, la cosecha, la recolección de hierbas, raíces y/o pequeños arbustos, u otros trabajos relacionados con el mantenimiento de los campos. Siempre que se puede reconocer el sexo, se trata de mujeres, y por tanto estas representaciones relacionan directamente el trabajo de las mujeres con la producción y/o recolección de los vegetales, utilizando técnicas que, de

ser agrícolas, podrían estar relacionadas con la agricultura de rozas o la horticultura.

En Europa se conocen otras representaciones de mujeres que podrían estar usando palos cavadores, por ejemplo en las pinturas realizadas sobre roca en Suecia, en este caso ya de la Edad del Bronce (Milledge 1997, 99). Sin embargo, cuando las escenas agrícolas representan arados y figuras humanas que los conducen, la situación es diferente, como parece ocurrir desde finales del IV milenio a. n. e. en grabados del Calcolítico y del Bronce antiguo de los Alpes centrales italianos. En este caso las figuras representadas que están claramente sexuadas son siempre hombres, lo que induciría a inferir una estrecha relación entre la utilización del arado y el mundo masculino, tanto en el simbolismo como en la práctica (Fedèle 2006, 57).

También las escenas de labranza con arado representadas en *kalathoi* ibéricos de Teruel (Cabezo de Alcalá y Cabezo de la Guardia) representan a hombres labrando con arado, que, si bien pueden tener un significado simbólico, demuestran que este instrumento en el mundo ibérico se encontraba también dentro de la esfera masculina (Lucas 1990).

A pesar de su escasez, estas representaciones parecen sugerir un protagonismo mayor de las mujeres en actividades de recolección y agricultura durante el Epipaleolítico y el Neolítico, y un cambio en la Edad del Bronce con la aparición del arado.

3.2. Antropología física y asociaciones funerarias

A pesar de la importancia de los estudios de grupos humanos contemporáneos que hemos comentado en el segundo apartado, en general se limitan a analizar una parte de las variaciones culturales de las sociedades humanas a través de la historia, las que han sobrevivido hasta nuestros días. Además, como ya hemos mencionado anteriormente, en el tiempo en que fueron observadas estas sociedades ya estaban a menudo fuertemente influenciadas por la participación en el mercado mundial o por valores occidentales.

Por lo tanto, es indispensable realizar estudios puramente arqueológicos que no estén mediatizados por las interpretaciones basadas en modelos etnográficos. La complejidad y la diversidad en los procesos agrícolas y sociales pueden ser muy pronunciadas, y la arqueología puede matizar algunas de las hipótesis uniformadoras planteadas para la historia de la división sexual del trabajo que acabamos de ver en los apartados anteriores.

Dos de las aproximaciones más interesantes y que en el futuro pueden dar más resultados son las ofrecidas por los estudios sobre los marcadores de actividad física y de patologías provocadas por esta en los huesos humanos, por un lado, y las asociaciones entre estudios de

huellas de uso en instrumentos depositados como ajuar en las tumbas y el sexo de los inhumados, por otro.

Respecto a la primera, existen diversos métodos basados en la observación y cuantificación de las diferentes variables esqueléticas que se pueden utilizar para estudiar las actividades socioeconómicas y las condiciones de vida de las poblaciones (Larsen 1997). Por un lado, tenemos las fracturas, ya que no todas se producen por mecanismos violentos, únicos y directos, sino que pueden ser causadas también por microtraumatismos repetitivos y que, por tanto, pueden estar relacionadas con actividades diarias y reiteradas. Por otro lado, los marcadores de estrés musculoesquelético son ampliamente utilizados. La robustez del esqueleto, las dimensiones de los huesos largos, la estructura de las diáfisis y las patologías osteoarticulares reflejan la fuerza operada en los huesos a lo largo de la vida (Bridges 1989, 385; Wilczak 1998; Peterson 2002; Al Oumaoui *et al.* 2004; Galtes *et al.* 2006).

Hasta el momento, los trabajos se han dirigido al análisis de posibles diferencias entre poblaciones cazadoras-recolectoras y agricultoras-pastoras, y entre poblaciones que realizan sus actividades en zonas planas y en zonas montañosas.

Entre los primeros destacan los estudios realizados en el Próximo Oriente (Peterson 1992) y en Estados Unidos (Cohen y Armelagos 1984; Bridges 1989; Wilczak 1998; Cohen y Bennett 1998). En general, los primeros agricultores del este de los EE.UU. presentan unas diáfisis más gruesas y fuertes que los cazadores-recolectores de la misma zona, lo que sugiere que realizaban unas actividades más duras (Bridges 1989, 391-392). En algunos casos se observa, además, un patrón diferente entre hombres y mujeres que practicaban el cultivo de cereales: los hombres muestran un incremento mayor de la fuerza en las piernas, mientras que las mujeres muestran cambios menores, pero tanto en los brazos como en las piernas, lo que sugiere un incremento en la variedad de tareas. En otros casos, las poblaciones con una economía basada en la agricultura presentan menos dimorfismo en las extremidades inferiores, y por tanto se cree que hombres y mujeres realizaban actividades similares (Wilczak 1998). Así pues, debido a la naturaleza amplia y bastante general de los cambios, es difícil afinar diferencias en actividades específicas. Solamente la molienda con mortero está claramente reflejada en el incremento importante de la fuerza y las dimensiones de los húmeros de las mujeres, especialmente cerca de los codos (Bridges 1989, 392).

También en el sudoeste asiático la musculatura de los hombres parece experimentar cambios más profundos que la de las mujeres, fundamentalmente más estables. Por tanto, Peterson (2002, 124) concluye que los cambios más significativos se debieron de dar en el

trabajo de los hombres, al menos en el transcurso de los primeros estadios de la transición hacia la domesticación. Sin embargo, para esta autora existen pocos datos disponibles que sugieran diferencias significativas en la carga de trabajo o la actividad entre mujeres y hombres durante el Neolítico. Parece darse un estilo de vida asociado a una mayor demanda física, pero tanto hombres como mujeres debieron de trabajar duramente en algunas actividades. Esta autora no observa una división sexual del trabajo bien establecida hasta la Edad del Bronce (Peterson 2002, 145).

Entre los estudios realizados en relación con la ubicación geográfica de los grupos, nos referiremos principalmente a algunos trabajos realizados en la península Ibérica, donde las poblaciones que presentan un mayor dimorfismo en las piernas eran las que posiblemente realizaban una actividad de pastoreo mayor y vivían en tierras más escarpadas (como las poblaciones de la Edad del Bronce de El Argar, Granada), mientras que las que no lo presentan se basaron seguramente en la agricultura (como las calcolíticas de La Carada, Granada) (Al Oumaoui *et al.* 2004, 357-358).

La constatación de poblaciones acostumbradas a caminar por zonas escarpadas también se ha establecido en la cueva sepulcral de la Edad del Bronce de Montanisell (Lérida) (Armentano *et al.* 2008). En el yacimiento del llano occidental catalán de Minferri (Lérida), también de esta época, se observa un dimorfismo sexual claro en todos los casos, especialmente a nivel del volumen y estructura ósea general de los adultos. En contraste, las inserciones musculares, especialmente las de los huesos largos, aparecen muy marcadas en casi todos los individuos, tanto en hombres como en mujeres (Agustí 2009, inédito).

En la cultura argárica los patrones hallados entre hombres y mujeres son distintos, y los índices de artrosis y actividad muscular muestran que los hombres realizaban actividades más intensas, centradas en los hombros, el sector dorsal de la columna y los pies, y también en los miembros superiores. Estos datos permiten deducir que los hombres argáricos realizaron actividades que requerían fuerza muscular y caminar por terrenos duros y escarpados, con cierto riesgo de sufrir traumatismos. Las mujeres, en cambio, podrían haber realizado principalmente actividades centradas en el entorno doméstico, que requerían menos fuerza y menor movilidad, como la molienda (Botella *et al.* 1995; Jiménez *et al.* 1995; Al Oumaoui *et al.* 2004, 357-358; Jiménez *et al.* 2004, 151).

Respecto a la relación entre el uso de los útiles depositados en los ajueres funerarios y el sexo de los inhumados, nos centramos en el ejemplo de los análisis realizados por J. F. Gibaja en las necrópolis neolíticas de Sant Pau del Camp, Bòbila Madurell y Camí de Can Grau, Barcelona (Gibaja 2003, 238-239). En

estas necrópolis, la existencia de asociaciones establecidas estadísticamente demuestra que la vinculación de ciertos objetos con determinadas personas de un sexo y/o edad concreta no se produce aleatoriamente. Los resultados no siempre son homogéneos, pero se pueden establecer unos patrones: 1) algunos materiales tienden a aparecer más con los hombres o con las mujeres, con los niños o con los adultos; 2) otros pueden estar presentes con cualquier individuo, independientemente de sexo y edad; 3) algunos objetos son poco corrientes; 4) se documentan inhumaciones en las que no se ha dejado nada o casi nada que se haya conservado; 5) en cambio, otras inhumaciones poseen un ajuar destacado respecto al resto de la población, tanto en calidad como en cantidad.

Centrándonos en el instrumental agrícola y en el primer y segundo supuestos, observamos que los resultados son variables (Gibaja 2003, 245). Los útiles líticos relacionados con la agricultura que presentan huellas de haber sido usados con plantas leñosas están asociados más a los hombres en Sant Pau del Camp, a las mujeres en Camí de Can Grau y a los dos sexos en Bòbila Madurell. Respecto al corte de cereales (siega), se trata de una actividad que no suele estar representada solamente por un número considerable de instrumentos, y esas piezas aparecen asociadas con bastantes individuos, sean hombres o mujeres. De hecho, los instrumentos más relacionados con las mujeres tienden a ser utilizados para trabajar la piel, y paradójicamente, los molinos están principalmente asociados a los hombres.

Por tanto, observamos que, hasta el momento, las asociaciones arqueológicas no son excesivamente claras, y se ha de tener en cuenta que los útiles recuperados se relacionan principalmente con la cosecha de los cereales, una tarea en la que, como hemos dicho, se necesitaba una fuerza de trabajo importante en un momento determinado, probablemente formada por hombres y mujeres.

4. Conclusiones: la búsqueda debe continuar

Con el título de este trabajo hemos querido resaltar el hecho de que realmente en el presente texto principalmente hemos llevado a cabo una búsqueda en la bibliografía existente, y que las conclusiones constituyen sobre todo un estímulo para continuar la investigación sobre el trabajo de las mujeres en la agricultura del pasado. Esta búsqueda se ha realizado a partir de modelos etnográficos, datos arqueológicos sobre los sistemas agrarios y sobre los contextos en los que se puede investigar directamente la presencia masculina y femenina, la iconografía, los contextos funerarios y los esqueletos de las mujeres y los hombres protagonistas de estos trabajos.

Hemos planteado unos aspectos clave que consideramos pueden ayudar a establecer un punto de partida. A pesar de los múltiples problemas planteados por la utilización de los modelos etnográficos disponibles, creemos que pueden ser una herramienta básica para ayudarnos a establecer hipótesis sobre la evolución del trabajo de las mujeres entre los inicios de la agricultura y el mundo ibérico. Como hemos visto, actualmente parece haber estado muy ligado a la contribución de la agricultura al total de actividades de subsistencia y al sistema de cultivo aplicado; por tanto, estos serán los puntos básicos a tener en cuenta. A partir de los datos disponibles, podemos considerar que las primeras comunidades agrícolas del nordeste de la península Ibérica practicaban unos sistemas agrícolas basados en el cultivo de diversos cereales, complementados con leguminosas, también variadas. Durante el Neolítico, debieron de llevar a cabo un tipo de agricultura de rozas u horticultura, que durante el Calcolítico y la Edad del Bronce se iría intensificando (con la introducción del arado, por ejemplo), hasta desembocar en una agricultura intensiva a la que hay que añadir la viña y el olivo en época ibérica.

Planteamos como hipótesis que la base de la recolección durante el Epipaleolítico podía estar en manos de las mujeres, las cuales, una vez introducida la agricultura, podrían haber continuado siendo las que realizaban la mayor parte de las tareas agrícolas en los sistemas de rozas y de horticultura durante el Neolítico, ya fuese como consecuencia de la situación anterior o influenciadas por influjos externos. Una presión demográfica, un desarrollo tecnológico y una mayor densidad de población, acaecidos de manera paulatina durante la Edad del Bronce, debieron de desembocar en una intensificación de la agricultura de cereales a finales de la Edad del Bronce y principios de la Edad

del Hierro, en la que posiblemente los hombres tomaron un papel preponderante. La escasa iconografía conocida parece reforzar la hipótesis, si bien siempre se ha de tener en cuenta la presencia de figuras realizando trabajos agrícolas que no están determinadas sexualmente.

A partir de este planteamiento, es necesaria una investigación arqueológica concreta que nos permita ratificarla o rectificarla. La investigación se podría iniciar, por un lado, analizando con detalle el contexto paleoeconómico y paleoecológico a partir de las variables asociadas a una mayor o menor preponderancia del trabajo de la mujer en la agricultura planteadas por la antropología. Esas variables eran principalmente las condiciones ecológicas, el tipo de cultivo, la importancia de los animales, la utilización o no del arado, la densidad de población y la importancia del trabajo doméstico. Algunas de ellas ya han sido comentadas y pueden haber sufrido cambios significativos a lo largo de la prehistoria y la protohistoria. Seguramente, también dentro de cada variable existió una diversidad importante, de la misma manera que la información etnográfica tampoco es monolítica.

Sin embargo, los datos más significativos sobre el trabajo de la mujer en agricultura, en particular, y la división sexual del trabajo, en general, creemos que pueden provenir de investigaciones específicas sobre los marcadores de actividad física procedentes de la antropología física, y también del estudio detallado por sexo de las huellas de uso de los útiles de los ajueres de las necrópolis. De hecho, estos son los datos de base, que, como hemos visto, de momento no siguen un patrón claro, si bien una ampliación de la muestra será indispensable para evitar caer en generalizaciones a partir de unos pocos estudios puntuales en lugares distantes.

Las cuentas claras: el rol de la mujer ibérica en la economía doméstica

Helena Bonet Rosado

Museu de Prehistòria de València

Consuelo Mata Parreño

Departament de Prehistòria i Arqueologia, Universitat de València

Los avances teóricos y metodológicos que se han producido en la arqueología en los últimos años del siglo xx han proporcionado la posibilidad de abordar el estudio del mundo antiguo desde un amplio abanico de enfoques. Tras el auge de las investigaciones sobre paisaje y territorio, se ha dado paso a la escala más pequeña del análisis territorial, es decir, los espacios domésticos. Su investigación puede hacerse desde diversas perspectivas que, en las últimas décadas, se ha enriquecido con la incorporación de la arqueología de género en cualquiera de sus formulaciones teóricas (Pallarés 2000) con el objetivo de conocer a las personas que en ellos vivían y se interrelacionaban.

La investigación española está aceptando con lentitud esta nueva forma de analizar los datos arqueológicos (Díaz-Andreu 2005a), a pesar del dinamismo de los grupos radicados en las universidades de Barcelona, Granada y Madrid. La arqueología ibérica sigue una trayectoria paralela. En ella se pueden encontrar trabajos sobre las mujeres en todas las obras colectivas sobre arqueología del género y también de forma individualizada. Pero no es este el lugar para hacer la breve historia sobre esta nueva línea de investigación, que ya ha sido tratada por otras autoras en diferentes obras (Rísquez y Hornos 2005; Prados 2008; Rísquez *et al.* 2008), sino de abordar nuevos retos.

La imagen de la mujer ibera

Las mujeres han sido tema de estudio desde los orígenes de la arqueología ibérica. Y ello gracias a los descubrimientos, a finales del siglo xix, de esculturas tan famosas como las damas de Elche y del Cerro de los Santos. En todos estos trabajos se han analizado aspectos como la indumentaria, la joyería, el estilo, la cronología, el estatus de la mujer representada..., pero en casi ninguno de ellos se ha planteado el rol de la mujer dentro de la sociedad ibérica.

Los nuevos estudios de género de alguna manera han seguido anclados en esa tradición, pues casi todas las aportaciones se han hecho a través de la iconografía sobre cualquier soporte y del estudio de los ajueres funerarios (por ejemplo, Rísquez y Hornos 2005; Prados 2008; Rísquez *et al.* 2008; Prados *et al.* 2012). Todo ello proporciona una imagen muy parcial de las mujeres, pues solo aquellas cuyo estatus les permitía ser representadas o enterradas se han hecho visibles. Estamos ante una imagen distorsionada de las iberas, ya que solo vemos *diosas, sacerdotisas, oferentes, aristócratas* y, en algún caso, *madres, jóvenes, tejedoras*. La mayor parte de las mujeres sigue siendo invisible, es decir, las esposas, madres, hijas, campesinas, artesanas, administradoras, libres o siervas, y tantas otras identidades que pudieron tener. Son las que se pueden rastrear a través de los espacios domésticos. Espacios domésticos que, con una amplia bibliografía en los últimos años, apenas han sido tratados por la arqueología del género (Guérin 1999; 2005; Masvidal *et al.* 2000). Este libro viene, en parte, a saldar una deuda con esas mujeres doblemente invisibles.

El *hogar*, la *familia*, la *unidad doméstica*, son términos utilizados, indistintamente, por la investigación para referirse a la unidad mínima de producción después del individuo; y no vamos a descubrir algo nuevo cuando afirmamos que se trata de un ámbito de actuación identificado universalmente con las mujeres (Curià y Masvidal 1998, 230; Montón 2000). En él se desarrollaban las actividades de mantenimiento, que, en el marco cultural y cronológico en el que nos movemos, estaban en manos de las mujeres. La unanimidad desaparece cuando se trata de dar valor económico a estos trabajos, pues, en muchos casos, son considerados como la «natural dedicación» de las mujeres sin trascendencia alguna en la sociedad. Nosotras, en cambio, estamos de acuerdo con las investigadoras (Montón 2000) que afirman que estas actividades desarrolladas en el ámbito doméstico son multiespacias-

les, es decir, que traspasaban las paredes de la casa para salir al exterior e interactuar con otras esferas sociales y económicas. Las actividades de mantenimiento, imprescindibles para la reproducción biológica y social del grupo, tienen incidencia en la economía doméstica y tienen una vertiente pública. En definitiva, se proyectan hacia la sociedad.

Estas breves reflexiones nos sirven para plantear cuestiones tales como por ejemplo: si el ámbito natural de actuación de las mujeres es el espacio doméstico... ¿quiere ello decir que todas las actividades que encontramos dentro de una casa pudieron ser desarrolladas por mujeres?, ¿o solo las de mantenimiento?; y ¿qué pasa con la transformación de alimentos a gran escala o especializada (vino, aceite, molienda) y ciertas actividades metalúrgicas? (Pérez Jordà *et al.* 2000; Bonet y Mata 2002; Iborra *et al.* 2010).

La sociedad ibérica era de base campesina. Por ello, tendía al autoabastecimiento de los bienes necesarios para la subsistencia y en ella la mano de obra era, ante todo, familiar. La familia recurría al trabajo asalariado o servil cuando tenía medios suficientes (el contratante) o en caso de necesidad (el contratado). No obstante, esta sociedad también tenía la complejidad suficiente como para mantener grupos sociales al margen de la producción de alimentos o dedicados a ella a tiempo parcial. Alguno de estos trabajos los podemos encontrar en el interior de las viviendas junto a la molienda, la cocina, el tejido y la despensa. Es lo que Cahill (2005, 55) denominó *industria doméstica*, es decir, producción o procesado de bienes para la venta o consumo fuera del hogar. A través de ella se conseguía completar la renta doméstica o aumentarla.

Para obtener una visión lo más próxima posible a la realidad de la industria doméstica, lo ideal sería contrastar la información procedente de diferentes escalas de análisis como la vivienda, el asentamiento, el territorio y la necrópolis. Ahora bien, este trabajo es imposible de abordar por ausencia de alguno de los campos de análisis, ya sea la casa, el hábitat, el territorio o la tumba. Mientras tanto, en la lectura de los espacios domésticos y del hábitat es donde se encuentran reflejadas las relaciones interpersonales, ya que son el producto de las actividades desarrolladas por las personas que en ellos vivieron y se relacionaron. Es evidente que estos espacios son difíciles de interpretar debido a su dinamismo y situación cambiante a lo largo de la vida de sus ocupantes. En la excavación de un hábitat podemos encontrar los últimos objetos utilizados, pero también otros en desuso; cambios estructurales visibles y datados, pero otros que no lo son tanto.

En las comarcas centrales valencianas contamos con una documentación excepcional que resulta básica para estudiar y entender el modelo de estructuración económica, política y social del mundo ibérico

de los siglos IV-III a. C. (Bernabeu *et al.* 1986; Bonet *et al.* 1994; Bonet 1995; Bonet y Guérin 1995; Bonet y Mata 2002; Guérin 2003; Bonet *et al.* 2005; Mata *et al.* 2009; Bonet y Vives-Ferrándiz 2011; Iborra *et al.* 2010). Y de ella hemos extraído los ejemplos que vamos a tratar aquí.

Algunas industrias domésticas ibéricas

En trabajos anteriores hemos tratado, más o menos ampliamente, la existencia en algunas casas ibéricas de almazaras, lagares, hornos y molinos cuyo uso debió de ir más allá de la familia propietaria. Y esto no solo por el tamaño y la superficie ocupados por estos equipamientos, sino también por su ausencia en otras casas y asentamientos. Por ejemplo, las viviendas 1 y 2 de *Edeta* - Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia) tienen casi toda la planta baja dedicada a lagar, molienda y hornos culinarios; además, son las únicas que tienen este conjunto de instalaciones en toda la superficie excavada (Bonet 1995; Bonet y Mata 1997; Pérez Jordà *et al.* 2000). Por otro lado, el molino, un útil que parecía imprescindible en cualquier casa ibérica, no se documenta en todas ellas. Ello significa que algunas familias debieron recurrir a moler su cereal en instalaciones ajenas al hogar, por cuyo uso, necesariamente, tuvieron que pagar en especie (Iborra *et al.* 2010).

Lagares y almazaras son todavía mucho más escasos. Y, aunque no todas las familias tuvieran vides y olivos, el registro paleocarpológico indica que su cultivo estaba más extendido de lo que la presencia de instalaciones de transformación muestra. En este caso, el mantenimiento de estancias dedicadas a una actividad estacional debía de estar al alcance de pocas familias, y no es descabellado suponer que fueran utilizadas por otras (Pérez Jordà *et al.* 2000; Mata *et al.* 2009).

Como sucedía en la sociedad campesina de la antigüedad, o la de hace apenas un siglo, muchas de estas instalaciones eran manejadas y estaban gestionadas por las mujeres (Martínez López 2002; Albir 2010).

Pero, siendo estos temas interesantes, no dejan de ser actividades relacionadas con la agricultura y la alimentación y, por lo tanto, resulta más fácil de asumir que estuvieran en manos femeninas. Por ello, aquí queríamos abordar la posibilidad de que hubiera mujeres ejerciendo otros trabajos considerados tradicionalmente masculinos por tratarse de actividades que generan objetos con valor y uso (Picazo 1997).

Una de estas actividades que de forma bastante recurrente se documenta en los asentamientos ibéricos es la metalurgia del plomo y de la plata, trabajo cuyo producto final tiene un valor intrínseco que, en una sociedad premonetaria como la ibera, se utilizaba como medio de pago (Gozalbes y Ripollès 2002,

217-223). ¿Y qué relación pudo tener todo esto con el trabajo femenino?

En algunos asentamientos con amplias excavaciones, hemos podido observar que hay espacios domésticos donde se copelaba, y otros con objetos relacionados con tareas administrativas como ponderales, plomos escritos y llaves. Todo ello nos lleva a considerar que la mujer pudo tener un papel activo en la metalurgia de la plata y como administradora de la economía doméstica en el más amplio sentido de la palabra.

La metalurgia es uno de los trabajos, tradicionalmente, asociado al hombre (Ortega 1999, 109). Incluso, en la actualidad, existen sociedades que la consideran vetada a las mujeres mediante tabúes, aunque se han podido detectar contradicciones entre lo que se dice y lo que se hace realmente (Sánchez-Romero y Moreno 2005). Es decir, entre lo que mandan las reglas y la práctica cotidiana.

Para abordar esta problemática debemos tener en cuenta que el proceso metalúrgico se compone de una larga cadena operativa en la que muchos agentes sociales pueden participar. La documentación arqueológica, histórica y actual nos indica que en la extracción y la reducción de minerales, que se hacía al exterior del asentamiento, a pie de mina, pudieron participar hombres, mujeres, niños y niñas. Pero, como ya hemos señalado, aquí nos interesan los trabajos que se desarrollaban en el interior de los asentamientos que ilustraremos con tres ejemplos procedentes de La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia), El Puntal dels Llops (Olocau, Valencia) y El Castellet de Bernabé (Llíria, Valencia).

La Bastida de les Alcusses

La Bastida de les Alcusses es una fortificación del siglo IV a. C., de 5 hectáreas de extensión, próxima a la ciudad ibérica de *Saitabi* (Xàtiva, Valencia). Las casas aparecen aisladas o agrupadas en manzanas, delimitadas por ejes de circulación que recorren el poblado longitudinalmente, como la calle central y los caminos de ronda, y por otros viales transversales, más estrechos, además de los espacios abiertos (Fletcher *et al.* 1965 y 1969; Díes *et al.* 1997; Bonet *et al.* 2005). Tanto el registro, muy bien conservado debido al brusco abandono del poblado, como la amplia superficie excavada y la calidad de la documentación disponible para su estudio, convierten a La Bastida en uno de los pocos *oppida* del siglo IV a. C. que permite una aproximación a su organización urbanística y social.

Una de las actividades artesanales constatada en todo el asentamiento es la metalurgia del plomo y de la plata (Bonet y Vives-Ferrándiz 2011, 113-121), si bien aquí vamos a centrarnos en el conjunto 10 (departamentos 45 al 51), una de las manzanas más in-

teresantes del yacimiento (Fletcher *et al.* 1965, 215-252; 1969, 17). Ha sido estudiada en varias ocasiones, sobre todo por el hallazgo, en el departamento 48, de una lámina de plomo escrita cuyo texto se interpreta como un listado de productos y personas asociados a cantidades y unidades de medidas (De Hoz 2011).

En este trabajo es de justicia mencionar el ya clásico libro de Llobregat sobre la Contestania ibérica (1972, 34-38), donde estudiaba los primeros 50 departamentos de La Bastida y definía el 48 como una unidad de habitación (casa S), mientras que los departamentos 45 al 47 debieron de formar otra vivienda (casa R), y se aventuró a definir algunos espacios como *gineceos* y *androceos* en función de los ajuares. Los posteriores trabajos que retomaron el estudio de este conjunto se hicieron sobre una nueva planimetría realizada en 1990, a partir de la cual se reinterpretó una serie de puertas, vanos y accesos (Bonet y Guérin 1995, 100 y fig. 9; Guérin 2005, 262 y fig. 3) que hoy en día han vuelto a ser revisados (Bonet y Vives-Ferrándiz 2011). Se habló entonces de una gran vivienda de unos 120 metros cuadrados, de entre siete y ocho habitaciones, en la que destacaba el departamento 49 como un taller metalúrgico; el departamento 50 pudo ser un almacén, mientras que en la habitación central, en el departamento 48, se hacía hincapié en la asociación de un molino, bajo el que se ocultaba un plomo escrito, con abundantes testimonios de fundición de plomo. Se planteó, en aquel momento, que debió de ser una vivienda cuyos ocupantes alternaban la artesanía y el comercio del plomo como fuentes de ingresos complementarias a la actividad agropecuaria dominante, atestiguada por los abundantes aperos hallados en tres de sus departamentos. Guérin, en su trabajo sobre ideología y género en la Contestania y la Edetania (Guérin 2005, 261-262), abordó algunas reflexiones sobre los marcadores de género en el mundo ibérico, como son la actividad textil y la molinenda, que aparecen en muchas ocasiones asociadas a la metalurgia. E hizo hincapié en que la gestión de los bienes domésticos estaba en manos de la mujer, como demostraba el hallazgo de determinados plomos escritos junto a (o debajo de) los molinos. Incluso llegó a afirmar: «[...] la realidad es que una mujer ocultó el llamado *plomo de Mogente* bajo su molino», y dio por sentado que «[...] la escribana asumiría las responsabilidades de la gestión doméstica, tal vez durante las ausencias excesivamente prolongadas de los hombres debido a sus obligaciones militares o comerciales» (Guérin 2005, 263).

La nueva lectura de este conjunto ha puesto de manifiesto la dificultad de su interpretación, al no haberse contemplado la topografía del terreno y los accesos desde las distintas calles. En cambio, la revisión de los equipamientos y ajuares de estas dependencias (Flet-

cher *et al.* 1965, 215-252; 1969, 9-17; Diario de excavaciones n.º 33, julio 1928) no modifica en gran manera lo publicado hasta la fecha sobre la funcionalidad de los espacios, si bien habría que señalar algunos matices.

La vivienda propiamente dicha debió de tener cuatro estancias, los departamentos 45, 46, 47 y 48. En la principal (departamento 48) se realizaban las actividades culinaria y textil, la molienda y la transformación metalúrgica de plomo y plata. Los ajuares allí recuperados muestran una convivencia de hombres (conteras, broche de cinturón, cacha de espada y una campanita de arreo de caballo) y mujeres (pesas de telar, molino y cerámica de cocina). La presencia en esta habitación del plomo escrito y de dos llaves de candados de posibles baúles indican tanto una preocupación por el atesoramiento o el cuidado de las riquezas de la casa como por el control de las cuentas. En cuanto a las habitaciones delanteras, con ajuares igualmente mixtos, hubo actividad metalúrgica y textil en el 47, mientras que en la habitación 46, con acceso desde la calle, se guardaba el arado y un hacha junto con copas y pequeños recipientes cerámicos.

En las estancias adosadas al norte del edificio destaca otro taller metalúrgico (departamento 49), con entrada propia, donde el trabajo del plomo (goterones, una masa informe, plancha circular y un cuenco todo ello de plomo) se percibe por toda la estancia. La presencia de trébedes, un útil de hierro para poner recipientes sobre el fuego, podría estar tanto en relación con actividades culinarias como con la actividad metalúrgica omnipresente en esta habitación. Como en el espacio central, dos o tres llaves de candados indican el interés por la privacidad de determinados enseres, entre los que predominan útiles masculinos como cuchillos afalcatados y una podadera. Las pequeñas habitaciones anexas 50 y 51 podrían ser almacenes o despensas.

También se está viendo que en toda La Bastida están muy presentes las actividades de reducción del mineral de galena argentífera, una actividad destinada a la obtención de plata refinada. Ésta, tanto trabajada como en bruto, suponía riqueza acumulada, así como medio de cambio, como lo demuestran las piezas discoidales de plata, utilizadas para el pago de bienes y servicios, encontradas en distintos espacios domésticos (Álvarez y Vives-Ferrándiz 2011; Gozalbes y Ripollès 2002). Y, en este sentido, podemos concluir que en esta gran vivienda se llevaban a cabo actividades comerciales de cierta complejidad vinculadas con la transformación del plomo en plata, confirmadas por la presencia de un documento contable.

Un aspecto para la reflexión es saber en manos de quién estaba esta responsabilidad. Hay que tener en cuenta que, a pesar de no haber segregación de las distintas actividades y de existir una convivencia de ajuares masculinos y femeninos, en la estancia principal

(departamento 48) hay un claro predominio de las actividades femeninas. En consecuencia, la gestión de la economía familiar pudo estar en manos de las mujeres de la casa, mientras que en el pequeño taller metalúrgico (departamento 49), que aparece anexo a la vivienda, el ajuar no permite decantarse sobre el género de las personas que trabajaban en la obtención de la plata.

El Puntal dels Llops

En el territorio de la ciudad de *Edeta*, El Puntal dels Llops es un pequeño hábitat fortificado de 900 metros cuadrados que ejercía el control de una importante vía de comunicación y, a su vez, explotaba la riqueza minera y forestal de su entorno. Se construyó a finales del siglo v-principios del iv y fue destruido violentamente en torno al 180 a. C.

De El Puntal dels Llops se destacó inicialmente su papel como fortín militar dentro de la red fronteriza del territorio de *Edeta*. Sin embargo, el estudio completo de sus ajuares y equipamientos domésticos apunta hacia una comunidad bastante más compleja, donde se pueden apreciar indicadores de género (Bonet y Mata 2002, 218). Los 17 departamentos que configuran el asentamiento no corresponden a casas individuales, puesto que ninguno de ellos reúne las actividades ni los equipamientos básicos que definen una unidad familiar. Este modelo organizativo corresponde a una comunidad de unas 25 personas unidas por lazos de parentesco y por vínculos de fidelidad o clientelismo, como demuestra la existencia de un grupo con mayor estatus. En nuestra opinión, se trata de una residencia fortificada donde vive un personaje de alto rango, un caballero, con su familia, parientes y servidores (Bonet y Mata 2002).

Para el tema que nos ocupa vamos a centrarnos en los departamentos 1 y 2, ubicados en la zona central del asentamiento, con superficies en torno a los 21 metros cuadrados, pues ambos presentan ajuares y enseres de carácter femenino junto con actividades de gestión y metalúrgicas.

El departamento 1 tiene una serie de elementos que le diferencian claramente del resto. En la parte delantera, hubo un gran enlosado esquinado con cenizas, interpretado como la base de un hogar ritual; en torno a él había una gran cantidad de objetos litúrgicos y de prestigio: vasos de barniz negro ático y campaniense, dos pebeteros de terracota en forma de cabeza de Deméter/Koré o Tanit, microvasos, dos lucernas, dos *gutti*, dos jarras de libaciones y fragmentos de pequeñas terracotas.

En la parte trasera se localizaron preferentemente los grandes recipientes, como ánforas y tinajas, distribución que se repite en el resto de las estancias del poblado. La actividad textil está representada por 49 pe-

sas de telar y 22 fusayolas dispersas por todo el suelo, mientras que la gran ausente es la cerámica de cocina. Otros elementos que se dieron exclusivamente en esta estancia son un asador de bronce, una estera de esparto cubriendo grandes zonas del suelo, un juego completo de pesas y medidas con dos platillos de balanza, una llave de hierro y el único enterramiento infantil del asentamiento, de escasamente 18 días, colocado directamente en tierra. Además, reúne el mayor número de piezas de cerámica importada del asentamiento, en las que destacan las copas (Guérin y Martínez Valle 1987-1988, 264; Bonet y Mata 2002, 38-42; 1981).

Cada día está más aceptado que la mayoría de los ritos que se celebran en las estancias privadas están vinculados a cultos femeninos (Bonet 2010), y de hecho en los departamentos de El Puntal en donde se registran ajuares litúrgicos (departamentos 1 y 14) están presentes el hogar, recipientes de cocina y almacenaje, actividades textiles y molinos, es decir, las actividades realizadas por las mujeres. Por otra parte, la presencia en el departamento 1 de una llave de hierro y un sistema ponderal con balanzas supone asociar la gestión de la economía doméstica a un espacio femenino.

No obstante, este departamento se entiende mejor si observamos su opuesto, el departamento 4 (Bonet y Mata 2002, 55-68, 177). Como estamos viendo a lo largo de este trabajo, tenemos de nuevo convivencia de actividades y ajuares de ambos géneros. Junto a actividad textil y de molienda, almacenaje, vajilla de mesa y cerámica de cocina –aunque no hay estructura de combustión–, los ajuares que singularizan este departamento son esencialmente masculinos. Concentra el mayor número de instrumental agrícola y artesanal del asentamiento y un ajuar de jinete con armas, acicates, pasarriendas, ronzalera, etc. La gestión de los recursos económicos se refleja en tres lingotes de hierro listos para la forja (que se debió de hacer en otro lugar) y las únicas tres monedas halladas en el asentamiento. Pero además hay que contemplar otros objetos, como una cantimplora, un posible rallador y un mortero que, junto a una variada vajilla de mesa, adquieren un nuevo significado a la luz de las recientes propuestas sobre el consumo ritual del vino (Vives-Ferrándiz 2006-2007). Enfatizando en este aspecto, tenemos que en el departamento 1 apenas hay restos de fauna, mientras que el 4 tiene el tercer porcentaje más alto del asentamiento (tras la calle y el departamento 3). Todo ello nos lleva a pensar que en este lugar se pudieron realizar actos de comensalidad en los que participaba el caballero ¿y quién más?, ¿solo hombres?, ¿hombres y mujeres? Teniendo en cuenta los ajuares que lo distinguen, podríamos aventurar que se trató fundamentalmente de hombres, aunque la dificultad de análisis de este espacio con planta superior requiere un estudio más en profundidad que no se puede abordar aquí.

El otro departamento que vamos a tratar es el 2, pues reúne los componentes básicos de una unidad doméstica (Bonet y Mata 2002, 42-51), organizado en tres áreas. Junto a la entrada y en la parte delantera estaba el molino y un hogar esquinado de piedras además de abundante vajilla de mesa, tinajas y colmenas. Hay que destacar que es la estancia con uno de los mayores porcentajes de ollas de cocina y cerámica de mesa, sobre todo platos. Las pesas de telar y fusayolas se encontraron dispersas por toda la habitación.

En la parte central, el trabajo metalúrgico ocupó un espacio importante, con una gran plancha de plomo, muy irregular con los extremos recortados, retorcidos y con goterones, cuya superficie tiene huellas de que haya sido removida, en estado semilíquido, con algún instrumento dejando círculos muy irregulares de unos 30 centímetros de diámetro. Se trata de los restos de un gran lingote de plomo resultado de una primera copelación de la plata. El hallazgo, en este mismo sector, de otra gran plancha de plomo plegada, de abundantes goterones de plomo, de cerámicas con impacto térmico –de aspecto esponjoso y vidriado–, de una acumulación de cenizas y de mucha cal, nos indican que ahí existió un horno de copelación de plata totalmente destruido del que solo quedaron el desecho y los restos de la última copelación (Ferrer 2002, 200-206).

En la parte trasera se localizaron preferentemente los grandes recipientes, como ánforas y tinajas, distribución que se repite en el resto de las estancias del poblado. Este departamento carece de escalera en la fachada, lo que permite suponer que no tuvo un piso superior, situación compatible con la presencia del horno, ya que de este modo se facilitaría la extracción de humos por la cubierta sin afectar a los usos de la planta superior.

El departamento 2 es otro caso paradigmático de lo que son las estancias en el mundo ibérico: casi siempre de carácter mixto o compartido, como hemos visto para La Bastida de les Alcusses. Pero, como planteábamos al principio, se pueden hacer otras lecturas. En primer lugar, la presencia de actividades de mantenimiento ocupando el mismo espacio que un horno metalúrgico significa que entre los iberos no había discriminación con respecto a las mujeres y la metalurgia, al menos en lo que se refiere al plomo/plata, ya que el trabajo estaba totalmente imbricado en el asentamiento y en el hogar. Y, en segundo lugar, como hipótesis de trabajo, podría plantearse que fuera un espacio totalmente femenino, dado que el trabajo metalúrgico documentado pudo ser una industria doméstica desarrollada por las mujeres a tiempo parcial. Además, no hay que olvidar que los departamentos 1 y 2 son contiguos y que el sistema de pesas y medidas del departamento 1 pudo ser utilizado para medir la ley de la plata extraída antes de intercambiarla.

Caserío, granja fortificada o residencia aristocrática son los tres términos que se han utilizado para definir esta pequeña explotación agrícola, de 1.000 metros cuadrados, del territorio de *Edeta*. En la fase final del poblado, en torno al año 200 a. C., el espacio se organizaba en una gran vivienda de cinco habitaciones, un sector artesanal con almazara, graneros, despensas y talleres metalúrgicos, y las viviendas del resto de la comunidad. El número aproximado de habitantes debió de estar entre 40 y 60, distribuidos entre la familia propietaria y su clientela —campesinos y siervos— (Guérin 1999; 2003).

Dos estancias de este asentamiento están relacionadas con el tema que nos ocupa. Por un lado, el departamento 13, donde hubo un horno metalúrgico para el trabajo del plomo y/o plata; y, por otro, el departamento 32, con un molino y un almacén de grano donde apareció el único plomo escrito del asentamiento.

La estancia 32, de 20 metros cuadrados, ha sido estudiada en varias ocasiones dada su singularidad, tanto por sus equipamientos como por el hallazgo del plomo escrito junto a un molino (Guérin 2003, 122-125, figs. 179-185). En la fase más antigua ha sido definida como un molino o almacén de grano al estar provista de tres cubículos de mampostería interpretados como trojes. Además de las trojes dispuestas al fondo de la habitación, en el espacio central hubo una gran losa pulida junto al muro norte y tres piedras de molino desplazadas y fuera de uso. Junto al molino central, que parece actuar de base de poste, se halló un plomo escrito. Los materiales encontrados fueron escasos, cerámicas áticas y campaniense A, una pesa de telar, un borde de ánfora y una piedra afiladora; este nivel fue fechado a finales del siglo III a. C. En torno al 200 a. C., se niveló el suelo y se inutilizaron las trojes, que pasaron a ser un espacio doméstico con un hogar central y dos piedras pasivas de molino y una gran losa. El material, también poco significativo, se limitaba a un vaso caliciforme y un fragmento de tinaja.

La casi total ausencia de molinos en el resto de la calle central convierte este departamento en un lugar de frecuentación obligada y de interdependencia de los residentes del sector, que tuvieron que compartir determinados equipamientos, durante las dos fases (Guérin 2003, 268). Este hecho se refuerza porque a ambos lados hay cuatro estrechos departamentos (29, 30, 33a y 33b) destinados a despensas. Al otro lado de la calle debió de haber diferentes espacios domésticos identificados por la presencia de hogares (departamentos 24, 35 y 36), lo que reafirma el carácter comunitario del departamento 32.

El departamento 13 es contiguo a un taller de forja, el departamento 12, ambos situados en el sector arte-

sanal del hábitat. Sus equipamientos llevaron a considerarlo como un taller metalúrgico para la elaboración del plomo, si bien algunos consideran que las estructuras resultan demasiado complejas para una actividad tan sencilla como la fusión del plomo (Guérin 2003, 109, fig. 154). La estructura mejor conservada es un hogar construido de adobes en forma de herradura en cuyo interior había cenizas, carbones y goterones de plomo fundido; frente a la boca, una placa rubefacta debe de ser el resultado de la actividad metalúrgica realizada ante el hogar; adosada a la pared, una balsa interpretada como leñera por contener ramas de pino; al fondo, un antiguo hogar, un poyo de piedras que podría ser la base de una mesa de trabajo; y, junto a las escaleras de entrada, una losa de piedra con huellas de golpes que podría haberse utilizado como yunque. Goterones de plomo fundido se recogieron, además del interior del hogar, por todo el suelo de la habitación.

En cuanto a los materiales, las cerámicas de barniz negro de Rosas y la campaniense A cobran interés al fechar este nivel a finales del siglo III a. C., pero los materiales ibéricos no fueron significativos: tres ollas de cocina, dos de ellas completas, una *kalathos*, una paterita, un mazo de piedra pulida y un canto con huellas de percusión (Guérin 2003, 108-111). La presencia de ollas culinarias y de los hogares parece apuntar a una estancia donde se realizaran actividades de carácter doméstico, lo que no impide que el hogar esquinado en forma de herradura se utilizase esporádica o puntualmente, como indica la presencia de goterones en su interior, para la copelación de la plata. Un elemento de complejidad añadida es que este espacio pudo tener un piso superior.

En El Castellet de Bernabé también encontramos una asociación entre metalurgia del plomo/plata y actividades culinarias. En este asentamiento se debió de realizar la segunda fase de copelación, pues no hay planchas de plomo de obra, y los análisis realizados en los goterones indican que se han desplatado; además, se ha encontrado un plomo escrito y un anillo de plata, con lo que se completa el ciclo productivo iniciado en El Puntal dels Llops (Mata *et al.* 2005, 745).

Guérin y Silgo (1996, 202), bajo el epígrafe *¿Quién muele, quién escribe?*, recogen dos casos valencianos, La Bastida de les Alcusses y El Castellet de Bernabé, donde unos plomos escritos y enrollados aparecen en estancias dedicadas a la molienda. Si bien en el caso de La Bastida estamos ante un documento epigráfico que expresa cuentas, en concreto un listado de nombres y cantidades, en gran parte tachadas, de las que eran deudores o acreedores (De Hoz 1981, 475-486; 2011), el plomo de El Castellet no parece responder a un documento contable, aunque sí pudo existir una correlación entre plomo y molino.

Plomo, plata y cuentas de la casa

El rol de la mujer en la sociedad ibérica es una problemática que no se ha tratado en profundidad. De ahí muchas de las dudas e incertidumbres que se nos plantean cuando intentamos abordar dicho papel desde distintos puntos de vista.

La iconografía en piedra y pintura, así como algunas tumbas, nos dan una imagen de mujer de clase alta que, en apariencia, está en pie de igualdad con el hombre. Puede ser enterrada con ajuares suntuarios, aparece en tumbas dobles y participa en ceremonias públicas. Del mismo modo, el análisis de los espacios domésticos muestra casas de diferente rango y funcionalidad en las que las actividades masculinas y femeninas no están claramente segregadas. El hallazgo de ajuares supuestamente femeninos y masculinos compartiendo las mismas estancias no quiere decir que no existiera una organización del trabajo por género, sino que pone de manifiesto la dificultad de *sexuar* (*engendering*) determinados útiles y las actividades, pero, sobre todo, los espacios donde se desarrollaban.

En todo caso, los trabajos mejor documentados en una casa son los de mantenimiento, como la transformación y elaboración de alimentos y el tejido. Por ello, es lícito plantearse si algún tipo de metalurgia y la administración de la economía doméstica, tareas plenamente integradas en el hogar, estuvieron en manos de las mujeres.

Las fuentes clásicas nos muestran a las mujeres griegas y romanas como organizadoras de las tareas del campo, como las amas de las llaves y, por tanto, administradoras de la riqueza y productos de la casa (Martínez 2002; Picazo 2008, 96-97), en definitiva de la economía doméstica. Dos citas recogen una idea similar sobre el trabajo femenino en ámbitos culturales diferentes.

Jenofonte, en su obra *Económico*, recoge las palabras que le dice un marido a su joven esposa: «Por tanto, ya que tanto las faenas de puertas adentro como las de puertas afuera exigen trabajo y cuidado, la divinidad, según creo, hizo apta desde un principio la naturaleza de la mujer para las labores y el cuidado de las de adentro, y la del varón para las labores y cuidados de fuera [...]. Y sabiendo que había dotado a la mujer para la crianza de niños recién nacidos y que la había encargado a ella, le concedió en su reparto mayor cariño y ternura hacia los recién nacidos que al hombre. Como también le confió la vigilancia de las provisiones [...]. Tu obligación será —dije— recogerte en casa, despachar a los esclavos ocupados en las faenas externas a la mansión, vigilar a los que han de trabajar dentro de ella, recibir lo que se traiga, distribuir lo que se ha de gastar, prever lo que debe quedar sobrante y velar para que el presupuesto de un año no se malgaste

en un mes. Cuando te traigan lana, debes cuidar de que se hagan vestidos a los que lo precisen; también has de procurar que el grano seco se conserve bien comestible. Y quizá una de las tareas que te incumben no será muy de tu agrado: que si un esclavo enferma, debes procurar por todos los medios que sea atendido [...]» (VII, 22-37).

Una fuente mucho más tardía referida a los celtíberos dice así: «[...] las mujeres administran la casa y el cultivo del campo, mientras ellos se dedican a las armas y al pillaje [...]» (Justino, *Epítome* 44, 3).

Los ejemplos que hemos visto en La Bastida de les Alcusses, El Puntal dels Llops y El Castellet de Bernabé parecen avalar estas afirmaciones y aportan algunas pautas que convendrá contrastar en otros lugares y cronologías.

En primer lugar, la metalurgia del plomo y la plata, a diferencia de la siderurgia, se desarrolló en el interior del espacio doméstico junto a actividades culinarias, de molienda y textiles. Incluso en La Bastida de les Alcusses se puede decir que una gran parte de las familias estuvo involucrada en dicha actividad. Por tanto, si las mujeres no estaban apartadas de este tipo de trabajo, también pudieron ejercerlo. De los tres ejemplos recogidos, el de El Castellet de Bernabé es el menos claro por la indefinición de los restos del departamento 13 y por la posible existencia de una planta superior que supondría una organización de la casa en dos espacios separados. También en La Bastida hay ejemplos de que la actividad se realizaba en diferentes espacios.

En segundo lugar, existe unanimidad en considerar que la administración de la casa pudo recaer en las mujeres, función que se ha mantenido hasta la actualidad y ha dado lugar incluso, en tiempos modernos, a la profesión de ama de llaves, para las familias acomodadas. Los indicadores arqueológicos relacionados con la administración pueden ser llaves, sistemas de pesas y medidas, documentos contables, monedas y otros instrumentos de intercambio. El departamento 48 de La Bastida de les Alcusses, el departamento 1 de El Puntal dels Llops y, posiblemente, el departamento 32 de El Castellet de Bernabé reúnen alguno de estos indicadores asociados a actividades de mantenimiento como la molienda, el tejido y la cocina. Por esta razón, podemos afirmar que las cuentas de la casa eran una tarea propia de las mujeres; si, además, el sistema ponderal del departamento 1 de El Puntal pudo utilizarse para calcular la ley de la plata extraída en el taller doméstico del departamento 2, podemos suponer que ambas actividades estuvieron en manos femeninas.

Si las funciones de género estaban bien definidas, como ocurría en todo el mundo clásico, lo normal es que estas estuviesen igualmente bien repartidas entre los iberos, requisito fundamental para el correcto fun-

cionamiento de la economía doméstica. No obstante, no hay que olvidar que el reparto de las tareas en una familia también va a depender de su estatus social y económico, por lo que no es posible generalizar.

Con este trabajo hemos querido dejar las cuentas claras y aportar nuevos planteamientos que nos hagan reflexionar y avanzar en la investigación sobre el rol de la mujer en la sociedad ibérica.

Cuidadoras, gestoras y productoras: trabajos de mujeres en el registro arqueológico de las sociedades iberas

Carmen Rísquez Cuenca

Instituto Universitario de Investigación en Arqueología Ibérica, Universidad de Jaén

La arqueología de género ha estado trabajando en la recuperación la memoria de las mujeres a través de las huellas que ellas mismas nos han dejado en el registro arqueológico. Esta línea de investigación se ha abierto también en los estudios de las sociedades iberas, que trata, entre otros aspectos, de sexar espacios a partir de los contextos materiales y de dar valor a las ocupaciones femeninas que en ellos se desarrollaron. Nuestro propósito en estas páginas es acercarnos a las mujeres iberas como sostenedoras invisibles del bienestar colectivo, rescatando primero del olvido intencionado sus quehaceres y dándoles luego el valor que les corresponde como actividades productivas, es decir, relacionadas directamente con la esfera económica y social.

La cultura ibera se corresponde con distintos pueblos que ocuparon un amplio espacio desde el sudeste de Francia hasta el sur de la península Ibérica, entre finales del siglo VII y el siglo I a. n. e. Un vasto territorio y un largo período de tiempo en los que van a surgir realidades muy diversas, que han llevado a algunos autores a diferenciar entre iberos del norte e iberos del sur (Ruiz y Molinos 1995; Sanmartí y Santacana 2005). Estos pueblos no llegaron a constituir una unidad política ni económica, lingüística o cultural, pero sí compartieron, sin embargo, toda una serie de rasgos comunes en lo que se refiere a la cultura material y a las instituciones. Conocían la escritura, pero los textos que se han conservado escritos sobre soportes de metal, cerámica o piedra no nos permiten todavía tener la clave para comprender la lengua ibera. En su gran mayoría, no obstante, sabemos que estos documentos tratan aspectos comerciales o contienen ciertas fórmulas empleadas en relación con la memoria heroica y con los antepasados o testimonios ante la muerte (González y Rueda 2010, 22).

En esta época es cuando asistiremos a la consolidación de la aristocracia, que irá ligada al nacimiento de la ciudad como concepto de un nuevo sistema te-

rritorial, junto con una renovada estructura urbana. En los asentamientos también se llevan a cabo importantes cambios en la configuración de las viviendas y en la conformación del espacio doméstico, en tanto que en el ámbito funerario se conformarán las grandes necrópolis. Este escenario será en adelante el marco de nuevas formas de relaciones sociales, en las que la estructura de dependencia basada en la clientela tendrá su correspondiente proyección económica, que puede ser advertida en el desarrollo de la propiedad privada. Pero, además de estas transformaciones, hay otros rasgos que definen esta época: cambios religiosos, establecimiento de redes comerciales a larga distancia e industrialización de la producción y del artesanado. Este es el contexto en el que cobran gran importancia los trabajos vinculados al ámbito femenino, como la producción textil (Chapa 2005, 118).

En esta ocasión, nos centraremos en el marco cronológico comprendido entre el siglo IV a. n. e. y el límite cronológico de la misma cultura ibera, esto es, el siglo I a. n. e. Las razones de esta delimitación temporal son varias. En primer lugar, los importantes cambios sociales que se originan entre finales del siglo V e inicios del IV a. n. e., concretamente el afianzamiento en el poder de determinados linajes familiares, lo que supondrá la consolidación de la aristocracia y la aparición del sistema clientelar, visible tanto en la configuración de los asentamientos, a partir de su trama urbana, como en las necrópolis. Desde mediados del siglo IV a. n. e., y fundamentalmente a lo largo de la centuria siguiente, va a ir consolidándose un proceso que denota un modo de vida urbano traducido en la progresiva visualización de las clases sociales, pero que no llega a adquirir el suficiente desarrollo ciudadano como para implicar que estas alcancen el control político o religioso (Rueda *et al.* 2008, 478). Nuestra segunda razón estriba en el hecho de que estos cambios afectarán a las mujeres y a los roles que habrán de desempeñar, ya que es precisamente entonces cuando se produce el

predominio de las representaciones femeniles, lo que simboliza su visibilidad. Carmen Aranegui plantea la hipótesis del cambio ideológico que la aparición de estas representaciones supondría y señala que «el ciclo femenino denota un cambio en la sociedad ibérica» (Aranegui 2010, 187), lo que se correspondería con lo que ha denominado la idealización del nuevo modelo social. Visto de esta manera, las damas podrían ser una representación ideal del poder tras la superación de los ciclos mitológicos, en los que el protagonista había sido el héroe (Aranegui 2008).

Lo cierto es que en esos momentos, y sobre todo a partir del siglo IV a. n. e., la sociedad ibera se hace más visible y, tal y como se refleja en el aumento de las representaciones plásticas de mujeres de la aristocracia, se inicia una nueva preocupación por lo femenino. Queremos leer en ello un intento de reconocer a estas mujeres un papel velado hasta entonces que tiene que ver sin duda con el nuevo modelo social y con el aumento del protagonismo de la familia nuclear, ya que las uniones matrimoniales tendrán por objeto perpetuar las casas, los hogares domésticos que van a constituir las ciudades, es decir, asegurar la permanencia de la ciudad misma y su constante reproducción.

Los trabajos del cuidado: la sostenibilidad del grupo

Las mujeres despliegan un tiempo colectivo que las empuja al continuo trabajo del cuidado, es decir, a trabajos y tareas relacionadas con el bienestar, la alimentación, la salud, la higiene y, en definitiva, con lo que algunas investigadoras han definido como *actividades de mantenimiento*. Estas hacen referencia, entre otros, a los cuidados realizados a lo largo del ciclo biológico de las personas y conllevan no solo el cuidado durante la infancia y en las etapas finales de la vida, sino también en las situaciones que pudieron implicar una privación de la autonomía física de las personas, ya fuera temporal o total (González Marcén y Picazo 2005).

Cuidados al nacer: la lactancia

La alimentación durante la primera infancia se basa en el amamantamiento; luego se pasa a la ingestión de alimentos líquidos y gradualmente a los sólidos. Es sabido que la lactancia materna tiene numerosas ventajas tanto para la criatura como para su madre, y de hecho, una de las principales causas de mortalidad infantil sería, también en las sociedades ibéricas, la malnutrición. Por otra parte, el final de la lactancia tuvo que ser un momento crítico, al pasar de la seguridad que proporciona la leche materna a la ingesta de leche de origen animal. No tenemos información sobre la edad

del destete en el mundo ibero, pero sí en el romano, donde debía de empezar hacia los dos años y terminar probablemente hacia los tres (Chapa 2003, 122). De todas formas, el registro arqueológico ibero, y sobre todo la iconografía, sí nos han dejado claras evidencias de estas actividades.

Tenemos un primer ejemplo en las llamadas curótrofas documentadas en algunas necrópolis ibéricas. Se trata de terracotas que representan a una mujer de pie o sentada en un trono que porta en su regazo a una criatura a la que amamanta. Este es el caso de las figurillas localizadas en la tumba F-100 y en la L-127-A de La Albufereta, en Alicante, datadas en el siglo IV a. n. e. (García Luque 2008), o de las aparecidas en las tumbas 341 y 343 de la necrópolis de Cabecico del Tesoro, en Murcia, no anteriores al siglo III a. n. e. (García Cano y Page 2004). Estas últimas muestran en ambos casos a la mujer sentada en un trono de alto respaldo, sosteniendo al bebé desnudo que levanta sus brazos sobre el busto materno, como si quisiera estrujar el pecho del que mama.

Aunque no disponemos de análisis osteológicos para estas sepulturas, se observa que contienen ajuares muy distintos. Los que se han encontrado en La Albufereta son singulares en cuanto a la riqueza de materiales (Rubio 1986), pero los de Cabecico del Tesoro son mucho más modestos. Ninguna de ellas presenta armas, pero sí contienen elementos que las pueden vincular al ámbito femenino, aunque no lo podemos afirmar de manera determinante. Hemos planteado en otro trabajo (Rísquez y García 2007) que el hecho de introducir estas curótrofas en las tumbas podría estar relacionado con la intencionalidad de establecer un vínculo entre el espacio doméstico y el ámbito sagrado del más allá, una asociación ideológica y simbólica que conllevaría la ampliación del cuidado maternal terrenal al cuidado de las personas difuntas.

No se ha prestado hasta ahora mucha atención a la figura de la nodriza. Es cierto que no tenemos referencias al respecto en la cultura ibera, pero sabemos de su existencia en otras culturas mediterráneas coetáneas, donde su trabajo era muy bien considerado. El que algunas de ellas pudieran formar parte de las familias aristocráticas ibéricas, a las que debieron de estar unidas por lazos afectivos, es una situación viable que podría explicar la singularidad de algunos de los ajuares.

Otros contextos que muestran este tipo de representaciones se vinculan a espacios de culto, en los que la religiosidad y la figura de una posible divinidad femenina cobran protagonismo. Sería el caso del singular bronce de la colección Gómez Moreno y del conocido *pinax* de La Serreta.

Del primero, aunque se desconoce su procedencia, ya se apuntó su posible adscripción al santuario de Collado de los Jardines, en Jaén (Rueda 2007). Su

tamaño, superior al de los exvotos conocidos (unos 15 centímetros), y la presencia de dos prótomos simétricos de ánades, de los que solo se conserva uno, hace pensar que no se debe de tratar de una simple figura para colocar o depositar, sino para resaltar y erigir (Olmos 2000-2001, 355). Respecto al segundo, la conocida como la Diosa Madre de La Serreta, una placa en terracota modelada a mano (18,2 centímetros de ancho y 16,7 de alto) aparecida en el departamento F1 de este *oppidum*, presenta una escena presidida por una figura femenina de mayor tamaño que el resto, a la que le falta la cabeza, y que acoge a dos criaturas dispuestas a amamantarse. A ambos lados, de manera simétrica, se acompaña de dos parejas conformadas por una mujer y un personaje infantil de menores proporciones.

La presencia en este espacio de un conjunto de materiales excepcionales, que se podrían fechar entre los siglos III y II a. n. e, y sus características constructivas, que difieren de las de las construcciones de la zona ocupada en esta terraza central del *oppidum*, han llevado a definirlo como una habitación con posibles funciones religiosas, que podría estar reproduciendo a escala más reducida la disposición espacial del santuario, ahora sobre la ciudad (Grau *et al.* 2008). En ambos casos podríamos relacionarlas, quizás a modo de metáfora, con el cuidado de quienes van a regir el destino de la comunidad.

Todas las representaciones que acabamos de exponer muestran a mujeres que amamantan, en clara referencia a la madre, una figura que se hace visible en la plástica ibérica a partir del siglo IV a. n. e., y, sobre todo, en el siglo siguiente. Resulta interesante que se encuentren en distintos contextos, como son las necrópolis, los santuarios o los poblados, y que todos ellos sean portadores de connotaciones «sacras». Cabe recordar que la identificación de estas imágenes con la diosa nutricia Deméter o Koré de otros lugares del Mediterráneo, que asume funciones de nodriza en el más allá, es un argumento ampliamente extendido. Sin embargo, el hecho de que estén imbuidas de ese simbolismo sacro no justifica que todas ellas tengan que ser interpretadas como divinidades. Pensamos más bien que habría que identificarlas con la figura maternal, que ensalzaría su función y capacidad reproductiva, por lo que, de hecho, podría llegar a adquirir esas connotaciones divinas.

Lo que nos están revelando todas estas imágenes es, sin duda, la nueva atención que va a prestarse a partir de esos momentos a la figura de la mujer como madre, como garante de la institución familiar, necesaria para reproducir el modelo social. Ya no se van a seguir, pues, la pautas de los modelos de tipo heroico-guerrero, sino que estamos en el marco de una sociedad más simétrica, en la que las imágenes van a ir forjando el orden simbólico de lo que la colectividad considera emblemático.

Estos cambios están relacionados con la conformación de la ciudad, con nuevos valores sociales que persiguen la consolidación y cohesión identitaria por medio de modelos iconográficos homologados. En este contexto, la figura de la madre aseguraría, por la regulación del matrimonio, la permanencia y constante reproducción de la familia.

Hay otros objetos que reflejan igualmente la importancia que la lactancia materna tendría en la sociedad ibera. Nos referimos en esta ocasión a los exvotos anatómicos que representan órganos femeninos, como los pechos hallados en el santuario de Collado de los Jardines, ofrecidos a la divinidad para solicitar una buena lactancia. Estos objetos indican la existencia de ofrendas femeninas no excesivamente costosas, por lo que, como indica Lourdes Prados, tendríamos un ejemplo de visibilidad de un segmento de la población que no se ve reflejada a través de la escultura, ni en general a través de sus enterramientos (Prados 2008, 241).

Por otra parte, contamos con la presencia de algunos recipientes y utensilios destinados a la alimentación de lactantes, entre ellos biberones y sacaleches. Si el uso del biberón está ampliamente documentado en el mundo griego, en la cultura ibera, por el contrario, son escasas las evidencias que se han registrado, tanto en las fuentes iconográficas como en los ámbitos domésticos, sacros (ofrendas) o funerarios (ajuares) (Rísquez y García 2007; García Luque 2008).

En el departamento 14 de El Puntal dels Llops, Helena Bonet y Consuelo Mata reconocieron un recipiente que podría identificarse como biberón. Apareció en esta estancia, que presentaba un hogar, junto con otros materiales contextualizados —ollas de cocina, hierros, platitos caliciformes, una lucerna— y un conjunto de cabezas votivas en terracota. Todo ello las llevó a considerar el espacio como una capilla doméstica donde podrían haberse realizado ceremonias religiosas, aunque no aseguraban que hubiera tenido un carácter permanente (Bonet y Mata 2002, 84).

También han sido interpretados como biberones los recipientes con formas zoomorfas, sobre todo los que tienen forma de ave, similares pero nunca idénticos, ni en la forma ni en la decoración. Se han documentado más de una docena de ejemplares tanto en los poblados como en las necrópolis de una amplia zona geográfica, si bien la mayor parte se concentra en el sudeste.

El ejemplar perteneciente a la tumba 70 de la necrópolis de El Poblado, en Coímbra de Barranco Ancho, de mediados del siglo IV a. n. e. (Iniesta *et al.* 1987), muestra una paloma echada, con la superficie de apoyo plana, completamente pintada con pintura rojiza en un reticulado irregular. La pieza forma parte del ajuar de la tumba con mayor riqueza de objetos de la necrópolis, cuya determinación osteológica

marca que quien allí fue enterrado era una persona joven sexualmente indeterminada, aunque destacaba la ausencia de armas. Teresa Chapa plantea, ante este complejo ritual funerario en el que se probablemente se estaban amortizando numerosos bienes personales y domésticos, que bien pudiera tratarse de una mujer joven extranjera que iba a contraer matrimonio con un varón de este poblado y cuya muerte, o bien antes de los esponsales o sin llegar a tener descendencia, implicó que fuera enterrada con todo su ajuar (Chapa 2008, 636). Cabe añadir que solo este objeto fue depositado de forma aislada en la zona norte del nicho, lo que podría sugerir, según los códigos rituales, que no llegó a ser utilizado, que a su vez incidiría en el hecho de que la joven pudo morir antes de tener descendencia.

En la necrópolis de El Cigarralejo apareció otro ejemplar de la misma época en la tumba 313, el cual, aunque incompleto, presenta igualmente decoración geométrica en rojo y el motivo de las plumas. El ajuar de esta tumba, muy numeroso, tampoco contiene armas. Otras sepulturas repiten este mismo esquema, como la 345 y la 49, que también cuentan con fragmentos de recipientes en forma de ave, y sin armas.

En los poblados también se ha documentado este tipo de objetos. Este sería el caso del *askos* en forma de paloma aparecido en el departamento 4 de El Amarejo, que luce una decoración pintada en color rojo vinoso con líneas incisas sobre el cuerpo, con una cronología del siglo III a. n. e. (Broncano y Blánquez 1985, 251), así como el hallazgo de otro similar en el depósito votivo de este mismo asentamiento (Broncano 1989, 114). El primer espacio ha sido interpretado como un almacén de cerámicas, que debió de suministrar estos objetos para los ritos que se celebrasen en la terraza superior, y que al final de la vida serían depositados dentro del pozo votivo. Se han encontrado piezas similares en La Serreta (Grau 1996, 109), en poblados más distantes de esta zona, como Margalef, incluso en un espacio doméstico del taller de lino de El Coll del Moro de Gandesa (Pérez y Gómez 2004).

Ahora bien, aunque hay otros objetos que guardan relación con los momentos de lactancia, no han quedado evidencias de estos en el registro arqueológico. Si la lactancia era muy prolongada y las glándulas de las madres sufrían los inconvenientes más frecuentes, como grietas o mastitis, eran necesarias pezoneras realizadas en distintos materiales perecederos. Sí han quedado, sin embargo, restos de otro recurso para paliar este tipo de problemas, como el sacaleches, atestiguado ya en otras culturas de la antigüedad. Son recipientes cerámicos cuya base está perforada mediante un tubo central que penetra hacia el interior, y que poseen asa lateral y un pitorro vertedor. Así se ha interpretado una pieza hallada fuera de contexto en la necrópolis de El Cigarralejo. Se trata de un recipiente de barniz negro fechado en

el siglo III a. n. e., que presenta un perfil troncocónico, más ancho en la parte superior, con el fondo plano, rehundido y achaflanado interiormente, y con un orificio central que se va prolongando en forma de tubito hacia el interior, cuyo diámetro va disminuyendo. Este debió de servir para extraer la leche y su forma particular pudo hacer que esta se fuese almacenando en el interior del vaso sin derramarse (García Cano 2005, 361-363). Virginia Page del Pozo ha documentado ejemplares de estas características en cerámicas importadas e ibéricas, como el fragmento correspondiente al *oppidum* de La Serreta o el encontrado en la necrópolis de Coímbra de Barranco Ancho (Page 1984, 141-142).

El cuidado de la salud

Las enfermedades, desde las más leves a las más complicadas, requieren para tratarlas una serie de conocimientos, trabajos y actitudes. Conocemos algunas de las enfermedades que se daban en esos momentos a través de los análisis antropológicos realizados sobre los restos óseos cremados, documentados en el registro arqueológico funerario. Los huesos pueden mostrarnos señales patológicas que sugieren la necesidad de cuidados y atenciones para seguir viviendo, lo que tuvo que implicar una importante inversión de trabajo y, al mismo tiempo, una serie de conocimientos que se debieron de aplicar para devolverles la salud a esas personas o hacer su vida más llevadera.

En la necrópolis de Pozo Moro (Alcalá-Zamora 2004), el estudio paleopatológico, realizado sobre un grupo de 42 individuos, establece que la población entre cuarenta y cincuenta años estaba representada por ocho sujetos, un 18,60 por cien del total, y que solo cuatro sobrepasaban la barrera de los cincuenta años, es decir, un 9,30 por cien. Entre las enfermedades detectadas, la más numerosa es la caries dental, seguida de periodontitis y abscesos alveolodentarios, responsables de la pérdida de la dentadura antes de los treinta años, lo que sin duda significó modificaciones en la preparación de los alimentos para su ingesta por estas personas. También son frecuentes los procesos artrósicos degenerativos, generalmente entre los cuarenta y los cincuenta años de edad, causantes de importantes dolores. Destaca el caso de una mujer entre treinta y cuarenta años que presenta poliartropatías con localización en la columna cervical y sacra y en la articulación temporomaxilar, lo que tuvo que producirle intensas molestias en la masticación de los alimentos.

En la necrópolis de El Cigarralejo, los restos estudiados por Santonja indican que las lesiones patológicas recaen en mayor número sobre las vértebras lumbares. Presentan mayoritariamente sindesmofitos, es decir, enfermedades articulares inflamatorias crónicas,

que se manifiestan a través del dolor o malestar de espalda y rigidez, y que podían dar lugar a deformaciones e incluso provocar la incapacidad (Santonja 1985).

Todas estas personas con dolencias, dependientes parcial o totalmente, debieron de exigir la atención y los cuidados de terceras personas, que con casi total seguridad fueron las mujeres del entorno familiar y del grupo, las cuales probablemente se encargaron de elaborar las dietas especiales y de preparar los ungüentos o brebajes medicinales para aliviar los diversos males.

Las prácticas curativas en la sociedad ibera estaban probablemente muy vinculadas con lo que hoy conocemos como medicina natural (Izquierdo y Prados 2004). Las mujeres debieron de conocer (como sabemos por otras culturas: la griega, la etrusca o la romana) el uso de hierbas y plantas con fines terapéuticos. Presumiblemente poseían buenos conocimientos sobre estas y sus cualidades y se encargaron de transmitirlos de generación en generación. Para llevar a cabo las preparaciones de emplastos, se podían utilizar las macetas o manos de mortero de forma troncocónica o cilíndrica halladas en poblados y necrópolis, algunas con representaciones zoomorfas, también utilizadas probablemente para otros fines, como la cosmética. En cualquier caso, los elementos de este tipo analizados parecen haber sufrido un fuerte desgaste por el uso (García y Page 2004, 159-162).

Esas mismas prácticas podían estar asociadas, como en otras etapas de la historia, a ritos mágicos y religiosos, cuyo fin era atribuir su carácter curativo a fuerzas divinas. La salud se asocia a divinidades femeninas, lo que no hace sino confirmar la importancia que esta sociedad concedía a la intercesión de la divinidad para la curación de enfermedades. Los ritos curativos, constatados por los numerosos exvotos, entre los que destacan los anatómicos, debieron de estar destinados a solicitar la recuperación de una determinada dolencia. Ya hemos señalado los problemas dentarios como una de las principales patologías y sabemos de la presencia de dentaduras en el santuario de Collado de los Jardines, las cuales en ocasiones muestran el daño, como la falta de dientes (González y Rueda 2010, 104). Junto a estas piezas, una amplia gama de elementos con formas de piernas, pies (algunos con la herida representada), manos, ojos, pechos e incluso úteros, fueron depositados como ofrendas para pedir la sanación del miembro enfermo.

Los cuidados en la muerte

Los estudios antropológicos muestran la notable repetición en diferentes culturas de los rituales femeninos de duelo. En las sociedades tradicionales, las mujeres preparan el cuerpo para el funeral, se reúnen

para llorar en grupo y muestran su dolor cortándose el pelo, vistiéndose de negro, cubriéndose con ceniza, privándose de comida o higiene y mutilando sus cuerpos (Gilchrist 2005). El significado de la combinación de estas acciones y el valor cultural que se les concede es específico a cada cultura. En lo que se refiere a las sociedades iberas, hemos creído reconocer algunas de estas prácticas en el registro arqueológico, el cual nos ha proporcionado las evidencias que vendrían a reforzar el papel desempeñado por las mujeres en el tratamiento y la gestión de la muerte dentro del ámbito familiar.

Ana Delgado y Meritxell Ferrer sostienen que determinados enseres que forman parte de los ajueres, y que pueden ser relacionados con la comida o con el cuidado del cuerpo, pudieron materializar las relaciones entre las personas enterradas y las mujeres que las han alimentado y cuidado en vida, y así prolongar ese cuidado en el más allá y participar en la construcción de las identidades y las relaciones de género (Delgado y Ferrer 2007). Siguiendo estos planteamientos, hemos propuesto, en algunos de nuestros trabajos sobre necrópolis iberas (Rísquez y García 2007; 2012), cómo, a partir de los materiales hallados en los enterramientos, se refuerza la idea de la implicación familiar, e incluso la de la participación activa de las mujeres en el ritual de enterramiento. De hecho, hemos podido constatar este tipo de prácticas en la necrópolis de El Cigarralejo por la presencia de ollas de cocina en un 14 por cien de tumbas con armas y en igual porcentaje en tumbas sin armas. También los ungüentarios y vasos para perfumes están presentes en el 55 por cien de tumbas sin armas y en un 45 por cien de las tumbas con armas. Así pues, esta similitud en los porcentajes, constatada en tumbas osteológicamente determinadas como masculinas o femeninas, revelaría la participación de mujeres en los procesos sociales del tratamiento del cuerpo ante la muerte.

Cabe destacar también la posibilidad de poder reconocer parte de algunos rituales que se debieron de llevar a cabo en torno a determinadas tumbas de esta necrópolis, como es la visita a las mismas o el depósito de ofrendas. En este sentido, nos parece interesante la observación realizada por M.^a Rosario Lucas Pellicer sobre algunos de los materiales encontrados sobre la tumba 200, como un *kántharos* ático, unos agujones de hueso, un vaso en miniatura y, en el margen del túmulo, un lote de fusayolas, interpretados por ella misma como ofrendas (Lucas 2001-2002). El hecho de que se trate en todos los casos de elementos vinculados a las mujeres podría indicar no sólo que eran ellas quienes habían hecho esas ofrendas, sino también que ellas eran las encargadas del cuidado de la sepultura, y de mantener así vivo, por tanto, el recuerdo de las personas allí enterradas en la memoria colectiva.

Los trabajos en los espacios domésticos: gestoras y productoras

En una economía fundamentalmente agraria como la ibera, las mujeres estuvieron presentes probablemente en todos los ciclos de producción de la tierra: primero en el campo, tanto en la siembra como en la fase de recolección de la cosecha; más tarde elaborando los productos que servirían para mantener al grupo familiar, preparándolos para ser almacenados y también comercializados.

Francisco Gracia y Gloria Munilla plantean, en este sentido, que, a partir de los cálculos teóricos relativos a la fuerza productiva y a la superficie del área de captación en los sistemas de producción basados en el cultivo intensivo y excedentario del cereal, resulta clara la necesidad de que todas las personas que integran un grupo social participen en las tareas productivas. La fuerza de trabajo agraria, que se calcula en torno al 50 por cien del total de integrantes de una comunidad, debe incluir necesariamente a las mujeres en edad de realizar un esfuerzo físico. Por otra parte, señalan que, dado que el período de prestación militar en las sociedades ibéricas coincidía con el comprendido entre la primavera y el principio del otoño, épocas en que se realizan los trabajos agrarios más importantes (la roturación de los campos, la siembra y la siega), el peso de la estructura agraria debía de recaer sobre las mujeres, al menos en los momentos más convulsos de los conflictos armados (Gracia y Munilla 2004, 704).

Aunque las fuentes escritas sobre esta época no reflejan lo que estamos señalando, sí las tenemos para la etapa siguiente, ya en época romana, en la que «las actividades realizadas por las mujeres eran básicas en el mantenimiento del sistema económico: preparar y arreglar instrumentos de trabajo, preparar recipientes, conservar los frutos, cuidarlos a lo largo de los meses, fabricar el vino y el aceite, fabricar el vestido, elaborar el alimento cotidiano» (Martínez 1994, 36).

Ante la dificultad a la hora de abordar una lectura sexuada de estos trabajos en el registro arqueológico, nos centraremos en aquellos que eran realizados dentro del espacio doméstico, donde muchas de esas labores del campo han dejado su huella de manera indirecta, ya que el proceso de transformación de los productos obtenidos para la alimentación, la conservación y el almacenamiento se efectuaba dentro de ellas. Si partimos del hecho de que habitar es dejar huellas, las actividades realizadas por quienes residen en el espacio de hábitat se reflejarán y repercutirán en las distintas zonas. Podremos valorar así otro aspecto poco considerado: el de las mujeres como usuarias de esos espacios, valorando así su conocimiento sobre la organización y gestión de la vida cotidiana. Por ello, el

estudio de estos espacios nos permitirá conocer el papel de las mujeres en el seno de las relaciones sociales, así como la complementariedad de los individuos en la realización de actividades socialmente necesarias para la reproducción de la unidad de residencia.

La configuración de la arquitectura doméstica a partir del siglo IV a. n. e.: espacios y trabajos de mujeres

Al desarrollo económico y al aumento poblacional que caracterizan el siglo IV a. n. e., se suma, como ya hemos comentado, el afianzamiento en el poder de determinados linajes familiares, lo que supondrá la instauración de un régimen basado en la aristocracia con la consolidación de grupos gentilicios de carácter clientelar, y dará lugar así al surgimiento de un nuevo tipo de organización familiar.

Estos cambios se verán reflejados en la ordenación del territorio. Pese a que no podemos hablar de homogeneidad en las diversas áreas geográficas que conforman la cultura ibera, podemos decir, sin embargo, que el *oppidum* cobrará protagonismo como enclave fortificado. Su mayor tamaño, por lo demás, lo sitúa como la forma preeminente en la estructura del poblamiento ibérico y lo convierte en el símbolo espacial del nuevo orden aristocrático, marco en el que podremos leer las relaciones sociales clientelares.

Las excavaciones en extensión llevadas a cabo en los últimos años han permitido reconocer no solo la trama urbanística de los poblados, sino también la arquitectura doméstica, en la que se reflejan igualmente todos esos cambios económicos y sociales que hemos señalado. Se asiste en esos momentos a un aumento de la privacidad, inferida a partir de la disposición de los accesos y de la presencia de patios redistribuidores, o a partir de un acrecentamiento de la complejidad, por lo que los distintos espacios revelarán una mayor especialización funcional.

Uno de los primeros aspectos que podemos abordar se refiere a las diferencias en cuanto a la posición de las familias dentro de este sistema clientelar, lo que nos llevará a hablar de dos grandes esquemas en la organización de los espacios domésticos. El primero de ellos se podría corresponder con las familias aristocráticas, las élites ibéricas, que debieron de contar con viviendas más grandes, más complejas y con numerosas dependencias. En ellas se podrán diferenciar espacios con distintas funcionalidades, como cocina, molienda, almacenamiento, despensa, producción textil y a veces metalúrgica, espacios para el descanso, espacios de reunión y también espacios de culto para el desarrollo de rituales de tipo doméstico. Su ubicación aparece diferenciada del resto de las casas del asentamiento, ya que la residencia de mayor prestigio y complejidad se segregaba del resto. El segundo debió de afectar a la

inmensa mayoría de la población. Consistió probablemente en residencias mucho más modestas en tamaño y complejidad, cuyos equipamientos y ajuares fueron más escasos que los anteriores, en variedad y en cantidad, y presentaban generalmente dos ámbitos: uno de almacenaje o despensa y otro donde se realizaban el resto de actividades (descanso, preparación de alimentos...).

Todo ello queda recogido en los trabajos aparecidos en los últimos años que analizan de manera amplia la casa ibérica, tanto en su relación con el asentamiento como en lo que concierne a la arquitectura doméstica y al uso o función de los distintos espacios. Tenemos, por un lado, los trabajos de síntesis que recogen estudios sobre distintas áreas geográficas (Belarte 1997; 2010; Belarte *et al.* 2009; Sanmartí y Santacana 2005; Sala y Abad 2006); por otro, los dedicados a estudios sobre un asentamiento concreto (Rísquez *et al.* 1991; Ruiz y Molinos 2007; Guérin 1999; 2003; Pons 2002).

Así pues, aunque no podemos hablar de un único modelo de casas, ni en las simples ni en las complejas, lo cierto es que ambas se documentan en todo tipo de asentamientos, con matizaciones y diferencias no solo en sus dimensiones y articulación de las distintas estancias, sino también en los equipamientos domésticos que contienen y en los materiales asociados, reflejo probablemente de las diferencias sociales. De lo que sí hay evidencia en todas ellas, es de las actividades y trabajos asociados a las mujeres. Por una parte, hemos encontrado vestigios de todos los relacionados con los preparativos y transformación de alimentos, ya sea cocina, molienda u horneado, y, en cuanto al consumo no inmediato, con la organización para su conserva y almacenamiento. Por otra, igualmente se han podido identificar huellas de trabajos destinados a otros tipos de producción, algunos exclusivamente femenina como la textil, pero también otros relacionados con la producción de vino, aceite y del trabajo metalúrgico.

Ahora bien, el hecho de poder comparar los distintos tipos de viviendas en un asentamiento y las actividades que se podrían realizarse en ellas permite valorar la presencia de un mayor o menor grupo de mujeres para llevar a cabo dichos trabajos. En cualquier caso, no cabe duda de que este dato está en relación con la propia estructura familiar y con la estructura social del momento. Uno de los casos estudiados en este sentido ha sido El Castellet de Bernabé (Liria), donde Pierre Guérin ha analizado una gran casa en la zona noreste. Se trata de la residencia de la familia aristocrática, distribuida en cinco estancias, en las cuales han podido ser diferenciados distintos trabajos a partir de los elementos documentados, como hogares, molinos y hasta cuatro telares, a los que hay que sumar una despensa, una posible capilla o zona de culto y una zona

de almacén o granero. Este investigador establece que la presencia femenina es perceptible en el 80 por cien del espacio de la casa, lo que implica que pudo estar habitada por una familia extensa, propia de las clases gentilizas, en la que habría al menos cuatro mujeres adultas (Guérin 1999).

Al calor del hogar. La producción de alimentos

La presencia del hogar nos sirve para identificar fácilmente aquellos espacios donde va a desarrollarse la mayor parte de las actividades domésticas. Imaginemos que algunas mujeres tuvieron como tarea encender el fuego o reavivarlo para preparar los alimentos, un ritual que se debió de llevar a cabo cada mañana al amanecer. Pero el hogar es algo más que un fuego para calentarse, iluminar o cocinar, ya que conforma el centro de la vida doméstica y es el punto de reunión familiar. Los artefactos y ecofactos documentados en los registros arqueológicos de estas estancias nos permiten no solo rastrear algunos de los trabajos que en ellas se realizaban, como ya hemos comentado, sino también detallar la forma de proceder a la transformación de los alimentos.

Sabemos, de hecho, que la base de la alimentación en las sociedades ibéricas eran los cereales. Esto supone que una buena parte del trabajo de las mujeres se centró en la transformación de los mismos, ya que tenían que ser procesados y preparados antes de ser ingeridos. Esta tarea podía consistir en tostarlos, cocerlos en agua y, sobre todo, molturarlos para obtener la harina que luego emplearían para cocinar, aunque también podían ser utilizados para preparar bebidas fermentadas. Las leguminosas, que asimismo formaban parte de su dieta, necesitan igualmente una preparación previa para su consumo, como ponerlas en remojo para ablandarlas y luego comerlas cocidas o hervidas. También podían ser consumidas tiernas o secas, además de convertidas en harina, lo mismo que algunos frutos, como la bellota. Cada una de estas tareas puede ser asociada a distintos tipos de elementos documentados en las excavaciones. Por ejemplo, estos alimentos podían ser tostados en los hornos, también en los hogares sobre grandes recipientes abiertos de cerámica tosca, como son las llamadas *paelleras*. Para cocerlos, podían utilizarse las ollas de cocina y, para triturarlos, los morteros y los molinos, si bien los primeros podían tener otras utilidades en la cocina.

Los molinos más sencillos eran los barquiformes, con los que se generaban cantidades pequeñas de harina, por lo que suponemos que estarían en constante funcionamiento con el fin de obtener harina suficiente para elaborar las comidas. La posterior utilización del molino rotatorio, una de las más importantes innovaciones tecnológicas vinculada a las mujeres, supuso

sin duda un avance significativo en lo que refiere al incremento de la producción, lo que probablemente tuvo repercusiones económicas. Pero también tuvo que tener trascendencia en el ámbito de la salud, ya que su uso, al mejorar la calidad de las harinas, implicó seguramente un menor índice de enfermedades dentales. Las dimensiones reducidas de la mayoría de las piezas documentadas, en torno a los 40 centímetros de diámetro, permitían a una persona accionar el molino sin ayuda. Este tipo de molino, pues, no solo era muy manejable, sino que también podía ser colocado en cualquier lugar y recogido una vez concluida la tarea. Por otra parte, también se han documentado piezas más grandes y pesadas que, presumiblemente, permanecieron fijas en estancias exclusivamente dedicadas a tal fin, dado que debieron de hacer falta al menos dos personas para accionarlas o moverlas. Dicho esto, estos molinos rotatorios más grandes tenían la ventaja de que, al producir harina en mayor cantidad, podían abastecer a varias familias. Dichas piezas son mucho más frecuentes en esta época en los poblados de la zona levantina y catalana (Bonet y Mata 2002, 118-120; Alonso 2002), aunque también se han documentado en el Alto Guadalquivir, concretamente en el poblado de Los Castellones de Ceal, en la primera mitad del IV a. C. (Chapa y Mayoral 2007).

Con los distintos tipos de harinas se podían preparar comidas como gachas o tortas. Estas últimas podían cocerse en el hogar o en hornos, pero también sobre las cenizas, extendidas sobre una plancha de piedra o de barro precalentada. Una vez elaboradas, podían aderezarse con queso, con frutos secos, miel, etc. La elaboración de pan debió de ser otro de los trabajos propios de las mujeres. Cabe señalar que esta ha sido una actividad habitual en las sociedades campesinas, que se realizaba una vez a la semana y conllevaba toda una serie de procesos que implicaban tanto la ubicación en determinados lugares como distintos tipos de relaciones de socialización, ya fuera entre los diferentes miembros de la comunidad, ya fueran relaciones estrictamente de género (Albir 2010, 152). Tuvo que ser una actividad especializada, cuyos productos no solo estuvieron destinados al consumo cotidiano, sino también a la celebración de festividades religiosas, como nos permiten vislumbrar algunos de los exvotos hallados en el santuario de Collado de los Jardines, en Despeñaperros. Dichos exvotos muestran unas manos abiertas sosteniendo una especie de tortas identificables como productos panificados y probablemente fueron entregados a las divinidades por las devotas en los centros de culto. Los panes se debieron de cocer en hornos, como los que se han documentado en toda la geografía del área ibérica, algunos de los cuales han sido interpretados como hornos de carácter comunal, situados junto a almacenes de grano (García

y Morales, 2009, 172-187). De todas formas, dichos hornos tuvieron probablemente múltiples usos y ser igualmente utilizados para elaborar otro tipo de alimentos, como carne asada.

Las mujeres ibéricas debieron de llevar a cabo en los hogares la mayor parte de las preparaciones culinarias, como, por ejemplo, hervir los alimentos que requirieran cocciones largas en el abundante número de ollas de cocina que aparecen junto a estos. Estas ollas podrían haber sido colocadas directamente sobre el fuego o suspendidas encima del hogar, como indican algunas de cuatro asas y los llares, de los que cada vez aparecen más ejemplares, como los documentados en Mas Castellar de Pontós (Pons y García 2008, 172, 178). De esta forma se podían preparar gachas con los distintos tipos de harinas; también sopas, purés, potajes con los cereales y legumbres y un largo número de recetas más. Otras formas de cocinar podrían ser los guisados o estofados, que podrían haber sido realizados en recipientes como las denominadas cazuelas de cerámica tosca que suelen aparecer en estos contextos. También podrían haberse dispuesto sobre estos hogares parrillas o asadores, como las documentadas en Alorda Park, Calafell, que permitirían hacer asados de carne, pescado y otros alimentos. Recientes trabajos han abordado de una manera más amplia el tema de la alimentación en la época ibérica (Oliver, 2000; Sanmartí y Santacana 2005; Pons y García 2008; Mata *et al.* 2010) y proporcionan una interesante información sobre aquellos productos que podrían haber sido consumidos a partir de las especies vegetales y animales documentadas en los distintos yacimientos ibéricos.

En la mayoría de estos espacios domésticos se señala la presencia de bancos corridos, junto a los cuales cabe pensar en la existencia de objetos muebles que no han perdurado en el registro arqueológico, como mesas de madera probablemente utilizadas para la manipulación y preparación de los alimentos. Además, las excavaciones han puesto al descubierto un gran número de instrumentos relacionados con su preparación, como cuchillos, tijeras o ralladores, así como hierros para colgarlos.

Volviendo a los productos alimenticios, sabemos que muchos de ellos no tenían un consumo inmediato, por lo que la preparación para su conserva y posterior almacenaje tuvo que constituir otro de los trabajos que las mujeres realizaron. Esa actividad podía ser más intensa en las épocas de las distintas cosechas y, en el caso de la carne, en los tiempos de matanza. Para su almacenaje, se debieron de utilizar los recipientes cerámicos que aparecen en esos espacios de las viviendas denominados despensas. Sabemos, por lo que narra Plinio en diversos pasajes de su *Historia natural*, que las habas y leguminosas guardadas en vasijas aceiteras embadurnadas con ceniza se conservaban largo tiempo, que la

carne o el pescado también se podían preparar con distintos métodos para su conservación, como secado, ahumado, en salmuera, mantenido en grasas, etc. La presencia de ácidos grasos, como palmítico y en menor medida oleico, detectados en recipientes de la casa 6 del Cerro de la Plaza de Armas (Puente Tablas, Jaén), permiten hablar de este tipo de almacenaje (Sánchez Vizcaíno 2009). Igual pudo suceder con muchos de los frutos documentados para estas etapas de la cultura ibera, y aunque podemos suponer que en muchos casos se consumieron directamente, también podrían haber sido conservados, sobre todo dejándolos secar.

Por otra parte, la presencia de recipientes perforados en estos mismos espacios ha llevado a los expertos a interpretarlos como queseras (Oliver 2000; Sanmartí y Santacana 2005), lo que nos permite imaginar a las mujeres elaborando quesos, mantequillas y otros derivados lácteos. También ha sido constatada la producción de miel por la presencia de elementos cerámicos interpretados como colmenas, así como por los análisis de contenidos realizados en algunas de ellas (Bonet y Mata 1995; Fuentes 2004).

Dicho esto, hay otras muchas tareas en las que sabemos que estuvieron implicadas mujeres de distintas edades y que no han dejado ninguna huella directa. Pensamos, por ejemplo, en el acarreo de agua o de leña: la primera, por ser necesaria no solo para cocinar, sino también para otros trabajos relacionados con la limpieza y el saneamiento de los distintos espacios o de los instrumentos utilizados para la preparación y consumo de los alimentos; la segunda, por ser el combustible idóneo para encender hornos y hogares.

Es lógico pensar, por lo demás, que todos estos trabajos vinculados a las mujeres conllevaban al mismo tiempo un proceso de aprendizaje y, por tanto, una enseñanza que ellas mismas transmitieron de generación en generación. Dicha transmisión se debió de efectuar desde la niñez y conllevar la participación de las más jóvenes en todos los trabajos que hemos señalado, con lo que se preparaban para su entrada en la edad adulta, una vez que estuvieran ya en plena posesión de todo el saber sobre la organización y la gestión de la vida cotidiana.

Pierre Guérin nos aporta un ejemplo interesante de esa amplia gama de responsabilidades que podían ser asumidas por las mujeres, ya que reconoce, en la esposa del aristócrata de El Castellet de Bernabé, a la encargada de las cuentas, el control sobre el almacén y la despensa, las reservas de agua y el reparto de las cosechas. Se basa para ello en el frecuente alejamiento de los hombres, bien porque estaban trabajando en la puesta en valor de las tierras, bien por sus obligaciones militares. En ambos casos, la ausencia obligaba a dejar la gestión económica en manos de la mujer. Esta importante ocupación había exigido previamente-

te, como acabamos de señalar, un proceso de instrucción, y parece lógico que fueran primero las madres las que aprendieron a llevarla a cabo y luego las hijas de ellas. Esta hipótesis se vería además confirmada por la presencia en algunos asentamientos, como La Bastida de les Alcusses, de plomos con textos escritos localizados debajo de los molinos de piedra e interpretados como un listado de nombres y cantidades canceladas en su mayor parte. Así pues, podemos pensar, como señala este autor, «que fuera una mujer quien tenía al día las cuentas, una mujer cuyas atribuciones parecen alcanzar sectores de la actividad económica más allá de los límites de la supuesta esfera doméstica» (Guérin 1999).

Hiladoras y tejedoras. La producción textil

Otro de los trabajos realizados por las mujeres iberas consistía en abastecer al poblado de los tejidos para la elaboración de prendas de vestir o de las telas para el intercambio. Sabemos, tanto por las evidencias arqueológicas como por las fuentes escritas, que las principales fibras empleadas fueron la lana, de origen animal, junto con el lino y el esparto, de origen vegetal. Plinio recoge, en su *Historia natural*, la excelente calidad de los linos de Hispania y comenta la maravillosa y utilísima planta que es el esparto de la Cartaginense, que, entre otros usos, servía para fabricar zapatos y elaborar los vestidos de los pastores. Habla de las lanas de la Bética y la Lusitania, así como de las notables ovejas de vellón negro que había en Hispania (Plinio XIX, 2, XIX, 7 ss., VIII, 73). También Estrabón, en el libro III de su *Geografía*, señala la *virtus* de los *emporitai* en el tejido del lino (Estrabón III, 4.9).

Presumimos que el procesado de los distintos tipos de fibra debía de ser muy laborioso, ya que varios trabajos debieron de preceder a la producción textil en sí. Las distintas fases de este proceso podían ser realizadas por distintas personas, en las que podríamos incluir tanto a hombres como a mujeres.

Por lo que respecta a la lana, el primer paso consistía en el esquilado de las ovejas. En algunos asentamientos, como en el de El Puntal dels Llops, en el departamento 4, se han localizado unas grandes tijeras de hierro que podrían haber tenido este uso (Bonet y Mata 2002, 66). Se trata, en este caso, de una estancia que ha proporcionado gran cantidad y variedad de material, con una presencia importante de instrumentos agrícolas, si bien se documentan igualmente otras actividades domésticas, como la molienda y la transformación de alimentos. Este tipo de herramientas también aparecen en contextos funerarios. Es el caso de la tumba 110 de la necrópolis de El Cigarralejo, con un ajuar sin armas, pero con dos fusayolas asociadas a otros elementos de carácter femenino, como las con-

chas marinas. También es el caso de las sepulturas 79 y la 161 de esa misma necrópolis, aunque en estas sí hay armamento (Cuadrado 1987).

Con el segundo paso se pretendía lavar la lana así obtenida con el fin de eliminar tanto la suciedad como todas las impurezas que pudiera tener adheridas. Es probable que este lavado se hiciera con agua caliente, combinada con algunas plantas que favorecían el blanqueado de las fibras. Una vez enjuagada y secada, se pasaba la lana por una cardadora, con la que se eliminaban las impurezas más pequeñas y se ordenaban las fibras para facilitar la elaboración de los copos. Finalmente, estos eran insertados en la rueca, que sirve para abastecer de fibra el proceso del hilado (Chapa y Mayoral 2007, 167-168).

El lino requería un proceso aún más laborioso, empezando por la recolección de la planta, de la que tendrían que eliminarse las semillas, y pasando por la cocción o enriado en agua estancada, proceso que podía durar bastante tiempo, según se hubiera utilizado agua caliente o fría. Hecho esto, debía procederse al secado de las fibras y a la eliminación de los elementos leñosos, que se podían ir golpeando con un mazo. Por último, se debió de proceder a separar las fibras, que cada vez serían más finas. En función de su calidad, este lino pudo ser destinado a diferentes usos: desde la confección de sacos hasta prendas más delicadas (Chapa y Mayoral 2007, 167).

No es frecuente encontrar evidencias arqueológicas de estos procesos ni de sus estructuras, aunque sí contamos con algunas excepciones notables. Este sería precisamente el caso de un taller textil dedicado al trabajo del lino, excavado en El Coll del Moro de Gandesa, que data del siglo III a. n. e. Nos encontramos ante una instalación que tiene un carácter supradoméstico, por lo que se debió de tratar más bien de una factoría en la que se realizaba todo el proceso, desde el enriado del lino hasta la confección de tejidos. En las piletas documentadas se preparaba y maceraba el lino, pero también se pudo proceder al tintado, por el resultado de los análisis realizados en algunas de ellas. La presencia de un hogar podría estar vinculada al proceso de transformación de esta planta, ya que no hay indicios de actividad exclusivamente doméstica. Por otra parte, el descubrimiento de 107 pesas en los estratos de derrumbe puede indicar que las telas habían sido tejidas en telares situados en el piso superior. En este mismo contexto, apareció un *kalathos* con un motivo interpretado como un telar, por lo cual deducimos que estaba haciendo alusión a la funcionalidad del espacio de trabajo (Rafel *et al.* 1994). La presencia de este tipo de talleres alude al cambio que podría estar produciéndose en esos momentos en lo que se refiere a la propia concepción de la producción textil, es decir, a su salida del ámbito doméstico.

Las evidencias arqueológicas de la elaboración de hilo han sido constatadas gracias a la aparición de numerosas fusayolas, que servían para reforzar la torsión y estiramiento a medida que este iba girando y enrollándose. Las diferencias en el peso y tamaño de estas piezas están en relación con la producción de hilos de diferentes grosores y resistencia, lo que seguramente tendría que ver con el uso que se quisiera dar a estos. No nos han quedado evidencias directas de las ruecas, aunque sí ha sido posible identificar lo que podría ser el fragmento de un huso en la tumba 200 de la necrópolis de El Cigarralejo (Rísquez y García 2007). La iconografía sí nos ha dejado, sin embargo, algunos ejemplos de estos artefactos, como el que podemos ver en el relieve funerario de la Albufereta, donde una mujer aparece con el instrumental completo de la hilandera; o en la placa cerámica de La Serreta de Alcoy, en la que aparecen representados, de manera muy esquemática, la rueca llena de fibras y el huso. Ambos se sitúan en la esquina de lo que casi con toda probabilidad era un telar vertical, en el que está trabajando una mujer ricamente ataviada.

Hilar debió de ser un trabajo que las mujeres podían realizar en cualquier momento, incluso compaginándolo con otras actividades. No requería de un espacio concreto dentro de la vivienda, de ahí que podamos encontrar fusayolas en distintos espacios, patios o habitaciones. También hay que pensar en la gran cantidad de hilo que había que preparar para poder abastecer un telar, por lo que pudo ser una actividad que, al no requerir mucha especialización, realizaban sin duda la mayor parte de las mujeres.

Una vez obtenidos los hilos, se empezaba la elaboración de los tejidos. Se podían utilizar diversos tipos de telares, el más común de los cuales era el denominado telar vertical. Se trata de estructuras móviles que se podían trasladar de un lugar a otro, dada la multifuncionalidad de los espacios domésticos ibéricos. Las evidencias las tenemos en las pesas de cerámica, *pondera*, que tenían como función mantener tensa la trama. Estas no aparecen en todas las viviendas, lo que podría avalar una cierta especialización de quienes se dedicaban a este trabajo. Cuando se localizan concentraciones de estas pesas, suelen estar próximas a las paredes, lo que indica que, puesto que las estructuras generalmente de madera no han perdurado, dichos telares se apoyaban contra ellas. Se debieron de ubicar en zonas con luz, ya fuera en los patios bajo las zonas semicubiertas, ya en el interior de las estancias, en zonas próximas a las puertas.

De nuevo la iconografía sirve para ilustrar este proceso. Una gran tinaja, documentada en el poblado de El Tossal de Sant Miquel de Liria, muestra, entre otras representaciones, a dos jóvenes sentadas que hilan y tejen. En el vaso, que ilustra de manera evidente la aso-

ciación del tejido y sus elementos con las mujeres, aparecen también perfectamente diferenciadas las tareas de hilado, torcido y ovillado con distintos instrumentos (Izquierdo y Pérez 2005, 95). El lenguaje iconográfico, al servicio de los grupos aristocráticos, indica que se representa a una mujer de rango, y así otorga a la producción textil otros valores simbólicos. Así pues, y al igual que en otras culturas mediterráneas, dicha producción se convierte en un indicador de prestigio en el plano social. Por otra parte, la larga trenza de estos dos personajes femeninos y la ausencia de tocado o velo constituyen un signo distintivo de edad, es decir, posiblemente estamos ante mujeres jóvenes que muestran su rango a través del vestido y los adornos. Hilado y tejido se interpretan aquí como exponentes de género y estatus femenino.

Ya hemos señalado anteriormente que las viviendas de mayor complejidad podían contener varias estancias y que en algunas los elementos textiles encontrados pudieron marcar la presencia de varias mujeres tejiendo. Este podría ser el caso de la citada casa aristocrática de El Castellet de Bernabé, que contaba con la presencia al menos de cuatro telares activos (Guérin 2003, 379), pero también se localizaron en otros departamentos del mismo asentamiento siete telares más, lo que avala la importancia de esta producción en el lugar.

Otros elementos vinculados a la elaboración de tejidos han sido hallados en contextos funerarios, entre los que destacamos la necrópolis de El Cigarralejo. En la tumba 200 se han documentado pequeñas placas de madera con las que se habrían confeccionado bandas y cenefas que luego serían cosidas a las prendas de pequeño formato. Son los denominados telares de placa que se debieron de utilizar para realizar algunas de las piezas de lino presentes en dicho enterramiento. Junto a ellos, quedan evidencias tanto de las placas de hueso perforadas, llamadas tensadores, unas piezas alargadas con orificios que servían para fijar y separar los hilos en los telares de lizo o rejilla (Ruano y Montero 1989), como de las agujas para coser las prendas.

Todo el proceso de elaboración de telas y confección de vestimentas requiere conocimientos, pero también los requiere la selección de raíces y demás materiales de los que se extraían los tintes para obtener los colores, constatables en la policromía conservada de algunas piezas escultóricas. En el caso de la Dama de Baza, por ejemplo, podemos observar el azul de su túnica y manto, o ese mismo color, junto con el rojo y el blanco, de las cenefas que los decoran. Brulé viene a señalar, en este sentido, la importancia que debió de tener el aprendizaje de los trabajos textiles en la iniciación al estado de mujer adulta (Brulé 1987, 116-118). Las mujeres ejercían, pues, los oficios de hilandera, tintorera, tejedora y costurera, unas enseñanzas que,

como ya hemos indicado, se tuvieron que transmitir entre ellas.

Ahora bien, no podemos quedarnos en ver únicamente este trabajo como una simple labor artesanal, sino que constituye una de las labores más importantes en el seno del ámbito productivo, tanto para cubrir las necesidades domésticas como para obtener productos valiosos de intercambio. La trascendencia de esa producción, siempre llevada a cabo por mujeres, queda reflejada en algunas referencias que podemos extraer de las fuentes. Estrabón resalta la cantidad de tela que llegaba de la Turdetania (Estrabón III, 2,6); Éforo refiere que las mujeres de los iberos celebraban certámenes anuales, donde un jurado de hombres otorgaba un premio por votación al tejido que más se había distinguido. Otra cita muy similar recoge que entre los iberos era costumbre honrar con regalos a las mujeres que mostraran haber tejido más y más bellas telas (*Paradoxogr. Vatic. Rohdii*). De hecho, sabemos de la fama que tenían estos tejidos por Livio, el cual indica que los iberos del ejército de Aníbal llevaban túnicas de lino de tono rojo (Livio XXII, 46, 6); también por Estrabón, que habla de unos vestidos femeninos adornados con motivos florales que se daban entre los bastetanos (Estrabón III, 3, 7). Las telas y sus coloridos se convierten así en marcadores de estatus, filiación y poder.

Si nos acercamos a los espacios donde aparecen los indicadores de producción textil, observamos, por una parte, la presencia de fusayolas y pesas de telar en las viviendas más simples, aunque hay que señalar que no aparecen en todas ellas y que, cuando aparecen, su número es escaso, lo que indica, como mucho, la presencia de un telar para cubrir las necesidades domésticas. Por otra parte, la aparición de un número mayor de pesas y fusayolas en las casas más complejas revela la presencia de varios telares, hecho que ocurre en los denominados edificios singulares. Esto último podría ser indicador, como ya señalaban en su trabajo Elisenda Curià, Cristina Masvidal y Marina Picazo, de que, a partir del siglo IV a. n. e., los grupos dominantes podrían estar apropiándose de ciertos tipos de telas, ya fuese como elementos de prestigio, ya para su redistribución posterior (Curià *et al.* 2000).

Esto mismo es lo que puede estar indicándonos la importancia que parece tener la producción textil en El Cigarralejo a partir de la lectura que nos proporciona su necrópolis. De las tumbas publicadas por Cuadrado, Núria Rafel destaca que sólo 116 contienen armas, lo que representa el 36,1 por cien; que 225 carecen de ellas, es decir, el 63,8 por cien, y que más del 51 por cien de estas últimas presentan elementos asociados al ámbito textil (Rafel 2007). Estos datos nos han llevado recientemente a abordar este tema partiendo de una serie de asociaciones recurrentes de determinados ítems textiles. Así, en las tumbas femeninas determinadas os-

teológicamente, se produce la asociación de fusayolas con placas de hueso perforadas (tensadores), agujas y agujones. En las tumbas masculinas, por el contrario, pueden aparecer algunas fusayolas, pero nunca junto a las placas de hueso perforadas. Se nos plantea así la posibilidad de que determinadas agrupaciones de elementos sean susceptibles de ser interpretadas como indicadores de identidades de género.

La producción textil debió de tener, por otra parte, gran importancia para las gentes de El Cigarralejo, lo que vincula el trabajo de las mujeres a un proceso económico que en esos momentos empieza a adquirir cierta especialización ocupacional, lo que otorgaba no solo poder, sino también una posición social destacada a las mujeres enterradas en esta necrópolis (Rísquez y García Luque 2012). La tumba 200 nos proporciona, de hecho, un ejemplo que nos podría indicar no solo esa apropiación de la producción textil por parte de

los grupos dominantes, sino sobre todo, por la importancia de los restos relacionados con el trabajo textil, el papel que desempeñaron algunas mujeres en ese proceso (Rísquez y García 2007). Esta tumba refleja, pues, cómo la aristocracia, y en este caso la aristócrata aquí enterrada, tiene el control sobre estos bienes, su producción y su intercambio.

El hecho de que el trabajo textil trascienda para la sociedad ibérica y sea representado no sólo simbólicamente en las tumbas, sino también iconográficamente en las cerámicas, tendría que ser interpretado tanto en relación con los cambios sociales que entonces se estaban produciendo como con el papel de las mujeres a partir del siglo IV a. n. e. Es entonces, en efecto, cuando se empiezan a representar algunos de los elementos que transfieren identidad, lo que sin duda tiene mucho que ver con el nuevo modelo social que se irá consolidando como modo de vida urbano.

Asalariadas y emprendedoras: mujeres trabajadoras del sector textil en la antigua Mesopotamia¹

Agnès Garcia-Ventura
Università di Roma La Sapienza

La producción de tejidos es una de las actividades que suelen vincularse a las mujeres en numerosos lugares, momentos y contextos (González Marcén y Pícazo 2005, 141-143). Buena muestra de ello es la antigua Mesopotamia, en la que nos centraremos en este capítulo. Nos proponemos presentar las fuentes de estudio de la producción de tejidos en Mesopotamia y también las lecturas tradicionales de estas fuentes. Tomando un arco cronológico de cerca de 300 años y dos zonas distintas, una representativa del norte y otra del sur del territorio, veremos, de forma paralela, dos sistemas de producción que se vislumbran como distintos: uno en el que las mujeres son asalariadas y otro en el que estas pueden ser presentadas, en cierto modo, como emprendedoras.

El análisis que aquí desarrollamos se organiza en dos partes claramente diferenciadas. En la primera parte planteamos algunas cuestiones teóricas preliminares sobre el estudio del trabajo femenino y la producción de tejidos en la antigüedad, poniendo especial atención en las aportaciones de las epistemologías feministas y las distintas perspectivas de los estudios de género, especialmente el postfeminismo. La segunda parte se dedica a presentar el ejemplo mesopotámico, haciendo primero hincapié en las fuentes para después describir y caracterizar dos períodos que plantean situaciones y ubicaciones geográficas diferenciadas: Ur III (con centro en el sur del territorio) y el paleoasirio (con centro de operaciones en el norte) respectivamente, utilizando el primero como punto de referencia y el segundo para aportar algunos elementos comparativos.

1. Perspectivas de estudio: reflexiones y propuestas

1.1. *El punto de partida: el trabajo de las mujeres*

Mi investigación parte del interés por el trabajo de las mujeres. A mi entender, se trata de presentar este sector de trabajo mayoritariamente femenino como una pieza más que ayuda a entender una sociedad compleja y que, sin ella, cuenta con un retrato muy parcial e incompleto. Si durante muchos años la historiografía tradicional ha obviado todo lo vinculado a las mujeres, en las últimas décadas los estudios feministas han conseguido poner a las mujeres en la historia, pero en una historia de las mujeres.

Pasadas ya unas cuantas décadas desde el nacimiento de los estudios feministas en sus diferentes tendencias, quizás sea ya el momento de conseguir que, cuando algunas de nosotras decimos que nos dedicamos a investigar sobre el trabajo de las mujeres, no se nos diga: «Ah, sí, muy interesante... Pero esto solo os interesa a las mujeres...» (Scott 1990, 30-31). La voluntad debe ser, más allá de «añadir mujeres y agitar» (Tringham 1999, 100; Pyburn 2008, 115), construir discursos en los que también quepan las mujeres.

Poner de relieve el trabajo de las mujeres es, a mi entender, un punto de partida, no de llegada. Al igual que sucede con las reivindicaciones de algunas minorías étnicas, se trata de poner sobre la mesa la diferencia con el fin de, asumiéndola y normalizándola, acabar con las barreras y los obstáculos (Harding 1996, 144 y ss.). Se trataría, pues, de partir de un feminismo de la diferencia, por así llamarlo, para llegar a un feminismo de la igualdad que ha incluido

1. Este artículo, cuyo texto fue actualizado por última vez en agosto de 2011, presenta algunos de los temas sobre los que trabajé para mi tesis doctoral (defendida en noviembre de 2012). En la bibliografía no se incluyen ni referencias publicadas con posterioridad al año 2011 ni otras publicaciones también posteriores de la autora en las que se han actualizado y reelaborado algunos de los argumentos aquí tratados.

las diferencias, y no las ha minimizado para conseguir tal igualdad. Sin duda, se trata de un fenómeno complejo que no podemos alcanzar solo con nuestras investigaciones sobre el pasado, pero al que sí creo que podemos intentar contribuir. A este respecto es muy ilustrativo el *Manifiesto para cyborgs* de Donna Haraway, que en la definición de sus objetivos plantea lo siguiente: «El presente trabajo es un canto al *placer* en la confusión de las fronteras y a la *responsabilidad* en su construcción. Es también un esfuerzo para contribuir a la cultura y a la teoría feminista socialista de una manera postmoderna, no naturalista, y dentro de la tradición utópica de imaginar un mundo sin géneros, sin génesis y, quizás, sin fin» (Haraway 1995, 254).

Así pues, debemos intentar que nuestros estudios alcancen el interés general del que durante siglos han gozado algunos temas que, siendo propios en muchas ocasiones de esferas predominante o exclusivamente masculinas, se han presentado como temas de interés general (Juliano 1998, 7). Es precisamente a partir del debate planteado en buena parte por las epistemologías feministas desde donde podemos cuestionar y replantear no solo cómo se ha producido el conocimiento histórico tradicionalmente (Scott 1990, 50), sino también cómo se han elegido unos temas de estudio que muy a menudo han excluido a las mujeres o que, cuando las han tratado, lo han hecho de modos que a muchas de nosotras no nos resultan satisfactorios.

Aunque muchas de nosotras hayamos tomado como punto de partida las perspectivas feministas citadas y nos dediquemos a aspectos de la historia que afectan especialmente a las mujeres, creo que paradójicamente puede ser esta perspectiva la que ayude a intentar superar la dicotomía hombres-mujeres. El uso de dicotomías es altamente cuestionable, ya que nos encontramos en un sistema en que dos términos se definen por oposición del uno al otro, pero en el que ninguno de los conceptos se define por sí mismo. En el tema que nos ocupa, además, las dicotomías tradicionalmente han justificado diferencias u oposiciones que no han ayudado a conseguir una visión no reduccionista y que han afectado muy directamente al retrato sesgado de las mujeres. Este sería el caso de naturaleza/cultura, público/privado e incluso hombres/mujeres. Con esta última dicotomía, además, se niegan otras posibles identidades y se reduce cualquier interpretación al patrón heterosexual (para algunas reflexiones sobre el uso cuestionable de las dicotomías desde las epistemologías feministas, véase Haraway 1995, 265-266; Harding 1996, 114 y ss. y 134-135).

Abrir el abanico de posibilidades e ir más allá de las dicotomías a menudo es difícil, ya que la ambigüedad no suele tener un lugar en nuestra sociedad (para la reflexión sobre la ambigüedad sexual en el ámbito me-

sopotámico, véase McCaffrey 2002 y López-Bertran 2010). Pero, pese a la dificultad, trabajar para superarlas lleva a una sociedad más plural, que acepte realidades de identidad sexual a menudo negadas o menospreciadas. Como advierte Judith Butler en lo que ella plantea como *gender as performance* (Butler 2006, 301-303), tomamos unas u otras identidades de género como un disfraz, como una representación de nosotras mismas, y no hay algunas reales y otras ficticias, todas tienen el mismo grado de representación. Es por ello por lo que todas deben ser consideradas como vidas dignas de ser vividas, ya que, como advierte Butler, es una cuestión tan seria como esta la que a menudo se plantea con la delimitación de identidades sexuales que se acomodan o no a la norma establecida (Butler 2006, 62).

Vemos, pues, cómo buena parte de las propuestas de las que partimos en este capítulo beben de las fuentes del postfeminismo y las teorías de la performatividad de tradición anglosajona. El postfeminismo nace en los años noventa, en un contexto intelectual y cultural en el que el postmodernismo y su relativización y cuestionamiento de la modernidad han tomado fuerza. Tras aproximadamente dos décadas de feminismo con distintas tendencias (de la igualdad y de la diferencia, básicamente), el postfeminismo plantea cuestionar la base, el modelo binario y dicotómico de hombre/mujer, público/privado, sexo/género, entre otros. Una de sus mejores representantes en el ámbito teórico es la ya citada Judith Butler (para algunas reflexiones sobre la aplicación del postfeminismo en el estudio de la antigüedad y en particular del Próximo Oriente antiguo, véase Bahrani 2001, 25-27).

Aunque esta línea teórica tiene hoy en día seguidoras y seguidores en muchos ámbitos, cuenta también con un importante grupo de detractores y en especial detractoras en las filas del feminismo de la diferencia y la tradición de corte francés. Pese a esta oposición clásica, aquí intentamos tomar algunas premisas de ambas tendencias que pueden arrojar luz sobre el tema que nos ocupa.

1.2. El conocimiento situado y el estudio de la producción de tejidos en Mesopotamia

Para conseguir una imagen más plural del pasado de que nos ocupamos, proponemos el trabajo desde la perspectiva de los *conocimientos situados*. Esta pone en cuestión la objetividad y propone no un relativismo fruto del acto de poner en tela de juicio esta objetividad, sino una objetividad multifocal que permita alcanzar una visión más compleja y rica (Haraway 1995, 313-346).

Ya Hannah Arendt, en los años cincuenta, plantea el tema de los conocimientos situados en su ensayo sobre el concepto de historia, cuando explicita que tan-

to esta disciplina como la física son subjetivas (Arendt 2003, 80-81; publicación original de 1954). No en vano, en los años ochenta, serán algunas científicas anglosajonas las que pondrán el tema sobre la mesa. Donna Haraway, con la propuesta de los conocimientos situados (*situated knowledges*) plantea la imposibilidad de ser absolutamente objetiva, incluso en las disciplinas científicas como la biología, a la que ella se dedica. Hace la propuesta desde la aplicación del feminismo a la investigación, y afirma que la objetividad feminista no puede ser otra que la del conocimiento situado (Haraway 1995, 324), que alcanzamos desde nuestra propia y particular parcela, es decir, con influencias por el lugar en el que hemos nacido y vivimos, nuestro género, edad, estatus, etc.

Esta voluntad es ya patente en algunas publicaciones que se han hecho desde la antropología y la arqueología. Buena muestra son los artículos recogidos en *Archaeological Papers of the American Anthropological Association* (2008, vol. 18) o el volumen titulado *Ungendering civilization*, editado por Anne Pyburn en 2004. Sin embargo, no es así todavía desde buena parte de los estudios que se desarrollan en el seno de la asiriología, la disciplina que se ocupa del estudio del Próximo Oriente antiguo usando especialmente el estudio de los textos como fuente básica. Desde la asiriología todavía es difícil cuestionar esta presunta objetividad que alimenta dicotomías que, tan a menudo, han potenciado las desigualdades a niveles muy distintos. Buena parte de la investigación asiriológica se presenta como objetiva, imparcial, fiel a las fuentes, científica y positivista. Pero este planteamiento puede llevar a presentar las fuentes de forma más sesgada de lo que ya están en sí mismas. Veamos un ejemplo.

Para caracterizar la producción de tejidos en Ur III contamos con un amplio elenco de fuentes escritas, tablillas cuneiformes, como veremos en próximos apartados. Estos textos son muy numerosos pero también muy parcos. Muchos de ellos se limitan a listar nombres propios o tipos de telas seguidos de cantidades. Además, los textos que han llegado hasta nuestros días reflejan solo una parte de la producción, la que interesaba a las instituciones, y por lo tanto la única que contaba con este registro escrito. Claro está que este tipo de texto puede aportar informaciones valiosas, pero es limitado si lo que queremos hacer es una propuesta de las condiciones de trabajo en el sector.

Pues bien, hasta ahora, son numerosos los estudios que, escudándose en traducciones literales de dichos

textos y aludiendo a la imposibilidad de interpretar algunas cuestiones, no tienen ningún problema en hacer cábalas sobre el estado civil de trabajadores y trabajadoras o las jerarquías de algunas categorías laborales, y en proponer situaciones diferenciadas para hombres y para mujeres. Los textos, sin embargo, son idénticos en ambos casos, y solo las ideas preconcebidas de investigadores (más que investigadoras hasta ahora) explican que tales afirmaciones se consideren «naturales» y directas de los textos y no interpretaciones posibles y cuestionables. Considerar estas propuestas como tales, y no como las únicas lecturas posibles de los textos, abre las puertas a una visión más compleja y más plural.

Por ello es necesario, a mi entender, un trabajo previo de visibilización y de relectura de trabajos vinculados tradicionalmente a las mujeres en Mesopotamia,² como el textil, para luego poder llegar a relativizar las fronteras entre hombres y mujeres que, a menudo y contra todo pronóstico, han reforzado los estudios feministas (Brumfiel y Robin 2008, 2).

1.3. Conceptos clásicos, ¿lecturas nuevas?

1.3.1. Hombres, mujeres y tecnologías

Hablar del proceso de producción de tejidos es, entre otros temas, hablar de tecnología. A menudo se restringe la tecnología a esferas determinadas, y el tejido tradicionalmente ha quedado fuera de ellas. En las últimas décadas algunos estudios arqueológicos han redefinido la tecnología (Dobres 2000; Wright 1999, 175). En ellos se desplaza el foco de atención de los artefactos a las relaciones sociales que se median con artefactos. En estos estudios, los artefactos pasan de ser un fin a ser un medio. En este sentido han tenido un papel fundamental las propuestas que han puesto el foco en la relación entre tecnología y género (McGaw 1996; Wright 1999, 178-180) y resulta especialmente útil la definición que de este nuevo uso del concepto de tecnología recoge Díaz-Andreu en su estado de la cuestión de la relación entre género, identidad y arqueología: «Technology is no longer only understood as the sum of procedures to metamorphose one object into another, but as a practice in which the material and symbolic dimensions of material culture interact and are transformed through a series of gendered habits and social strategies» (Díaz-Andreu 2005b, 31).

Muchas actividades consideradas tradicionalmente femeninas no han recibido atención desde la tecno-

2. Buenos ejemplos todavía vigentes pese a su fecha de publicación son Asher-Greve (1997) y Van de Mieroop (1999). Más recientes y discutiendo la aplicación de las epistemologías feministas, las teorías de Butler y otras autoras aquí citadas, cabe destacar el excelente artículo de Asher-Greve (1997), la introducción teórica de la monografía de Bahrani (2001, 13 y ss.) y el compendio de artículos sobre las mujeres en el Próximo Oriente antiguo editado por Bolger (2008). También el artículo de Lion (2007) ofrece un estado de la cuestión, más bibliográfico que teórico, de la aplicación de las perspectivas de género en asiriología.

logía, puesto que no se ha considerado que formaran parte de ella. Cuando una tecnología se considera femenina, se naturaliza, se hace invisible e incluso se hace impersonal. No en vano muchas operaciones y técnicas de varios ámbitos suelen explicarse con imágenes de manos desvinculadas de los cuerpos o son escenificados por hombres que llevan a cabo dichos procesos (Dobres 2000, 21-35).

En este capítulo seguimos el planteamiento que de tecnología hacen autoras como M.A. Dobres (2000) o R.P. Wright (1999), que a su vez parte de las propuestas de J. McGaw (1996). Es por ello por lo que el centro de la argumentación es, en todo momento, la mano de obra y la organización del trabajo que a partir de ella se articula y no, como es habitual en muchos estudios sobre el tejido en la antigüedad, el proceso de producción de tejidos dividido en sus fases correspondientes. La diferencia, a primera vista, puede parecer menor, pero hemos decidido, en cambio, explicitar este punto de vista, ya que pensamos que supone una diferencia fundamental trabajar desde las personas y no desde los objetos, los útiles y los productos finales.

1.3.2. La cuestionada división sexual del trabajo

La división sexual del trabajo parte de la premisa de considerar que el hecho de que algunas actividades sean realizadas exclusiva o mayoritariamente por hombres, por mujeres o de modo equitativo por ambos es significativo. Fue la historiografía marxista la que acuñó la división sexual del trabajo como algo natural más que social, y aunque esta corriente aportó interesantes novedades al compararse con la historiografía tradicional, tenía también algunas trampas, en especial en lo referente a las mujeres, un asunto que nunca acabó de quedar bien resuelto. Al respecto, cito a D. Haraway en su reflexión sobre la división sexual en su artículo *Género para un diccionario marxista* (1995, 213-250): «[...] naturalización que hacen Marx y Engels de la división sexual del trabajo, en su aceptación de una división presocial del trabajo en el acto sexual (coito sexual) y de sus supuestos corolarios naturales en las actividades reproductoras de hombres y mujeres en la familia, y para la incapacidad consecuente de situar a las mujeres en sus relaciones con los hombres ambigualmente al lado de la historia y de lo totalmente social» (Haraway 1995, 222-223).

Teniendo en cuenta los puntos de partida expuestos, veamos a continuación algunas críticas posibles al uso y aplicación de la llamada división sexual del trabajo. En primer lugar debemos tener en cuenta quién y cómo se realizan las recopilaciones de datos etnográficos. Trabajos clásicos como el de Murdock y Provost (1973) ponen de relieve cómo el género es otro factor

a tener en cuenta, junto con la edad o la clase, para entender la distribución de las tareas dentro de los grupos humanos. Si bien este tipo de estudios ayudan a poner algunas cuestiones de relieve, no debemos olvidar que, en su mayoría, beben de los informes etnográficos de principios del siglo XX, realizados por hombres que partían de un modelo social determinado cuando dirigían sus miradas a otras realidades. Se parte, pues, como siempre, de unos datos que son cuestionables y que en sí contienen ya un punto de vista (Brumfiel y Robin 2008).

En segundo lugar, si bien el género es un factor a tener en cuenta, no siempre es el que explica los fenómenos, no siempre es el central para la articulación de un grupo. A este respecto son especialmente sugerentes recientes aportaciones de E. Brumfiel (2006; 2008) que observa cómo en la producción de tejidos en Mesoamérica el género es significativo para unos períodos, mientras que la clase, en otros, puede ser un factor más determinante. En este sentido se cuestionan también lecturas clásicas de división del trabajo en volúmenes dedicados a la arqueología, como sería el caso de Nelson (1997, 85-111) o Díaz-Andreu (2005/b/, 27), en los que se recogen numerosos ejemplos en que, si se desplaza la división sexual como el factor central explicativo del fenómeno descrito, el fenómeno en cuestión se entiende mejor y se descubren nuevas posibilidades y lecturas.

En tercer lugar, cabe considerar que, al contrario de lo que a veces retratamos en nuestros análisis, no todo se explica por la necesidad, sino que quizás algunos ejes de la organización social o al menos algunos detalles de esta pueden ser también fruto de elecciones, de actos de libertad. Pensar en este posible margen de acción, más allá de una cadena de actos que a veces presentamos como inexorables al retratar el pasado, puede contribuir a dar otra visión de las actividades tradicionalmente asociadas a las mujeres. Se trata de poner el foco en la inclusión más que en la exclusión, en la libertad y no sólo en la necesidad (Pyburn 2008, 123).

En cuarto lugar, hay que tener en cuenta algunas críticas que se han hecho a la denominación en sí, más que al concepto que detrás de ella se esconde. A este respecto, cabe citar a Sandra Harding (1996, 17), que está en contra de hablar de *división sexual del trabajo* y propone hablar de *estructura de género*. Con esta denominación se pretende salir de ese uso dicotómico, aunque se perpetúa la diferencia sexo/género clásica según la cual hay un sexo biológico dual y varias categorías de género. Como hemos planteado, parece interesante trabajar por la utopía de considerar más categorías y más amplias de las habituales, considerando sexo y género como roles que se asumen, pero creemos también que tener en cuenta esta crítica es ya un paso adelante.

Pero, pese a estas críticas y a nuestra propuesta de trabajar por la utopía de eliminar las desigualdades que parten de la dicotomía hombres/mujeres, debemos ser conscientes de que buena parte de los estudios realizados hasta ahora parten de dicha dicotomía, de modo que obviarla contribuiría a minimizar las desigualdades que queremos poner en cuestión. Por eso creemos que, en algunos aspectos, considerar el género como factor de organización del trabajo puede ser útil, aunque con la precaución de ver que no es el único factor y que a veces puede no ser el más relevante.

Por otra parte, no debemos olvidar que, como ya hemos observado, algunas lecturas de las fuentes con que trabajamos sí parten de la centralidad de la división sexual del trabajo. Por lo tanto, ver cómo se lee y a quién se atribuyen unas u otras tareas puede arrojar luz sobre nuestro objeto de estudio. Que algunas tareas se hayan considerado tradicionalmente femeninas, como es el caso del tejido, ha contribuido a que se infravaloren y no se consideren centrales para explicar el funcionamiento del grupo. A menudo las actividades consideradas masculinas se perciben como generales, mientras que las femeninas se perciben como locales, y el hecho de que numerosos análisis se hayan aproximado así al objeto de estudio lo condiciona y creemos que es interesante tenerlo en cuenta (Sassaman 1998; Spector 1998, 147).

También a menudo se ha visto la distribución de tareas entre mujeres y hombres como un modo de asegurar, para las mujeres, protección a cambio de subordinación a los hombres. Se trataría pues de un *contrato sexual* comparable al contrato social (Nuño 2010, 39-44). De este modo, los trabajos considerados mayoritaria o exclusivamente femeninos, como apuntábamos, han tendido a leerse como subordinados o dependientes de otros mayoritaria o exclusivamente masculinos. Esto es lo que sucede en el valor que se atribuye a las distintas fases de la producción textil dependiendo de quién se encarga de cada una de ellas.

En definitiva, solo poniendo sobre la mesa la llamada división sexual como un factor más y viendo cómo este ha influido en buena parte de los estudios, llegaremos al punto en que podamos hablar de *undivided labor* (Pyburn 2008, 118).

2. El estudio de la producción de tejidos en Mesopotamia

2.1. Breve situación geográfica y cronológica

En Mesopotamia, el territorio que es hoy en día en gran parte el actual Irak, hay claros contrastes entre el norte y el sur del territorio, como evidencia el estudio de los procesos de urbanización. Tradicionalmente se

considera que la ciudad surgió en el sur y que sus estructuras se exportaron al norte, donde se adaptaron al clima y a la orografía de la zona.

En el sur las ciudades se describen más dependientes de los ríos; su trazado es más abigarrado, se articulan a partir de calles y canales que separan las zonas de habitación de las de poder y se observa cierta preeminencia del templo. En el norte, en cambio, no hay tanta dependencia del río; a menudo el trazado es más planificado y consiguientemente menos abigarrado; las separaciones de las distintas áreas se hacen mediante elevaciones y no con canalizaciones, y la institución predominante, según la documentación, es el palacio en lugar del templo.

Vemos, pues, que hablar de Mesopotamia no es hablar de una realidad monolítica. Por ello hemos tomado como referencia dos épocas representativas de ambas zonas: la época de Ur III (también llamada de la Tercera Dinastía de Ur o período neosumerio, 2111-2003 a. n. e.) en el sur y el período paleoasirio (ca. 2000-1800 a. n. e.) en el norte.

Algunas de las principales capitales de Ur III fueron Umma, Lagaš o la misma Ur. Este período se caracteriza por un renacimiento de la cultura sumeria (esta es la lengua en la que está escrita la mayor parte de la documentación) y por una fuerte centralización estatal que conlleva la creación de grandes estructuras burocráticas. Como consecuencia de esta circunstancia, en Ur III las fuentes mayoritarias son textos administrativos y económicos, extensamente producidos por este estado centralista.

El otro período seleccionado es el paleoasirio (ca. 2000-1800 a. n. e.). En este momento, la capital fue la ciudad de Asur, situada en el norte del territorio, cuya actividad más relevante fue el comercio que desde ella partía hacia Kaneš (actual Kültepe, Turquía). La documentación de la época está escrita en lengua acadia.

2.2. Fuentes

Para el estudio del sector textil en la antigüedad, disponemos de tres tipos de fuentes: los restos materiales, la iconografía y las fuentes escritas. En Mesopotamia son las fuentes escritas las predominantes y es de ellas de las que aquí partimos para nuestra propuesta, por lo que, en adelante, nos centraremos exclusivamente en ellas (para análisis detallados de los restos materiales y las fuentes iconográficas, véanse los estudios en profundidad de Völling 2008 y Breniquet 2008, respectivamente).

Los tipos de textos que aportan más información en lo concerniente al textil son los literarios, los administrativos o económicos, los léxicos y los epistolares. De todos ellos, los textos más útiles para caracterizar la producción textil en los períodos que nos ocupan son

los administrativos, para Ur III, y los epistolares, para el paleoasirio.

En los textos administrativos se atestigua cierta variedad de registros que están relacionados con el sector textil. Hay listas de trabajadoras organizadas por equipos, con un supervisor o supervisora, y en las que, a veces, se indica qué compensación reciben por el trabajo. También hay listas de clases de telas lujosas destinadas al consumo de las élites o al comercio internacional. En otros textos podemos localizar informaciones diversas sobre algunas fases del proceso de producción y algunos términos relacionados con tareas previas tales como el esquileo de las ovejas o la preparación de la lana para el hilado. Vemos, pues, que de los textos administrativos y económicos se desprenden informaciones puramente cuantitativas y directas como los precios, la cuantía de la recompensa por el trabajo o el número de trabajadoras dedicadas a cada labor. También se puede efectuar una lectura de los datos a otros niveles para extraer conclusiones de tipo social, como la procedencia de la mano de obra o su presunta situación familiar.

En cuanto a los textos epistolares, contamos con los de carácter más institucional (entre los gobernantes de dos territorios, por ejemplo) o los de carácter privado (entre los miembros de una misma familia o entre dos particulares que se comunican asuntos comerciales). Aquí nos interesaremos especialmente por este segundo tipo de correspondencia, ya que es en ella en la que más se alude al sector textil. Buena muestra, en Mesopotamia, son las cartas que se intercambiaban las familias de mercaderes entre Asur y Anatolia en época paleoasiria.

Los textos hallados en Kaneš se pueden clasificar en tres grupos: el contrato entre el mercader que está en Kaneš y quien transporta las mercancías, las cartas escritas por este mercader a sus representantes en Asur y, finalmente, las cartas que los representantes que permanecen en Asur escriben al mercader que se encuentra en Kaneš. El objetivo de estos diversos tipos de correspondencia es tener bajo control la circulación de mercancías que hay entre ambos puntos, comprobando que llega siempre correctamente lo que se traslada de un lugar a otro.

Finalmente, es necesario hacer varias reflexiones sobre las limitaciones de estas fuentes. En primer lugar, se trata de unos textos producidos desde las instituciones (Ur III) o desde un grupo social concreto (paleoasirio), de modo que, por esta circunstancia, nos muestran una visión parcial.

En segundo lugar, algunos estudios recientes evidencian hasta qué punto la documentación que nos llega está sesgada por factores como la erosión y los modelos de deposición de las tablillas (Stone 2002). Una situación que, sin duda, debe tenerse en cuenta al plantear un contraste entre ambos períodos que es, muy posiblemente, más fruto del azar de la conservación de los documentos que de diferencias reales en su momento.

En tercer lugar, nos encontramos ante unos textos en los que se registra lo extraordinario, es decir aquello de lo que se requiere dejar constancia. Las informaciones básicas, las fundamentales, no se recogen explícitamente y, en cambio, desde el punto de vista de la investigación, podrían constituir piezas básicas para entender el puzzle (Civil 2001). Solo teniendo en mente estas limitaciones y con la conciencia de la parcialidad de los registros podremos afrontarlos y leerlos para producir nuestro particular *conocimiento situado*.

2.3. Asalariadas: trabajo textil en Ur III

Como acabamos de ver, los textos mayoritarios de Ur III son los producidos desde las instituciones (templo y palacio), y en ellos se describe el proceso de producción de los tejidos con todo detalle. Estos textos permiten seguir desde los ganados de ovejas hasta la última distribución de las telas; desde el rendimiento de la lana y sus calidades, hasta los tipos y usos de los tejidos resultantes. En este capítulo, tal y como hemos avanzado en la primera parte, nos centraremos en los textos en los que se lista al personal empleado para las diferentes tareas.

2.3.1. La organización del sector: categorías laborales y grupos de trabajo³

En los textos relacionados con la producción de tejidos en Ur III, buena parte de la mano de obra es femenina y se lista como *gemé*⁴ o *gemé-uš-bar*. Si bien *gemé* es el nombre genérico que reciben las mujeres trabajadoras del rango laboral más bajo, *gemé-uš-bar* ya especifica que se trata de mujeres que trabajan en el sector textil. Estas dos denominaciones aparecen para mano de obra que se dedica al esquileo, a la preparación de las fibras para ser hiladas, al hilado y al tejido, con lo que cubren la mayor parte del proceso de producción.

Al buscar equivalencias a los términos con que actualmente nos referimos a categorías laborales, en este

3. Los estudios asiriológicos de referencia sobre la mano de obra del sector textil en Ur III son los publicados por Maekawa (1980, entre otros) y Waetzoldt (1972, la monografía de referencia sobre la producción de tejido en Ur III, y 1987, entre otros artículos). Más recientes y ofreciendo lecturas de los textos que van más allá del trabajo puramente filológico, Wright (1999; 2008) y Uchitel (2002).

4. Para la transcripción de los términos sumerios, en adelante, se usará la letra redonda y para los acadios, la cursiva.

caso podríamos hablar de trabajadores o trabajadoras no cualificados, de auxiliares o de ayudantes. Pero consideramos que todos estos términos descalifican a un personal que recibió esta denominación con un carácter puramente económico y no como muestra de sus habilidades o conocimientos, ya que como *gemé-uš-bar* encontramos a tejedoras especialistas en tejidos de gran calidad y también a mujeres procedentes de tierras consideradas como proveedoras de mano de obra especializada. Nos parece que el término *peón* es más neutro, y es el que usaremos en adelante para referirnos tanto a *gemé* como a *guruš*.

Junto a los trabajadores y las trabajadoras, en algunos textos se citan *dumu*, casi siempre sin especificar el sexo. Cuando se especifica el sexo, se observa que mientras que los *dumu* (chicos) de cierta edad pasan a formar parte de las listas de hombres, las *dumu* (chicas) de cierta edad permanecen en las de mujeres y pasan a realizar las tareas que hasta el momento llevaban a cabo sus madres.

En cuanto a la traducción del término *dumu*, *hijo* suele ser la opción más frecuente. Pese a ello cabe tener en cuenta que en sumerio tal palabra es neutra y no da información sobre el sexo si no se le añade un determinativo que aclare si se trata de hijo o hija (McCaffrey 2002, 200). Además, algunas propuestas plantean que, quizás en algunos contextos, el término puede ser usado para designar a una persona dependiente de otra y no solo la descendencia biológica (Widell 2004, 290). Teniendo en cuenta las lecturas diferenciadas que a veces afectan a las listas de mujeres trabajadoras o de hombres trabajadores, puede resultar interesante considerar ambas posibilidades para evitar, así, ver los textos con la idea preconcebida de la familia heterosexual.

En otras listas también del sector textil se cita a *guruš* (hombres con categoría de *peón*) en algunas tareas estacionales como el esquila y también para el transporte de las fibras hasta el centro de producción, y a *azlag* (también hombres) responsables de acabados.

Además de estos términos con que se cita a hombres y a mujeres trabajadores y trabajadoras de base, hay *ugula* y *nu-bandà*. A diferencia de los anteriores, estos dos términos se refieren a cargos superiores, habitualmente traducidos como supervisor e inspector respectivamente, de los cuales el último es el máximo cargo en el sector. Si bien *gemé* y *guruš* son mujer y hombre respectivamente, estos dos últimos términos no están en sí mismos vinculados a hombres o a mujeres, sino que suelen identificarse gracias a los nombres propios que a veces les acompañan. Es cierto que buena parte de sus nombres propios son masculinos, pero es importante observar que en algunos casos esta identificación es cuestionable y en otros no hay nombre propio, con lo que queda un interrogante.

Resumiendo, los términos hasta aquí citados muestran que existía una clara jerarquía de categorías laborales que se traducía en un reparto de asignaciones de mayor o menor cuantía para unos u otros. El máximo cargo, *nu-bandà*, inspeccionaba varios grupos de trabajo. Cada grupo de trabajo, a su vez, tenía un o una *ugula*, que tenía a su cargo a varias *gemé* o *dumu* o a varios *guruš* en función de la tarea a la que se les asociaba. Cada uno de estos grupos estaba especializado en una tarea concreta (buena muestra de este tipo de texto es BM 12919, publicado en Waetzoldt 1972, texto 15).

Este esquema general sufría variaciones en cada ciudad, según nos muestra la documentación que nos ha llegado de los talleres de Lagaš, Ur o Nippur. Estas variaciones consistían en pequeñas diferencias organizativas y también en una producción diferenciada de tipos de tejidos y calidades (Waetzoldt 1972, 91-108).

2.3.2. Asalariadas de Ur III: algunas lecturas

Si bien acabamos de ver que en las listas de mano de obra podemos identificar a menudo si se trataba de hombres o de mujeres, cuál era su tarea e incluso su jerarquía, hay que advertir que muchos de los estudios que parten de estas listas de personal hacen lecturas sustancialmente distintas de las listas en las que hay *gemé* y en las que hay *guruš*, pese a que, en la mayoría de casos, la información de las listas es muy similar o idéntica. A continuación repasaremos algunas de las afirmaciones habituales y comprobaremos cuáles son los datos que aportan los textos al respecto, y veremos que a menudo condiciona a quien investiga el pensar en el sexo del trabajador o trabajadora.

En primer lugar, se suele hablar de la vinculación de la categoría laboral de base, los peones (*gemé* y *guruš*) con la institución (Maekawa 1980). Si bien los hombres parece que podían poseer tierras y solo trabajaban para la institución en temporadas parciales, se presenta a las mujeres como privadas de esta capacidad de poseer propiedades y como trabajadoras a tiempo completo de las instituciones. Aquí no cuestionamos esta condición diferenciada, pero sí creemos que pueden cuestionarse sus intenciones de base y sus efectos.

En la literatura sobre el tema se presenta la posesión de parcelas de tierra como una mejora de las condiciones de vida y la no posesión como un retroceso. A mi entender, esta valoración no se explicita en los textos y es clara muestra de una lectura actual de lo que consideramos o no una situación aventajada (cf. Wright 1999, 205). Si, en cambio, pensamos en la situación socioeconómica de la Mesopotamia del momento, vemos que en los códigos legales y en las inscripciones reales en que los nuevos monarcas hacen promesas de

futuro (textos de propaganda, pues, que deben ser leídos con cautela por su posible contenido de promesas que no se cumplían a posteriori), una de las constantes es el compromiso por la protección de las mujeres viudas y los huérfanos (Sanmartín y Serrano 1998, 78). En el caso de las viudas, esa protección pasa por asegurarles un sustento, ya que, de otro modo, podían ser explotadas con mayor facilidad, desamparadas en una sociedad patrilineal y, en gran medida, patrilocal. Así pues, lo que con nuestros ojos es una dependencia no deseable, ¿debe ser leída como tal y como algo negativo?, ¿o puede verse como ejemplo de un estado que protege a las mujeres que están en cierto contexto familiar y económico?

En segundo lugar, nos fijamos en cómo se define la identidad colectiva de las *gemé* y los *guruš*. La pertenencia al grupo de ambos se define, en los estudios, a partir de su presunto contexto familiar, y en cambio, pensamos que sería planteable que la relación entre trabajadores y trabajadoras y sus lazos de solidaridad configuraran una identidad de grupo. Si movemos el foco a las relaciones entre trabajadores y trabajadoras, se desbanca el retrato desolador que a veces se da de unas trabajadoras (porque solo se aplica a las *gemé*) solas, desamparadas y sin lazos sociales. No en vano, las redes de solidaridad han caracterizado, tradicionalmente, muchas de las tareas asociadas a las mujeres a lo largo de la historia (Juliano 1998, 80). Esta lectura diferenciada que se hace de la situación de hombres y de mujeres nos parece también reveladora, ya que las listas son igual de parcas para ambos casos, pero se leen de un modo distinto.

En tercer lugar y estrechamente vinculadas con el argumento que acabamos de exponer, estarían las propuestas que se hacen sobre la situación familiar de *guruš* y *gemé*. Mientras que a los primeros se les presupone una familia nuclear, a las segundas se las describe como solteras o viudas. Si bien parece cierto en algunos casos que las trabajadoras son prisioneras de guerra y así se especifica, en otros las listas de ambos grupos contienen la misma información. A menudo, además, el argumento es que estas mujeres no están relacionadas explícitamente con hombres de las otras listas (tampoco ellos tienen una relación explícita con mujeres de otros textos), a diferencia de lo que ocurre con algunas mujeres de alta clase social, que se identifican por su relación con un hombre (padre o marido) asociando su nombre al de ellos. También este argumento tendría sus posibles contestaciones, ya que contamos con registros de la familia real en los que las mujeres tienen propiedades ellas solas y, en cambio, no se las presenta asociadas a ningún nombre masculino del que hipotéticamente pudieran depender (Wright 2008, 267). Por lo tanto, creemos que en este caso el estatus es más significativo que el género para definir

la identidad. Así pues, nos encontramos de nuevo ante una conclusión a la que se llega más por las ideas preconcebidas de quien lee el texto que por lo que el texto explicita. Una posible explicación, sostenida entre otros por A. Uchitel, es que *guruš* y *gemé* se listan por separado no como muestra de un contexto familiar diferenciado para unos u otros, sino porque, como hemos visto, en algunos casos desarrollan tareas distintas (Uchitel 2002, 625).

En cuarto lugar, y también en relación con este contexto familiar nuclear, partimos de una idea de familia que, si bien debió de ser la mayoritaria, es sobre todo producto de estereotipos previos (para críticas alrededor de la heterosexualidad presupuesta como parte de un sistema dual y dicotómico, véase Butler 2006, 149-187; Haraway 1995, 232). A este respecto es interesante apuntar que ni el sumerio ni el acadio tienen una palabra que se corresponda directamente con la palabra *familia* tal y como nosotros la usamos y traducimos (Sanmartín 1998, 73).

En quinto lugar, y en relación con las jerarquías laborales que hemos expuesto, algunos estudios feministas han buscado las diferencias de estatus entre hombres y mujeres. Este es el punto de partida, por ejemplo, del ya citado artículo de Rita P. Wright (1999). En él la autora presenta a unas mujeres en una situación desfavorable respecto a la de los hombres y a la que la autora señala que se ha llegado, en parte, por la apropiación del trabajo de las mujeres por parte de un estado fuertemente centralizado (Wright 1999, 209). Sin embargo aquí nos preguntamos, ¿tan distinta es la situación de *guruš* y *gemé* en cuanto a estatus?, ¿no es más lo que tienen en común, por ejemplo cómo afecta esta fuerte centralización estatal a sus condiciones de trabajo, que lo que les diferencia en cuanto a identidad sexual? La misma autora, Rita P. Wright, en un artículo posterior (Wright 2008, 272), también observa que entre hombres y mujeres de altas clases sociales las diferencias son mínimas, de modo que, de nuevo, pensamos que quizás el estatus condicionó más que el género en ciertos contextos. A este respecto es reveladora la comparación de E. Brumfiel (2006) de la producción de tejido en Mesoamérica en tres momentos históricos distintos, donde se ve que en cada uno de ellos lo que explica el funcionamiento y la organización es un factor distinto, y si bien en uno de los momentos es el género, en otro la clase social es un factor más relevante.

En sexto y último lugar, tal y como hemos observado, el trabajo de base en el sector textil es mayoritariamente femenino (más *gemé* que *guruš* en distintas fases del proceso de producción), mientras que los cargos de supervisión e inspección (*ugula* y *nu-bandà*) son mayoritariamente masculinos. Estas tendencias han hecho que se sobrevaloren en algunas ocasiones

estas tareas de supervisión sin que el contenido real de la tarea a desarrollar y su jerarquía puedan determinarse con certeza. Si bien tenemos claro el orden establecido en esta jerarquía, no están tan definidas las características concretas de cada una de las categorías. De ahí las discusiones del grado de libertad de *gemé* y *guruš* o del grado de responsabilidad real en el proceso de producción de estos altos cargos (*ugula* y *nu-ban-dà*) (cf. Teppo 2007, para la lectura sobre el cargo de supervisión durante el período neoasirio).

Además, aunque en efecto los cargos de responsabilidad son a menudo ocupados por hombres, no siempre es así (cf. Limet 1988, 232). En algunas ocasiones, los nombres propios que los acompañan pueden ser femeninos. Interesante al respecto es el archivo de Ummi-tabat, de Nippur, donde esta mujer ostenta un cargo de responsabilidad intermedio en el control de la producción de tejidos (Wright 2008, 268-269), o lo que puede ocurrir en tiempos de guerra, cuando la mano de obra masculina va al campo de batalla y algunas mujeres pueden ocupar estos cargos de responsabilidad. Además, en otros casos el término que designa el cargo no va acompañado de ningún nombre propio, y por lo tanto no puede generalizarse sobre el sexo de quien ostentaba este cargo, ya que los textos no nos proporcionan suficiente información.

2.4. *Emprendedoras: el caso particular del comercio de tejidos en el período paleoasirio*

Llegamos, finalmente, al caso del período paleoasirio, y nos centramos en las rutas comerciales en las que los tejidos fueron un preciado bien de intercambio. La ruta más bien documentada del comercio paleoasirio se dio entre Asur y Kaneš (en Anatolia), aunque seguro que las mercancías de Asur llegaban a muchos otros centros anatólicos que debieron de configurar una tupida red comercial.⁵

Los productos con los que se comerciaba fueron estaño, tejidos y lana que se exportaron de Asur a cambio de plata y oro (en menor medida) con que se pagaba en Anatolia. Mientras que el estaño se vendía fácilmente para la industria metalúrgica, los tejidos tenían una clientela más restringida, ya que se comerciaba con piezas de alta calidad dirigidas al consumo de las élites. Estas telas, a su vez, se producían básicamente en Asur y también, algunas de ellas, en Babilonia, uno de los grandes centros del sector textil mesopotámico. Solo ocasionalmente y como productos para un

comercio en ruta, se usaban telas de factura anatólica como materia de intercambio.

El comercio de los materiales que acabamos de nombrar era llevado a cabo por familias de mercaderes. Los estudios sobre estas familias muestran cómo fueron estos grupos de parentesco los que protagonizaron un comercio que pareció estar más regido por una iniciativa particular, que no surgía de templos ni palacios, aunque en parte estuvo, muy probablemente, financiado por estas instituciones. A este respecto, Dercksen (2000) ha trabajado sobre las funciones que, según la documentación, se asumían a nivel institucional o a nivel privado.

Las familias de mercaderes (*tamkārūm*) se organizaban para realizar su trabajo conjuntamente, ya que todos los miembros estaban implicados en el negocio de un modo u otro. Según parece, el padre se trasladaba a Anatolia para comerciar con las materias que su mujer, que permanecía en Asur, le enviaba. Así pues, mientras los hombres estaban fuera del hogar, eran las mujeres las que se quedaban controlando todo lo concerniente al intercambio económico y también suministraban las materias primas para el intercambio. En el caso de los tejidos, por ejemplo, eran estas mujeres las que producían e incluso dirigían los talleres de manufacturas (Michel 2006, 295-298). Con el tiempo, cuando los hijos crecían, a menudo el padre volvía a Asur junto con su esposa y las hijas y eran los hijos los que se trasladaban a Anatolia para controlar la otra parte del negocio. Solo en algún caso excepcional, como el del mercader Imdilum, fue una hija la enviada especial a Anatolia para gestionar los asuntos comerciales.

La situación descrita generó una abundante correspondencia (Michel 2006, 287-290), que es la que permite ver una imagen distinta de la que nos ofrecen los textos administrativos de Ur III, de que nos hemos ocupado en el anterior apartado. Mediante esta correspondencia, los maridos encargaban los tejidos a sus esposas, indicando cuáles debían ser las medidas, la calidad, la cantidad, etc. En algunos casos también se añaden comentarios sobre envíos anteriores en los que señalan las piezas que se han vendido mejor y, en el caso de las que han sido más difíciles de vender, qué es lo que debe modificarse. Afortunadamente, también contamos con las respuestas de las mujeres a estas cartas. En ellas hacen comentarios sobre las telas que envían a sus maridos y también, en algunas ocasiones, se quejan por recibir menos plata de la que creen que merecen, puesto que son ellas las que proveen con las

5. Algunos de los estudios clásicos sobre el comercio paleoasirio y el funcionamiento de las familias de mercaderes son los de Leemans (1950), Veenhof (1972) y los artículos publicados en el número 39 de *Iraq* (1977). Pese a contar ya con unos años, siguen siendo estudios de referencia por haber publicado los textos y haber hecho los consiguientes estudios de terminología. Para un compendio actual y actualizado sobre el funcionamiento general de las redes comerciales y las relaciones entre las ciudades implicadas, véase Veenhof (2010). Para un resumen general sobre la producción de tejidos en Asur, véase Michel (2006).

piezas de intercambio y son, sin embargo, las que menos beneficio reciben.

Estas mujeres, en función del volumen de comercio que controla la familia, trabajan solas contando con la colaboración de las otras mujeres del grupo familiar, o dirigen talleres de producción. En algunas ocasiones incluso parece que pudo haber una relación de subordinación de algunos talleres respecto a otros.

2.4.1. Una emprendedora: el caso de Iltani en Tell al Rimah

Uno de los archivos que proporcionan información sobre cómo se organizaba la producción en esta época es el de Iltani, procedente de la ciudad de Tell al Rimah, cercana a Asur (véase el estudio de Stephanie Dalley 1977).

Esta mujer, Iltani, debió poseer un taller de producción de tejidos con cerca de 25 trabajadoras a su cargo según se desprende de la documentación. En las cartas encontramos todo lujo de detalles referentes a la producción, como por ejemplo las asignaciones que recibían las trabajadoras, las denominaciones de diferentes tipos de tejidos, la consecución de la lana (a menudo proporcionada por el marido), o los tributos que debían pagar a Babilonia. Por lo que se desprende de los textos, el taller de Iltani debió de encargarse de la producción de telas especiales.

Además de estos detalles sobre el día a día de la producción, otra peculiaridad de la correspondencia es que no solo nos han llegado cartas entre Iltani y su marido, sino que también contamos con una fluida correspondencia entre Iltani y una compañera suya de Asur. Esta segunda mujer reclamaba a Iltani, en sus cartas, telas, trabajadoras e incluso la cuantía que debían percibir estas trabajadoras, de modo que se deduce que entre el taller de Iltani y el de esta mujer existió una relación de subordinación. En otras palabras, el taller de Rimah podría haber sido una central para la que trabajaban otros talleres que le entregaban el producto con el que luego el marido de Iltani comerciaba en Anatolia. A este respecto, Dalley apunta que quizás la ruta comercial entre Asur y Kaneš pasaba por Tell al Rimah, que se erigió como centro de producción y de concentración de mercancías.

El ejemplo de Iltani evidencia cierto margen para la empresa y los negocios más allá del marco mera-

mente institucional. Se trata de una situación que sin duda dejaba amplios márgenes de acción para todas las partes implicadas, y en especial cabría destacar la situación de estas mujeres al frente de la producción, imagen que contrasta con la que suele darse, en tantas ocasiones, de unas mujeres recluidas y sin margen de acción (Michel 2006, 298-299).

3. Algunas reflexiones finales: a modo de conclusión

Según se desprende de los textos, tanto de Ur III como del paleoasirio, creemos que es el estatus socio-económico el que da más o menos posibilidades en estos contextos, más que el hecho de ser hombre o mujer, como a menudo se ha propuesto. Cambiar el foco de atención permite ver estas posibilidades de elección, de margen de maniobra, pero siempre trabajando para una instantánea más plural, más incluyente, más compleja.

Pese a lo que hemos propuesto en nuestro punto de partida, en este capítulo hemos hablado mayoritariamente de mujeres, y esto sería criticable después de decir que queremos superar la dicotomía hombres/mujeres. Efectivamente, debemos ir más allá de buena parte de las lecturas tradicionales e incluso de buena parte de las lecturas feministas, poniendo el foco en otros aspectos a menudo olvidados que nos dan igualmente el pulso de la sociedad con parámetros totalmente distintos. Solo aplicando estas miradas, en especial a las actividades vinculadas a las mujeres, podremos superar la dicotomía y alcanzar el ideal de no destacar la diferencia por haberla asumido y superado.

En este sentido lo que queremos es, especialmente, dejar de ver a mujeres solo en relación con hombres, ver mujeres que pueden estar en relación con otras mujeres y para las cuales el vínculo primero y primordial no tiene por qué ser una vida familiar nuclear tal y como la entendemos ahora. Dejar de ver mujeres víctimas y subordinadas para ver sus posibles espacios de «libertad»: ver mujeres en relación más que mujeres alienadas que no tienen control de sus medios de producción y con un acceso a la propiedad de tierras que les resulta negado. Dar una oportunidad a la elección y no solo a la necesidad para contemplar los datos desde otro prisma, con otras posibilidades.

Producción artesanal y trabajo femenino en las comunidades fenicias occidentales: una mirada crítica a la teoría de las esferas separadas¹

Ana Delgado Hervás

Departament d'Humanitats, Universitat Pompeu Fabra

Introducción

Las mujeres y las relaciones de género se han convertido recientemente en un atractivo campo de análisis para numerosos investigadores e investigadoras interesados en las comunidades fenicias occidentales. Distintos trabajos, realizados desde perspectivas conceptuales diversas, han roto el largo silencio historiográfico que durante décadas ha pesado sobre las mujeres de estas comunidades diaspóricas del Mediterráneo antiguo. Las prácticas de cuidado en los espacios cotidianos y sus culturas materiales, las actividades rituales protagonizadas por mujeres o relativas a mujeres y a niños y las representaciones de sexualidad y maternidad han focalizado los estudios de género en el mundo colonial fenicio nacidos durante la última década.

La irrupción de estos estudios ha tenido un efecto relativamente limitado en las narrativas dominantes sobre las comunidades fenicias occidentales. La visibilización de mujeres, de prácticas cotidianas o de ideologías y relaciones de género ha generado ciertamente nuevos discursos que han situado a las mujeres y a los grupos domésticos como actores sociales muy activos en los procesos de hibridación cultural y en la creación de nuevas identidades en estas comunidades nacidas del desplazamiento y de la migración (Delgado 2010; Delgado y Ferrer, 2012). Sus efectos, sin embargo, han sido menores en las grandes narrativas que dominan la literatura arqueológica de este período, interesadas principalmente en los procesos de transformación económica y social de distintos territorios mediterráneos y atlánticos y en la construcción de economías globalizadas. Las relaciones de género y el trabajo de las mujeres

han seguido siendo irrelevantes en la interpretación de estas dinámicas.

Las mujeres se perciben como actores marginales en las economías coloniales mediterráneas, como sujetos ajenos a las nuevas dinámicas económicas que significaron incrementos significativos en la producción y el consumo y un aumento considerable de las transacciones de intercambio. Esta imagen no es en absoluto el resultado de un estudio sistemático de espacios, prácticas y relaciones de trabajo en estos ámbitos históricos, nunca realizado, sino que, en gran medida, es una simple traslación al pasado del paradigma de la *mujer doméstica*, una ideología de la feminidad que se extiende en el mundo occidental principalmente a partir del siglo XVIII, y que alcanza su mayor esplendor durante la segunda mitad del siglo XIX y los inicios del XX.

Este modelo de feminidad se alza sobre una visión dicotómica del mundo, en la que el sexo es el eje de división social fundamental. Se sustenta en un sistema de géneros rígidamente binario que tendría una plasmación clara y nítida en el espacio. Su imaginario gira en torno a un mundo dividido en dos esferas, que se corresponderían con dos espacios distintos y netamente separados, que se presentan, a su vez, como opuestos y excluyentes: la esfera pública y la esfera privada. El primero, el espacio público, se concibe como un espacio exterior al hogar, reservado a los hombres, en el que se desarrolla la actividad económica productiva y la vida política. Su contrapunto es el espacio privado, doméstico, que corresponde a la esfera de las mujeres y se define como un ámbito dedicado a la reproducción y al cuidado familiar. El paradigma de las esferas separadas sostiene que es en el espacio público –y, por

1. Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación I+D «Interacción, identidad y cultura material: un estudio comparativo de tres espacios coloniales: Bahía de Málaga, Empúries-Ullastret y Oristano-Nuraghe S'Uraki (siglos VI-IV a. C.)» (ref. HAR2012-36260), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

tanto, en manos de los hombres— donde se ejerce el poder económico y el poder político, y deja para el ámbito doméstico, el ámbito femenino, solo el poder simbólico.

La base argumental de este contraste entre espacio público y privado es una rígida división sexual del trabajo, que asigna a hombres y a mujeres tareas claramente diferenciadas, realizadas en espacios segregados, y a los que se les otorgan valores, usos y significados distintos. El paradigma asume que estas diferencias están en gran medida biológicamente fijadas y condicionadas por el rol de las mujeres en la reproducción humana, lo que las haría universales e históricamente inalterables. Ciertamente, ideologías de la feminidad que giran en torno a la *mujer doméstica* no son exclusivas del mundo moderno, y se encuentran en muchas otras comunidades del pasado humano. En buena medida, el mundo griego antiguo es un buen ejemplo de ello (Picazo 2008), especialmente interesante, además, para la construcción moderna de la *mujer doméstica*, porque alimentó a las élites y clases medias europeas educadas a través de la lectura de los clásicos. Pero estas concomitancias históricas, sin embargo, difícilmente pueden validar la universalidad de este modelo, con las dicotomías y roles de género que postula, su segregación radical en el espacio o los valores y significados específicos que les otorga.

Uno de los caballos de batalla de las arqueologías feminista y del género ha sido precisamente cuestionar las pretensiones universalistas de esta moderna ideología de la feminidad, naturalizada a través de miradas al pasado en exceso acríticas y metodológicamente cuestionables, auténticos pilares de las denominadas *narrativas originales* (Conkey y Williams 1991). La arqueología feminista o del género ha sido especialmente combativa con esta cuestión. Muchos de sus trabajos han tenido como objetivo romper con visiones universales y esencializadas del género, y han puesto de relieve la heterogeneidad de experiencias, prácticas e ideologías de género entre las comunidades del pasado y también del presente. A finales de los años ochenta, y especialmente a lo largo de los noventa, ese «combate» se focalizó en discutir la universalidad de los roles de género y demostró arqueológicamente cómo en muchas comunidades del pasado las tareas codificadas como masculinas o femeninas no siempre se correspondían con los estereotipados roles modernos occidentales (entre otros, Gero 1991; Gifford-Gonzalez, 1993; Costin 1996; Robin 2006; Brumfiel 2006; McClure 2007; Arthur 2010). Esta evidencia significó una seria advertencia a la inconsistencia metodológica implícita en aquellos estudios de género que proyectaban de forma no testada y acrítica los roles e ideologías del presente al pasado, a la vez que dibujó una diversidad de experiencias y prácticas imposibles de encajar

en los rígidos estereotipos duales encerrados en el paradigma de las esferas separadas.

La crítica a este paradigma y la necesidad de romper con su legado en el análisis arqueológico del género ha sido una propuesta central de una buena parte de la arqueología feminista durante la última década (Robin 2002; Wurst 2003; Spencer-Wood y Camp 2013; Rotman 2006; 2013; Voss 2006; 2008; Brumfiel y Robin 2008). Se relaciona en buena medida con la irrupción de nuevas corrientes teóricas, principalmente el postestructuralismo y el postprocesualismo, que reclaman enfáticamente la necesidad de romper con versiones duales y esencializadas del género —u otras categorías sociales— y rechazan visiones simplistas y extremadamente polarizadas basadas en binomios tales como hombre/mujer, producción/reproducción o público/privado (Gilchrist 1999; Meskell 2007; Voss 2008).

Desde el punto de vista de los estudios sobre el trabajo de las mujeres, la llegada de estas perspectivas ha tenido importantes implicaciones. Las nuevas propuestas se han apartado de los viejos estudios que teorizaban sobre la división sexual del trabajo tomando como referencia modelos universales generados a partir de analogías etnográficas, como las creadas por Murdock y Provost (1973). Las proyecciones universalistas, con sus visiones esencialistas y ahistóricas, han dejado paso a estudios arqueológicos interesados en analizar contextos históricos específicos, focalizados en escalas micro y en escenarios cotidianos, capaces de dar cuenta de la diversidad de situaciones históricas respecto a prácticas, culturas materiales y relaciones de trabajo en relación con el género. Los análisis generados desde estas perspectivas buscan escapar de la rigidez de los sistemas binarios y enfatizar la gran flexibilidad en los roles de género que se detecta en muchas comunidades humanas del pasado.

Son significativos, en este sentido, los estudios que visibilizan cómo no todas las tareas, en todos los tiempos y en todos los contextos, están siempre divididas en función de categorías de género, sino que, junto a determinados trabajos que pueden ser realizados de forma preferente o exclusiva por grupos identificados con un género, se detectan otras prácticas que no están codificadas según sexo (Brumfiel y Robin 2008, 2). En estos grupos el trabajo dividido sexualmente convive con una importante cantidad de tareas no sexuadas, en las que hombres, mujeres, niños y niñas colaboran estrechamente, compartiendo incluso los mismos espacios (Robin 2002; McClure 2007).

Muchas investigadoras han destacado que esta flexibilidad es especialmente notable entre los grupos que no pertenecen a la élite social. Diferentes análisis indican que en estos grupos, las atribuciones y divisiones de tareas pueden distanciarse de forma impor-

tante de aquellas que postula la ideología de género hegemónica, exhibida en textos literarios o epigráficos y/o en representaciones iconográficas asociadas por lo general a las clases dominantes. En este sentido, los nuevos estudios arqueológicos conducidos bajo perspectivas feministas postprocesuales rechazan visiones homogeneizadoras de las mujeres y, en su lugar, enfatizan las diferencias que separan a mujeres que pertenecen a distintas clases sociales, a diferentes edades o a distintos grupos culturales o étnicos desde el punto de vista de los roles que desempeñan, de sus atribuciones o de los valores e ideales de género. Por ello, estas perspectivas reclaman la necesidad de incorporar enfoques interseccionales que interrelacionen el género con otras identificaciones sociales –como la edad, la clase o el estatus, la etnicidad o el grupo profesional– y con experiencias y situaciones personales distintas (Costin 1996, 114; Wurst 2003, 230; Pyburn 2004; Brumfiel 2006; Voss 2008).

El análisis de los espacios y de la distribución de artefactos y desechos en los escenarios en los que se desarrolla el trabajo –que implica tanto las tareas asociadas con la producción como las relacionadas con el cuidado del grupo– es otro de los puntos releídos desde estas arqueologías críticas. Constituye éste un aspecto especialmente significativo para los análisis arqueológicos del trabajo femenino, ya que tradicionalmente la disposición espacial de artefactos ha sido la principal fuente de información arqueológica a la hora de sexuar actividades y espacios. Estas perspectivas críticas han puesto en evidencia cómo muchas interpretaciones sobre los roles y relaciones de género en comunidades del pasado han sido interpretadas a través del prisma de las esferas separadas: los trabajos registrados en el interior de las casas han sido imaginados como femeninos y relacionados primariamente con el cuidado, la reproducción y el autoabastecimiento del grupo; por el contrario, las tareas desarrolladas en áreas externas o espacios separados de la casa han sido leídas como masculinas y se consideran dirigidas principalmente a la creación de riqueza o al mercado, especialmente en las denominadas sociedades complejas.

A lo largo de la última década numerosos estudios han cuestionado esta división absoluta entre el espacio público y el espacio privado. Frente a viejas imágenes que inciden en una segregación completa de esferas, las nuevas perspectivas destacan cómo estas se superponen y cómo habitualmente presentan fronteras enormemente fluidas (Robin 2002; Bowser y Patton 2004; Brumfiel y Robin 2008). Estos enfoques cuestionan la universalidad del modelo derivado del dogma de las esferas separadas y, en su lugar, defienden la diversidad histórica en los modos en los que los espacios se organizan y se utilizan, y en los significados dados a cada uno de ellos. Esta misma fluidez y flexibilidad se

reivindica en relación con el uso de los espacios por parte de grupos identificados con un género, cuestionando las dicotomías que definen los espacios domésticos como ámbitos de mujeres –como si los hombres no vivieran y trabajaran en ellos– y los escenarios públicos como espacios de hombres –como si las mujeres no actuaran más allá del umbral de su casa–. Los espacios domésticos de multitud de comunidades del pasado han sido releídos en los últimos años y han dejado de ser percibidos exclusivamente como espacios dedicados a la reproducción y crianza. Estos estudios han puesto de relieve cómo la casa es en muchas comunidades del pasado un ámbito central en las vidas cotidianas de la gente –independientemente de su género–, al constituir no solo el centro de las prácticas relacionadas con la reproducción y el cuidado del grupo, sino también de experiencias rituales, actividades económicas, creación de redes y relaciones sociales e, incluso, de la construcción del poder político.

Desde el punto de vista desarrollado en este libro, son especialmente interesantes los estudios realizados sobre actividades productivas en espacios domésticos publicadas en los últimos años, que han replanteado radicalmente el significado dado a las economías domésticas en el mundo antiguo (Hirth 2009; Pluckhahn 2010; Feinman y Nicholas 2011; Faust 2011). Estos trabajos han cuestionado las viejas propuestas antropológicas de finales de los años sesenta y de la década de los setenta del siglo xx, basadas principalmente en la obra de Sahlins (1983), fuertemente influenciada por el moderno paradigma de la separación de esferas. Este definía los *modos de producción domésticos* como sistemas dirigidos al autoabastecimiento, sin capacidad de acoger una producción especializada y de alta intensidad, así como de generar los excedentes que permitieran sistemas económicos con altos volúmenes de intercambio y estructuras sociales con importantes niveles de desigualdad. Esta concepción del trabajo realizado en el marco de la casa, profundamente influenciada por una ideología del trabajo fabril capitalista, ha sido abiertamente contestada por los análisis de economías domésticas de comunidades socialmente complejas de áreas mesoamericanas y andinas y de contextos próximo-orientales de la Edad del Bronce y el Hierro, entre otros.

Estos estudios, contrariamente a los postulados de Sahlins, demuestran la relevancia económica del trabajo realizado por los grupos domésticos en estas comunidades complejas, donde las casas eran unidades económicas de primer orden. Esta óptica ha permitido valorar las tareas realizadas por hombres y mujeres, ancianos y ancianas, niños o niñas en el marco de economías domésticas y han pasado a ser consideradas elementos clave para entender el desarrollo de sistemas económicos, sociales y políticos complejos en el

mundo antiguo, así como el nacimiento de redes económicas globales o imperios (Brumfiel 1996; Hastorf y D'Altroy 2001; Pyburn 2004; Delgado 2013; De Lucia 2013). Estos nuevos planteamientos, que han colocado su foco de atención en la crítica al modelo de la división de esferas, abren nuevos retos y perspectivas para los estudios arqueológicos sobre el trabajo de las mujeres y para su reconocimiento como actores económicos. Este trabajo pretende contribuir modestamente a erosionar ese paradigma analizando los espacios de producción artesanal de ámbito doméstico que se conocen en asentamientos fenicios del área ibérica.

Espacios artesanales y áreas residenciales en las comunidades fenicias occidentales

Las comunidades fenicias occidentales tienen su origen en una serie de movimientos migratorios que fueron especialmente intensos entre finales del siglo IX y a lo largo del siglo VIII a.C. Estos movimientos implicaron el desplazamiento de gentes originarias principalmente del Levante mediterráneo, que se establecieron de forma permanente en diversos espacios mediterráneos y atlánticos. En áreas como el sur de la península Ibérica, las costas atlánticas del actual Marruecos, las islas de Ibiza, Cerdeña, Sicilia y Malta o en el área litoral de Túnez, estas comunidades diaspóricas fundaron nuevos asentamientos o se integraron en activos centros locales. Estos grupos inmigrantes construyeron en estos lugares nuevas formas de vida, crearon nuevas identidades y generaron memorias y culturas materiales que los conectaron con sus tierras de origen y con otras comunidades fenicias territorialmente dispersas a lo largo del Mediterráneo, con las que estaban intensamente interrelacionadas a través de activas redes económicas.

Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en diversos asentamientos fenicios del Mediterráneo occidental dibujan unas comunidades económicamente muy activas, y social y étnicamente muy heterogéneas. Sus actividades económicas parecen haber girado principalmente en torno a prácticas relacionadas con el comercio o el intercambio, desarrollado tanto en ámbitos locales y regionales, como en extensas redes globales de escala mediterránea y parcialmente atlántica. Una marcada diversificación económica, especialmente intensa a partir de finales del siglo VII a.C., caracteriza a estas comunidades. La arqueología revela cómo sus gentes desarrollaron, en distintas escalas y con diferentes intensidades, actividades relacionadas con la explotación de recursos marítimos, el trabajo agrícola y ganadero, la transformación de productos agropecuarios o de derivados de la pesca y el marisqueo, así como actividades extractivas y artesanales.

La producción artesanal de las comunidades fenicias occidentales ha sido objeto de muy pocos estudios exhaustivos (véase, sin embargo, Botto y Oggiano 2003), a pesar de que estas actividades constituían uno de los pilares de su economía. Así lo sugiere el número de talleres y el volumen de restos de instalaciones productivas, de herramientas y de desechos de producción documentados arqueológicamente, que se localizan en prácticamente todos los núcleos fenicios occidentales excavados. Son pocos los estudios que se han interesado en analizar estas actividades artesanales desde una perspectiva social, e inexistentes los que lo han hecho desde un enfoque feminista o simplemente de género.

El principal interés de los enfoques sociológicos ha sido determinar la ubicación de las actividades de producción artesanal en la topografía de estos asentamientos. La distribución espacial de evidencias productivas en centros fenicios y púnicos como Cartago, Solunto, Mozia, Ibiza, Málaga y Tharros ha permitido determinar la existencia de barrios periféricos artesanales, donde se concentran actividades alfareras, metalúrgicas, de producción de tintes o elaboración de vidrio (Rakob 1998, 17; Docter 2007, 38; Greco 2000; Falsone 1981; Spannò 2002; Ramon 1991; Arancibia y Fernández 2012; Acquaro *et al.*, 1996). En otros ámbitos feniciopúnicos, alfarerías o talleres siderúrgicos se localizan en núcleos secundarios separados del asentamiento. Alfarerías como las de La Pancha o Cerro del Villar, en Málaga; Torre Alta, en Cádiz; Kuass o Banasa, en el actual Marruecos, o los talleres siderúrgicos del Cerro del Peñón, son ejemplos de este tipo de patrón, que podría nacer a lo largo del siglo VII a.C. y extenderse a partir del siglo V a.C., ya en época púnica (Martín Córdoba *et al.* 2006; Aubet *et al.* 1999; Delgado 2011; Ramon *et al.* 2007; Ponsich 1968; Alaoui 2007; Keesmann *et al.* 1989).

La distribución espacial de estos ámbitos artesanales y, en especial, la distancia a la que se ubican respecto a otras áreas residenciales, ha generado poderosas imágenes que dibujan una segregación entre núcleos residenciales y espacios productivos (Fumadó Ortega 2010). En esta cartografía, la vida doméstica y el trabajo artesanal parecen transcurrir en espacios no conectados, en esferas separadas.

Sin embargo, estas imágenes, a priori nítidas, se difuminan cuando analizamos la disposición espacial de otras evidencias arqueológicas relativas a actividades artesanales en estos mismos o en otros asentamientos fenicios occidentales, y podemos observar que, junto a talleres ubicados en barrios periféricos o en núcleos productivos segregados, son también numerosos los espacios artesanales que se sitúan en el interior de barrios netamente residenciales, donde los talleres aparecen entremezclados con viviendas o incluso se lo-

calizan instalados en alguna de las habitaciones de las propias casas. Son numerosos los talleres de orfebres, joyeros, productores de terracotas, alfareros, herreros o metalúrgicos que se han localizado en asentamientos fenicios como Doña Blanca, Cádiz, Cerro del Villar, Toscanos, Morro de Mezquitilla, La Fonteta, Sa Caleta, Kerkouane, Lixus o Sulcis, entre otros muchos ejemplos (Ruiz y Pérez 1995; Zamora 2010; Aranegui 2007; Delgado 2008a; Fantar 1984, 521-522; Gener *et al.* 2012; Keesmann *et al.* 1989; Niemeyer 1985; Pompianu 2010; Ramon 2007; Renzi 2013; Rovira 2005; Schubart 1985).

Es importante tener presente, asimismo, que la concentración de talleres en barrios periféricos o en núcleos segregados de los grandes centros de hábitat tampoco supone en sí misma una evidencia sólida que permita sostener que en estos contextos históricos existía una clara segregación entre espacios en los que se realizaban actividades productivas y ámbitos donde tenían lugar prácticas relacionadas con el consumo, el descanso, la reproducción y el cuidado familiar. Las ubicaciones periféricas de los talleres no traducen una voluntad de separar contextos y actividades domésticas de las productivas, sino que parecen responder principalmente a los requerimientos de ciertas actividades artesanales que necesitan extensos espacios para la ejecución de determinadas tareas productivas o para la construcción de instalaciones de producción especializadas, así como para disponer de amplias zonas de almacenamiento o vertido o acceder de forma rápida a fuentes de abastecimiento de materias primas o a puntos de distribución de productos acabados (Duarte 2000; Fumadó 2010; Delgado 2011).

Hay que tener en cuenta, además, que la distribución de estos talleres en los márgenes de los asentamientos o en puntos aislados de un *hinterland* rural no supone por sí misma una evidencia que permita sostener una total separación entre el espacio residencial y el espacio productivo y, todavía menos, de una segregación de actividades de producción y actividades de reproducción y cuidado, así como de las tecnologías, culturas materiales y personas implicadas en la realización de estas prácticas. Los estudios basados exclusivamente en la distribución macroespacial de evidencias de producción artesanal —principalmente instalaciones, instrumentos y desechos— no son útiles para conocer la interrelación, el solapamiento o la segregación espacial —y, mucho menos, social y de género— de estas actividades productivas con respecto a otras prácticas cotidianas. Estos estudios requieren de análisis microespaciales y contextuales de ámbitos arqueológicos específicos que contemplen tanto las evidencias arqueológicas ligadas al desarrollo de actividades de producción como las relacionadas con la realización de otras tareas y prácticas sociales.

Realizar este trabajo no es una tarea fácil, dado que en numerosos contextos productivos las evidencias materiales asociadas a prácticas de mantenimiento o consumo suelen quedar enmascaradas por el volumen de evidencias arqueológicas que generan ciertas actividades productivas y exigen una mirada atenta, que no siempre ha estado presente. La mayoría de las publicaciones dedicadas a estos ámbitos productivos han priorizado el estudio de los productos, instalaciones, utensilios o desechos relacionados con las actividades de producción en detrimento de otras evidencias arqueológicas presentes en estos mismos contextos y que están relacionadas con la realización de otras actividades cotidianas que incluyen prácticas de cuidado, de consumo y actividades de tipo ritual. Las evidencias asociadas a la realización de actividades no consideradas estrictamente productivas en estos contextos han sido reiteradamente ignoradas, silenciadas o malinterpretadas. Los silencios arqueológicos provocados por estas metodologías de sesgo androcéntrico no han sido inocuos: han alimentado el «universalismo» del paradigma de las esferas separadas, que ha podido permanecer así no cuestionado.

Producción artesanal y economías domésticas en la diáspora fenicia

En el año 2003, en el Cerro del Villar, se excavaron las distintas habitaciones de la denominada casa 2 (Delgado *et al.* 2014; Delgado 2008a). Esta excavación puso al descubierto una vivienda de dimensiones relativamente modestas, que ocupaba un área construida de unos 75 metros cuadrados. Los materiales arqueológicos registrados en cada una de las estancias y las características constructivas que las caracterizaban permitieron definir las actividades realizadas en los distintos espacios que conformaban el edificio. La casa estaba estructurada en torno a un patio interior, que daba acceso a la habitación principal de la vivienda y a una serie de pequeñas estructuras utilizadas principalmente como espacios de paso o de almacenamiento.

Integrado en el mismo edificio se localizó un pequeño taller metalúrgico al que se accedía a través de una segunda entrada que daba directamente a la calle. El taller contaba con una estructura de combustión utilizada en procesos relacionados con el laboreo metalúrgico y pequeños depósitos excavados en el suelo, donde se almacenaban escoriaciones, goterones de plomo y fragmentos de galena argentífera (Delgado Hervás *et al.* 2014, 342). En él se beneficiaban cobre y plata, no destinados a un consumo doméstico, ni tan siquiera local. El grupo artesanal que lo gestionaba accedía a materias primas y subproductos metálicos que circulaban en redes de alcance regional y que se

extendían desde puntos costeros del sudeste peninsular (Renzi 2013, 73), hasta enclaves de la Andalucía atlántica (Hunt Ortiz *et al.* 2010, 291 y 293). Este taller, que desarrollaba actividades artesanales destinadas al intercambio, no se ubicaba en una estructura aislada y alejada del ámbito residencial, sino al contrario, estaba integrado en la propia casa, lo que sugiere una estructura de producción artesanal de tipo familiar, en la que la producción era gestionada y organizada a partir del trabajo del propio grupo doméstico.

Una mirada atenta a otros espacios artesanales excavados en asentamientos fenicios y púnicos permite comprobar que la integración de talleres artesanales en viviendas es un patrón generalizado entre las comunidades fenicias occidentales. En asentamientos fenicios como Lixus, La Fonteta, Doña Blanca, Cádiz o Sa Caleta (Ramon 2007) se han excavado varios talleres metalúrgicos ubicados en viviendas. Este patrón espacial recurrente sugiere que, al menos en el ámbito de la metalurgia, buena parte de la producción dirigida al intercambio se realizaba en contextos domésticos.

Disponemos de menos información respecto a otras actividades artesanales. Uno de los pocos alfares en los que se han excavado en extensión distintos espacios de trabajo es el denominado edificio 3/4 del Cerro del Villar, datado en los inicios del siglo vi a. C. (Aubert *et al.* 1999; Barceló *et al.* 1995; Delgado 2011). En esta área se excavó parte de un gran edificio compuesto de dos habitaciones de grandes dimensiones abiertas a un gran patio interior y contiguas a un extenso espacio externo que concentraba numerosas evidencias relacionadas con la fabricación de cerámicas a gran escala, dirigidas principalmente al intercambio regional e interregional, tal y como atestiguan diversos estudios arqueométricos.

El material arqueológico registrado en los distintos ámbitos del taller 3/4 muestra que en ellos se desarrollaron simultáneamente actividades artesanales y prácticas cotidianas, estas últimas acalladas por el enorme volumen de los restos de producción almacenados y/o desechados en estos espacios. Distintas evidencias sugieren el desarrollo de tareas relacionadas con el procesamiento y la cocción de alimentos: ollas de cocina, braseros, soportes o trípodes con señales de haber sido utilizados, así como molinos, moletas que se localizaron en el patio interior y en las habitaciones. En esos espacios son también abundantes los enseres relacionados con el almacenamiento doméstico, muchos de ellos producidos en el taller y almacenados para ser posteriormente distribuidos, pero en otros casos utilizados por el grupo que residía en este espacio, como sugiere la presencia de ánforas y otros vasos de diversos orígenes mediterráneos, algunas de ellas con señales de uso o amortización. El consumo en estos ámbitos está testimoniado por los restos bioarqueológicos, así como

también por la diversidad de vajillas registradas, que incluyen vasos producidos en el mismo taller y otros fabricados en distintos ámbitos mediterráneos —en otros talleres fenicios y en centros griegos y etruscos—, con una amplia variabilidad formal y funcional, y entre los que destacan *sets* ligados al consumo de vino. Las prácticas rituales también fueron actividades cotidianas de quienes vivieron y trabajaron en este edificio, como expresan las deposiciones de suidos infantiles y dos pequeñas terracotas localizadas en el patio interior y en el suelo de la estancia A3, respectivamente. La diversidad de actividades que arqueológicamente se detectan en este edificio permite sostener que este espacio actuó simultáneamente como ámbito residencial y taller de producción artesanal. Una convivencia similar entre prácticas domésticas y productivas se desprende de la descripción que hace Ponsich de los alfares del yacimiento púnico de Kuass (Ponsich 1968, 6).

En Cádiz, en el área del Teatro Cómico, se han excavado recientemente distintas viviendas con evidencias de actividades artesanales (Gener *et al.* 2012). Uno de los edificios excavados, el denominado Grupo Estructural A, ha deparado instrumentos e instalaciones relacionadas con la realización de prácticas artesanales en distintas estancias. En una de las habitaciones (A4) se ha localizado un conjunto de punzones de marfil y hueso de distinto diámetro, asociados a dos recipientes de cerámica, un ánfora fenicia y un vaso a mano, que contenían ocre. Sus excavadores han relacionado este conjunto de útiles con la decoración de productos que habrían sido torneados en otra estancia (A5). En esa habitación, que corresponde al patio interior de la casa, se excavó una instalación relacionada con el trabajo artesanal consistente en una plataforma circular en la que se debió de encastrar un pieza de cuarcita, localizada entre los sedimentos que colmatan este espacio de habitación e interpretada como el cojinete de un elemento rotor utilizado para torner (Gener *et al.* 2012, 141-42).

De nuevo, a través de esta casa, se aprecia cómo en estos contextos no existía una separación radical en el espacio de actividades domésticas y productivas. La plataforma de trabajo artesanal descubierta se ubica junto al área de cocina de la casa, también situada en el patio interior. Solo un pequeño murete de baja altura separa la zona de trabajo artesanal del área de preparación de alimentos, identificada a través de un horno de tipo *tannür* y un pequeño hornillo. La excavación del horno ha ofrecido hallazgos absolutamente singulares: cinco crétulas. El hallazgo es el resultado de la quema intencional de cinco papiros a los que habrían estado adheridos estos sellos de arcilla, que presentan la impronta de cinco escarabeos o anillos signatarios distintos. El análisis petrográfico realizado indica que las arcillas utilizadas para sellar los documentos no proce-

dían de la bahía de Cádiz, sino de otros espacios mediterráneos o del Magreb atlántico (Gener *et al.* 2012, 165 y 178), lo que sugiere que el grupo doméstico que residía y trabajaba en esta casa mantenía conexiones interregionales, probablemente de carácter comercial, mediadas contractualmente.

La relevancia de los grupos y espacios domésticos en las redes fenicias de intercambio interregionales ha sido tradicionalmente silenciada e incluso puesta en duda en favor de visiones del comercio que defienden el dominio de prácticas estatistas o aristocráticas. Las crétulas lanzadas al horno doméstico de la casa A del Teatro Cómico de Cádiz sugieren que parte del comercio fenicio en Occidente pudo desarrollarse en manos privadas bajo organizaciones de tipo familiar. El tamaño de esta casa, sus ajuares y las actividades artesanales realizadas en ella no son propios de una residencia de élite, lo que parece sugerir que grupos familiares de gente común regentaron o participaron asimismo estos negocios comerciales. Esta hipótesis podría ser apoyada por la distribución relativamente común de pequeñas pesas cúbicas de plomo, relacionadas también con el desarrollo de actividades comerciales, en otros espacios domésticos que difícilmente parecen constituir residencias de élite. Es el caso de una de las pesas halladas en el Cerro del Villar, localizada en una de las estancias de la casa 2 (Aubet 2002). Las pequeñas tiendas excavadas en el sector 8 del Cerro del Villar, situadas en la parte delantera de un área doméstica y artesanal (Aubet 1997), sugieren asimismo el carácter minorista y familiar de parte de los negocios comerciales creados en tierras occidentales en el marco de la diáspora fenicia.

Otras diásporas comerciales conocidas en el Próximo Oriente antiguo también se desarrollaron en torno a negocios artesanales y comerciales basados en buena medida en estructuras de tipo familiar. El ejemplo mejor conocido es el de las colonias de mercaderes asirios establecidos en Kaneš a inicios del II milenio a. C. gracias al descubrimiento de parte de los archivos privados de estos mercaderes, que, a diferencia de los fenicios del I milenio a. C., utilizaban para escribir tablillas de arcilla y no soportes perecederos como el papiro. Estos archivos conservan parte de la correspondencia mantenida por estos mercaderes establecidos en Anatolia e incluyen numerosos documentos relacionados con las mujeres y sus actividades económicas. Numerosas cartas escritas por mujeres, esposas, hijas, madres o hermanas de mercaderes, que habían permanecido en Asur, demuestran el dinamismo de sus economías domésticas y la participación de las mujeres de la familia en el comercio a larga distancia. Especialmente notables son las referencias a las manufacturas, principalmente tejidos, que estas mujeres, o dependientes domésticos bajo su supervisión, realizaban en sus casas, y que eran

posteriormente enviadas a sus parientes residentes en puestos comerciales de tierras de Anatolia, donde eran vendidas en redes comerciales externas (Michel 2006).

Economías domésticas y división del trabajo

En ausencia de una documentación textual similar, la evidencia arqueológica de casas y talleres es la principal fuente de información para reconocer las pautas de la organización del trabajo en las comunidades fenicias occidentales. Se ha reconocido ampliamente que la disposición en el espacio de las actividades relacionadas con el trabajo productivo —entendidas en un sentido clásico— y de aquellas relativas a la reproducción y cuidado del grupo doméstico tiene implicaciones desde el punto de vista de la división sexual del trabajo, aunque asignar un género específico a las distintas tareas desarrolladas presenta siempre enormes dificultades (Hendon 1996; Brumfiel 2006; McClure 2007). En este sentido, la supuesta segregación de los talleres artesanales de las actividades cotidianas de la vida doméstica ha constituido el principal argumento esgrimido para defender que en sociedades complejas, como la fenicia, el trabajo artesanal especializado y tecnológicamente complejo es una tarea masculina. La evidencia de los talleres artesanales excavados en asentamientos como Cádiz o el Cerro del Villar, instalados en habitaciones de las propias casas, parecen contradecir este modelo clásico. En ellos la coexistencia de prácticas cotidianas, productivas y de intercambio en ámbitos residenciales permite claramente visualizar, al contrario de lo esperado, la centralidad de los grupos domésticos —y no solo de individuos adultos masculinos aislados— en las economías de estas comunidades diaspóricas.

El análisis de distintos espacios de trabajo artesanal en estos contextos fenicios occidentales exhibe fuertes interrelaciones entre las tareas de cuidado y las prácticas artesanales, que se solapan en los mismos espacios y comparten, en ocasiones, utensilios, técnicas y acciones gestuales. Estas interrelaciones ponen seriamente en duda el dominio en estos contextos de unos patrones de división de tareas entre hombres y mujeres absolutamente rígidos, homogéneos y estáticos.

La estancia A5 del edificio A del Teatro Cómico de Cádiz, analizada en el apartado anterior, constituye un buen ejemplo de cómo en estos contextos tareas de preparación y cocción de alimentos y prácticas artesanales conviven en un mismo espacio. Esta es una pauta relativamente común que encontramos en numerosos talleres dedicados al laboreo metalúrgico. El área 8A/B del Cerro del Villar ofrece un ejemplo muy similar al analizado en el contexto gaditano. En este ámbito artesanal se localizó una fragua de hierro, asociada a numerosas toberas, escorias y laminillas férricas, situada

en la zona central de un patio, que había estado parcialmente cubierto y dividido en dos ámbitos por una pequeña banqueta o murete (Rovira 2005, 1262). En el mismo patio se hallaron utensilios utilizados para la preparación y cocción de alimentos, principalmente ollas y orzas modeladas a mano (Delgado 2005) y un molino barquiforme que conservaba restos de cebada (Aubert y Delgado 2003, 64). Los talleres siderúrgicos de la fase 1B de Morro de Mezquitilla aportan un ejemplo similar. En ellos, junto a instalaciones de trabajo metalúrgico, se recuperaron varios platos de hornear utilizados para la cocción de pan ácimo, inicialmente interpretados como utensilios para el laboreo metalúrgico (Schubart 1985, fig. 12).

En Sa Caleta se conocen también estructuras habitativas donde se solapan en un mismo ámbito actividades artesanales, tareas de preparación y cocción de alimentos, prácticas de consumo y de almacenamiento doméstico. Es el caso del barrio sur de este asentamiento, donde se excavaron tres edificios alargados (ámbitos I, II y III) de entre 20 y 30 metros cuadrados de superficie útil. A diferencia de otros edificios fenicios que hemos analizado, estas casas disponen de una única habitación y carecen de divisiones arquitectónicas internas. En las tres se recuperaron distintas evidencias asociadas con la práctica de actividades de trituración y fundición de minerales, hierro y galena argentífera principalmente, tales como utensilios e instalaciones empleados para machacar el mineral, nódulos de hierro y galena argentífera o escorificaciones y goterones de plomo. En las mismas habitaciones se localizaron molinos y ollas de cocina usados en tareas de preparación de alimentos que no estaban espacialmente segregadas de las tareas metalúrgicas (Ramon 2007, 29-32).

El solapamiento de actividades metalúrgicas y tareas de cuidado en estos ámbitos de trabajo artesanal sugiere la ausencia de una estricta división del trabajo según géneros en estos contextos analizados, en la que los hombres debieron de limitar sus actividades a trabajos artesanales y las mujeres a tareas relacionadas con la reproducción y el cuidado del grupo. La disposición espacial de artefactos e instalaciones alude, al contrario, a relaciones y roles de género más fluidos y al dominio de economías domésticas colaborativas, en las que mujeres, niños y niñas, y no solo hombres adultos, pudieron participar para la producción artesanal destinada al intercambio.

Tecnologías compartidas

La implicación de las mujeres de estos grupos domésticos en el trabajo minerometalúrgico –y posiblemente en otras actividades artesanales como la al-

farería– debió de ser apoyada asimismo por las interrelaciones que pueden apreciarse entre ciertos utensilios, técnicas y acciones gestuales que comparten algunas de las tareas desarrolladas durante la producción artesanal y la preparación de comidas. Uno de los casos más evidentes son las acciones relacionadas con moler, machacar o triturar. Molinos y moletas, similares a los utilizados cotidianamente para la molienda del cereal, fueron utilizados en alfarerías como las de Kuass para triturar la arcilla y los desgrasantes necesarios para preparar la pasta cerámica (Ponsich 1968, 7). Asimismo, molinos morfológicamente similares a los de uso culinario también fueron usados en talleres metalúrgicos de asentamientos fenicios para triturar metales y minerales (entre otros, Renzi 2013), como sugiere uno de los molinos barquiformes procedentes del Cerro del Villar, que conservaba residuos de cobre. El análisis realizado a un molino de vaivén del asentamiento local del Calvari del Molar, que presentó residuos de plomo, azufre y plata, aporta evidencias que apuntan en la misma dirección: el uso de estos instrumentos para triturar galenas (Armada *et al.* 2005).

Algunas autoras también han subrayado las convergencias que existen entre ciertas instalaciones o utensilios empleados para la cocción de los alimentos y los usados en actividades metalúrgicas. Es interesante subrayar las similitudes técnicas, constructivas, morfológicas e incluso decorativas que existen entre ciertos hornos púnicos empleados para la reducción del mineral y las tabunas usadas en estos mismos contextos para la cocción del pan (Gutiérrez Lloret 1990-91, 168-169).

Estos materiales, técnicas y gestos compartidos ponen de nuevo en cuestión uno de los presupuestos del modelo de esferas separadas: la existencia de tecnologías distintas para trabajos femeninos y masculinos, para hombres y para mujeres, consecuencia del desarrollo de estas tareas en espacios segregados y de la supuesta escasa exigencia tecnológica atribuida a las tareas tradicionalmente codificadas como femeninas (Arthur 2010). Esta suposición contrasta con la evidencia aportada por algunos espacios productivos y domésticos de época púnica donde se utilizan instrumentos similares tanto para aquellos procesos tecnológicos definidos tradicionalmente como altamente complejos y especializados –como la pirotecnología metalúrgica– como para aquellas tareas a las que el pensamiento occidental atribuye la necesidad de un bajo grado de habilidad y de escasa experiencia para llevarlas a cabo, como la preparación y cocción de alimentos. Estas visiones, de sesgo tremendamente androcéntrico, no parecen ajenas a la interrelación entre tecnologías e identidades masculinas existente en el mundo contemporáneo.

Conclusiones

Los talleres, espacios residenciales y prácticas de preparación y cocción de alimentos analizados permiten sostener que en estos ámbitos buena parte de la producción artesanal tuvo lugar en espacios residenciales o en contextos donde la producción de manufacturas se solapaba con otras actividades domésticas. Espacios, gestos y tecnologías compartidas ofrecen una imagen que se aleja de la estricta división sexual del trabajo tradicionalmente imaginada en estos contextos y sugiere la participación, ya sea de forma continuada o intermitente, de buena parte del grupo doméstico en una producción altamente especializada y destinada al intercambio. En estos pequeños talleres familiares, el trabajo de las mujeres en los procesos productivos y en las tareas de cuidado parece haber constituido un elemento clave de la economía y el bienestar familiar.

El carácter colaborativo de la producción artesanal en estas economías domésticas no implica la ausencia de tareas sexuadas, o la preferencia a que ciertos trabajos fueran realizados por ciertos individuos identificados con una categoría de género determinada. Ciertamente, múltiples referencias textuales o iconográficas de espacios levantinos y coloniales aluden a unas ideologías de género que expresan reiteradamente la asociación de determinadas tareas con determinados géneros, como ocurre, por ejemplo, con la molienda de cereales o la cocción del pan en el espacio doméstico

(Delgado 2010). La evidencia arqueológica analizada sugiere, sin embargo, asignaciones de tareas mucho más fluidas que las que se derivan de estos discursos y representaciones, y sugiere que, en las vidas cotidianas de estas comunidades, ciertas tareas que eran realizadas preferentemente por individuos identificados con un grupo de género determinado debieron de convivir con numerosas prácticas de trabajo llevadas a cabo indistintamente por hombres y por mujeres.

La heterogeneidad arquitectónica de los espacios artesanales analizados y la diversidad en cuanto a las distribuciones de artefactos y desechos artesanales, elementos de consumo, de preparación de alimentos o rituales sugieren que en el marco de estas comunidades diaspóricas no existió un único patrón de división del trabajo compartido de forma unánime por todos los grupos y comunidades. Esta diversidad arqueológica sugiere que en la asignación de tareas, tecnologías y espacios no solo debieron de haber intervenido identidades de género, como habitualmente se magnifica, sino asimismo otras categorías sociales y culturales, tales como la edad, la categoría profesional, la situación económica, el estatus o la identidad étnica, así como las destrezas o habilidades técnicas o las distintas situaciones personales y experiencias vividas. Todas ellas —interactuando con el género— modelaron de forma activa las prácticas y relaciones de trabajo en el marco de grupos domésticos y comunidades fenicias occidentales.

Familia y trabajo colectivo en las unidades domésticas griegas¹

Marina Picazo Gurina
Departament d'Humanitats, Universitat Pompeu Fabra

El trabajo femenino en los estudios clásicos

En los últimos treinta años se han publicado numerosos estudios sobre la historia del trabajo de las mujeres en el mundo moderno y contemporáneo. En una parte importante de estos estudios se ha dado especial importancia al análisis de la cultura material de las unidades domésticas, lo que ha abierto nuevas formas de pensar sobre las actividades femeninas en las economías familiares. Es sorprendente el escaso impacto que han tenido esas líneas de investigación en los estudios sobre el mundo antiguo, a pesar de la importancia numérica de las casas y su contenido en las excavaciones arqueológicas. De hecho, el trabajo femenino en la antigüedad mantiene una relativa invisibilidad en la investigación moderna. Podemos señalar varias causas de esta ausencia: en primer lugar, durante largo tiempo la arqueología clásica mostró poco interés por los contextos domésticos, considerados espacios relativamente invariables y modestos, en comparación con la atención prestada a los monumentos públicos y funerarios. De hecho, la arqueología del espacio doméstico en el mundo grecorromano ha empezado a desarrollarse relativamente tarde. La razón, en parte, ha sido la inercia ideológica que acompañaba al concepto de *trabajo de las mujeres*, con referentes en las propias fuentes antiguas. Desde los poemas homéricos hasta la literatura clásica, encontramos frecuentes menciones a una forma de división sexual del trabajo en la que las mujeres aparecen destinadas al interior doméstico, mientras que las actividades masculinas, siempre más prestigiosas, se desarrollan en el espacio público y exterior.

La fuente antigua más importante sobre la casa y la familia en la economía antigua es el tratado del *Económico*, del ateniense Jenofonte. Escrito en el siglo IV a.C. Este tratado sobre la gestión de una propiedad aristocrática ha sido leído y citado durante más de dos mil años. Tuvo gran influencia en la antigüedad y, posteriormente, en Europa desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII. Fue modelo para posteriores tratados acerca de las correctas relaciones entre los distintos miembros de la familia, y dio lugar a la imagen la *perfecta casada* que tanto auge tendría durante siglos en las sociedades europeas.

Las palabras de Jenofonte en el *Económico*, «La divinidad, en mi opinión, creó la naturaleza de la mujer apta desde un principio para las labores y cuidados interiores, y la del varón para los trabajos y cuidados de fuera»,² aparecen de forma casi idéntica en el tratado *De agricultura* de Columela: «La naturaleza ha destinado el trabajo de la mujer para el cuidado doméstico y el del marido para los ejercicios forenses y para los exteriores [...]. A la mujer, por haberla hecho más frágil, le dio el cuidado de las cosas domésticas.»³ En ambos casos, desde la perspectiva de hombres que pertenecían a la clase dominante griega y romana, se planteaba como natural el origen de la separación de espacios y de las formas de actividad en el seno de la unidad doméstica. Las implicaciones de esta división se convirtieron en *relato de origen* (Conkey y Williams 1991) que explicaba, y al mismo tiempo justificaba, la desigualdad entre hombres y mujeres. Los textos antiguos proyectaban ideología (en este caso, sobre los roles sexuales «adecuados»), más que información so-

1. Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación I+D «Género y colonialismo: grupos domésticos, trabajo y prácticas de cuidado en ámbitos coloniales del Mediterráneo occidental (siglos VIII-IV a. C.)», financiado por el Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.

2. Jenofonte, *Económico*, 7, 22. Traducción de Juan Zaragoza. Gredos, Madrid, 1993.

3. Columela, *De agr.* XII.

bre las mujeres. Y esa ideología ha seguido siendo una premisa, consciente o inconsciente, para una parte de la investigación moderna sobre la vida cotidiana en el mundo clásico. Desde ese punto de vista, lo que las mujeres eran y hacían, incluso cuando se exponía positivamente, se establecía en comparación desigual e inferior respecto a lo que los hombres eran y hacían. Las tareas domésticas femeninas no siempre eran despreciadas. El propio Jenofonte presenta una imagen de armonía ideal en el seno del *oikos*, donde los trabajos de las mujeres y de los hombres han de ser complementarios para el bien superior del bienestar de la casa y de los miembros de la familia. A pesar de ello, el *Económico* y las demás fuentes antiguas que lo siguieron dieron forma a lo que fue el ideal social de las clases acomodadas grecorromanas, expresado literaria y visualmente de diversas formas: la perfecta dama noble, Penélope o Lucrecia, aparece sentada, inmóvil, en el interior de la mansión, tejiendo y esperando la vuelta del esposo, que se mueve en el espacio exterior, navegando, trabajando, guerreando.

Aunque no todas las sociedades humanas han asumido que hay una división natural del trabajo entre el rol de las mujeres como reproductoras y cuidadoras y el de los hombres como proveedores de la unidad doméstica, en la tradición occidental la hipótesis de las dos esferas, la pública, masculina, y la privada, femenina, se ha mantenido con fuerza, a pesar de los debates que sobre esa distinción se han planteado desde las ciencias sociales, incluyendo, en menor medida, los estudios clásicos (Riggsby 1997; Grahame 1997; Nevett 1994, Wallace-Hadrill 1994, 17-37). En ese sentido, se ha insistido en el hecho de que en las sociedades antiguas los límites entre lo que se hacía en la casa y el trabajo exterior nunca estuvieron totalmente cerrados y de que, con frecuencia, se producían superposiciones entre las dos esferas, como demuestran, en el caso de las ciudades griegas, la celebración del simposio en la habitación principal de las casas o la intensa participación femenina en el espacio público donde se llevaban a cabo algunos de los rituales cívicos más importantes. A pesar de ello, la premisa de una diferenciación sexuada del trabajo y del espacio ha seguido subsistiendo en los análisis de la vida cotidiana en la ciudad clásica. Es como si todavía dominara una perspectiva de las casas como lugares esencialmente pasivos frente a los cambios sociales y económicos que siempre se producirían en un espacio exterior, público, masculino.

Otro factor negativo para los estudios de las actividades femeninas en la antigüedad clásica puede ponerse en relación con la separación que todavía existe entre la investigación en historia antigua (generalmente basada en la interpretación de textos) y la investigación arqueológica. La evidente escasez de fuentes escritas

sobre las mujeres y, especialmente, sobre sus actividades laborales contrasta con la importancia de los restos materiales relacionados con la vida cotidiana en el registro arqueológico. Sin embargo, incluso los estudios de economía antigua más recientes, si bien reconocen la centralidad de la unidad doméstica en las dinámicas productivas y de consumo de las sociedades grecorromanas, hacen un uso muy limitado de la arqueología de las casas (Saller 2007) y de sus aportaciones para el análisis de la economía de las sociedades antiguas. El problema es que una investigación que se base fundamentalmente en las fuentes textuales solo permite estudiar la unidad doméstica en el mundo griego de forma periférica, simbólica o anecdótica.

Por otra parte, la investigación arqueológica de las casas y de su cultura material se ha realizado frecuentemente desde una metodología que enfatiza la elaboración de tipologías, con poca atención al análisis social de las unidades domésticas. Los estudios de la arquitectura doméstica griega y romana se iniciaron con la elaboración de tipos de casas, a partir de la difícil y frecuentemente fútil pseudoidentificación de los restos arquitectónicos con la nomenclatura de las diferentes partes de las casas que aparece en algunas fuentes escritas. Al mismo tiempo, se usaban los materiales hallados en las casas prioritariamente como elementos indicadores de temporalidad. Por tanto, se analizaban fuera de contexto: todavía es frecuente encontrar, en las monografías arqueológicas, capítulos de análisis de los artefactos organizados a partir de los tipos de materiales (cerámica, objetos de metal, terracotas, monedas, etc.) y sin relación explícita con los espacios constructivos (Ault y Nevett 1999). En muchos casos, sobre todo en excavaciones antiguas, no se incluyen en las publicaciones detalles sobre los contextos de aparición de los materiales y, por tanto, no pueden usarse para reconstruir las diversas actividades. Otras veces se partía de analogías superficiales con objetos o representaciones de diversos períodos históricos, para asignar funciones a las diversas habitaciones de una casa. Es en este último contexto donde se situó el debate sobre la existencia de espacios exclusivamente femeninos o masculinos dentro de la casa grecorromana. Durante mucho tiempo la arqueología clásica caracterizaba la unidad doméstica como un espacio femenino, e incluso proponía que, en el caso de las *poleis* griegas, las mujeres prácticamente estaban recluidas en su interior. Mientras tanto, el espacio público sería exclusivamente una esfera masculina de actividad. Se aceptaba, evidentemente, que los hombres tenían un espacio doméstico propio –aparte de su función como cabeza de familia– en el contexto del simposio. Las fuentes nos dan, de hecho, una imagen ambigua de la negociación de los roles sexuales en el seno de la familia, al describir un espacio en el que las

mujeres *ciudadanas* no podían estar en relación con hombres no pertenecientes al contexto familiar, aunque una de las principales formas de relación entre hombres en la cultura griega, el simposio, tenía lugar en la casa. De forma casi natural se estableció el paralelismo, prácticamente literal, entre el *oikos* griego y la esfera privada en el mundo moderno occidental, olvidando que la definición de las dos esferas, privada y pública, aunque, sin duda, tiene raíces en el mundo clásico, tomó forma en las culturas urbanas de Europa y América en los siglos XVIII y XIX con el desarrollo de la economía de mercado. Ese fue el contexto en el que se crearon los estudios clásicos como disciplina, lo que, sin duda, condicionó la ideología de quienes creaban los fundamentos de la historia antigua de Grecia y Roma.

Todos estos factores, en diferente medida, han creado una red de supuestos que, durante mucho tiempo, han hecho de las actividades desarrolladas en el espacio doméstico un área de escaso interés para la investigación arqueológica e histórica. La estricta separación entre lo que hacían (y eran) las mujeres y los hombres colocaba a las primeras en una esfera de no actuación, de invisibilidad física y simbólica que probablemente es la principal razón de la escasez de estudios sobre los trabajos de las mujeres en el mundo clásico.⁴ Con todo, en los últimos años se han empezado a registrar con mayor atención los materiales procedentes de contextos domésticos griegos y romanos. Pompeya, *Halieis*, *Thorikos*, Olinto, entre otros casos, han demostrado las enormes posibilidades del estudio de las casas para la reconstrucción de las relaciones sociales y económicas en el seno de las unidades domésticas.

Espacios de actividad y relación: las casas en las ciudades griegas

Aunque la colonia de Ampurias ha sido excavada desde hace más de un siglo y se ha puesto al descubierto una importante parte de la antigua ciudad, la gran mayoría de los restos arquitectónicos domésticos visibles corresponden a una época tardía, sobre todo a partir del siglo II a. C. y hasta los inicios de la época imperial romana. Por esta razón, el conjunto más completo de unidades domésticas que podemos relacionar con la presencia griega en la península Ibérica es el lla-

mado Barrio Helenístico, de la otra colonia del golfo de Rosas, *Rhode*.

Esta fundación, probablemente massaliota, se inició en la pequeña elevación donde se encuentran los restos arquitectónicos del monasterio medieval de Santa María (Martín 2006, 15), en la ciudadela de Rosas. Posteriormente, se produjo una expansión urbanística hacia el este, junto al Rec Fondo, una de las dos rieras que atravesaban el territorio de la colonia. Se construyó un nuevo barrio, con una ordenación ortogonal regular, similar al de otras colonias del ámbito massaliota, como Olbia y Agde. Las excavaciones realizadas en diversos momentos a partir de la década de los sesenta del siglo pasado han puesto al descubierto unos 2.200 kilómetros cuadrados de terreno urbanizado que formaban parte de un área más extensa que podría llegar a los 4.800 metros cuadrados (Puig 2006, 142). Esta zona del antiguo asentamiento griego se vio afectada por construcciones de época posterior, sobre todo las estructuras militares que formaban parte de la ciudadela, una fortificación construida en el siglo XVI.

Se han identificado seis bloques de casas distribuidos en cuadrículas regulares, separadas por calles de unos 4 metros de anchura. Cada uno de estos bloques está dividido en dos o tres partes, que pueden contener una o dos casas, si bien el mal estado de las estructuras no permitió, en todos los casos, distinguir la estructura completa de las viviendas. Se han identificado, con algunas dudas, una decena de posibles casas.⁵ A pesar de los problemas de datación de unas estructuras que presentaban una importante intrusión de construcciones y de tumbas de períodos posteriores, la cronología del Barrio Helenístico se ha situado entre finales del siglo IV a. C. y el primer cuarto del siglo II a. C. (Puig 2006, 187). Las casas fueron construidas con zócalos de piedras ligadas en seco sobre los que se levantaban paredes de adobe o tapial. La mala conservación de las estructuras ha hecho difícil la identificación funcional de los diversos espacios, aunque al menos en el caso de la casa que ocupa una de las divisiones del bloque III (A-II-3 en la nomenclatura de Vivó) podemos observar una planta similar a la que era usual en las ciudades griegas del período clásico. Desde la entrada, se pasa a un patio, con un pozo y una zona productiva con tres molinos redondos de piedra arenisca, desde el que se distribuían las demás habitaciones de la casa, una de las cuales, donde aparecieron numerosos fragmentos de vajilla fina y una fusayola, podría ser la habitación principal. En el lado este de la casa, se encontraron tres

4. Evidentemente no es una ausencia total. En los últimos años se han publicado importantes estudios sobre mujeres y trabajo, sobre todo para el mundo romano. En nuestro país, Dolores Mirón ha publicado importantes artículos sobre el trabajo de las mujeres en la *polis* griega (2007).

5. Existe una cierta controversia entre los autores de los dos estudios más completos (Vivó 1996 y Puig 2006), sobre todo por las dificultades ligadas a los problemas del registro arqueológico del barrio. A pesar de ello, las conclusiones a las que llegan en relación con la distribución espacial del barrio son similares (aunque con diferente nomenclatura).

estancias, la más grande de las cuales, de planta rectangular, ha sido identificada como el posible *andron* de la casa, es decir, el espacio en que se debió de celebrar el simposio (Vivó 1996, 89).

Un factor característico del barrio es la presencia en algunas casas de zonas de producción artesanal. En uno de los bloques mejor conservado (isla IV), una casa de dimensiones reducidas⁶ combinaba una zona de vivienda con un taller para la producción de metal. La vivienda estaba compuesta por cuatro habitaciones, en una de las cuales se encontró un hogar formado por tres capas: una hecha de fragmentos de ánfora, la segunda de arcilla y, finalmente, la solera inferior de fragmentos de ánfora y piedras planas y en la que se localizó una moneda de cobre de la ceca local. Probablemente en esta estancia, la más importante de la casa, se cocinaba. Una estancia exterior a la zona residencial formaba parte del taller metalúrgico, con dos estructuras: un hogar construido de forma similar al anteriormente descrito y una estructura de tierra muy dura en forma de cubeta, asociada a muchas escorias de metal, seguramente restos de un horno.

En otra casa, situada en el bloque V, cuyos restos fueron parcialmente destruidos por la acción de máquinas excavadoras en el contexto de los conflictos previos a la declaración de Monumento Nacional de la ciudadela de Rosas, en el año 1961, se pueden delimitar parcialmente tres habitaciones. Una de ellas, la más pequeña, de unos 8 metros cuadrados de superficie, presentó una importante cantidad de escorias de hierro en el momento de la excavación. Aunque no se identificaron estructuras relacionadas, ha sido descrito como otro posible taller metalúrgico.

La fundación del Barrio Helenístico coincidió con una etapa de expansión económica de la colonia, durante la cual Rosas desarrolló una producción cerámica propia similar a la que crearon otros establecimientos coloniales griegos desde finales del siglo IV a. C. para competir con las exportaciones cerámicas procedentes de las *poleis* griegas. La principal producción cerámica de Rosas era de vasos de barniz negro, algunos de los cuales presentaban decoración en la parte interior de la base, consistente en combinaciones de pequeñas palmetas y rosetas. Existían también producciones menos importantes de vasos de pastas claras o grises. Se han localizado en el Barrio Helenístico dos hornos de cerámica que funcionaron a lo largo del siglo III a. C. Los dos hornos se encontraron en el sector occidental del barrio, en los bloques IV y VI, en dos casas separadas por una veintena de metros. En el bloque VI, en una zona prácticamente arrasada, se conserva tan sólo un ángulo de una posible vivienda, en el que, encajado entre dos paredes, apareció

el horno con casi toda la cámara de combustión y la parrilla. En cambio, el otro horno, peor conservado, apareció en el contexto de una de las casas grandes del barrio, con una superficie total excavada de unos 123 metros cuadrados. Se encontró parte del corredor de combustión y la base inferior de la cámara, que era circular, con un diámetro de 1,90 metros. Es posible que el horno estuviera originalmente en un espacio descubierto o semidescubierto y se ha propuesto que algunas de las habitaciones próximas pudieron servir como almacén y vertedero de los restos de la producción, dada la abundancia de fragmentos de vasos de barniz negro y la presencia de útiles relacionados con la cocción, como discos de cerámica para apilar los vasos en el horno y tubos de ventilación (Vivó 1996, 96). Estos dos talleres usaban un tipo de horno de planta circular con corredor bien conocida en otros asentamientos griegos, entre ellos la propia Ampurias, donde un ejemplar situado cerca de la muralla de la Neapolis funcionó en el siglo III a. C. para la fabricación de cerámica común y, posiblemente, de ánforas y morteros (Puig 2006, 523-525). La mala conservación de algunas partes de la segunda casa con horno ha impedido reconstruir con exactitud las zonas de comunicación interiores y exteriores. Parece evidente que, en este caso, como en el de los demás talleres documentados en el Barrio Helenístico, se necesitaba una entrada grande que facilitase la carga de los vasos para su transporte.

Tanto en el caso de los talleres cerámicos como en el de los metalúrgicos, encontramos estructuras y espacios dedicados a la producción artesanal estrechamente relacionados con áreas domésticas, donde se han localizado hogares, molinos, pesas de telar, zonas de almacenamiento. Por otra parte, es evidente que estas zonas de producción artesanal implicaron, además de las estructuras específicas (hornos), otras instalaciones necesarias. En el caso de la producción cerámica, debía de existir una zona con tornos para la fabricación de los vasos, así como la presencia cercana de depósitos de arcilla y abundancia de agua, que en el caso del Barrio Helenístico podía proceder de la riera. También era necesaria leña para alimentar el horno durante el proceso de cocción de las piezas. Una vez acabados los vasos debían secarse antes de introducirlos en el horno, lo cual había de hacerse en una zona a la sombra, bajo cubierta (Puig 2006, 513-120).

Nos encontramos, por tanto, ante el hecho de que, al menos en cuatro de las casas de esta zona del espacio urbano de la antigua Rosas, existían áreas específicas de producción artesanal ligadas a viviendas. No sabemos cuál pudo ser la extensión total de la ciudad durante la etapa de funcionamiento del Barrio Helenístico.

6. Unos 56 metros cuadrados, aunque no se excavó totalmente (Vivó 1996, 93-94).

co y, por tanto, no es posible, en el estado actual de las investigaciones, proponer hasta qué punto la misma proporción, es decir un 33 por cien de las viviendas excavadas con zonas de producción artesanal, se dio en otras partes de Rosas. En líneas generales, entre los especialistas, ha predominado la idea de que el Barrio Helenístico conocido era una zona especializada en talleres, cerámicos y metalúrgicos (Vivó 1996, 112).

Puede que esta hipótesis sea cierta, ya que la cercanía de las casas con talleres a una riera pudo haber sido un factor importante en el momento de elegir su ubicación. Pero cabe señalar que situaciones similares de aparición de áreas de producción artesanal ligadas a contextos domésticos se han documentado en otras ciudades griegas y no siempre en contextos especializados del entramado urbano. Es el caso de la antigua *Halieis*, situada cerca de Porto Heli, en el sur de la Argólida. Las excavaciones realizadas en los años sesenta y setenta del siglo pasado pusieron al descubierto las fortificaciones que rodeaban la ciudad y parte de la zona residencial. *Halieis* fue un importante centro regional, con moneda propia y un destacado santuario dedicado a Apolo. La excavación de sus casas ha proporcionado evidencia de la relación del contexto urbano con el entorno rural que lo sostenía. Un número importante de casas tenía zonas de trabajo relacionadas con el procesado de productos agrícolas y, esencialmente, con la obtención de aceite. De hecho, se ha propuesto que en las comunidades de esta región del Peloponeso, incluyendo *Halieis*, una de cada seis casas contaba con este tipo de estructuras de producción (Jameson *et al.* 1994, 384-5), dedicadas a la transformación de una parte de la producción agrícola. La mayor parte de estas áreas se añadieron a las unidades domésticas en el siglo IV a. C. como consecuencia de un proceso de intensificación del cultivo de olivos y de la producción de aceite, seguramente dirigida al mercado exterior, a ciudades como Atenas o Tebas que, por diferentes circunstancias, sufrieron escasez de aceite en la última fase del período clásico. Las prensas de aceite en las casas de *Halieis* parecen reflejar el interés de sus habitantes por obtener los mejores beneficios de la fertilidad de su área rural, llevando a cabo ciertas fases del procesado de la producción agrícola en el contexto urbano (Ault 2005, 75-78).

Es la misma tendencia que se observa en el que es, probablemente, el mejor yacimiento griego para el estudio de casas griegas del período clásico. Olinto se transformó, a finales del siglo V a. C., en capital de la Liga Calcídica, y experimentó una etapa de expansión urbanística y prosperidad económica que duró hasta su destrucción por las tropas del rey Filipo II de Macedonia el año 348 a. C. Después de esa derrota, la ciudad fue abandonada con la mayor parte de sus casas en ruinas. Olinto fue excavada en los años veinte y

treinta del siglo pasado por un equipo dirigido por el arqueólogo americano David M. Robinson, que puso al descubierto un centenar de casas, edificios públicos, calles y más de 600 tumbas.

Una parte de la antigua ciudad era un asentamiento de planta ortogonal con casas organizadas en bloques formados por dos hileras de cinco casas separadas por estrechos callejones. La mayor parte de las casas de Olinto pertenecían al tipo *pastas*, es decir, que estaban dotadas de un pórtico largo que recorría toda la anchura de la casa. Normalmente tenían una planta aproximadamente cuadrada, con un eje central que dividía la casa en dos partes casi iguales. Un patio central, situado en la parte meridional de la casa, daba paso al pórtico y a las principales habitaciones que se situaban en el norte. Ambos espacios, el patio y el pórtico, eran los elementos claves de la estructura de la casa y dotaban de ventilación y luz al resto de las habitaciones.

Tanto las excavaciones originales como el reciente estudio realizado por el profesor Nicholas Cahill a partir de los datos originales, han proporcionado más información que ningún otro yacimiento arqueológico sobre la casa y la organización de los espacios públicos y privados en la ciudad griega, y, sobre todo, han permitido proponer nuevas perspectivas de análisis sobre la vida cotidiana de las gentes griegas (Cahill 2000). Uno de los aspectos más importantes del estudio de Cahill es el que se refiere a la importancia de las economías domésticas en las *poleis* griegas. Frente a los presupuestos ideológicos que recorren las fuentes literarias, Cahill propone que el estudio arqueológico de las unidades domésticas muestra aspectos de las decisiones prácticas que la gente tomaba en relación con las actividades económicas, en oposición o indiferencia respecto a los roles normativos de diferencia entre hombres y mujeres. Poco de lo que la evidencia de Olinto nos muestra puede ponerse en relación con las relaciones entre el noble ateniense Iscómaco y su mujer, *ideales* de comportamiento sexuado en el *Económico* de Jenofonte, contemporáneo de la etapa de expansión de Olinto. Los materiales y las estructuras de las casas olintias documentan una variedad de estrategias económicas en el seno de las unidades domésticas (Cahill 2000, 223 y ss.). De nuevo en este caso, un número considerable de las viviendas dedicaba una parte importante del espacio a producciones no estrictamente domésticas o a la venta posterior de los productos obtenidos. Aunque las gentes olintias, como las de las demás *poleis* griegas, eran esencialmente campesinas, muchas familias se dedicaban, además de la agricultura, a actividades artesanales y al intercambio comercial.

En algunas casas se han encontrado áreas de almacenamiento de productos agrícolas procedentes, pro-

blemente, de los campos trabajados por la familia que se usaban para la obtención de vino o aceite. Además, aunque la mayor parte de las casas olintias, como era tradicional en el mundo griego, contenían elementos relacionados con el hilado o el tejido, en algunos casos la producción textil parece haber sido realizada a escala mayor, seguramente para el mercado. Las cuatro habitaciones situadas junto al patio de la casa Av9 contenían telares, mientras que normalmente existía tan solo un telar por unidad doméstica. En esta vivienda, todas las habitaciones que tenían buena iluminación se dedicaron a la producción de telas. Otras actividades productivas que han sido documentadas en casas de Olinto son el trabajo de la piedra y la fabricación de figuritas de terracota. Todas estas actividades implicaban una producción a una escala mayor de lo que necesitaba el consumo doméstico estricto.

Por ejemplo, en la casa A 6 se encontraron en el patio parte de una tritadora de aceitunas y más de 12 piedras de molino. La casa tenía una doble entrada, una ancha, para permitir la entrada de carros, y otra estrecha, para los peatones. Parece que en esta casa, además de producir aceite, se realizaba molienda de grano a gran escala, probablemente con mano de obra esclava. De forma similar, en la casa A xi 10, también con dos entradas, se producía aceite o vino a escala industrial. En otros casos, se han identificado espacios que debían de funcionar como tiendas que, aunque están anexos a unidades domésticas, carecen de comunicación con ellas y es posible que ni siquiera fueran usadas por la misma familia que vivía en la casa. Es el caso de un espacio donde se encontraron artefactos relacionados con la molienda, un gran contenedor, probablemente de alimentos, dos pesas de metal, diversos vasos de cerámica y monedas. Este conjunto de materiales parece sugerir que se trataba de un espacio dedicado a la venta, quizás de vino o aceite.

Tanto en el caso de las casas en las que aparecieron zonas de talleres, como aquellas adosadas a lugares de venta, existían áreas domésticas junto a las zonas de producción e intercambio y, por tanto, se debió de tratar de casas con el conjunto habitual de habitaciones dedicadas a la preparación y consumo de los alimentos, el trabajo textil y el descanso. La producción se ubicaba en el centro de la casa, en el patio o en habitaciones junto al patio, en estrecha proximidad a los espacios donde se realizaban las actividades domésticas habituales. Por otra parte, en Olinto, las casas con actividades industriales no estaban confinadas a zonas periféricas, sino que aparecen distribuidas en toda la extensión del tejido urbano y, en algunos casos, se localizan en el centro de la ciudad.

Lo que nos presentan estos y otros ejemplos conocidos –en el mundo griego y también en las ciudades romanas– es la presencia en la ciudad antigua

de numerosos pequeños negocios, talleres y tiendas en estrecha relación con las áreas residenciales de las casas. Frecuentemente se trataba de unidades domésticas de dimensiones reducidas y medianas, lo que nos lleva a plantear la cuestión de quién trabajaba en esas actividades productivas. Es posible que, en los lugares en los que la producción alcanzaba un cierto nivel, se usara de mano de obra esclava, por ejemplo, en los talleres cerámicos. Pero, en otros casos, puede suponerse que se trataba de empresas familiares en las que debían de trabajar, probablemente en diferentes tipos de actividad, todos los miembros hábiles de la familia, hombres, mujeres e incluso niños. La producción de alimentos y la de tejidos, como productos de subsistencia y para obtener excedentes para el mercado, eran parte esencial de la economía antigua, y lo que muestra la arqueología de los espacios domésticos es que se realizaban en las casas, con formas de trabajo colectivo que implicaban grados de cooperación entre hombres y mujeres.

Esa pauta de trabajo cooperativo ha sido común en muchas sociedades anteriores al proceso de industrialización. En muchos casos, la economía familiar era básicamente una economía de supervivencia (Hufton 1995, 152-154), en la que la vida del grupo era una lucha contra la pobreza que exigía la búsqueda incesante de formas de obtención de suficientes recursos a partir de un trabajo duro y constante en el que participaban todos los miembros de la familia, de ambos sexos y de todas las edades. Es lógico pensar que también en el mundo grecorromano, donde la unidad básica de producción era la casa, un amplio sector de la población campesina y trabajadora urbana compartía la experiencia de que todos los miembros del grupo familiar fuesen fuentes potenciales de trabajo.

¿En qué medida estas formas de trabajo cooperativo entraban en contradicción con los ideales sociales de la diferencia entre mujeres y hombres? Como ya hemos señalado, las referencias a la división del espacio de la ciudad en una esfera privada, femenina y una esfera pública, masculina, respondía a una ideología aristocrática frecuentemente enfatizada en diversos aspectos de la cultura material, desde las representaciones figuradas a la literatura, los discursos de los oradores, la historiografía. En ese contexto se entiende que las clases altas, los grandes propietarios de tierras o los mercaderes ricos gustasen de las imágenes femeninas pasivas, desde las *korai* griegas arcaicas hasta las esculturas de damas romanas. Esa representación de la mujer de familia acomodada ayudaba a exhibir el estatus elevado de los hombres de la familia que mantenían inactivas a sus mujeres. Esa ideología «oficial» se mantenía incluso a pesar de que algunas mujeres de clase alta, en el caso romano, llevaban vidas activas, mediante la gestión de grandes propiedades o inclu-

so la manipulación indirecta de los acontecimientos políticos. Para las clases bajas el trabajo era un hecho aceptado de la vida, y tanto en la arqueología doméstica como en las inscripciones romanas vemos a mujeres que trabajaban fuera de la casa, como nodrizas, comadronas, sirvientas, vendedoras o pequeñas artesanas. Otras formas de ocupación implicaban la colaboración con sus maridos en pequeños negocios, tiendas, talleres (Kampen 1981, 131).

Trabajo, unidad doméstica y sociedad

Cuando en las últimas décadas del siglo pasado se empezó a trabajar sobre los temas relacionados con la diferencia de roles sexuales en las sociedades antiguas, se señaló acertadamente que, en general, sabíamos muy poco sobre las vidas de las mujeres, en gran parte por el androcentrismo dominante en la investigación histórica y arqueológica. Tras una primera fase en que se intentaba recuperar y hacer visibles a las mujeres, pronto se hizo evidente que esto no era suficiente y que era necesario replantear desde una nueva perspectiva las categorías de análisis y los modelos de desarrollo cultural. La razón es que, aunque los estudios sobre el género y las mujeres han demostrado una y otra vez que los estereotipos tradicionales sobre el comportamiento de los hombres y las mujeres en el pasado estaban equivocados, subsisten todavía en cierta forma en las perspectivas de análisis que usamos en el estudio de las sociedades antiguas. Al plantear la recuperación de las mujeres, sus actividades y prácticas sociales, la investigación ha asumido, de forma inconsciente, la existencia permanente de una división sexual del trabajo en las sociedades antiguas y ha tratado de dar valor a las «tareas femeninas», la recolección, el procesado del alimento, el cuidado. Es decir, en ocasiones se ha trasladado al pasado el sistema binario de diferencia sexual que ha dominado, hasta hace poco tiempo, en las sociedades occidentales. Es evidente que las críticas a los modelos androcéntricos del pasado humano han sido efectivas y han transformado los estereotipos de género más evidentes y débiles, pero se ha mantenido la premisa de una determinada forma de diferencia entre los sexos, a pesar de la evidencia de que su importancia en la ideología occidental, no ha sido un rasgo universal en las sociedades humanas (Brumfiel y Robin 2008, 1-2).

Una de las consecuencias del mantenimiento de la idea de esferas separadas de actividad masculina y femenina afecta directamente al estudio del trabajo en el mundo antiguo. Como hemos señalado anteriormente, la división entre espacio privado y espacio público se remonta en el mundo grecorromano a las fuentes antiguas y, en parte por esa razón, sigue siendo una

premisa implícita de algunos aspectos de la investigación sobre la vida de las mujeres y de los hombres, sobre todo en relación con la organización de las unidades domésticas.

La unidad doméstica en la ciudad griega y romana normalmente estaba compuesta por una familia, a veces con algunos parientes adicionales dependientes, y las personas esclavas. Todas estas personas y el contexto material en el que vivían estaban bajo el control del cabeza de familia, un hombre adulto libre. Durante mucho tiempo se ha asumido que uno de los rasgos de ese control fue una organización del espacio que, sobre todo en la polis griega, debió de partir de la separación estricta entre las mujeres y los hombres que no pertenecían a la familia. Esa división espacial fue criticada desde la arqueología por la dificultad de identificarla en las plantas de las casas (Jameson 1990). Como consecuencia, se propusieron lecturas matizadas de la hipótesis de las esferas separadas. Por ejemplo, se sugirió una analogía entre la casa griega y la islámica, en el sentido de que las actividades femeninas en el espacio doméstico se debieron de organizar de forma que se pudiera evitar en todo momento el contacto con los hombres que no fueran miembros de la familia sin que fuera necesaria la existencia de un espacio cerrado exclusivamente femenino (Nevett 1994). Por otra parte, se aceptaba de forma generalizada que el *andron*, la habitación donde se celebraba el simposio, era un espacio masculino en el sentido de que era el lugar en que el cabeza de familia recibía y entretenía a otros ciudadanos. En todo caso, lo que se ha puesto de relieve en los últimos años, con el aumento de excavaciones de casas, es que es difícil aceptar la idea una división binaria del espacio doméstico teniendo en cuenta la pauta general de la organización espacial griega, en la que las habitaciones se extendían desde un espacio central, el patio. Por otra parte, la distribución de objetos sugiere que las mujeres debían de usar todas o casi todas las partes de la casa.

El debate espacial tuvo la consecuencia de enfatizar como elemento central en el estudio de la casa las relaciones entre hombres y mujeres en el contexto familiar. Es indudable que constituían un aspecto importante de las prácticas sociales domésticas, pero no debe olvidarse que había otros tipos de interrelaciones, como las que se daban entre personas libres y esclavas o entre los diferentes grupos de edad. Tampoco se ha dado suficiente importancia a las diferencias entre las unidades domésticas urbanas y las rurales, que todavía están escasamente representadas en el registro arqueológico. El «modelo» de casa griega, de habitaciones construidas alrededor de un patio abierto usualmente con un pórtico a lo largo de uno de sus lados y una sola entrada que limitaba la visibilidad del interior de la vivienda desde el exterior, aunque sin duda frecuente en

las *poleis* del período clásico, no fue universal. Cuando examinamos cualquier conjunto de casas, vemos una gran variabilidad de tipologías y tamaños. En Olinto, *Rhode* y otros asentamientos del período clásico se han encontrado viviendas muy pequeñas, en las que a veces resulta difícil detectar el patio, el pórtico o el *andron*, y menos aún alguna forma de barrera visual entre la puerta de la casa y el exterior. El espacio reducido sugiere que existían pocas posibilidades de separar áreas o de controlar las interacciones entre los miembros de la familia y los extraños. Se trata, lógicamente, de las casas de la gente con menos recursos, que probablemente tenían pocos o ningún esclavo (Nevett 1999, 155-156). Es evidente que, en estas viviendas y probablemente también en otras casas más acomodadas, los roles sexuales en la vida cotidiana no se ajustaban a las aparentemente rígidas diferencias que se apuntan en la ideología «oficial» de la ciudad antigua, que, en todo caso, se desarrolló por y para los miembros de las clases dominantes, tanto en Grecia como en el mundo romano.

Esta mayor variabilidad de los tipos de casa coincide con la creciente evidencia de la existencia de actividades productivas diversas en los asentamientos griegos: talleres metalúrgicos, cerámicos, de producción de terracotas, de obtención de aceite, de procesamiento de alimentos, lugares dedicados a la venta. Esta evidencia nos ofrece un panorama que se aleja de la premisa implícita de que en las casas tan solo se producía para el ámbito familiar y que existía una separación estricta entre las actividades de mantenimiento (femeninas) y los trabajos externos (masculinos). Muchas de las actividades mencionadas se realizan en espacios domésticos relativamente reducidos, en los que es difícil pensar que se pudiera mantener una total separación entre quienes trabajaban. Diversos estudios han propuesto que las familias campesinas usaban diversas estrategias para enfrentarse a las reales o potenciales etapas de escasez (Gallant 1991). Una de esas medidas era la diversificación de las actividades productivas, de forma que fuera posible producir excedentes para el intercambio. Y no lo hacían en lugares separados de las viviendas, sino en el propio contexto doméstico, lo que debió de dar lugar a espacios de colaboración y participación colectiva de los miembros de la familia en esas tareas productivas de las que, en última instancia, dependía la propia polis.

En ese contexto resulta difícil asumir que estos grupos familiares asumieran de forma estricta los estrictos roles de sexo en el trabajo que se desprenden de gran parte de las fuentes literarias. Como ha sucedido en muchas economías preindustriales, las mujeres trabajaban para complementar la economía familiar cuan-

do era necesario. Es evidente que esto no quiere decir que no hubiera codificación sexuada de los trabajos, y la ideología de los roles sexuales apropiados tuvo, sin duda, un papel importante en las posibilidades de ocupación a las que podían acceder hombres y mujeres en la antigüedad. También parece claro que para los sistemas de valores de la antigüedad era preferible que, en cualquier ocasión pública, las mujeres apareciesen como virtuosas y pasivas, aún cuando trabajaran en el seno familiar.

Los espacios del trabajo y de las relaciones de mantenimiento no han estado separados y en forma de opuestos, sino que han dado lugar a una diversidad de relaciones de cooperación y de conflicto entre los sexos. La ideología de la mujer ideal hizo difícil en el mundo antiguo, como en el moderno hasta época muy reciente, que las mujeres fueran consideradas trabajadoras de la misma forma que los hombres, aunque en la práctica totalidad de las sociedades humanas las mujeres han trabajado en actividades que no eran tan sólo domésticas.

La ideología sexual del mundo antiguo, y especialmente de las *poleis* griegas, partía de la premisa de la invisibilidad de las mujeres, cuyo mayor mérito era no hablar ni dar de hablar. Su contribución a la economía familiar, esencialmente no pagada, no se incluía en las categorías de ocupaciones reconocidas, de manera que quedaba en su mayor parte invisible. Esa actividad múltiple de las mujeres tanto en el ámbito rural como en el urbano no entraba en contradicción con el ideal de la mujer dedicada en exclusiva a las responsabilidades domésticas. Las familias simplemente usaban de toda la fuerza de trabajo necesaria (hombres, mujeres e incluso niños y niñas) para sacar adelante sus economías. En ese contexto, las mujeres eran una reserva de trabajo humano que podía ser usada cuando era necesario.

De esta forma hemos de considerar la unidad doméstica antigua (*oikos*, *domus*) esencialmente como un ámbito de acción donde un grupo social, ligado por las características de parentesco, coresidencia, comensalidad y cooperación económica, creaba una red de actividades y relaciones sociales, estas últimas entre sí y con otros grupos sociales. Ese ámbito tenía unas características espaciales y unas realidades materiales que resultan, como hemos visto, particularmente importantes para el análisis de la economía y las actividades productivas (Ault 2005). Por otra parte, las relaciones y prácticas que se realizaban en el contexto doméstico estaban estrechamente relacionadas con los procesos sociales, económicos y culturales de la ciudad antigua en general.

El trabajo: acción y reflexión

Hablar del trabajo en la Grecia antigua es hablar de la jerarquía de valores que lo definían y de las ocupaciones que lo estructuraban. Las actividades de los trabajadores, su acción productiva, sus sufrimientos, profundamente ligados a una mentalidad que celebraba la pluralidad, pero que se construía a partir de márgenes y exclusiones, evocan un dominio que es a la vez de acción y de reflexión.¹

Como acción, el trabajo era sobre todo sufrimiento, *ponos* o *achthos*, necesario, útil e inevitable para asegurar el buen funcionamiento del *oikos*, y de su prolongación, la ciudad. Y. Meyerson (1955, 2), al analizar las características del trabajo de manera general y no solo en la antigüedad, escribe que «el trabajo humano [...] es una acción forzada, social y psicológicamente. Es una conducta dirigida, estrictamente adaptada a las condiciones del medio material [...] una acción subordinada en cada caso a finalidades técnicas concretas». Esa acción exige el cumplimiento de la obra en una realidad interactiva que permite aparecer estructuras sociales determinantes y forja sentimientos sociales específicos. Esa relación entre lo psicológico y lo social responde, como nos deja entender el autor, a motivos relacionados con la ganancia, el gusto, el placer, la ambición o la diversión: una serie de estados anímicos y organizativos que, en mi opinión, delimitan el dominio que debemos analizar para entender las diferencias sutiles de los comportamientos antiguos y de los modernos en relación con el fenómeno del trabajo.

Ese dominio a la vez preciso y polivalente nos revela un aspecto del trabajo, sus matices y complejidades, que a menudo van más allá de las definiciones elaboradas y transmitidas por la historia social.² La principal aportación del estudio de Meyerson y su influencia en los trabajos antropológicos reside precisamente en la riqueza de datos sociales para una reflexión sobre el trabajo como función cultural y psicológica.

En efecto, si se acepta, como señala I. Meyerson, que la historia social del trabajo apareció con la noción de persona que se desarrolló en los siglos XIX y XX, se puede entender que el concepto de trabajo en la sociedad griega antigua tiene que definirse a partir de criterios diferentes de los de época moderna. Esos criterios dependían de una escala de valores ligados al ideal cívico y ético del ciudadano y, mucho menos, de los relativos a luchas sociales que colocaban a la persona en la dinámica de los movimientos colectivos.

Contrariamente a lo que sucede en época moderna, el trabajo, desde el punto de vista del productor, era, para los griegos, un servicio. De esta forma, se establecía una relación económica de servidumbre entre el artesano-productor y el usuario (Vernant 2002, 297), que se integra en la reflexión filosófica sobre la *poiêsis*, el uso, la *dynamis*, la *techné*, y de ahí se desplazaba hacia la idea de la esclavitud. Aristóteles fue especialmente sensible a esta forma de representación.

De esta forma vemos desarrollarse al lado de la práctica un pensamiento que engloba a los trabajadores de la tierra, los artesanos, los esclavos, las mujeres. Es interesante señalar que la jerarquía de ocupaciones estaba ligada a una diversidad de condiciones de vida

1. Para una aproximación general a la esfera del trabajo y los conceptos afines, véase Glotz (1920), cap. 3. Sobre la distribución del trabajo, véase el cap. 6, así como Bourriot (1959) y Mossé (1966). Sobre el trabajo de la mujer, véase la obra clásica de Herfst (1922).

2. Meyerson (1955, 5). Sobre esos análisis, véase Hoffmann (2003). Sobre la complejidad de la reflexión en torno al trabajo humano y la conceptualización de la «obra» propuesta por I. Meyerson, véase Meyerson (2000, 106-118). El estudio de S. Joschel (1992) también aclara esta dimensión del trabajo. La autora confiere al trabajo un fondo reflexivo y se concentra en los comportamientos y las actitudes del pueblo en relación con ese fenómeno social en la antigüedad romana.

que reflejaban una jerarquía de valores a la que se enfrentaba cada ciudadano. Así, en el espacio político, público del *asty*, los artesanos y comerciantes podían encontrarse con los trabajadores de la tierra ligados al campo o, incluso, con las mujeres y los esclavos domésticos, relacionados con el espacio privado del *oikos*. Se generaba de esta forma una diversidad de condiciones materiales y de intercambios productivos que daban lugar a una ideología del trabajo indirectamente relacionada con la problemática más general del *ponos*. Las teorías filosóficas, de Platón a Aristóteles, fueron los lugares de expresión de una reflexión sobre el esfuerzo, el productor y la obra producida o sobre toda actividad que garantizaba el *valor de uso* marxista sobre el que insistieron Meyerson, Vernant y Finley. El trabajo, en esa perspectiva económica, solo se presenta desde su aspecto concreto (Vernant 1956, 295-296). Como fundamento de ese pensamiento, se desarrolla el ideal del hombre libre como usuario y nunca como productor. El hombre libre puede relacionarse con una dimensión abstracta del trabajo, reflejada esencialmente en el rol del demiurgo, donde se encuentra un proceso productivo ligado al aspecto tridimensional de la imitación, la fabricación y la utilización. Lo que confirma la complejidad del trabajo en el mundo griego.

¿Cómo se articula en este escenario el trabajo de las mujeres y el de los esclavos?

Trabajo doméstico y distribución de tareas

El paralelismo entre el trabajo femenino y el de los esclavos es pertinente en la medida en que nos deja comprender los matices que podían existir en el contexto de las jerarquías y las dependencias.³ S. Pomeroy señala que el trabajo de las mujeres era de manera general productivo, pero el hecho de que ese trabajo fuese el mismo que el de los esclavos provocaba que ideológicamente no fuera apreciado ni valorado. La misma autora propone que la proximidad de las personas esclavas a sus amas, por ejemplo, en la tragedia y en los relieves de las estelas funerarias, podía indicar una conexión estrecha entre las dos categorías (Pomeroy 1976, 71). Pero, ¿de qué orden era esa conexión?

Esta constatación teórica nos lleva a las primeras reflexiones y teorías de los historiadores que intentaron encontrar los orígenes y la lógica del trabajo de las mujeres situando su presencia activa en un pasado

anterior a la aparición de la polis esclavista. Heródoto afirma que una transición significativa tuvo lugar en el tiempo. En su opinión, existió una época en la que la división del trabajo entre mujeres, hombres y personas esclavas fue diferente. Las mujeres, que no conocían todavía la aportación de las personas esclavas, se encargaban ellas mismas de tareas que, posteriormente, iban a ser realizadas por esclavos y esclavas. Se plantea de esta forma un antes y un después en el tema de la diligencia de la mano de obra femenina.

Las hijas de los atenienses iban constantemente al Ennéacronnos a buscar agua (en esa época no tenían todavía esclavas [οὐδὲ τοῖσι ἄλλοισι, Ἑλλήσι οἰκέτας] como pasaba entre los demás griegos).⁴

Más allá de esta sugerencia interpretativa de Heródoto, es en Jenofonte donde se debe buscar la explicación de la distribución social de los trabajos de organización doméstica que se atribuían a las mujeres libres (δεσποτικῶς, 'de forma autoritaria') y de las tareas realizadas por los esclavos (δουλικῶς, 'de forma libre').⁵ Se trata de una diferenciación pensada y conscientemente escogida por el autor, que de manera clara trata de distanciarse de sus predecesores, Homero, Hesíodo y los líricos, proponiendo una taxonomía de funciones y responsabilidades sobre un trasfondo jerarquizado desde el punto de vista social, pero no sexual. Siguiendo el principio que propone en su tratado y que consiste en obtener conocimientos sobre la gestión de la explotación de un bien, pero sobre todo de ordenarlo, enfatiza ante todo los beneficios de la autoridad. Se le pide a la mujer que contribuya a esos beneficios al lado del esposo, señor de la casa, comparable en todo al general de un ejército. En ese universo de mando y de obediencia, es el esclavo quien aparece como el problema no para el poder y la superioridad jerárquica, sino para la eficacia de la autoridad ejercida por parte del señor. Una autoridad humanizada y pensada, cuyo orden sostiene el trabajo servil.⁶ En esa organización doméstica, el hombre y la mujer libres son iguales en lo que se refiere a sus responsabilidades, tema de discusión al que se presta Sócrates dirigiéndose a Critóbulo: «En mi opinión —dice—, considero que una mujer que es una buena compañera en la gestión es tan importante como el hombre para el beneficio común» (Jenofonte, *Económico*, 3, 13).

Es interesante que, en un texto tan importante sobre la distribución del trabajo y de la prosperidad,

3. M.-M. Mactoux (1994), en su artículo «Autour du travail au féminin» (Athéniennes époque classique), *Métis* 9, p. 307-314, nos muestra cómo las relaciones de sexo, mediatizadas por el trabajo, se articulan en las relaciones esclavistas.

4. Heródoto, 6, 137.

5. Jenofonte, *Económico*, XIII, 5.

6. Jenofonte, *Económico*, XIII, 6 y ss.

Jenofonte parezca anticipar la idea de Aristóteles sobre las *comunidades naturales* (Nemo 1998, 263), dando un espacio al reparto dinámico y, por tanto, positivo y productivo, de la pareja mujer-hombre y reflexionando sobre la pareja antitética de persona libre-persona esclava. Es significativo que en el texto no intervenga ninguna reflexión explícita que diferencie la eficacia del trabajo masculino respecto al femenino. De hecho, la valorización del trabajo se une a la idea de una naturaleza física que se organiza eficazmente a través de una división espacial del trabajo. La fuerza física construye la forma de pensar lo privado y lo público en una lógica de género que impone un intercambio beneficioso para la ciudad. Así, el hombre y la mujer son iguales en cuanto a la vigilancia, la memoria, la templanza. Son complementarios en la gestión de la unidad doméstica, las actividades que aseguran su funcionamiento y en su aportación a la economía productiva de la colectividad. Sus obligaciones y la distribución del trabajo con base en una división espacial que separa el interior del exterior es una elección sugerida por la voluntad divina. La naturaleza no hace más que seguir un reparto efectivo desde el punto de vista cultural. En efecto, la valorización del trabajo establecido asegura la continuación del linaje garantizado por el orden familiar, la sucesión de bienes, el buen orden en general de ese centro de la ciudad que es el *oikos*. La complicitad, el intercambio y la proximidad están en los afectos y en las acciones de esa pareja. El trabajo es un soporte ideológico de una economía psíquica y de una política de resistencia y de bienestar corporal que encuadra la producción y la reproducción:⁷ «Como los trabajos de la casa al igual que los del exterior exigen a la vez labor y cuidado, me parece que la divinidad ha adaptado la naturaleza de la mujer a los trabajos y cuidados del interior, la del hombre a los del exterior»; en cuanto a la mujer, la divinidad le ha dado un cuerpo menos resistente ya que le ha encargado los trabajos de la casa» (Jenofonte, *Económico*, VII, 23). Las cargas femeninas provienen de una partición afectiva que asegura la *trophè* de los niños y la vigilancia de la casa. La idea del reparto de funciones tiende a la división espacial y afectiva que se desprende del vocabulario de distribución usado:

Como ella ha sido encargada también de guardar las provisiones, comprendiendo que para guardarlas no es malo tener el corazón temeroso, la divinidad ha hecho que «la mujer sea más miedosa que el hombre». Sabiendo también que el que realiza los trabajos de fuera

tendrá que defenderse contra los que intentarán hacerle daño, la divinidad ha hecho más «valiente al hombre (Jenofonte, *Económico*, 7, 25).

De esta forma Jenofonte relaciona la separación espacial con una evolución de las costumbres que debería de matizar toda idea de separación previamente establecida e ideológicamente impuesta sobre la división de tareas y trabajos puramente femeninos. Por su parte, Aristóteles intenta establecer un papel con menos matices entre la economía de las mujeres y la economía de los hombres (Savelli 1983, 126-129). Así, el deber de «una mujer es gobernar su casa y conservar los bienes, mientras que para el hombre lo importante es adquirirlos».⁸

Los dos sexos están implicados de manera activa en las prácticas sociales que dan valor a la economía doméstica y a su funcionamiento en el espacio cívico. Existe un reparto de los roles sociales que no se detiene en una política segregacionista, sino en la complementariedad de los afectos, los actos y las responsabilidades de los servicios.

[...] la naturaleza ha creado un sexo fuerte y un sexo débil, de manera que uno sea más apto para vigilar por su tendencia al miedo, y que el otro por su virilidad sea más capaz de rechazar al agresor; que uno pueda aportar los bienes desde el exterior, mientras el otro vela por lo que hay en la casa; y en el reparto del trabajo, uno es más apto para llevar una vida sedentaria y falta de fuerza para las ocupaciones del interior mientras que el otro, menos adecuado para la tranquilidad, encuentra el desarrollo de su salud en el movimiento (Aristóteles, *Económico*, I, 3, 1343b).

A este reparto de espacios, de afectos y de tareas se añadía un reparto social que alimentaba la economía doméstica y consolidaba la eficacia de la división del trabajo femenino. Ese reparto social y jerárquicamente ordenado dependía esencialmente del trabajo servil. Entre los grupos de esclavos dedicados a trabajos diversos en la ciudad o en los campos, estaba el de los esclavos o esclavas nacidos en la casa, los *oikogeneis*, los *oikotribeis* o los *oiketai*, que, generalmente, servían de criados domésticos.

El espacio en que esos esclavos tenían más responsabilidad en relación con los cuidados era el gineceo. En ese espacio, esos servidores tomaban a menudo el lugar de sus señoras, con el fin de asegurar una ayuda en los trabajos que les eran propios. Era, por ejem-

7. Sobre la distribución espacial de la producción doméstica, véase Morgan (2006). La separación de sexos y la distribución espacial responden a una complejidad que, siguiendo a A. Pechriggl, nos invita al análisis más allá de las esferas pública/privada y política. La triple división de esferas ya presente en la *Política* de Aristóteles puede ser comprensible a partir del papel del cuerpo físico como «esquema organizador» y de su papel en la función de lo político (véase A. Pechriggl 2003).

8. Aristóteles, *Políticas*, III, 4, 1277b.

plo, el caso de la producción textil, un trabajo que marcaba la presencia entre bastidores de las mujeres en el *oikos*, su lugar apropiado, aunque su aportación no fuera solamente simbólica.⁹ Recordemos en este contexto la afirmación paródica de Aristófanes en *Lisístrata*, 617: «Teje tu tela, o la cabeza se resentirá; ¡la guerra es la responsabilidad de los hombres!» Añadamos que lo que se desarrolla en *Lisístrata* es la prolongación de lo que se expresa también en *Las nubes* (v. 52) con la mujer de Estrepsiades, consagrada de forma admirable a la fabricación de telas, como en época de Homero...¹⁰

Platón asocia el hilado más con la feminidad que con la servidumbre. Esa asociación es consecuencia de la interferencia que propone entre la acción y el saber adquirido: no como valor ni como tendencia, sino como trabajo de mujeres que se circunscribe a un dominio de acción que depende de un *habitus* cultural, el oficio del tejido (Platón, *Alcibíades* I, 126):

SÓCRATES: —Alcibíades, ¿crees que un marido puede llegar a un acuerdo con su mujer sobre la forma de hilar si él no sabe lo que ella sabe?

ALCIBÍADES: —Seguro que no.

SÓCRATES: —Y no lo hace, porque es un conocimiento de mujer.

Saber y tecnología de las mujeres en relación con el tejido es lo que preocupa a Jenofonte.¹¹ Existe en este caso una reflexión que sitúa el problema del trabajo femenino en el contexto del saber y de la habilidad técnica. No es fortuito que Luciano, en *Los fugitivos*, ponga en boca de la Filosofía críticas dirigidas a los hombres que se dejan dominar para facilitar el trabajo de las mujeres en tareas como el tejido o el cardado de la lana y que no consagran tiempo suficiente a la meditación filosófica. Se centra en esa lógica del saber que crea divergencias a nivel de las aptitudes (Luciano, *Los fugitivos* LXIX, 12):

ZEUS: —Todavía no me has dicho, Filosofía, cuál es el insulto que se te ha hecho, tan solo has expresado tu indignación.

LA FILOSOFÍA: —Escúchame, pues, Júpiter, y verás lo grave que es. Hay una especie de hombres despreciables, generalmente mercenarios y serviles, que, dedicados

desde la infancia a trabajos rudos, no han establecido conmigo ninguna conexión; están cerca de la esclavitud, ocupados en ganar un salario y ejerciendo tareas apropiadas a su condición, cordoneros, carpinteros, bataneros, trabajadores de las lanas destinadas al hilado o tejido de las mujeres, a las que hacen más ligeras y más cómodas para la lanzadera o para el huso. Entrenados en esas tareas desde la más tierna infancia, no han oído nunca pronunciar mi nombre. Pero llegados a la edad viril, al ver que la gente testimonia el más profundo respeto por mis íntimos, tolera su franqueza, busca su amistad, escucha sus consejos, cede a su reproche por nimio que sea, se imaginan que la filosofía lo domina todo con poder absoluto.

El texto de Luciano refleja una apreciación diferente de la que dominaba en época arcaica. En efecto, la asociación que se da entre el trabajo de las mujeres y el trabajo de los esclavos parece tener sus orígenes en modelos homéricos, y fue seguida posteriormente por los autores trágicos. En la *Odisea* vemos el oficio textil claramente restringido al dominio de esclavos. Las esclavas aparecen peinando la lana: «Vamos, entra, dice Héctor a Andrómaca, entra en casa, ocúpate de las labores del telar y de la rueca, y ordena a las esclavas (*amphipoloi*) que se apliquen al trabajo» (Homero, *Ilíada*, VI, 490-495). Es evidente que todo lo que se relacionaba con el hilado, si no se quieren seguir las reflexiones platónicas¹² que influyeron a Jenofonte o Aristóteles, se debería de contemplar desde la perspectiva del reparto del trabajo. Se ve a las hilanderas como verdaderas esclavas y también como mujeres pobres. Sin duda una imagen a la que se asocia la Electra de Eurípides. De ese destino no se libran ciertos ejemplos que se encuentran en Homero, donde se menciona la existencia de un peculio (*misthon*) eventual para una mujer que quiere alimentar a sus hijos (*Ilíada*, XII, v. 433).¹³

Tendría que analizarse la ideología que subyace a ese discurso, que debe mucho a los valores aristocráticos representados por Homero, como la idea de la opulencia o las desgracias de la pobreza, para evaluar la utilidad de ciertos oficios domésticos de las mujeres. Además, en ese contexto es donde las numerosas esclavas contribuyen a aliviar las tareas, mientras su presencia confirma la opulencia de los amos. En Aris-

9. Sobre la interferencia de los sexos y la mitología del tejer, Frontisi-Ducroux (2009).

10. Véase también Aristófanes, *Asamblea de las mujeres*, v. 677 y v. 680.

11. Jenofonte, *Memorables*, III, 11, 4-8.

12. En la *República* de Platón, V, 455c y ss., Sócrates opta por la igualdad de la naturaleza de la mujer respecto a la del hombre. Reconoce, sin embargo, una aptitud diferente en cuanto a la práctica de ciertos oficios. A esto se añaden las habilidades particulares de las mujeres en el tema del tejido y de otros trabajos de la casa: «No perdamos el tiempo en hablar del tejido y de la confección de pasteles y de estofados, trabajos en los que las mujeres parecen tener algún talento y donde sería ridículo que fuesen superadas» (Platón, *República*, V, 455c).

13. Sobre el peculio de los esclavos, véase Westermann (1955, 83).

tófanos se critica el trabajo textil, usando un modelo de degradación esencialmente promovido por los autores trágicos, el de la reina que pierde su estatus de soberanía y tiene que hilar o tejer en la casa como una esclava. En las tragedias, ese paralelismo plantea una degradación social que se expresa a nivel de los gestos y de los servicios ofrecidos por el héroe o la heroína caídos en desgracia.

Tarea femenina por excelencia,¹⁴ el tejido se presenta en la tragedia como una labor que se podría añadir fácilmente el trabajo de una sierva. Si la vaga alusión de Creonte al oficio del telar y de la lanzadera no permite definir de manera exacta los servicios proporcionados por las esclavas en la industria textil, podemos suponer que había etapas preliminares en las que estaban implicadas (Herfst 1979, 21). Electra, por ejemplo, en la obra de Eurípides, al exponer los crueles infortunios que sufrió en su estancia rústica, incluye el hecho de que ella tenía que esforzarse con la lanzadera para tejer sus ropas (Eurípides, *Electra* v. 302-306):

Ἐπεὶ δὲ κινεῖς μῦθον, ἱκετεύω, ξένε,
ἄγγελ' Ὀρέστη τὰμὰ καὶ κείνου κακά.
πρῶτον μὲν οἷοις ἐν πέπλοις αὐλίζομαι,
πίνω θ' ὅσω βέβριθ', ὑπὸ στέγαισί τε
αἶταισι ναίω βασιλικῶν ἐκ δωμάτων,
αὐτὴ μὲν ἐκμοχθοῦσα κερκίσιν πέπλους,
ἢ γυμνὸν ἔξω σῶμα καὶ στερήσομαι, αὐτὴ δα
πηγὰς ποταμίους φορομένη.

Ya que me fuerzas a hablar, te suplico extranjero, que expliques a Orestes mis desgracias y las de otros (Agamemnon). Háblale en primer lugar de las ropas que llevo en este lugar rústico, qué aspecto sórdido ofrece todo mi cuerpo, bajo qué techo habita la que vivía en el palacio de un rey. Yo misma tengo que disponer la lanzadera para tejerme las ropas; si no, tendría que ir desnuda; yo misma voy a buscar el agua al río.

Discurso revelador el de Electra, que pone de relieve el modelo perfecto de la antinoble: excluida del palacio, Electra vive en la lejana campiña como una trabajadora cuyas ocupaciones cotidianas consisten en «perseguir a las vacas en los campos y en sembrar el barbecho» (Eurípides, *Electra* v. 78-79). Tiene que asumir todas las responsabilidades de una mujer modesta e incluso de una esclava doméstica: traer el agua del río, tejer sus ropas e incluso disponer la lanzadera para tejer (*ibid.*, 78-79). En el caso de Electra, la imagen del tejido como actividad que se relaciona con las actividades serviles, es elocuente: tejer el *peplos* es una

actividad humillante, un trabajo penoso que revela el orden del *mochthos*, la pena como trabajo, mientras que fuera de ese contexto preciso, tejer el *peplos* nos hace pensar en el proceso de tejer la vestimenta de Atenea, por las jóvenes arréforas y los otros dos grupos de mujeres que se ocupaban de su producción (Loraux 1981, *passim*), secuencia importante del imaginario ateniense cuyo significado religioso y político estaba lejos de relacionarse con algo despreciable. La producción de tejidos a la que se ve abocada Electra no es una actividad de la condición femenina, tarea honorable de la que todas las muchachas están orgullosas. Era una forma de obligación que debilita la nobleza de Electra.

El deterioro de la nobleza por el prejuicio de la imagen de la tejedora es uno de los elementos principales de la serie de tareas que esperan, por ejemplo, al destino trágico de Polixena. Al pensar en el tipo de esclava que la atiende, Polixena teme que, una vez comprada por un amo de corazón de duro, se vea obligada entre otras cosas a «hacer el pan de la casa, a barrer su mansión y a ponerse ante la lanzadera (κερκίσιν τέρεσταναι), lo que le provocaría por fuerza una vida de dolores» (Eurípides, *Hecuba*, v. 359-364).

Tareas laboriosas opuestas al modo de vida de las damas de la nobleza, como ser guardiana de las puertas, limpiar la casa, fabricar el pan, transportar el agua o ayudar a surcar, se presentan como signos característicos de la domesticidad. Pero es interesante señalar que son servicios que pueden funcionar como signos de transformación y de fusión de códigos de la vida social. La degradación social y el cambio de estatus de libre y noble a esclavo parecen definirse a través de actividades domésticas esencialmente femeninas que exigen un esfuerzo considerable, y por esa razón están revestidas de un aspecto humillante. En efecto, el carácter privado de esos actos, el efecto físico que exigen, incluso en un contexto sagrado, y su cumplimiento como resultado de una obligación y no por elección personal, son los elementos determinantes de su aspecto humillante. En cuanto al tejido, su complejidad como trabajo a la vez simbólico y como oficio real es incontestable y no se limita a los ejemplos dados. Ha sido claramente explicado que su valor no consistía solamente en plantear una técnica narrativa de las mujeres en la que, por ejemplo, Penélope sería un modelo, sino también en desvelar un rol social y una forma, según algunos, de pensar la ciudad, una problemática que confiere al trabajo una función razonada que sobrepasa la simple función de la productividad.¹⁵

14. Un término como φάντης se refiere a un oficio que podía, en casos concretos, incluir a hombres. Sobre ese tema, Thomson 1982.

15. Para esta perspectiva de la mitología *generativa* del tejer, véanse los análisis de Sheid y Svenbro (2003, 9) y, para una lectura paralela, Papadopoulou-Belmehdi (1994), donde el tejido es la expresión de un simbolismo ligado al estado virginal.

Oficio de mujeres y servidumbre

La equivalencia entre el trabajo femenino y la condición esclava se ha de reexaminar, aunque con frecuencia parece muy clara. Por ejemplo, Estobeo pone al mismo nivel una panadera y una esclava: ni esclava ni siquiera panadera (*Florigenium*, LXX, 12). Los trabajos que tienen que ver con la alimentación pueden ser atribuidos a las esclavas y no son el monopolio de las mujeres libres. Es el caso, por ejemplo, de la molienda, función de la que se encargaban tanto los hombres como las mujeres, y también los esclavos castigados. En ese contexto podemos situar a los esclavos que trabajaban en los molinos.¹⁶ En relación con el trabajo femenino en general toda una serie de actividades pueden ser mencionadas como, por ejemplo, la de las cordeleras (σκυτοτόμοι) (IG II 776) y νευ[ρ]οράφος (IG. II 772b A. col I,24), o la de las *technites*.¹⁷ En ese nivel es interesante examinar los talleres de producción de vasos para ver de qué forma las mujeres podían estar implicadas. Encontramos referencias en Homero y en Hesíodo que señalan que en época arcaica las mujeres obreras no eran raras. Una mujer *peinando el marfil*, o una obrera doméstica, son ejemplos de sirvientas domésticas especializadas y de artesanas: «[...] la sangre negra brotaba de la herida. Se ve a una mujer de Meonia o de Caria teñir de púrpura un marfil que debe transformarse en adorno para el bocado de un caballo [...]» (Homero, *Iliada*, IV 141). De igual manera, los oficios duros, el trabajo en el campo, en los talleres artesanales, podían ser también trabajos de mujeres. Hesíodo nos da una imagen del trabajo servil doméstico que corresponde a los ideales de la época arcaica y que especifica claramente la importancia del trabajo femenino en un contexto de obligatoriedad (Hesíodo, *Los trabajos y los días*, v. 602):

Después, cuando hayáis recogido y dispuesto en la casa el grano que os mantiene, os animo a encontrar un criado sin familia, a buscar una sirvienta sin niños; una sierva que ha sido madre está siempre dolorida.

En ese contexto, es importante el término ἔριθος que usa Hesíodo, puesto que en Homero se relaciona con el sembrador.¹⁸ En Hesíodo vemos una transposición de la función hacia el dominio de lo femenino, designando probablemente a una obrera.

Ambigüedad de espacios y distribución de oficios

La asociación de la esclavitud doméstica con la problemática del trabajo de las mujeres en el espacio público de la ciudad se encuentra también en otras categorías de oficios, los de las esclavas privilegiadas, como nodrizas, o los de categorías menos dignas, como cortesanas. ¿Son esos oficios o condiciones los que necesitan otra lectura e interpretación?

Para el caso de las nodrizas, ligadas a la casa como las tejedoras, la problemática se desplaza a la cuestión de la prestación nutricia: una yuxtaposición, o fusión, a la que Platón fue sensible: «Desde que el niño empieza a entender el lenguaje, la nodriza, la madre, el pedagogo, el padre hacen un esfuerzo continuo para hacerlo lo más perfecto posible; a propósito de todo lo que hace o dice, se prodigan las lecciones y las explicaciones [...]» (Platón, *Protágoras*, 325C). Precisemos que esta relación íntima que manifiesta otra perspectiva del servicio ofrecido por las *trophoi* se presenta a menudo en las inscripciones funerarias. Son una fuente de información sobre el nombre o el carácter del servicio ofrecido.¹⁹ Además, más allá de la imagen de la nodriza bienhechora, la imagen de la *trophos* se convierte en una medida de la riqueza familiar. Como en el caso de las tejedoras, una mujer que amamanta sola a su bebé, sin ayuda de la *trophos*, solo puede pertenecer a una familia modesta, como nos dice Lisias (I, 9). Para Platón, el trabajo de la *trophos* no es un oficio sino una necesidad reconfortante que asegura el buen funcionamiento de los guardianes de la ciudad, porque libera a sus mujeres de los trabajos y del agotamiento (*República* V 460 D). Por sus aptitudes, algunas *trophoi* que procedían de regiones específicas, como las

16. Lisias, I, 18.

17. Sobre la terminología de la especialización en el trabajo en la obra de Homero y de Hesíodo y las características del *skyto tomos*, véase Walcot (1967, 60-67).

18. Homero, *Iliada*, 18, 550: «Encuentra un dominio real con obreros cosechando, la hoz afilada en la mano [...] las mujeres, para la comida de los obreros, usan mucha harina blanca».

19. IG II 3, 3111: (ἐ)νθάδ(ε) γῆ κατέχει τίτην παίδων Διογείτου / ἐκ Πελοποννήσου τήνδε δικαιοτάτην. / Μαλίχα Κυθηρία. Ibid., 3522: Ἀρτεμῖσία [τίτη]. Ibid., 4050. IG II 2, 2729: Ἀπολλοδώρου ἰσοτέλου θυγάτηρ Μέλιττα τίτη. Ἐνθάδε τὴν χρηστὴν τίτην κατὰ γαῖα καλύπτει / Ἱπποστράτης. καὶ νῦν ποθεῖ σε. / καὶ ζωσάν σ' ἐφίλου, τίτη, καὶ νῦν σ' ἔτι (τι)μῶν οὔσαν καὶ κατὰ γῆς, καὶ τιμήσω σε ἄχρι ἃ ζῶ. οἶδα δὲ σοὶ >οτι καὶ κατὰ γῆς, εἴπερ χρηστοῖς γέρας ἐστίν, πρώτει σοὶ τιμαί, τίτη, παρὰ. IG III, 1457: Φερσεφρόνη Πλούτωνι τε κεῖνται. Para otros nombres, véase también IG, II 3, 97; IG II 3 4139; IG II 3, 4260; IG II 3, 3097.

nodrizas espartanas, eran consideradas más aptas (*IG* II 2 2729).²⁰

El entrecruzamiento de funciones y de géneros, como en el caso de las hilanderas, existía, y no es extraño ver cuestionamientos sobre la función de la *trophos* y sobre los hombres. Teofrasto, en su relato alegórico (Fortenbaugh 1992, 1-2) nos muestra esa imagen: «Si se quiere definir la ἀηδία, es un intercambio que no causa daño al que está cerca, sino aburrimiento, y de ahí el tipo de hombre que es el ἀηδής (el enojoso) [...] <en casa de un amigo> coge al niño de los brazos de su nodriza, le hace comer machacando él mismo los alimentos, le da nombres cariñosos, imita el sonido de los besos y le llama joya de papá [...]» (Teofrasto, *El enojoso*, XX, 5). Ese carácter demuestra la afinidad de la función de *trophos* con la madre que cría a un bebé eliminando las barreras entre géneros y estatus sociales. Ciertas tareas y funciones desembocan en actividades que se clasifican más allá de la idea y de las aportaciones del oficio. El acto nutricional, asegurado por las mujeres, forma parte de ese grupo. En el texto de Teofrasto se pone en cuestión como un antimodelo masculino.

La ambigüedad del trabajo femenino puede extenderse a contextos más complejos donde se mezclan el placer, la rivalidad femenina, la ociosidad, incluso a veces el arte de amar. Desde ese cruce de géneros y estatus se puede leer la escena transmitida por Ateneo donde Gnathaina, una hetaira, va al Pireo para ver a uno de sus amantes «con tres asnos, tres sirvientes y una *tithê* [...]» (Ateneo XIII 582b).

La hetaira se alejaba, de forma general, de las tareas honoríficas del gineceo y de la imagen de la prudente hilandera del hogar. Estaba más cercana a los trabajos de Afrodita. Al grupo de estas «siervas» del amor pertenecían grupos paralelos como el de las *pornai*, relacionadas con las actividades comerciales y definidas por un vocabulario propio de las actividades vulgares, *banáusicas*, de la ciudad. Es un grupo que ejercía su oficio en determinadas casas. Esclavas jóvenes pensaban encontrar en ese oficio el camino que las llevaría a la fortuna y, en algunos casos, a una posible liberación (Herter 1960). Evidentemente, estas mujeres eran propiedad de los intermediarios o intermediarias que habían invertido una fortuna para criarlas y educarlas, esperando que ellas les proporcionasen un beneficio substancial. El oficio implicaba una especialización,

que se transmitía de generación en generación. Fue el caso de Nicareté, que presentaba a sus chicas a los clientes haciéndolas pasar por libres para obtener grandes sumas de dinero de quienes las querían. Económicamente hablando, estas mujeres ofrecían amplias posibilidades. Un mercader de muchachas, por ejemplo, teme que le roben una de sus *pornai* si esta le hace ganar mucho dinero.²¹

La intermediaria, que en varios casos renunciaba al aspecto *banáusico* de su oficio, ejercía meticulosamente el papel de educadora e iniciadora de las jóvenes en el oficio. De manera general, sabemos poco sobre el estatus social de esas mujeres. Se puede suponer que, como en el caso de los hombres, debían ser extranjeras que, instaladas en diversas ciudades, ejercían el oficio en el cuadro de las leyes establecidas. Se sabe que se establecían tarifas especiales de salarios para flautistas, danzarinas, cantantes, que también estaban bajo el dominio de los proxenetas.²² Por otra parte, ejercer el oficio de la prostitución estaba sometido a un impuesto especial, llamado πορνικόν τέλος (impuesto especial para la prostitución) (Esquino, I 19) recolectado por magistrados especiales conocidos como πορνοτελώναι (colectores de impuestos para la prostitución) (Pollux IX 29; C.A.F. I 225). En el Suda (s.v. διάγραμμα) (registro) se habla de ἀγορανόμοι como personas encargadas de fijar la retribución de cada *porné*.²³ Tanto las prostitutas como las músicas estaban sometidas a esas tasas especiales que, según Esquino (*Contra Timarco*, I 119), decidía cada año un consejo. Los recaudadores de ese impuesto conocían perfectamente a las gentes que ejercían ese oficio. Era imposible que pudieran escapar al pago de ninguna forma. El impuesto sobre la prostitución formaba parte de la tendencia general de las ciudades prehelenísticas a buscar tasas impuestas sobre la actividad económica para aumentar los recursos de la ciudad.

Trabajo de mujeres y espacio público

El trabajo como una actividad a la vez productiva y pensada tanto en la realidad como en el imaginario adquiere una complejidad suplementaria cuando entra en la lógica de la acumulación de dinero. La complejidad se refiere sobre todo a la implicación de la persona trabajadora en la esfera pública de la ciudad. En

20. Para una aproximación a esas inscripciones, véase McClees (1920, 31-32). Sobre las nodrizas y su «oficio» que no lo es, véanse los argumentos de Bielman (2002, 195). Las dificultades para clasificar esta actividad en el grupo de profesiones se debe al hecho de que no forma parte de la esfera pública, criterio determinante en la aproximación a la clasificación propuesta por el autor.

21. Menandro, *El adulador*, 120.

22. Ver Ateneo, XIII, 526b (μισθώματα λαμβάνειν...).

23. Boeckh (1976) propone corregir *agoranomoi* por *astynomoi*. Reinach (1892, 99-102) cree que se trata de la paráfrasis de una información procedente de Aristóteles. Para un estudio más reciente sobre el cuadro jurídico, véase Cohen (2005, 201-225).

ese sentido, mujeres y esclavos deben clarificar su papel en el mercado. Esquino, por ejemplo, menciona un esclavo que trabaja el lino y lo lleva al mercado.²⁴ Debemos preguntarnos con qué estatus y cuál sería su beneficio. El objetivo de esa ganancia se relaciona con un problema moral y también con una complejidad de estatus. Así, Aristófanes parece aprovechar el prejuicio relacionado con el peculio para darnos el ejemplo de un ama de casa que se queja de tener que llevar la lana al mercado para obtener una ganancia.²⁵ En las comedias de Aristófanes, la presencia de la mujer en el ágora es contemplada como posible sin que sea objeto de burla. ¿Cuál sería en este caso la relación entre la esposa y el mercado, o bien entre la sirvienta y las actividades de intercambio y de venta? En Teofrasto, la implicación de la mujer en el mercado se convierte en un punto de encuentro que genera costumbres y actitudes particulares; un lugar donde no se ponen en cuestión las responsabilidades de los sexos en relación con la actividad del comercio, sino la intrusión *sin vergüenza* de un hombre, adulador, en un espacio donde domina el intercambio en femenino: un mercado donde se venden objetos y adornos para uso de las mujeres (Teofrasto, *Caracteres, El adulador*, II 10):²⁶

Está claro que es un hombre capaz de hacer, sin recuperar el aliento, las carreras de las mujeres en el mercado.

Para los legisladores, ejercer un oficio en el ágora es una actividad propia de un ciudadano o de una ciudadana, que no debe ser considerada negativa. Solón da a la ciudadana un lugar en la economía del mercado. Esa integración le valdrá incluso el título de ciudadana (πολίτις):²⁷ una forma de activar el significado de su papel en la vida económica y no política de la ciudad, haciendo así uso de una de las dos aportaciones principales del ágora, la de la economía, para proponer un argumento sobre la ciudadanía o no ciudadanía de los mercaderes. Así, la mujer comerciante se convierte en ciudadana, *politis*, sin reducir su contribución a las actividades públicas, y todavía menos, según las leyes vigentes, su ciudadanía ateniense (Demóstenes, *Contra Eubulides*, LVII 30):²⁸

Por tanto, atenienses, Eubulides no solo se opone, al difamarnos, a un decreto que regula el mercado, sino también a las leyes que declaran culpable de delito de injurias a cualquiera que hace un oprobio a un ciudadano o a una ciudadana (πολίτιδα) de un oficio de los que se ejercen en el mercado.

De hecho, trabajo manual como el de la producción de telas no era un oprobio absoluto. Un pasaje de la *Antología palatina* reconoce que tiene una dimensión útil. Es una actividad que permite a las mujeres, a pesar de tratarse de un trabajo manual, guardar su dignidad, permitiendo que vivan sin vergüenza (*Antología palatina*, VI 174). Es cierto que Platón insiste en la finalidad del peculio entendiendo que cualquier actividad que busca el peculio es negativa. Sin embargo, algunas mujeres ejercen un oficio que se valora, como, por ejemplo, la madre de Sócrates, y deben ser valoradas en función de sus servicios útiles, valiosos y respetables. Fenarete, madre de Sócrates, contrariamente a lo que pudiera pensarse, debe ser percibida como una mujer sabia, respetable y noble y no como una comerciante despreciable (Platón, *Teeteto*, 148a).²⁹ La necesidad de ejercer un oficio para vivir podía ser una obligación amarga incluso para las mujeres libres. Esas reservas se unen a las ya conocidas del filósofo hacia cualquier actividad mercantil. Ese tipo de actividad sería lo contrario de todo ideal inspirado por los *aristoi* (Platón, *Leyes*, XI 918 d-e):

La masa de los hombres dispone todo al revés: en la necesidad (*deomena*), sus exigencias no tienen medida, y cuando pueden obtener una ganancia moderada, su ánimo de lucro es insaciable. Por esa razón todos los oficios que se relacionan con el comercio, la hospitalidad, son fuente de vergüenza y oprobio... obligan a las gentes más honestas de todos los países a buscar albergue durante un cierto tiempo, a abrir tiendas o a ejercer alguna actividad de ese tipo e, incluso, la necesidad obliga a las mujeres a ese género de vida.

24. Esquines, *C. Timarco*, 97.

25. Aristófanes, *Las ranas*, v. 1346 y ss.

26. Véase también Teofrasto, *Caracteres*, XX, 10.

27. La utilización de esa calificación es sugerente. M.-M. Mactoux (op. cit.) explica, como otros investigadores, «[...] que esta ley a menudo considerada soloniana no puede ser de Solón, aunque haya instaurado la δίκη κατηγορίας» (Plut. *Solón*, 21, 1). El término *politis* designando a la mujer aparece solamente en textos de finales del siglo v. El autor retorna a las precisiones propuestas por Bianchetti (1989). Según M.-M. Mactoux, el trabajo en ese lugar del ágora recalifica a las mujeres que se convierten en seres sociales, desde el punto de vista del colectivo, y, por ese hecho, criticadas en el contexto del trabajo de forma similar a los hombres.

28. Se presenta en este caso un argumento que se desarrolla posteriormente a partir de una ley considerada de Solón, según el cual los metecos no tenían derecho a trabajar en el ágora. Pero la diferencia entre ciudadanos y no ciudadanos a ese nivel pudo ser sobre todo por un impuesto especial, dirigido a los no ciudadanos.

29. Véase, para comentarios equivalentes, Aristófanes, *Asamblea de las mujeres*, 347, y *Las avispas*, 238.

El imaginario del trabajo

Es evidente que en relación con todos esos temas hay una gran parte de imaginación. Una serie de representaciones mentales intentan explicar el papel de las mujeres por medio de parámetros políticos y económicos que lo hacen menos transparente en la producción y en la gestión de los bienes. Dos elementos introducen a la mujer en la economía mercantil.³⁰ Desde ese punto de vista, a veces se la relaciona con los esclavos, pero escapa a la problemática relativa a la *poiesis* o a la *techné*. A esto se une una aproximación paralela de los pensadores antiguos que desarrollan un *imaginario* del trabajo femenino.³¹ Al mismo tiempo, se desarrolla otro de representaciones propias del universo natural que propone que la mujer sea el equivalente de la abeja, una manera de exaltar la imagen de la mujer laboriosa por medio de paralelos entomológicos.³²

Es el caso de Jenofonte que en el *Económico* asocia el trabajo de la mujer con el de la abeja.³³ Imagen canónica que recuerda la desarrollada por Semónides y otros autores, sobre todo durante la época arcaica. Es una imagen que debe contemplarse con la distancia que impone una manera de reflexionar sobre la diferencia de sexo y no sobre la división real de tareas entre los sexos. Se ha señalado en diversas ocasiones (Vernant 1979, 110 y ss.)³⁴ que hay que insistir sobre la ambigüedad de esas referencias que no contemplan

una organización real de las tareas. Tendría que verse en las parábolas de Hesíodo o de Semónides³⁵ una reflexión y un cuestionamiento de estos autores sobre el género, más que un juicio sobre ejemplos de habilidad productiva.³⁶

Hay que ver en todas estas descripciones un imaginario del trabajo femenino que refleja, a veces reorganizándolo, el universo de lo real. No se trata de reescribir el trabajo de las mujeres en la Grecia antigua, pero, como ya se ha señalado, la historia del trabajo no puede concebirse desde la abstracción en la medida en que está ligada a la evolución de las relaciones sociales que determinan las condiciones materiales en las que se desarrolla.³⁷ En todo caso, su particularidad reposa sobre el valor moral que le es propio. Bastante alejada de los valores del trabajo en la modernidad (sobre todo bajo la influencia del movimiento obrero y del cuestionamiento social que provocó), se nos hace necesaria una lectura matizada sobre la ociosidad no como ideal sino como norma que desafía el *ponos*, fuente eventual de degradación física, de deterioro corporal, incluso de feminización del cuerpo. ¿No veía Jenofonte en los oficios *bandúsicos* fuentes de debilitamiento del cuerpo y del alma? (*Económico* IV, 2):

[...] los oficios que se llaman de artesanos son denunciados y es natural que se les tenga desprecio en las ciudades. Arruinan el cuerpo de los obreros que los ejercen y de aquéllos que los dirigen forzándoles a una vida

30. Si se toma en consideración la especificidad de la economía doméstica, no se pueden negar, como señala Herfst (op. cit., p. 18), las transiciones existentes entre el dominio privado y el de la economía urbana. El papel de la mujer y su lugar en el *oikos* como unidad de producción agrícola y pastoril no se puede ignorar en la medida en que esa unidad depende también del artesanado doméstico al que las mujeres estaban directamente ligadas. Sobre esa dimensión, véase Mossé (1983, 17-36). Eso no impide que en ese espacio, por la presencia del *kyrios*, la mujer se vea relegada al estatus de subordinada. Las relaciones de jerarquía, tal como eran definidas en la ley, eran claras y activas en el interior de la casa, más que en el espacio público, donde la mujer tenía una condición diferente. Véase la discusión de esta tesis en R. Just (1989, 105-125). Para la autoridad económica del *kyrios* que hace dependiente a la mujer, véase Schaps (1979, 48-58).

31. Las imágenes sobre el trabajo de las mujeres son tácitas. Se puede hablar de atributos femeninos que evocan más el estatus social de una mujer que el trabajo en sí mismo. Vemos objetos que nos evocan el hilado o el tejido, como el huso. Son imágenes que, como señala F. Lissarrague, sugieren la condición de *érgatis*, de la que fue modelo Penélope. Se desarrolló de esta forma un simbolismo del trabajo, sobre todo por el ejemplo del tejido que no exalta el esfuerzo, propio del trabajo de un esclavo, sino la gracia del gesto y las virtudes de la *erganè*. Sería lo contrario de la deformación del cuerpo provocada por el esfuerzo a la que se refiere, por ejemplo, Jenofonte (*Económico* IV, 2-3, v. supra). Sobre estos problemas, véase Lissarrague (1991, 226-231).

32. Cf. Brulé (2001, 208). Sobre las representaciones del trabajo en la antigüedad griega, véase Descat (1999, 9-22). El autor subraya, con buen juicio, las nuevas dificultades que plantea la historicidad del trabajo, introducida desde hace cierto tiempo en un ámbito donde la conexión que relacionaba, al menos en la modernidad, lo económico y lo social, parece disolverse. Esa conclusión, según el autor, habría que buscarla en lo colectivo, comunidad cívica en la que cualquiera actividad personal adquiere sentido en la antigüedad (*ibid.*, p. 11).

33. Jenofonte, preocupado por el beneficio de la casa y la implicación de los trabajos de las mujeres en ese crecimiento, destaca la colaboración entre la pareja y critica el comportamiento dudoso de una mujer identificada con la oscura figura de una reina abeja: «No es lo menos importante, me parece, a menos que en el enjambre se le den a la reina de las abejas (σμήναι ἡγεμόν μελίττα) trabajos de poca importancia» (*Económico*, VII, 11). Esa abeja reina se supone que no está «descansando en colmena, dejando que las abejas no hagan nada [...]» (*Económico*, VII, 28sq). Sobre la ambigüedad de la abeja, especialmente a partir de los comentarios de Plinio, que diferencia entre salvajes y domesticadas, véanse los comentarios de Pomeroy (1994, 277-280).

34. Sobre la mujer abeja en el poema de Sémonides, véase Loraux (1981, 108-113).

35. Sémonides, fr. 83-93 (vol. II, West).

36. Se ha sugerido (cf. Schmitt-Pantel 2009, 34): «El reparto de espacios y de valores entre los dominios masculino y femenino propuesto por Hesíodo y Semónides [...] es un modo de pensar la diferencia entre los sexos y no una forma de describir la realidad de la división de tareas y roles entre los dos sexos.»

37. Cf. Mossé (op. cit., p. 28).

doméstica sentados a la sombra de su taller y, a veces, a pasar toda la jornada cerca del fuego. Los cuerpos se ablandan *σωμάτων θηλυνομένων*), las almas se vuelven también más laxas.

La imagen del trabajo como pena desplaza la problemática de lo femenino/masculino al contexto del esfuerzo como mérito, y ese hecho reintroduce el cuestionamiento del lugar de la mujer en la producción doméstica y en el universo de los valores cívicos. El cuerpo reblandecido de los artesanos no es una crítica sobre el valor del trabajo manual que hace al otro más vulnerable, sino un cuestionamiento sobre el esfuerzo productivo como reverso de la imagen del ciudadano valeroso.³⁸

En efecto, el valor moral imbricado en la idea del tiempo libre³⁹ sería propio de una política del cuerpo precisa, la del ideal agonístico, de la belleza casi perfecta, expuesta en los gimnasios o el ágora. El esfuerzo del artesano y del trabajador contrasta con ese ideal en todos los niveles de la vida social y también con el tiempo que la ciudad configura como tiempo libre del ciudadano activo. A esto se une un desprecio de orden diferente: está ligado al aspecto negativo de la recompensa pecuniaria del *kerdos*.⁴⁰ Tenemos aquí un desprecio que se dirige directamente al que vende su servicio o sus productos a otro: una condición que crea

un estado de dependencia al que se ha referido J.P. Vernant (cf. Vernant 1988, 29-30). Sabemos que, en conjunto, el trabajo en la Grecia arcaica y clásica, y sobre todo el trabajo de las mujeres, como el de los esclavos, no evoluciona según la necesidad y el perfeccionamiento de las técnicas, sino en relación con el cuadro politicosocial que crea un sistema de valores que reconoce en el trabajo una servidumbre. Es en ese sentido que el *ponos* se reconoce como parte de una condición que limita y no como un mérito ligado al *agon*, cercano generalmente a la idea del esfuerzo en la época arcaica.⁴¹ Se trata de una mentalidad que se desarrolla en la ciudad clásica en relación con las funciones del ciudadano, principal actor de la vida política y participante implícito en el trabajo productivo, aunque sea por sus funciones como señor del ámbito doméstico y como propietario de esclavos. En esa complejidad reflexiva, el trabajo femenino se plantea como un cuestionamiento de las normas productivas y de la división del trabajo. Servidumbre e intercambio de los roles limitan los espacios sociales en los que se sitúan las responsabilidades de las mujeres y las de los hombres, a veces confundándose, a veces reuniéndose, en un imaginario que interroga el verdadero rol de la productividad del trabajo en materia de sexo y de estatus social.

38. Y. Thomas ha demostrado en un estudio ejemplar cómo el esclavo pudo funcionar como objeto de reflexión de lo incorporal, el sujeto jurídico, el trabajo contractual en la antigüedad romana. Su punto de vista nos hace entender el universo mental en el cual se puede introducir la entidad corporal del esclavo y cómo puede funcionar como generadora de prácticas y de categorías jurídicas y sociales, lo que nos invita a reevaluar toda apreciación de los antiguos sobre el cuerpo degradado por el trabajo. Véase Y. Thomas (1999, 203-230).

39. La *scholè*, que calificaba la vida ociosa, se oponía a las características de la vida servil, y de ahí se convertía en uno de los valores cívicos del hombre libre.

40. Sobre los valores y la función de la ganancia, véase Cozzo (1988).

41. Sobre la complejidad del *ponos*, véase Descat (1986).

II

Construir el mundo cada día:
reproducción, socialización
y tareas de cuidado

9 El vaivén cotidiano: la transformación del cereal en las sociedades prehistóricas¹

Eva Alarcón García

Margarita Sánchez Romero

Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada

Introducción

Saco un puñado de cereal del silo y lo deposito sobre la superficie rugosa y desgastada del molino. Coloco sobre el grano la mano de moler y la sujeto firmemente. Comienzo entonces un movimiento rítmico de atrás hacia adelante presionando con fuerza sobre el grano que se rompe dejando en su lugar la harina que necesito para preparar la comida. Esta es la base de todo. Hago esto casi cada día desde no recuerdo cuándo. Al principio no me gustaba, era aún muy niña cuando empecé a moler, mi madre me corregía una y otra vez la postura para que la fuerza aplicada fuese la óptima y las secuelas sobre la espalda, las rodillas y los dedos de los pies no fueran demasiado dolorosas. Pero el cuerpo se termina resintiendo de todas formas con el paso de los años. Sé por qué hago esto, a pesar del esfuerzo sigue siendo la forma más efectiva de conseguir la harina, aunque no dejo de pensar cómo podría mejorarla...

Esto es, en efecto, una ficción. Construir narrativas partiendo del análisis científico del registro arqueológico de las sociedades del pasado es una forma de situarnos con respecto a esas poblaciones. Es indudable que puede resultar arriesgado, pero también es cierto que crear una ciencia donde las personas, sus experiencias y la narración de los hechos tengan un lugar importante es fundamental para acercar nuestra disciplina a la sociedad (González Ruibal 2007, 236). Esta es una de las propuestas de la fenomenología, cuya tesis fundamental es que sujetos (personas) y objetos están esencialmente interrelacionados, y por tanto su descripción adecuada es esencial para entender unas y otros. La atención hacia las personas nos hará comprender mejor las acciones y los comportamientos que

realizan y la descripción y análisis de los objetos hará que entendamos el significado que estos tienen para los seres humanos (Sánchez Romero 2008c, 7). Así, el pasado puede ser entendido e interpretado desde una escala humana intensa y facilita nuevas percepciones de las sociedades pasadas (Tilley 2004). Por tanto, ¿qué podríamos negar de la narración con la que comenzamos?, ¿negaríamos que los cuerpos se resienten por el esfuerzo y el tiempo?, ¿negaríamos la memoria sobre el pasado, sobre lo vivido y lo aprendido?, ¿negaríamos el deseo de proponer nuevas formas de trabajo? Todo lo demás es conocimiento científico. Veámoslo.

El contexto (pre)histórico de la transformación del cereal

Centraremos el análisis de la actividad de molienda en la denominada cultura de El Argar, que corresponde a la Edad del Bronce en el sudeste de la península Ibérica en el período comprendido entre 2250 y 1450 cal. a. C., uno de los momentos mejor estudiados en la prehistoria de la península Ibérica. Se conoce desde finales del siglo XIX, cuando los belgas Luis y Enrique Siret propusieron la existencia de esta cultura arqueológica después de excavar diversos lugares en el sudeste de la península (Siret y Siret 1886). Su definición arqueológica clásica se centra en una combinación de elementos que incluyen un patrón de asentamiento específico, la presencia de ciertos tipos de útiles de metal y vasijas cerámicas, y un rito de enterramiento muy característico. Su economía se basaba en el trabajo agrícola y ganadero y en la producción metalúrgica, con el bronce (aleación de cobre y estaño) como materia prima fundamental en la fabricación de objetos.

1. Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación titulado "Innovación, continuidad e hibridación. Las sociedades de las Edades del Cobre y Bronce en el sur de la Península Ibérica". Plan Nacional I+D+i. HAR2013-42865-P.

Aunque existen particularidades en cada zona, los asentamientos argáricos suelen situarse en laderas aterrazadas de colinas y montañas, normalmente cerca de cursos de agua, y con frecuencia poseen sistemas defensivos complejos y diversos: murallas, torres y bastiones que protegen los lugares más accesibles del asentamiento. Por otra parte, son muy diferentes en términos de tamaño, localización, posición estratégica y actividades productivas, lo que ha sido usado para proponer un sistema de asentamientos jerárquico y territorialmente estructurado, en el que diferentes poblaciones tienen funciones económicas y estratégicas especializadas. Las casas se sitúan en laderas aterrazadas y poseen forma cuadrangular y divisiones internas en habitaciones. Se componen de un zócalo de piedra y paredes de material vegetal con tejados horizontales o ligeramente inclinados, en su interior encontramos áreas de producción textil y de almacenamiento, bancos, molinos y hogares.

Una de las características más significativas del mundo argárico es la localización de los enterramientos dentro del área del asentamiento, normalmente bajo el suelo de las casas. De hecho, si algo puede ser considerado como enteramente argárico es precisamente el hecho de que un espacio, el doméstico, combina las esferas de la vida y la muerte. Parece claro el deseo de que los espacios funerarios no estuviesen aislados de su entorno cotidiano. Más bien lo contrario, las áreas usadas por los vivos en su vida diaria son considerados los lugares ideales para enterrar a sus muertos. Las tumbas consistían en inhumaciones individuales, dobles y en casos más raros triples y cuádruples, en cistas, fosas, urnas y covachas con los cuerpos siempre situados en posición fetal. Las comunidades argáricas normalmente enterraban a sus muertos con una serie de objetos que formaban parte de sus ajuares funerarios. Estos ajuares varían enormemente en cantidad, variedad y calidad; de hecho, las tumbas oscilan entre aquellas sin ningún tipo de ajuar hasta las que poseen una importante acumulación de riqueza. Entre los objetos encontramos adornos hechos en piedra, hueso y metal (incluidos oro y plata), diferentes tipos de cerámicas (que en ocasiones eran realizadas específicamente como ajuares funerarios), y todo tipo de objetos metálicos como dagas, espadas, alabardas, hachas, punzones y alfileres. Algunos de estos objetos se asocian específicamente a uno u otro sexo, aunque la gran mayoría aparecen en tumbas tanto de hombres como de mujeres.

En los últimos años el estudio de las sociedades argáricas ha supuesto un campo de estudio de enorme importancia para temas relacionados con la identidad de las mujeres y las relaciones de género, las actividades de mantenimiento, los individuos infantiles, las prácticas comensales o el uso y el ejercicio de la violencia, y

ha propuesto nuevas interpretaciones y abierto debates de enorme interés (Montón 2007; Sánchez Romero 2007a; 2007b; Aranda 2008; Sánchez Romero 2008a; 2008b; 2008c; 2009; Sánchez Romero y Aranda 2008; Aranda *et al.* 2009; Alarcón 2010a; Alarcón y Sánchez Romero 2010a; 2010b; 2011).

De entre las líneas de trabajo actuales mencionadas anteriormente es, sin duda, la preparación del alimento una de las que más retos plantea a la hora de valorar el trabajo, la tecnología, el esfuerzo y los agentes que forman parte del proceso. Hemos elegido la molienda como actividad central de este texto porque entendemos que es uno de los trabajos en los que mejor podemos observar cómo una actividad central en las sociedades prehistóricas en términos de producción, trabajo y tecnología pasa prácticamente desapercibida a la hora de valorar y analizar precisamente estos elementos. Analizaremos en primer lugar en qué consiste el trabajo y qué repercusiones económicas supone, es decir, analizaremos la actividad en sí misma; en segundo lugar, analizaremos el registro arqueológico que nos habla de su realización, revisando espacios, objetos y cuerpos con la mirada puesta también en las sociedades etnográficas; seguidamente, situaremos esta actividad en el contexto de las actividades de mantenimiento y en su significado social real; finalmente, nos acercaremos a las relaciones con otras actividades.

La transformación del cereal: trabajo, tecnología y conocimiento

Los cereales son los vegetales domesticados más importantes que se incorporan en los patrones alimenticios de los grupos humanos a lo largo de la historia (Buxó 2008, 45). El cultivo de cereales ha permitido obtener una semilla rica en nutrientes cuyo fruto se consigue en pocos meses y cuya importancia radica principalmente en que se trata de un alimento glucídico, con un gran valor energético muy rico en fósforos que, consumido en grandes cantidades, puede satisfacer, considerablemente, las necesidades humanas en proteínas (Buxó 2008).

Al contrario que la carne, la mayor parte de los vegetales (a excepción de la fruta) no pueden ser consumidos en crudo, ya que el aparato digestivo humano no está preparado para digerirlos directamente. Sólo a través de un proceso de preparación previa pueden convertirse en alimentos aptos para nuestro consumo. El proceso a través del que se consigue pasar los granos de cereal a fracciones más pequeñas propicias para el consumo humano se denomina moltura o molienda. La diferencia entre uno y otro proceso concierne exclusivamente al grado de especialización tecnológica referida al segundo de los conceptos. El primero de los

procesos correspondería a las sociedades prehistóricas, mientras que el segundo sería fruto de las innovaciones tecnológicas generadas por el paso del tiempo y del conocimiento adquirido por la experiencia heredada (Meyers 2005, 28). Las primeras evidencias arqueológicas directas del desarrollo de esta actividad son anteriores al inicio de las prácticas de cultivo y se producen durante el Natufiense (Moritz 1958; Peterson 2002, 34). El objetivo principal de todo este proceso de molienda es obtener un nutriente apto para ser consumido en múltiples formas, diferentes tipos de panes, tortas, harinas para guisos, gachas, etc., tal y como demuestran las fuentes etnográficas o nuestro consumo diario actual.

Este proceso se inicia una vez que el grano de cereal es recolectado y almacenado. Para proceder a su conservación, es necesario someter el grano a una serie de operaciones de limpieza y acondicionamiento, tanto si va a ser consumido entero como si se va a reducir en forma de harina u otra variante. El primer paso es la limpieza de los granos, en los que se eliminan las pequeñas malas hierbas y las posibles impurezas, y una vez limpios se depositan bien en grandes contenedores realizados en cerámica, bien en silos o alacenas para conseguir la humedad adecuada. Los cereales tienen la ventaja de que, una vez se les han aplicado estos tratamientos básicos previos y manteniéndolos en unas condiciones óptimas de humedad, pueden conservarse durante todo el año sin necesidad de ser tratados durante ese tiempo. Es por ello que suelen conservarse en forma de grano y no en forma de harina o productos preparados que resultan perecederos pasado un corto período de tiempo (Risch 1998, 138; Alarcón *et al.* 2008).

Para conseguir la harina, es necesario realizar el proceso mecánico de la moltura mediante la aplicación de la fuerza mecánica y la fricción de un objeto pesado sobre otro resistente para conseguir triturar el grano. Los molinos barquiformes, los más abundantes durante la prehistoria, producen distintos tipos de harinas dependiendo de la intensidad de la moltura. Para producir una harina con un alto contenido en salvado, es necesario aplicar la técnica de vaivén cinco veces como mínimo; para conseguir una especie de sémola o harina gruesa, se debe repetir este proceso al menos durante nueve veces continuadas, y solo es posible conseguir una harina fina con la realización de este movimiento de vaivén al menos durante quince veces. Si además se quiere conseguir un producto más refinado, tras esta operación de vaivén se debe proceder a realizar un segundo proceso que consiste en la realización de un movimiento circular continuo con la mano de molino (Grègoire 1992). A pesar de esta larga operación, la harina resultante podría contener aún pequeñas partículas de fracción arenosa producto

del continuo rozamiento con la piedra de molino o provenientes del propio cereal como consecuencia de no haber realizado una limpieza profunda (Tresserras *et al.* 1995).

En términos físicos, el trabajo de moltura es extenuante, laborioso y mecánico, es decir, supone un enorme esfuerzo por parte de las personas que lo realizan, pero pudo suponer un alto porcentaje de la cantidad de alimento diario de las poblaciones prehistóricas. Estudios realizados para sociedades algo posteriores como la palestina durante época romana han demostrado que aproximadamente la mitad del aporte calórico de un persona adulta se basaba en el consumo de grano, por lo que, para cubrir las necesidades nutritivas básicas de una persona adulta de mediana estatura, se debió de necesitar aproximadamente un quilo de harina. Si está calculado que en una hora de molienda se pueden obtener alrededor de unos 0,8 kilogramos de harina, llegamos a la conclusión de que, para una familia de seis miembros, se necesitaban unos 3 kilogramos de harina, y por tanto al menos de dos a tres horas de molienda (Broshi 2001, 121-125).

Por su parte, las fuentes etnográficas y los estudios experimentales apoyan estos datos indicándonos que el proceso de molienda está determinado, entre otros factores, por el tipo de cereal, por la habilidad de la persona encargada de realizarlo y sobre todo por la técnica y herramientas empleadas (Risch 1998). Así pues, en las poblaciones hopi de Arizona, las mujeres tardan tres horas aproximadamente para obtener 1,84 kilogramos de harina necesarios para abastecer a sus familias (Bartlett 1933), mientras que en Nigeria se necesita entre hora y media y dos horas para obtener un kilogramo de harina de mijo (Gronenborn 1994). En ambos casos este trabajo es realizado diariamente en el marco de la cotidianidad y procesado por las mujeres de estos grupos sociales.

La transformación del cereal: lo que nos cuenta el registro arqueológico

Las pruebas arqueológicas de la realización de este trabajo se centran en el análisis de las estructuras de molienda y los propios espacios de producción, y de las huellas que han podido dejar en el cuerpo de las personas que realizaron esta actividad. El apoyo de la información etnográfica nos puede resultar de enorme valía.

El equipamiento más común de molienda durante la Edad del Bronce lo componen un par de elementos en piedra, una superior encargada de realizar el movimiento de vaivén en sentido adelante y atrás llamada *mano de molino* y otra, la inferior, denominada *molino* o *muela inferior*, donde se sitúa el cereal a triturar,

de mayor tamaño (Meyers 2005). Los molinos suelen situarse sobre una estructura de mampostería conformando auténticas estructuras de molienda muy comunes en poblados argáricos del sudeste peninsular como Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén) (Contreras *et al.* 2000; Alarcón 2010a), Cerro de la Encina (Monachil, Granada) (Aranda *et al.* 2008) y Fuente Álamo (Risch 1998). Estas estructuras pueden estar adosadas a un muro trasero o de compartimentación y su ubicación puede presentarse tanto en el interior de las unidades de habitación como en zonas de paso. Un buen ejemplo de la cantidad y ubicuidad de los molinos lo tenemos en el yacimiento de Peñalosa, donde hasta el momento se llevan contabilizados más de cuatrocientos ejemplares, bien reutilizados en la construcción de otras estructuras, bien en su posición original (Alarcón 2010a; Alarcón y Sánchez 2015). Esta actividad se realizó en su mayor parte en relación con el desarrollo de otras actividades de mantenimiento, como la preparación de alimentos, la producción textil, el cuidado de infantiles, etc. Aunque, en otros casos, como parece ocurrir en el yacimiento argárico de Fuente Álamo, esta actividad pudo realizarse de forma comunal y marcada por unos espacios determinados dentro del poblado (Risch 1998).

La práctica diaria de la molienda está documentada, además, a través de la información que nos proporcionan las sociedades etnográficas conocidas; por ejemplo, en Centroamérica y África, la mayoría de las unidades domésticas cuentan con uno o dos molinos (Gronenborn 1994). En algunas zonas de Guatemala es normal que cada casa disponga de un número de molinos similar al número de mujeres adultas que integran la unidad familiar, ya que son ellas las encargadas de realizar dichas actividades (Horsfall 1987, 358-359). Entre los pueblos dogón, que se distribuyen tanto por el altiplano como por las paredes de la falla de Bandiagara y la llanura que une esta con Burkina Faso, se documenta la molienda mediante molinos portátiles ubicados en las unidades domésticas, aunque también suelen tener áreas de molienda grupales situadas en los alrededores de sus poblados. En ambos casos son las mujeres del grupo las encargadas de realizar estas actividades de molienda y también las encargadas de controlar diariamente el almacenamiento y distribuir el alimento resultante (Clément *et al.* 2002).

Volviendo al registro arqueológico argárico, las dimensiones de los molinos pueden ser muy variadas tanto en su tamaño como en su peso, es importante que consideremos ambas variables, ya que intervienen tanto en el espacio necesario para situarlos como en el tipo de movimiento que requiere la actividad. En yacimientos arqueológicos como Peñalosa, encontramos molinos de grandes, medias y pequeñas dimensiones; generalmente los primeros suelen estar relacionados

con las denominadas estructuras de molienda, mientras que el resto funcionan como molinos móviles. El uso de estos molinos móviles permite llevar a cabo la actividad en cualquier espacio, sin estar ligados a una estructura, lo que a su vez concede una mayor movilidad a los agentes encargados de realizarlos. Asimismo, autores como Adams o Diehl han utilizado estas variables para determinar la eficiencia y producción, dado que estas características guardan relación directa con el área de superficie del artefacto activo (mano de molino) y pasivo (muela inferior) de tal manera que los de mayores dimensiones permiten ahorrar tiempo en el proceso (Horsfall 1987; Adams 1993; 1996; 1999; Diehl 1996; Hard *et al.* 1996). Por el contrario, el que sean de mayores dimensiones, requiere, a la vez, un esfuerzo considerable durante su utilización, lo que podría hacer pensar que el tamaño de la muela y la mano de molienda estaban en proporción con la resistencia física de las personas encargadas de realizarla (Adams 1993; Hard *et al.* 1996; Babot 2006).

Sin duda los molinos eran un artefacto indispensable y ampliamente representado en las comunidades agrícolas prehistóricas; como elementos de uso diario, requerirían un especial cuidado en su fabricación y mantenimiento en condiciones óptimas. El proceso de producción y desgaste ha sido reconstruido en el yacimiento argárico de Fuente Álamo. Las pruebas experimentales realizadas sobre ellos indican que la forma y la rugosidad de la superficie activa de los molinos no son el resultado directo de su uso, sino que responden a un diseño intencionado, en el que una superficie ligeramente convexa en el eje menor y parcialmente alisada es más efectiva que una cóncava o recta e irregular. En Fuente Álamo, el esfuerzo de mantenimiento de los molinos es superior a la fuerza de trabajo necesaria para la producción de estos, especialmente si tenemos en cuenta la larga vida de estos artefactos. La frecuencia de los trabajos de mantenimiento tuvo que ir en función de la intensidad de la producción realizada (Risch 1998, 134). La mayor parte de los ejemplares de grandes dimensiones se encontraban en el interior de espacios de habitación, y el estudio experimental realizado ha documentado que, para la manufactura de estos artefactos a partir de clastos del lecho del río Almanzora, se debió de requerir poco más de una hora de trabajo con un percutor de microgabro para obtener un artefacto utilizable (Risch 1998, 130). Otros ejemplos etnográficos nos dan distintas cantidades de inversión de trabajo. Por ejemplo, en el nordeste de Nigeria, el tiempo dedicado a la manufactura es de dos días (Gronenborn 1994). Un ejemplo más próximo respecto al tiempo empleado en la obtención de los molinos argáricos lo encontramos en los molinos del Bronce griego, que, según las estimaciones realizadas por medio de trabajos experimentales, se obtuvieron al

cabo de unas dos horas y veinte minutos aproximadamente (Runnels 1981, 250).

Por norma general, y dependiendo de la materia prima utilizada, los molinos suelen ser artefactos con una vida de uso prolongado. En las comunidades agrícolas tradicionales de Guatemala, la vida media de los molinos utilizados para el procesamiento de maíz se sitúa entre 20 y 40 años (Hayden 1987, 193). En el caso de los molinos de granito mesoamericanos, la vida media se sitúa en torno a 15 años (Risch 1998). Otros estudios realizados en Nigeria documentan vidas de uso de entre 20 y 99 años, con una media de 55,5 para molinos de granito (Gronenborn 1994). La vida útil de otros materiales, como la arenisca o el conglomerado, es más breve. Los molinos de arenisca de 10-15 centímetros de grosor utilizados en el Sahara oriental parecen tener una vida de uso de entre 5 y 6 años (Schön y Holter 1988).

Teniendo en cuenta tanto las características funcionales como las estructurales de los molinos antiguos, no es de extrañar que estas aparentemente simples herramientas hayan estado en uso entre 8.000 y 10.000 años sin grandes cambios tecnológicos. A lo largo de la historia, esta actividad ha sido definida por la fuerza de trabajo humano aplicado al uso de herramientas de, a priori, escaso nivel tecnológico (Meyers 2005). Sin embargo la realidad es que no ha sido necesario introducir grandes innovaciones para la obtención de un buen resultado. Las escasas variaciones documentadas durante este tiempo se han limitado a innovaciones ergonómicas como la colocación de los molinos en una plataforma fija o disponerlos de forma inclinada para una mayor adaptación a la postura del cuerpo para su procesamiento (Meyers 2005) o, como se ha documentado en algunas ciudades griegas en torno a los siglos VI y IV a. C., la serie de modificaciones por las que la mano de molino adopta un rehundimiento y crea una superficie cóncava a modo de tolva para el grano, mientras que la inferior adopta una superficie convexa, con el fin de mejorar la molienda. Esto produce una mejora de la actividad y una mayor facilidad para evacuar la harina (Latorre y López 1996).

Otro importante factor de documentación de la actividad de molienda es, sin duda, el de las huellas que deja este esfuerzo en los cuerpos de las personas que las realizan. La antropología física, concretamente el análisis de los patrones de estrés musculoesquelético y las enfermedades degenerativas como la artrosis, nos puede proporcionar una aproximación a la especialización del trabajo de molienda y a quienes pudieron realizarla. Desde el Neolítico se han documentado malformaciones óseas ocasionadas muy probablemente por el continuado desarrollo de esta actividad; dependiendo de la situación del molino en el suelo o sobre un banco de piedra, las mujeres pueden presentar diversas lesiones

en los codos, la región lumbar (lesiones discales y aplastamiento), los dedos de los pies y las rodillas (con muescas en las rótulas), que suelen aparecer en el transcurso de actividades en las que el peso del cuerpo es usado como palanca (Molleson 1994).

No hay duda de que los cambios en el trabajo productivo que se suceden tras la implantación de la economía agrícola y ganadera y la progresiva sedentarización de los grupos humanos afectaron a todos los miembros del grupo social (Stearns 2006, 11), pero tuvieron especial incidencia en las mujeres y los individuos infantiles. Los estudios realizados sobre las poblaciones indígenas de Norteamérica han demostrado que la implantación de las labores agrícolas empeoró considerablemente la vida de las mujeres debido a las nuevas cargas de trabajo (Ehrenberg 1989; Claassen 2002). Las evidencias relativas a la morfología de los huesos, los marcadores de estrés y las patologías de los restos óseos indican un incremento en el tiempo dedicado a la preparación de alimento, particularmente a la molienda (Crown 2000, 283). Es obvio que el esfuerzo y la intensidad con la que se realizaba esta actividad durante largas horas debió de causar lesiones en el cuerpo de las mujeres, aunque la interpretación de estas es compleja, ya que existen un buen número de variables tales como la genética, el peso, la edad, enfermedades previas y densidad de los huesos que pueden llevarnos a confusión, además de otros posibles patrones de actividad que pueden causar marcas similares (Jurmain 1999). A pesar de ello, podríamos asegurar que, por ejemplo, entre las mujeres de las comunidades pueblo norteamericanas, tanto las enfermedades degenerativas del codo como los altos niveles de estrés en el húmero en ambos brazos se asocian con el uso de la mano y del metate (Miller 1985; Spielmann 1995, 96; Ogilvie y Hilton 2011; Kamp 2010).

A partir de los estudios antropológicos de los cuerpos inhumados de ocho yacimientos arqueológicos de la Edad del Bronce del sudeste peninsular, se han podido establecer diferentes marcadores de enfermedad. Las principales lesiones halladas en los restos óseos de las poblaciones de la Edad del Bronce en el sudeste peninsular, además de los traumatismos, son la artrosis y el estrés musculoesquelético. La artrosis es una enfermedad crónica degenerativa que se origina con la destrucción del cartílago articular y continúa afectando al hueso con la aparición de osteofitos, osteoporosis y cavidades pseudoquísticas que permiten su identificación antropológica. Se agudiza con el paso del tiempo, y generalmente suele estar relacionada con individuos maduros (Rogers *et al.* 1987, 180; Jurmain 1999). En el desarrollo de la enfermedad incide fuertemente la realización prolongada de determinados trabajos que provocan una sobrecarga muscular (Contreras 2000; Sánchez Romero 2008d). El segundo de los indicado-

res paleopatológicos diagnosticados en las poblaciones argáricas son los denominados marcadores de estrés musculoesquelético (Al Oumaoui *et al.* 2004). Este tipo de marcadores se producen en las inserciones de los ligamentos y tendones. Estos marcadores pueden caracterizarse por calcificación de las entesas y aparecen como crestas o espículas, denominadas entesofitos, o como surcos o zonas deprimidas. Suelen ser causa de un aumento prologando en el desarrollo muscular, como consecuencia de la actividad física o hiperactividad llevada a cabo por los individuos, así como por influencia del sexo, la edad y por los propios niveles hormonales y las diferencias genéticas (Jurmain 2003; Jiménez-Brobeil *et al.* 146).

En las poblaciones de la Edad del Bronce, el estudio realizado sobre los individuos de las necrópolis de asentamientos granadinos como Cerro de la Encina (Monachil), Castellón Alto (Galera), Cuesta del Negro (Purullena), Fuente Amarga (Galera), Cerro de la Virgen (Orce) y Terrera del Reloj (Dehesas de Guadix) (Jiménez-Brobeil y Ortega 1992; Jiménez-Brobeil *et al.* 1995; 2004), demuestra que ambas patologías suelen afectar de forma generalizada a ambos sexos. En lo que respecta a la artrosis, en los hombres suele aparecer en el sector dorsal de la columna vertebral, el hombro y el conjunto del pie; en el caso de las mujeres, la encontramos con más frecuencia en la región lumbar, los codos y las muñecas. Respecto al resto de la columna vertebral y los miembros inferiores, afecta por igual a ambos sexos (Jiménez-Brobeil *et al.* 2004).

Los restos humanos analizados pertenecen a 56 varones y 60 mujeres que se han distribuido por su edad en las categorías de adultos (21-40 años), maduros (41-60 años) y seniles (más de 60 años). En relación con el sexo, hay más hombres que mujeres afectados por esta patología, 38 por cien y 25,9 por cien, respectivamente, aunque las diferencias no son estadísticamente significativas. El estudio de las articulaciones y conjuntos articulares anatómicos sí permiten establecer diferencias significativas en la incidencia de la artrosis. Para ello se han analizado de forma individualizada las articulaciones: hombro, codo, muñeca, cadera, rodilla y tobillo y los conjuntos articulares de columna lumbar, dorsal y cervical. En la columna vertebral las diferencias entre ambos sexos no son significativas, a excepción del mencionado sector dorsal. En el miembro superior, los varones muestran una afectación del hombro muy acusada ya desde edad adulta, mientras que en las restantes articulaciones, sobre todo en el codo, las diferencias entre sexos no son muy destacadas. En el miembro inferior, los valores de los varones tampoco exceden de forma considerable a los de las mujeres, con la excepción del conjunto del pie, donde de nuevo la diferencia resulta estadísticamente significativa (Contreras *et al.* 1997,

127; Jiménez-Brobeil *et al.* 1995; 2004; Jiménez-Brobeil y García Sánchez 1989-1990, 173-174).

El estudio de los cuerpos nos indica que las mujeres presentan una mayor intensidad y concentración de la patología degenerativa de artrosis en la columna vertebral, manos, caderas, rodillas y pies (tobillo y dedos), articulaciones relacionadas directamente con la molienda. A su vez, las mujeres presentan menores indicadores de patologías de estrés musculoesquelético, lo que nos indica una menor movilidad con respecto a los hombres.

La transformación del cereal: valoración del trabajo de las mujeres

Como vemos, tanto el registro arqueológico como los documentos etnográficos tienden en su mayoría a situar a las mujeres como agentes para la realización de estas actividades. Como el resto de las actividades vinculadas a lo doméstico, el trabajo de molienda ha pasado desapercibido en el conjunto de trabajos considerados «importantes» de las sociedades prehistóricas. Sin embargo, en los últimos años, el estudio de la tecnología, el trabajo y la producción de las mujeres en las sociedades prehistóricas se ha convertido en uno de los pilares fundamentales de los estudios de las mujeres y del género en arqueología. La mirada sobre determinados trabajos históricamente atribuidos a las mujeres ha permitido no solo poder refutar determinadas interpretaciones que las calificaban como ahistóricas, inmóviles y periféricas con respecto a la dinámica social e histórica, sino que además las ha situado en el ámbito más cercano a la sostenibilidad de las sociedades (González Marcén *et al.* 2007, 17; Sánchez Romero 2008*d*; Sánchez Romero y Aranda 2005; Alarcón 2010*a*).

El concepto de actividades de mantenimiento (Picazo 1997; Colomer *et al.* 1998; Montón 2002; Sánchez Romero 2002; 2008*d*; Alarcón 2005; 2006) hace referencia precisamente a ese conjunto de trabajos cuya práctica es imprescindible y que se refieren a la alimentación, la vestimenta, el cuidado, el bienestar, la higiene o la socialización, que implican la intervención de tecnologías y la aplicación de conocimientos heredados o aprendidos (González Marcén 2006, 22; Sánchez Romero y Aranda 2005, 74) y que dejan su huella en un infinito repertorio de experiencias materiales (Bray 1997, 2). Son, además, los que originan gran parte del registro arqueológico que caracteriza cualquier sociedad de nuestro pasado (González Marcén y Picazo 2005, 143; Sánchez Romero y Aranda 2005, 74; Alarcón y Sánchez 2015).

Entre estas actividades de mantenimiento, los trabajos y tecnologías referidas a las prácticas alimenticias

son, sin duda, de las de más interés en esta perspectiva de análisis del pasado. El conocimiento acerca del proceso de transformación de materias primas en alimentos listos para el consumo nos ofrece un amplio abanico de momentos técnicos y conocimientos que pueden ser estudiados y que nos muestran aspectos relacionados con otros ámbitos que van desde la producción y disponibilidad de materias primas hasta el establecimiento de relaciones sociales (Montón 2002; 2005, 162; Alarcón 2005; 2006, 94; Hastorf 1991, 133; Brumfiel 1991; Hendon 1997; Meyers 2003; Montón 2005, 162). Con cada vez más frecuencia encontramos líneas de investigación relativas a las actividades de abastecimiento y procesamiento de alimentos en el ámbito cotidiano (Brumfiel 1991; Hastorf 1991; Colomer *et al.* 1998; Montón 2002; 2005; Sánchez Romero y Aranda 2005; 2008; Sánchez Romero 2008*d*; Gifford-González 2008; Delgado 2008*b*; Alarcón y Sánchez Romero 2010*c*), donde destacan particularmente las actividades referentes a la molienda, el triturado y la preparación de harina (Meyers 2003; 2005), como las llevadas a cabo en las prácticas de comensalidad (Meyers 2005; Sánchez Romero y Aranda 2005; 2008; Sánchez Romero *et al.* 2007; Delgado 2008*b*; Delgado y Ferrer 2007).

La preparación de alimento implica una serie de procesos tecnológicos que suponen, entre otros aspectos, conocer las propiedades de los recursos que se utilizan en cada caso; saber cuáles son las materias primas más aptas para ser cocinadas; conocer las diferentes técnicas de cocinado dependiendo del sistema culinario empleado (hervido, asado, guisado, etc.), o saber qué alimentos son más aptos para ser sometidos a cada proceso. Como consecuencia, requieren un sinfín de conocimientos que se imbrican en la toma de decisiones individuales o colectivas, la utilización de infraestructuras y utensilios, etc.; en definitiva, la implicación de una fuerte aplicación tecnológica en su realización (Hendon 1996, 50; Colomer 1996, 47; Montón 2005, 165; Delgado 2008*b*, 166; Alarcón y Sánchez 2015).

Un buen ejemplo del mecanismo de producción relacionado con la molienda y que describe procesos de los que nos quedan huellas en el registro arqueológico lo encontramos en las fuentes clásicas cuando nos hablan del proceso de moltura, de los agentes encargados de realizar dichos trabajos, de las técnicas utilizadas y de las formas de consumir los cereales en la Grecia clásica. Las mujeres son las encargadas de proceder a la molienda del cereal una vez que este llega a la vivienda desde el campo. Para ello, el sistema de procesamiento más usual era el uso del mortero. La mujer se colocaba de pie ante un gran mortero con grano, sosteniendo con ambas manos un grueso astil de madera, con el que machacaba el producto hasta obtener harina, como se

muestra en algunas terracotas de Tanagra. Este mismo procedimiento lo utilizaban las mujeres para triturar semillas o frutos secos que posteriormente serían procesados con diferentes técnicas de cocinado (Martínez y Mirón, inédito). Una vez molido el grano, la harina era colada mediante un cedazo o un harnero con el objetivo de separar el polvo fino de los fragmentos más gruesos. Posteriormente, la harina era amasada con las manos en una artesa, circular o cuadrada. Esta tarea era realizada a menudo en grupo, como nos muestra una terracota beocia del último cuarto del siglo VI a. C. que muestra a cuatro mujeres de pie ante una artesa, amasando piezas de pan cilíndricos. En un extremo se sitúa una flautista, lo que sugiere que las mujeres podían trabajar con acompañamiento musical, como en el posible caso de la labor textil. La música ordenaba los movimientos del trabajo manual. Según cuenta Ateneo, los tirrenos acompañaban «con el son de la flauta a aquellos que amasan el pan, a los que luchan y a los que azotan» (Pottier 1900).

Seguidamente, el pan amasado era introducido en un horno de leña. De acuerdo con las representaciones en terracota, la forma del horno de leña solía ser semicilíndrica o absidal, sobre una base rectangular que alojaba el fuego. Finalmente, el pan era extraído del horno con una pala de madera (Higgins 1954). Dos terracotas procedentes del Ática muestran una viva imagen del proceso completo. En una de ellas, se destaca en el centro un banco lleno de panes planos. Cerca de él hay un horno cuadrangular en la base y rematado en forma cónica por un arco. En uno de los lados de la base hay una abertura rectangular, dentro de la cual se ven trozos de leña. Frente al horno, una mujer que sostiene un niño en su brazo izquierdo parece atizar el fuego con un largo palo. Junto a ella, otra mujer tiene una bandeja de mango largo con una gran masa de pan sin hornear. A la derecha, una tercera sacude un harnero de altas paredes, cuyo contenido vierte en una gran artesa redonda que hay delante de ella. La cuarta y la quinta trituran grano en un mortero con pesadas manos. A la izquierda, una sexta, de mayor tamaño y de tocado más elaborado, amamanta a un bebé y lleva en la mano derecha un grueso bastón.

También los datos etnográficos vinculan la molienda con las mujeres, en este caso en cómo esta actividad forma parte de los procesos de aprendizaje y socialización de los individuos infantiles. Los trabajos de Hough (1915) y Dennis (1940) sobre los hopi norteamericanos así lo demuestran. En estos grupos, como en otros tantos, la molienda es una actividad diaria, repetitiva y extenuante que necesita de una fuerza física considerable y de una gran resistencia para poder ser efectiva y prolongada, por lo que parece aconsejable que las niñas no empezasen a realizarla hasta los ocho años, el hecho es que, para cuando llegaran a la puber-

tad, debían ser competentes en la molienda, que además formaba parte de las ceremonias de pubertad de estas niñas (Dennis 1940, 79). La media de consumo de una familia hopi es de un cuarto de galón de maíz (Bartlett 1933). Para producir esta cantidad de harina, las mujeres pasaban varias horas cada día moliendo. La cantidad de tiempo necesaria para la molienda podría haber convertido esta tarea en algo necesitado de colaboración. Las estructuras de molienda prehistóricas que se documentan en el sudoeste aparecen en muchos casos concentradas y, en sociedades documentadas etnográficamente, las mujeres usan el tiempo de la molienda para relacionarse, haciendo de esta una actividad ideal para la socialización entre mujeres jóvenes bajo la supervisión de sus mayores (Kamp 2010).

La transformación del cereal: una nueva mirada

Trabajo, uso de tecnología, esfuerzo, tiempo, lesiones, producción, rutina, memoria, aprendizaje, conocimiento, cooperación... Todos estos conceptos estaban en la narración con la que comenzamos y siguen siendo válidos después de analizar el trabajo de la molienda a la luz del registro arqueológico y de los datos etnográficos e históricos.

Es muy probable que también formaran parte de la vida cotidiana de las poblaciones argáricas, ya que la molienda debió de consumir gran parte del tiempo de la vida, presumiblemente, de las mujeres de estos grupos sociales; sin embargo, su valor, tanto funcional como social, no ha sido tomado en consideración en los estudios del pasado. De esta manera, tanto este trabajo como la gran mayoría de mujeres han pasado desapercibidas, apartadas de la significación histórica e ignoradas tanto en sus aportes productivos y económicos como en sus conocimientos y experiencias tan necesarias para el sostenimiento de los grupos humanos.

En los poblados argáricos mencionados, esta actividad es central no solo en la organización de las actividades, sino también en el espacio físico, porque, en torno a ella y al conjunto de las actividades de mantenimiento, gira gran parte de la actividad social, económica y humana del grupo, y determina en gran medida el desarrollo de la vida cotidiana. La molienda, como el resto de actividades de mantenimiento, es centralizadora de las relaciones sociales de los grupos humanos del pasado y su conocimiento y valoración, el estudio y observación a través de la metodología arqueológica de su presencia en la cultura material del pasado, pueden resultar fundamentales para conocer mejor a las sociedades pasadas.

M. Erica Couto Ferreira

*Seminario de Lenguas y Culturas del PO, Universidad de Heidelberg**Abreviaturas*

l.: líneas
 n.: notas
 coment.: comentario
 lit.: literalmente
 ms.: manuscrito
 sum.: sumerio
 ac.: acadio

Las composiciones literarias sumerias citadas en el texto han sido tomadas mayoritariamente de eTCSL (The Electronic Text Corpus of Sumerian Literature, <http://www-etcsl.orient.ox.ac.uk/>) y, caso de existir, se han cotejado con las ediciones autoritativas correspondientes, cuyos títulos pueden encontrarse en la bibliografía final.

Los términos sumerios se citan en caracteres espaciados; los acadios, en cursivo; los sumerogramas (ideogramas sumerios leídos en acadio), en versalita. Los hápax (sumerogramas cuya lectura no ha sido clarificada), los acadogramas (términos acadios en lengua hitita) y los nombres de signos cuneiformes aparecen en mayúscula.

A lo largo del texto se citan los siguientes períodos cronológico-culturales: protodinástico (en este caso, fundamentalmente presargónico, ca. 2500-2334 a. n. e.); sargónico (ca. 2334-2193); Ur III o neosumerio (2119-2004); paleoasirio (ca. 1900-1750); paleobabilónico (ca. 1900-1595); neoasirio (ca. 1000-612 a. n. e.).

1. Introducción: una historia de lo cotidiano

El trabajo femenino en el ámbito asistencial y médico (paramédico, si se prefiere) dentro de la disciplina asiriológica ha sido tratado esporádicamente¹ y, en muchos casos, de forma anecdótica. Esto se debe, en gran medida, a la naturaleza de las propias fuentes cuneiformes, a menudo parcas en información, cuando no fragmentarias o ininteligibles; a la existencia de contextos poco claros, y a la dificultad de combinar los datos que proporcionan los textos literarios con los ofrecidos por los documentos de la vida cotidiana (procesos legales, listas de distribución de bienes y raciones, etc.) para reconstruir las prácticas femeninas ligadas a la salud. Pero también se debe considerar la tendencia académica a no introducir en el discurso de análisis histórico el papel que las mujeres, ya fueran madres, parteras, nodrizas, tatas, ancianas, etc., desempeñaron en el ámbito asistencial, en la administración de curas y remedios² y, de modo más general, en la producción y transmisión de un conocimiento técnico especializado en las distintas áreas profesionales.

Pero, ¿qué sabemos sobre las ocupaciones de las mujeres en Mesopotamia, y en especial, sobre las tareas vinculadas al cuidado y la salud? Las fuentes epigráficas cuneiformes que proporcionan información sobre el tema proceden de muy distintos contextos cronológicos y geográficos. En este capítulo tomo como material de trabajo evidencias textuales que van de mediados del tercer milenio hasta la primera mitad del primer milenio a. n. e., tanto del sur como del norte de

* El texto corresponde a la versión enviada a las editoras en enero de 2010. Se introdujeron algunas modificaciones formales en julio de 2011.

1. Soden (1957-1958); Kienast (1972-1975); Stol (2000).

2. El debate científico de los últimos cuarenta años en lo que se refiere a los terapeutas profesionales en Mesopotamia se ha centrado fundamentalmente en la oposición-colaboración entre el *āšipu* y el *asû*, términos traducidos tradicionalmente como *exorcista* y *médico*, respectivamente. Tal identificación resulta, sin embargo, tendenciosa, ya que obvia importantes aspectos históricos en el uso de tal terminología. Para las distintas definiciones del *āšipu* y del *asû* dadas por los estudiosos, véase Ritter (1965); Herrero (1984, 11-15); Stol (1991-1992, 58-62); Scurlock (1999); Finkel (2000, 140-145); Jean (2006); Attinger (2008). Para una revisión histórica del problema, véase Couto Ferreira (en preparación).

Mesopotamia, en las lenguas sumeria y/o acadia, y que cubren distintos géneros literarios (encantamientos, composiciones literarias, textos administrativos, etc.). La amplitud y variedad de las fuentes cuneiformes tratadas no es casual y permitirá evidenciar el mosaico desigual, intrincado y complejo compuesto por las evidencias del trabajo asistencial femenino en el Próximo Oriente antiguo. Los textos analizados han sido seleccionados con el fin de mostrar la variedad de datos, la extensión cronológica de la documentación a lo largo de tres milenios, y algunos de los problemas históricos más relevantes, con el fin de ofrecer argumentos de reflexión al lector o lectora³.

La serie lexical Lú en su versión estándar (Civil y Biggs 1969, 115-147), por ejemplo, recoge terminología relativa a profesiones y cualidades humanas. En este elenco se incluyen profesiones y actividades ligadas a las mujeres, si bien por su naturaleza lexical⁴ conviene ser críticas a la hora de manejarla como fuente para el estudio de las actividades profesionales femeninas. Entre estas figuran operadoras del culto, peluqueras y responsables del cuidado estético, especialistas en la producción textil, cesteras, músicas y cantantes, campesinas, alfareras, cervceras, taberneras, personal doméstico, cuando no alcahuetas y prostitutas, y también nodrizas, parteras y cuidadoras⁵. En las listas de distribución de asignaciones recuperadas en distintos contextos y períodos cronológicos, y en las que se recogen los nombres de trabajadores y trabajadoras y el pago recibido por su actividad laboral, la variedad de

profesiones femeninas es igualmente nutrida, e incluye en muchos casos categorías profesionales similares a las especificadas en las listas lexicales.

En lo que se refiere específicamente a ocupaciones relacionadas con el cuidado, la salud y los saberes escritos, los textos proporcionan información esporádica sobre mujeres médicas (*asātu*) y mujeres escribas (*tupšarratu*)⁶, y, con mayor frecuencia, sobre parteras, nodrizas y niñeras. Se menciona a médicas en contadísimos textos paleobabilónicos⁷, y entre las escribas se cuentan, además, varias *nadītu*, mujeres pertenecientes al personal de culto que aparecen en los textos como artífices y gestoras de transacciones comerciales⁸. En todos estos casos, estas profesionales se presentan actuando en un ámbito eminentemente femenino (las *nadītu* en ambiente recluso; las médicas en los círculos doméstico-palaciales femeninos)⁹. Un ejemplo excepcional de autoría femenina de una composición literaria, explicitada en el texto en primera persona, lo constituye Enheduanna, operadora cultural del dios Nanna e hija de Sargón, creadora de la composición «La exaltación de Inanna» y compiladora de los himnos de los templos (Sjöberg y Bergmann 1969). Fuera de estos ejemplos, las referencias a mujeres alfabetizadas, escritoras o poseedoras de un conocimiento especializado se vuelven raras o ambiguas¹⁰.

Los textos hititas del Bronce Final procedentes de Anatolia, sin embargo, revelan un panorama distinto. En ellos, el término ^{munus}A.ZU¹¹ denomina en hitita no a la terapeuta, sino a un tipo de operadora de culto,

3. Para una introducción general a la historia, la literatura, la economía, etc., del Próximo Oriente antiguo, consúltese Sasson (1995).

4. Los textos lexicales son producto de la actividad didáctica culta llevada a cabo entre la élite de escribas, diseñados fundamentalmente como herramienta para facilitar los procesos de aprendizaje, dominio y uso de la escritura cuneiforme. La lista Lú, que recoge términos de profesiones y de categorías humanas, es uno de los textos lexicales atestados desde las primeras fases de la escritura cuneiforme, por lo que muchos de los vocablos incluidos en ella podrían haberse fosilizado y, por tanto, no ser reveladores de la situación profesional femenina real del momento.

5. Muchos de estos términos se atestiguan únicamente en las listas lexicales, lo que sugiere una compilación artificiosa de estos, si bien no es de excluir la posibilidad de que parte de estos vocablos fuesen tomados del lenguaje popular y cotidiano. La próxima publicación de la tesis doctoral de Jonathan Taylor sobre la lista Lú arrojará luz, sin duda, sobre esta cuestión.

6. CAD T s.v., p. 151, para ejemplos textuales.

7. Oppenheim 1996 (1.^a ed., 1964), 385, n. 14; Dalley 1984, 122. Para el término a z u m u n u s, véase Archi 1985, n. 1 rev. v 4 y x 13 (citado en PSD A/1, p. 206 *sub* a-zu A 1.2). En la lista lexical Proto-Lú 705 (Civil y Landsberger 1967, 58) y en la versión de Lú procedente de Emar se incluye a la m u n u s a - z u entre los nombres de profesiones.

8. En un colofón de la lista lexical Proto-Aa figura como escriba del texto una mujer, Bēlti-remenni (Civil y Landsberger 1967, 148-149); cf. Zimmern 1913, texto 207, donde también se menciona en el colofón una escriba femenina anónima como autora de una tablilla con una composición en honor de la diosa Nisaba. Véase Harris (1962, 1, 2 y 8) y Harris (1963, 138-139) para nombres propios de *nadītu* escribas, como Inanna-amamu y Amat-mamu. Para un tratamiento conjunto de estas y otras referencias, véase Lion y Robson (2005). Oppenheim (1948, 21, C 1) publicó un texto administrativo de Ur III en el que se listan bienes (harina, dátiles, fajos de cañas, cereales, cerveza, etc.) para ser distribuidos entre distintos profesionales. En la columna ii se listan raciones de cerveza, pan y un tipo de harina destinadas a mujeres de las categorías g u r u š, g é m e y m u n u s, incluyendo entre las profesiones femeninas las siguientes: ḡa r ‘cantante’ (ii 9), d u b - s a r ‘escriba’ (ii 10) y š u - i ‘peluquera, barbera’ (ii 12). Para un tratamiento conjunto de estas y otras referencias, véase Lion y Robson (2005).

9. Otro ejemplo de profesional femenina se encuentra en los textos de Mari, que mencionan a la *abarakkatum* ‘gobernanta, administradora’, figura dedicada a la supervisión de las mujeres en ámbito mariota (Dossin 1978, n.º 72, 14-15, p. 110). Ejemplos predominantemente semíticooccidentales de otro tipo de trabajadoras, como las adivinas, se encuentran en CAD B *sub* bārītu, p. 112, y Š/1 *sub* šā’iltum, 109-110.

10. La autora prepara actualmente un artículo sobre la cuestión de las autorías femeninas y la transmisión de un conocimiento técnico y especializado femenino en ámbito mesopotámico.

11. Para el sumerio, véase PSD A/1 s.v., 205-208.

cuya mención se asocia a ritos y a celebraciones religiosas, y que se presenta como responsable de la compilación y composición de obras especializadas en esta área de conocimiento¹². Sin abandonar el contexto hitita, se mencionan a su vez otras figuras profesionales como la ŠA.ZU ‘partera’ o ‘sabia’¹³, la ^{munus}ŠU.GI ‘mujer anciana, mujer sabia’¹⁴ o la SAL harnauwaš- lit. ‘mujer del taburete/asiento del nacimiento’¹⁵.

Actividades como el cuidado de los niños, de los enfermos y de los miembros de la familia, o la administración de asistencia a parturientas, son prácticas cotidianas basadas en aspectos tradicionales, consuetudinarios, que no siempre trascienden ni dejan huella en las fuentes escritas, iconográficas ni arqueológicas. De igual modo, la participación femenina en determinado tipo de tareas y trabajos se perpetúa, modifica, se adapta o desaparece según las circunstancias, la coyuntura, las necesidades, las condiciones sociales, políticas, económicas, si bien estos cambios no siempre pueden ser rastreados ni debidamente testimoniados en los contextos históricos. Lo que sí es cierto es que la experiencia del propio cuerpo femenino, de sus ritmos y procesos biológicos, permite a las mujeres intervenir en la gestión de los cuerpos de otras mujeres dentro de una experiencia compartida y común. Desde este punto de vista, la asistencia a las mujeres encintas y parturientas, el cuidado y amamantamiento de bebés, pero también los actos de evaluar, aconsejar, educar y ayudar desde la propia experiencia, se convierten en funciones eminentemente femeninas¹⁶.

2. Parteras

La capacidad reproductiva de hombres y mujeres era un aspecto muy valorado socialmente en Mesopotamia. Referencias de todo tipo a la importancia de

dejar descendencia tras de sí pueblan el corpus textual cuneiforme, y en los textos médicos abundan las prescripciones y las referencias a *materia medica* útil para ayudar a la concepción o para facilitar el parto¹⁷. La maternidad constituye uno de los fines básicos, cuando no la meta fundamental, de la vida de la mujer en Mesopotamia, y entre los ejemplos literarios que corroboran este hecho figuran plegarias a Ištar para que esta conceda un hijo (Mayer 1976, 458, l. 8-19, cf. Seux 1976, 325-326), lamentos por la mujer muerta durante el parto (Strong 1894), cuando no métodos adivinatorios para individuar a la esposa y madre «ideales» (Couto Ferreira 2008).

Buena parte de las evidencias textuales que reportan el trabajo específico realizado por las comadronas, sus prácticas, técnicas y procedimientos, proceden de la literatura sumeroacadia. Disponemos, pues, de una no despreciable documentación sobre las parteras divinas y las diosas del nacimiento, documentación que sin embargo toma un cariz más reservado cuando se trata de aproximarnos a sus colegas humanas. A continuación, se tratarán pasajes que describen a las parteras (divinas) en acción, si bien no hay forma de evaluar de manera convincente hasta qué punto sus prácticas reflejan las practicadas por las mujeres de carne y hueso. Las fuentes cuneiformes, además, se resisten a mostrar la existencia de procesos de adopción, adaptación, modificación o abandono de técnicas ligadas al parto, así como las variaciones que de estas pueden darse entre mujeres procedentes de distintas comunidades o estratos socioeconómicos.

2.1. La nomenclatura

Los términos habituales para designar a la partera en los textos corresponden al sum. šà-zu, tradicionalmente traducido como ‘(la que) conoce el interior

12. Azzari representa un ejemplo de ^{munus}A.ZU que es mencionada como autora de rituales (Pecchioli 1982, 144; Kammenhuber 1976, 141). Si bien la lengua hitita utiliza la escritura sumeria ^{munus}A.ZU para designar a esta profesional, no debe darse por hecho que la ^{munus}A.ZU en ámbito mesopotámico hubiese ejercido las mismas funciones y responsabilidades.

13. Véase Otten (1952-1953, 231-234) para la discusión etimológica del término y para ejemplos textuales concretos del término ^{SAL}haš(ša)nupalla- ‘comadrona’; Benedetti (1980, 93) para la traducción del término por ‘exorcista’ y ‘adivina’; Haas y Wegner (1988) para la edición de los rituales de la ^{SAL}ŠU.GI, en especial los textos concernientes a los rituales 97-102 de ayuda al parto (415-427). Para el término ^{SAL}hašauwa-, véase HED 3, *sub* hašawa- en la página 229, “female magical operative, a match of ^{SAL}ŠU.GI ‘old woman, hag, sorceress’”, y que Puhvel, en la entrada, interpreta como profesional responsable de procedimientos mágicos y pediátricos tras el parto.

14. Trémouille (2004, 184) interpreta la figura de ‘vieja’ o ^{munus}ŠU.GI no como una sacerdotisa, sino como una mujer que por edad y experiencia era en grado de ofrecer remedios empíricos. Cf. Kammenhuber (1976, 119-129) y Haas y Thiel (1978, 22-29), para la interpretación del término como ‘mujer sabia’. Las numerosas atestaciones del término revelan que la ^{munus}ŠU.GI habría pertenecido al ámbito cultural como autora y ejecutante de rituales de tradiciones diversas, en la celebración de fiestas, así como en la elaboración de oráculos. Para nombres propios de ^{munus}ŠU.GI y su mención profesional en los textos hititas, véase Pecchioli (1982, 583-588); cf. Goetze (1938) y Kronasser (1961, 163).

15. HED III *sub* harnau- ‘birthing seat’, 174-176; Puhvel lo traduce como ‘woman of birthing’ en los ejemplos, aunque discute el término en 175-176 y propone la traducción ‘midwife’, mientras interpreta ^{SAL}ŠU.GI, hašawa- como ‘hag’.

16. Existen, sin embargo, sociedades tradicionales en las que los maridos ayudan a sus mujeres a dar a luz, o poseen leyendas sobre la asistencia masculina durante el parto, como entre los dyak de Borneo, los caraya de Brasil, los gorngay y tungu en las islas malayas de Kola y Kobroor, etc. (Flack 1947).

17. Un buen ejemplo lo constituyen el grupo de textos neoasirios procedentes de Asur publicados por Köcher (1963-1980, n.º 235-251).

(del cuerpo)¹⁸ y al ac. *šabsūtu*. Existe igualmente una forma secundaria sum. *šà - t ù r*, ac. *šassūru*, *šatturru*, que, usado en los textos literarios, se aplica a las diosas del nacimiento, con el sentido de ‘partera, comadrona’, aunque guarda un significado ‘útero, matriz’ bien atestado¹⁹.

El término se incluye también en la versión estándar de la lista Lú III ii 23-25 (Civil y Biggs 1969, 124), entre vocablos vinculados a barberos y peluqueros tal que [m u n u s (x)]^{mu-zé-er}munsub = *šab-s[u-tu]*, con atestaciones del término en las versiones más antiguas de la lista, datadas en el tercer milenio a. n. e.²⁰ Lexicalmente, se menciona en conjunto con términos para ‘parturienta’ y ‘madre’, como en la lista Lú paleobabilónica de Nippur l. 319-343 (términos a partir de ama”madre”) y 344 (*šà - z u*); y en la lista de sinónimos Malku = *šarru* I 122-135 de Asur (Kilmer 1963), que incluye términos para figuras profesionales tal que la *nadītu* y la *qadištu*, en ocasiones vinculadas al amantamiento (véase más abajo). El término *šassūru*, en su doble acepción ‘madre’ y ‘útero’, se menciona igualmente entre los términos para *madre* (Antagal B 80-84, en MSL 17, 192-193), y a continuación de los términos formados a partir de *a b - b a / abu* ‘padre’:

ama	<i>um-mu</i>	‘madre’
GUL.ŠID	<i>ba-an-tum</i>	‘madre’
AMA ^{a-ga-ri-in} TÛN	<i>a-ga-rin-nu</i>	‘útero, madre’
ab-sín	<i>šà-sur-rum</i>	‘útero’ ²¹

En estos ejemplos se observa, por tanto, que la partera es asociada semánticamente con el útero y con la maternidad. No es solo la profesional que se pone al servicio de la parturienta, sino que, con la aplicación directa de sus conocimientos sobre el cuerpo de la mujer de parto, «produce» al bebé, lo transforma en un ser independiente, lo muestra como forma humana

externa al cuerpo materno y, en este sentido, participa tanto de las capacidades formativas del útero como del principio asistencial y cuidador de la maternidad. Esta relación semántica entre la partera, el útero y la maternidad es la que se observa, al menos, en los textos lexicales y, como veremos a continuación, en buena parte de las referencias literarias conservadas.

2.2. Las parteras divinas en las composiciones sumerias

Las primeras referencias a las parteras en contextos terapéuticos se testimonian ya en los textos protodinásticos procedentes de Fara, donde la *šà - z u - g a l k u l - a b* ‘la gran comadrona de Kulaba’ se menciona en un encantamiento destinado a facilitar el parto (Krebernik 1984, 36-47, n.º 6). En la lista de dioses de Fara (Krebernik 1986, especialmente pág. 200) se mencionan, además, divinidades femeninas del nacimiento mediante los epítetos ^dn i n - s i g₄ - t u ‘Señora del ladrillo de nacimiento’ y ^dn i n - s i g₄ - t u - l a m - m a ‘Señora del ladrillo de nacimiento, la protectora’, en clara alusión a su intervención en el parto (para el ladrillo del nacimiento, véase más abajo).

En la composición sumeria *Enki y el orden del mundo*, el dios Enki se presenta como creador y ordenador del mundo, quien determina el destino de todas las cosas y criaturas, y quien atribuye a las distintas diosas sus campos de acción. Inanna, a quien el dios no ha concedido todavía prerrogativa alguna, se dirige a él indignada y, en sus quejas, describe las funciones que le han sido otorgadas a otras divinidades femeninas, entre ellas, Aruru (Ninmah) / Nintur,²² cuyos ámbitos son las siguientes (*Enki y el orden del mundo*, 395-402):²³

Aruru, la hermana de Enlil, Nintur, la señora que hace dar a luz, ha tomado como (objeto de) su oficio el puro ladrillo de dar a luz. Lleva el puro i m m a n de cortar el

18. Von Soden (1957-1958, 119 y 121). Este autor propone que la *šabsūtu* conocía el interior del cuerpo de la mujer y del bebé, a partir de una interpretación etimológica del sum. *šà - z u*, del que podría derivar el acadio. Cf. Stol (2000, 171-172) para una interpretación en clave de *sage-femme*.

19. En los mitos de creación en los que se menciona a las diosas *šassūru*, estas ejercen una doble función, en cuanto que son madres (es decir, dan forma a la arcilla de la que serán creados los seres humanos) y parteras, que ayudan a nacer y asisten en el nacimiento de sus creaciones. La partera no ejerce únicamente una función pasiva, de recepción del bebé, sino que a menudo se alude a su función como la que produce al neonato, la que lo hace nacer de un modo totalmente activo.

20. En lo que respecta a la asociación de la partera con el corte del cabello, en la ecuación lexical *m u - z é - e r* = *šabsūtu*, Stol interpreta este hecho a partir de un rito de origen preislámico, practicado entre los musulmanes, en el que en el séptimo día después del nacimiento se afeita la cabeza del bebé (Stol 2000, 172). Es probable también, por las evidencias textuales de las que disponemos, que la partera se asocie semánticamente con la profesión del barbero o peluquero/a por el dominio de la técnica del corte, la una del cordón umbilical, el otro u otra de los cabellos. Von Soden sostiene que la correspondencia entre *gallābu* y *šabsūtu* se establece por la práctica de afeitar el bajo vientre de la parturienta, cosa que la equipararía con el barbero (Soden 1957-1958, 120), si bien esta interpretación no parece sostenerse a la luz de las evidencias textuales cuneiformes.

21. Para *bantu*, derivado de *banū* ‘crear’, véase CAD B s. v., 80-81; *agarinnu* en CAD A/1 s. v. 2, p. 146; *šassuru* en Š/2 s. v. A, 145-146, y AHw s. v. p. 15 «Mutterleib, Bassin».

22. Para una interpretación del teónimo Nintur, véase Jacobsen (1973, 279). Para la diosa Aruru, véase Jacobsen (1973, 289; 1985, 45 y n. 10).

23. Para las distintas traducciones disponibles del texto, consúltense: Falkenstein (1964, 90-92) para comentario; Sjöberg y Bergmann (1969, 152), comentario a l. 502-503; Kramer y Maier (1989, 38-56), especialmente la p. 54 para el pasaje aquí mencionado; Bottéro y Kramer (1989, 165-187), especialmente p. 178; Römer (1993, 402-420), sobre todo 414-415.

cordón umbilical, (y) su (verdura) g a r a š . Toma el (recipiente) s i l a g a r r a de húmedo lapislázuli.²⁴ Lleva el puro (recipiente) a l a consagrado. Es la partera del país, el nacimiento del rey, el nacimiento del señor *está en sus manos*.²⁵

Aruru es la divinidad que asiste en el nacimiento, la comadrona, y los objetos que la caracterizan en el relato pueden proporcionarnos una idea sobre los métodos y prácticas utilizadas por esta profesional:

1) El ladrillo de dar a luz. Esta mención de un ladrillo del nacimiento en este y otros relatos de creación²⁶ se ha interpretado como una alusión a los ladrillos sobre los que la parturienta se debió de apoyar, generalmente en cuclillas, para ayudarse en el proceso de dar a luz. Son muchos los paralelos antropológicos que al respecto nos proporcionan las sociedades tradicionales del área del Próximo Oriente, en las que las mujeres suelen dar a luz en posición vertical, colocándose agachadas y apoyándose con los pies o las rodillas sobre ladrillos o piedras.²⁷ Aunque no hay evidencias unívocas sobre la posición adoptada en el parto por la embarazada, es probable, en vista de los paralelos históricos y antropológicos, que hubiese predominado la posición vertical, aunque algunas representaciones glíficas con figuras femeninas en posición horizontal sobre un lecho han sido interpretadas como imágenes de partos.

2) El i m m a n de cortar el cordón umbilical.²⁸ Esta piedra se menciona en la composición *Las hazañas de Ninurta* (también denominada *Lugale*), y a ella le es atribuido un destino menor e irrelevante (Van Dijk 1983, 125, 567):

Piedra i m m a n / *immanakku*: tus gritos no tendrán valor, no se les prestará ninguna atención.

Esta piedra aparece citada en textos médicos²⁹ y se utiliza, además, en la preparación del vidrio;³⁰ algunos autores la interpretan como cuarzo (Thompson 1936, 36; Brill en Oppenheim 1970, 109-110) o simplemente como un silicato (Schuster-Brandis 2008, 419).³¹ Puesto que el pasaje mitológico pone en relación la piedra i m m a n con el acto de cortar el cordón umbilical, es probable que se trate de un instrumento u hoja afilada hecha de este material y usada para sectionar dicho cordón.

Algunos usos contextuales del término sugieren una naturaleza arenosa del i m m a n / *immanakku*. En algunas sociedades se coloca arena en el suelo en el punto en el que la mujer se acucilla para dar a luz, para que absorba el líquido amniótico y los restos fisiológicos del parto: ¿podría guardar el término este sentido en nuestro texto?

3) El vegetal g a r a š . Este término resulta poco claro en nuestro contexto. Jacobsen lo interpretó como una silla o taburete para dar a luz.³² El significado habitual del término g a r a š alude, sin embargo, a un tipo de verdura, y se ha interpretado como 'puerro'.³³ El porqué de su inclusión en este contexto no resulta claro. Podría aludir no necesariamente al puerro, sino a algún tipo de materia vegetal utilizada para cortar el cordón umbilical, usada con fines dietéticos, o bien, al ser relacionada con la diosa Aruru / Nintu, indicativa de valores rituales o simbólicos todavía por aclarar.

4) Los recipientes s i l a g a r r a y a l a . Según algunos autores como Jacobsen (1973, 290, n. 59), el s i l a g a r r a pudo servir para colocar la placenta y los restos del nacimiento,³⁴ si bien otros autores, como Römer, han leído los signos como b á h a r¹ 'alfarero' (Römer 1969; cf. Sjöberg 1973, 43, n. 14 y coment. a l. 72), interpretado como una referencia a las capa-

24. La combinación ^{na4}z a - g ñ n y d u r u , es frecuente en los textos literarios sumerios. Se aplica también a los campos, a los genitales femeninos, a los cedros. Jacobsen (1973, 290) traduce el término por 'waterpail', recipiente que, según el autor, debió de ser usado por las parteras para transportar y calentar agua, y para limpiar la sangre de madre e hijo.

25. La traducción de este pasaje no deja de ser problemática. Los distintos autores que lo han tratado proporcionan interpretaciones variadas, para las que se incluye la bibliografía oportuna (véase la nota 78).

26. Es el caso de la composición acadia Atra-hasīs, tablilla I, línea 259 (Lambert y Millard 1969, 60).

27. Véase Dundes (1987; 2003) y bibliografía precedente sobre la recuperación de este modelo de parto en la medicina clínica contemporánea, por su comprobada reducción del dolor y del tiempo de espera. Granqvist (1947, 242-243), Morgenstern (1973, 296), Kilmer (en Azarpay 1987, 213, «Appendix D»), para paralelos antropológicos en Irán. Para el uso de taburetes de parto en la cultura hitita, véase la discusión en Beckmann (1983, 22, l. 2-7 y 25-26). Para los taburetes de parto en general, véase Banks (1999).

28. Una interpretación distinta es posible: podría tratarse de dos elementos separados, el i m m a n , por un lado, la acción de cortar el cordón umbilical, por otro.

29. Thompson (1923, texto 47,3 iv 32), texto con encantamientos y rituales para tratar la enfermedad GÜ.GIG.

30. Véase Brill en Oppenheim (1970, 109-110), donde la piedra es descrita en la elaboración de un tipo de lapislázuli artificial.

31. Para otras definiciones, véase AHW s.v. 377-378 «ein Stein oder Sand»; CAD I s.v., 127-128 la caracteriza como una piedra conglomerada dura usada en la fabricación de cilindro-sellos.

32. Jacobsen (1973, 289) proporcionó la lectura ZUBI+SÎG-a-ni del vocablo. Esta interpretación ha sido recientemente adoptada por Foster (2007, 76).

33. Véase CAD K *sub karašu* B, 212-213. Al final de la entrada se dan ejemplos de textos sumerios en los que se insta al no consumo de pescado y puerros bajo determinadas circunstancias (Zimmern 1912, texto 73 rev. 12-13). Solo se mencionan como alimento en textos paleobabilónicos y en algunos textos literarios que se remontan a este mismo período. Cf. Powell (2003, 20-21).

34. La placenta y los restos del nacimiento son procesados y manipulados en numerosas culturas, especialmente para evitar que puedan ser usados con fines maléficos. Para ejemplos antropológicos, véase Davidson (1985).

ciudades para modelar de la diosa. La expresión *du g-sìl-a-ḡar-ra* podría entenderse como una referencia literaria al útero materno, según se deriva de ciertas ecuaciones lexicales presentes en los textos,³⁵ prerrogativa de Nintu por cuanto ella, siendo una diosa del nacimiento, velaría por los procesos que se desarrollan en la matriz.³⁶

En cuanto al recipiente *al-a*, este aparece mencionado con el determinativo *ur-du* ‘cobre’ al menos en dos ejemplos administrativos. En algunos textos aparece identificado con una parte de la lanza y del clavo;³⁷ y en la expresión *al-lá* aludiría a una parte del poste. Su significado en la composición, por tanto, no está claro, si bien Römer sostiene que podría referirse a un recipiente usado para lavar la sangre de la madre y del neonato (Römer 1993, 414, coment. l. 399; cf. Jacobsen 1973, 290 y n. 60).

En *Enki y el orden del mundo*, Aruru / Nintu se describe, además, como la diosa que preside y asiste el nacimiento de los soberanos. Otros ejemplos sumerios ratifican esta visión, y añaden ulterior información sobre el papel de las diosas del nacimiento³⁸ como las figuras que decretan el destino de poder del rey en el mismo momento en que este ve la luz.

En el *Himno a Ninisina A* se ensalza a esta diosa como la divinidad de la medicina que instruye a su hijo Damu en la disciplina *nam-a-zu* (‘terapéutica, curación, medicina’), que, según la composición, incluiría intervenciones quirúrgicas superficiales, y encantamientos. En la línea 22 del himno, Ninisina es descrita como la partera de las madres del país (Römer 1969, 284), y sus funciones se amplían en un pasaje

sucesivo de la composición (Römer 1969, 295, l. 74-79):³⁹

Poner descendencia en muchas mujeres jóvenes, la alfarera(?) que pone en orden (todo) / que hace que (las cosas) vayan bien: cortar el cordón umbilical; atribuir el destino;⁴⁰ abrir la puerta del *nigin-gar*,⁴¹ [...] sujetar al hijo *del hombre* [...], para extender el grito *principesco* (del príncipe que acaba de nacer?), colocar el vientre en(?) el lugar, hacer girar la cabeza,⁴² [...] la condición de *nugig*, acudir rápido, lavar (al bebé) [...].

En este caso, además de las funciones específicamente vinculadas a la atención durante el parto, se añaden otras relacionadas con los primeros cuidados del neonato (hacerlo llorar para que respire, lavarlo, etc.)⁴³

En *Enki y Ninmah*, Namma, la madre de Enki, lo azuza para que dé forma a sustitutos que se ocupen del trabajo y de las tareas pesadas con las que los dioses se ven obligados a cargar. Para ello, Enki decide que se creen las diosas del nacimiento (SIG₇-EN SIG₇-HI), y, en colaboración con ellas, da instrucciones a su madre para que moldee a las nuevas criaturas (*Enki y Ninmah*, 32-36):

Las diosas del nacimiento cortarán la arcilla, luego tú misma darás forma a los miembros. Ninmah actuará (como) tu compañera / asistente, Ninimma, Šuzianna, Ninmada, Ninbarag, Ninmug, ŠAR.ŠAR.GABA, Ningunna,⁴⁴ estarán junto a ti mientras das a luz.⁴⁵

35. Nótese la equivalencia ^{uzu}₄(A)-*sìl-a-ḡar-ra* = *re-e-mu* ‘útero’ en Hg. B IV 30 (Civil y Landsberger 1967, 34-35); cf. CAD R *sub rēmu*, 259-260. La inclusión del determinativo *du g* ‘recipiente cerámico’ en algunos usos contextuales del término *sìl-a-ḡar-ra* contribuye a crear la asociación semántica entre la idea de un contenedor y la funcionalidad del útero.

36. Cf. *Lugale*, 412 (Van Dijk 1983, 103), donde la diosa Nintu es descrita como «la sainte Dame, dont l’office excelle parmi les (autres) offices: ‘reine-créatrice-de-l’uterus’».

37. Para ejemplos concretos, véase PSD A/1 *sub a-lá* B, p. 103; Maaijer y Jagersma (1997-1998, 281-282).

38. Para las diosas-madre en general, véase Krebernik (1995). Para Bēlet-ilī como diosa del nacimiento, véase Tallqvist (1938, 273-275); para Ninhursaga, Tallqvist (1938, 407-408); para Nintu, Tallqvist (1938, 419). Para el término *rēmu* lit. ‘útero’ aplicado a Marduk, pero también a otros dioses (Nabū, Ninurta, Šamaš) y a algunas diosas (Gula, Zarpānītum), véase Tallqvist (1938, 168). Los epítetos de Marduk son tratados por Tallqvist (1938, 362-364 y 364-372, especialmente p. 366), donde no solo se recogen referencias a este dios como el creador o padre de los dioses, los hombres, el cielo, la tierra, etc., sino también recibiendo el atributo «dios-(del) útero».

39. El texto resulta problemático, y los autores que lo han estudiado proponen soluciones e interpretaciones diversas. Para otras transliteraciones y traducciones, véase Westenholz (1988, 259).

40. Este pasaje puede interpretarse igualmente del siguiente modo, tomando la lectura de la grafía como *dugsilagarra* en lugar de *bahár*! ‘alfarero/a’: «poner a la mujer joven sobre sus rodillas (¿para dar a luz?), tratar correctamente el *dugsilagarra*, cortar el cordón umbilical y atribuir el destino».

41. Para una interpretación de *nigin* como ‘santuario’, consúltese Krebernik (1984, 78-79, textos 11(a) y (f) y p. 197 con n. 119) y Attinger (2001, 47). Para la lectura *nigin-gar* ‘espacio o sala de culto’, véase Schretter (1990, 246, l. 396); como ‘feto’, en equivalencia a *kūbu e izbu* ‘aborto, bebé nacido prematuramente’, véase Krebernik (2003-2005, 326). Jacobsen (1987, 475, n. 1) lo interpreta como un templo en el que eran enterrados los bebés muertos prematuramente, los fetos nacidos muertos y los restos del nacimiento; Stol (2000, 29) lo toma como metáfora del útero; cf. Römer (1969, 296, coment. l. 76).

42. Podría referirse al acto de girar al neonato para hacerlo llorar.

43. Burguière et al. (1990, 88, nota 111, y 90, nota 120), comentando a Sorano *Enfermedades de las mujeres* II 6a (Burguière et al. 1990, 20-21), describe los tratamientos con sal, nitro o afronita a los que se sometía al neonato, sustancias mezcladas con aceite, miel, decocción de cebada, malva o fenogreco con las que era frotado por todo el cuerpo, excepto en los ojos y en la boca, y que servían, según los autores médicos de la antigüedad, para reafirmar la superficie del cuerpo. Cf. Ez. 16,4 para el tratamiento del neonato con sal. También Galeno apoya el tratamiento con sal como método reafirmante (*De sanitate tuenda* I,7).

Sigue un contexto desafortunadamente demasiado fragmentario, en el que se alude a esparcir alfalfa (n ú - m u n), y a purificar(?) el nacimiento.⁴⁶

2.3. Las parteras divinas en las composiciones acadias

Muchos de los motivos presentes en las composiciones sumerias se incluyen igualmente en los relatos acadios sobre el nacimiento. En el *Poema del diluvio* o *Atra-hasīs*, por ejemplo, la diosa Nintu⁴⁷ aparece como la ejecutora, junto con las denominadas diosas-útero, de la creación del hombre, para el que se sientan, además, las bases de su reproductibilidad, centradas en la distinción de dos géneros complementarios (masculino y femenino). En el relato se incluyen varias descripciones de las actividades llevadas a cabo por las parteras divinas (Lambert y Millard 1969, 62, *Atra-hasīs* ms. S rev. iii 8-14):

Las sabias y entrenadas, siete y siete diosas del nacimiento se reunieron. Siete crearon varones, siete crearon hembras. Las diosas del nacimiento, creadoras del destino, los completaron en pares, los completaron en parejas en su presencia, puesto que Mami había establecido las reglas de la raza humana.

La creación del ser humano viene determinada por la necesidad de los dioses Igigi de liberarse del penoso trabajo físico con el que se ven obligados a cargar. El hombre, por tanto, será el delegado responsable de cultivar la tierra, cuidar el ganado, limpiar los canales y honrar a los dioses.

Cuando Nintu completa la creación, mezcla la sangre de un dios sacrificado con barro, convoca a los Igigi y a los Annunaki, y les presenta al nuevo ser que los liberará del trabajo pesado. Los dioses la veneran por ello, y le dicen (*Atra-hasīs* I 246-260, en Lambert y Millard 1969, 60):

«Anteriormente solíamos llamarte Mami: que desde ahora tu nombre sea Señora de Todos los Dioses (Bēlet-kāla-ilī)». Entraron en la casa del destino, así lo hicieron el príncipe Ea y la sabia Mami. Con las diosas del naci-

miento reunidas, pisó la arcilla en su presencia (de ellas). Ella continuó recitando el encantamiento. Tomó catorce trozos de arcilla, siete los puso a la derecha, siete a la izquierda. Entre ellos colocó el ladrillo, [...] cordón umbilical (*abunnatu*).⁴⁸

Este y otros pasajes, como veremos a continuación, suscitan no pocos interrogantes sobre las prácticas de las profesionales ligadas al parto. El primero de ellos alude a la «casa del destino» (ac. *bīt šimti*), que podría tratarse de una simple metáfora para referirse a un espacio más o menos imaginario donde los dioses decretasen los destinos de sus creaciones (en este caso concreto, de los seres humanos a punto de ser modelados). Una interpretación en clave de espacio doméstico o externo destinado al parto no resulta clara, puesto que las referencias que sugieren la existencia de espacios de este tipo para el ámbito mesopotámico se circunscriben al género literario. La casa del destino, la casa de la *qadištu*,⁴⁹ la casa de la mujer encinta confinada(?), la referencia al ladrillo (ac. *libittu*), que Lambert (1968, 105) interpretó como una estructura arquitectónica destinada al parto, etc., traen ecos de la existencia de algún tipo de recinto o construcción separada para que las mujeres diesen a luz. La ausencia de este tipo de datos en los textos de la vida cotidiana, sin embargo, no permiten reconocer alusiones a construcciones para este tipo de funciones y, por tanto, no podemos determinar si su existencia y uso se circunscribieron a un período cronológico, región geográfica o clase social determinada.

Otro punto de interés en el mito refiere la presencia de asistentes femeninas, que en el relato se describen como diosas-útero (ac. *šassurātu*) y como figuras expertas, que manipulan y modelan la arcilla de la que nacerán los seres humanos (recuérdese la inclusión de un pasaje similar en el mito de *Enki y Ninmah*). Si bien en la narración se podrían considerar como personificaciones del útero, en cuyo interior se forma el feto,⁵⁰ en la traslación del proceso a la vida cotidiana, las mujeres que dan a luz suelen recibir la ayuda de las mujeres de su círculo familiar: mujeres que ya han pasado por el trance de ser madres, mujeres que man-

44. Para estas diosas, véase Lambert (1990, 130 y 134-135).

45. El término alude no solo al acto de parir, sino también de asistir al parto, de ayudar a nacer, de «producir» el feto.

46. ù - t u n a - n i mu-de; la expresión na de; significa igualmente 'limpiar; separar'.

47. En la composición se citan otros epítetos de la diosa: Mami, Bēlet-kāla-ilī, etc.

48. En base a ms. S 7 *ba-ti!-iq a-bu-un-na-te tep-te-ši* 'la que corta el cordón umbilical' en Lambert y Millard (1969, 61), es de esperar en esta línea una forma de la expresión *abunnata batāqu* 'cortar el cordón umbilical'. Para *abunnatu* y su doble acepción como 'ombligo' y 'cordón umbilical', véase Couto (2009, 239-240, 8.18).

49. Stol (2000, 188) interpreta «la casa de la *qadištu*» como una guardería (*nursery*).

50. En el texto paleosirio Kt 90/k, 178: 10-11 (Michel 2004) se citan como instrumentos de estas diosas o asistentes-útero la pala (CAD A/1 *sub marru* p. 287-290) y la cesta de transporte de ladrillos o de tierra (CAD T *sub tupšikku*, 476-479). La formación del feto se asimila a la fabricación de ladrillos. Kilmer considera que la placenta se habría equiparado a la arcilla cruda usada en la fabricación de ladrillos, y apunta la existencia de un juego de palabras entre *libbu* 'interior, vientre' y *libittu* 'ladrillo', y entre *sig-en-sig-DU₁₀* 'placenta'(?), y *sig*, 'ladrillo' (Kilmer en Azarpay 1987, 212). Cf. Ziffer (2003, 22), quien apunta que el líquido amniótico y la placenta se conciben como arcilla, del mismo color rojo que esta sustancia, a partir de la cual se creó el primer hombre.

tienen lazos afectivos con la parturienta y que pueden calmarla, alentarla y prestarle ayuda y consejo.

Otra de las funciones de la comadrona descritas en el mito alude a la supervisión de la mujer encinta durante los meses que dura su embarazo, descrita aquí con la expresión *contar los meses*. Cuando el período finaliza, y la futura madre entra en el proceso de dar a luz, la diosa-partera realiza los preparativos necesarios (se cubre la cabeza, se ciñe la cintura, realiza plegarias y rituales) y «practica (el arte de) la comadrona», cuyos principios no siempre aparecen debidamente explicitados en el texto, pero que, muy probablemente, incluía técnicas propias de un conocimiento especializado como la manipulación del feto en el vientre de la madre para facilitar su salida, la recepción del bebé,⁵¹ el corte del cordón umbilical, el tratamiento del bebé, la administración de remedios y reconstituyentes para ayudar a la recuperación de la madre, etc. (*Atra-hasīs* I 277-295 en Lambert y Millard 1969, 62, ms. S 15-19):

Las diosas del nacimiento estaban reunidas, y Nintu [estaba sentada] contando los meses.⁵² [En el momento] establecido, se alcanzó el décimo mes. El décimo mes llegó, y el lapso de tiempo abrió el útero. Con el rostro radiante y feliz se cubrió la cabeza y practicó el arte de la partera [...] se ató la cintura, pronunció una plegaria, trazó (un círculo de) harina y colocó el ladrillo [...]. Que el ladrillo sea puesto durante siete días, en la casa de la mujer embarazada⁵³ confinada(?), que Bēlet-ilī, la sabia Mami, sea honorada. Que la partera se alegre en la casa de la mujer confinada(?), y que cuando la mujer encinta dé a luz, que la madre del bebé esté separada⁵⁴.

Y (*Atra-hasīs* I 289-295 en Lambert y Millard 1969, 63-64):

(Lo) he creado, mis manos lo han hecho. Que la partera se alegre en la casa de la *qadištu*,⁵⁵ donde la mujer encinta da a luz y la madre del bebé se mantiene separada. Que el ladrillo sea puesto durante nueve días para que Nintu, la diosa del nacimiento, sea honorada.

Tras el parto se habrían ejecutado, muy probablemente, acciones y rituales propiciatorios de variado tipo: la alusión a la presencia del ladrillo del nacimiento durante siete o nueve días probablemente haga referencia a ello. La mayoría de autores coinciden en afirmar que la partera se habría hecho cargo de los restos fisiológicos del nacimiento (placenta, cordón umbilical, etc.), si bien no contamos con referencias textuales explícitas, así como de la recitación de encantamientos para la protección de la madre y del bebé (Stol 2000, 143).

2.4. Las parteras humanas

Si para las parteras de origen divino contamos con referencias estimulantes y sugerentes en lo que respecta a sus funciones y conocimientos, para las de origen humano conservamos evidencias de naturaleza bien distinta. Los datos relativos a la actividad de las parteras en la vida cotidiana son pocos, y habitualmente se circunscriben a los ámbitos económico y judicial, con contadísimos ejemplos en otro tipo de fuentes.

En los textos económicos protodinásticos de Fara, por ejemplo, la *šà-zu* se menciona recibiendo un pago en raciones de nivel intermedio (2 *ba r i g a* y 4 *b à n*, equivalentes a unos 180 litros de grano, por mes), parejo a aquel que reciben los cocineros, artesanos y algunos funcionarios del templo, como jardineros, barberos, etc. (Pomponio y Visicato 1994, 32). En Poebel (1914, texto 100),⁵⁶ se describe un caso judicial de viudez de una mujer embarazada. Cuando la nuera está a punto de dar a luz, Habannatum, la abuela paterna del bebé, además de informar a varios personajes públicos del evento, llama a la comadrona (^{MUNUS}ŠA.ZU) para que asista al parto. De esta forma, se asegura que existan testimonios suficientes que puedan declarar sobre la veracidad de los hechos en caso de que se presenten denuncias de legitimidad del bebé nacido en dichas circunstancias. Con este fin y para que, llegado el día, pueda beneficiarse de la herencia del padre fallecido, se reportan los testimonios de varias personas y, en consecuencia, también se pone en evidencia la

51. Cf. Labat (1951, 216, 3) para una referencia al giro del bebé.

52. Stol (2000, 178) describe al demonio femenino Lamaštu como la anticomadrona, que, siendo caracterizada como una representación en negativo de las funciones de la partera, cuenta también los meses de la mujer encinta con fines maléficos. Véase Farber (1987, 257 y nota a línea 9) para una referencia a Lamaštu como *qadištu*.

53. Véase CAD A/1 *sub ālidu*, 340-342.

54. No está claro si la nueva madre, por razones de pureza o de otro tipo, debía permanecer retirada de la vida cotidiana durante un período determinado.

55. La versión neosiríaca del mito utiliza la expresión *bīt harišti*, expresión problemática habitualmente traducida como ‘casa de la mujer confinada o encerrada’. Gruber (1986, 143, n. 49) puntualiza que la variabilidad entre las dos expresiones podría deberse a una actualización del mito paleobabilónico en época neosiríaca, con la intención de representar una nueva realidad social y asistencial.

56. Para este y otros textos jurídicos relacionados, véase Schorr (1915, 90-91, especialmente el comentario a la línea 10), quien apunta que, en este caso, la partera debió de ejercer una función jurídica al haber sido testigo directo del nacimiento del bebé; Kraus (1964, 161 y ss.); Poebel (1914, 33-34) para el fragmento i 4-11.

presencia asistencial de la partera. En otro caso judicial paleobabilónico, esta vez procedente de Susa (Scheil 1932, texto 288, 167-158), se hace alusión a una madre que deja a su hijo al cuidado de un ama para poder ganarse la vida, y que, no haciéndose cargo del pago, es denunciada. En el proceso intervienen una *šabsūtu* y una *ištarītu*.⁵⁷

Pocos son los datos explícitos, sin embargo, que aludan a los modos de ejercicio de la profesión de partera. Los ámbitos en los que se forman; los conocimientos del cuerpo femenino, de la *materia medica* y de la preparación de remedios; los medios de pago de sus servicios; la consideración social, entre otras muchas cuestiones, constituyen un bloque de preguntas recurrentes pero sin visos de encontrar respuestas esclarecedoras por el momento. Biggs (2000, 9-10), por ejemplo, considera a la *šabsūtu* como una mujer experta no sólo en la asistencia a parturientas y neonatos, sino también en la administración de contraceptivos y abortivos. Si bien es muy probable que este fuese el caso, si valoramos la estrecha relación que entre estos saberes se ha dado a lo largo de las prácticas ginecológicas y médicas en un sentido amplio (Shorter 1984, 177-188), lo cierto es que, para nuestro caso, carecemos de pruebas seguras y fehacientes sobre ello.⁵⁸

En el corpus de textos terapéuticos cuneiformes contamos con un grupo destinado a diagnosticar y tratar problemas ginecológicos a través de mecanismos de diverso tipo (prescripciones, rituales, encantamientos, etc.). En los casos en los que se conservan colofones con los nombres propios de los copistas o compiladores, se revela la pertenencia de estos a la esfera masculina,⁵⁹ como en el caso de la denominada *casa del exorcista* de Asur (Pedersén 1986, 44 y ss.). No está claro si estas técnicas terapéuticas son elaboraciones originales de la élite intelectual o si, por el contrario, fueron tomadas en mayor o menor grado del ámbito de conocimiento femenino y reformuladas por los expertos escribas. Un tratamiento exhaustivo de los textos ginecológicos cuneiformes podría contribuir a un mayor y más profundo conocimiento sobre la interacción entre saberes,

prácticas y campos de acción masculinos y femeninos en la antigüedad.⁶⁰

3. Nodrizas

3.1. La nomenclatura

En sumerio, la nodriza recibe el nombre habitual de éme (UM.ME), emeda (UM.ME.DA), é m e - g a o é m e - g a - l á,⁶¹ en correspondencia con las formas acadias *tārītu* 'la que toma (el niño)' y *mušēniqtu* 'la que amamanta'.⁶² La *tārītu* ha sido identificada principalmente con la figura de la cuidadora, la niñera o tata, más que con la nodriza, aunque en algunos textos bilingües se traducen las escrituras sumerias incluidas más arriba indistintamente por *tārītu* y *mušēniqtu*, lo que dificulta interpretaciones puntuales en contexto.

En la lista Lú estándar, la nodriza aparece mencionada conjuntamente con términos relativos a la madre y al padre (Civil y Biggs 1969, 127, III iv 64-67). No en vano, su profesión deriva directamente de su estado, puesto que la nodriza es ella misma madre, y por las funciones ejercidas, asume una condición maternal respecto al bebé que toma a su cuidado: no solo lo alimenta, sino que, como parte de su trabajo, lo lleva en brazos, lo acuna, le habla, lo acaricia y tranquiliza como a su propio hijo.

3.2. Las nodrizas divinas

En los textos literarios sumerios y acadios se mencionan algunas diosas ejerciendo de nodrizas, especialmente en referencia al acto de amamantar (sum. g a g u ₇ lit. 'comer leche', ac. *enēqu*) a la figura del rey. Se ilustra así la asociación de la figura real con la divinidad, que se alimenta de sus pechos, y quien, en calidad de nodriza, ejerce también de madre. Enkidu, por ejemplo, cuando se dirige a su señor Gilgameš, lo alaba del siguiente modo (*Gilgameš y el toro celeste*, segm. B, 95-96):

57. El término se refiere a un tipo de profesional femenina, si bien sus actividades no son claras. Véase CAD I s.v., 270-271.

58. Aunque en número reducido, cabe mencionar algunos textos médicos como UET 7, 23 (edición en Reiner 1982), que, aun perteneciendo a una autoría masculina, hacen alusión a la necesidad de que sea la partera la que examine un test de embarazo (en este caso, un tampón con sustancias medicinales introducido en la vagina de la mujer). ¿Nos encontramos, quizás, ante un ejemplo de práctica terapéutica llevada a cabo por mujeres, pero registrada por escrito intencionalmente por un miembro de la élite intelectual?

59. Pocas son las evidencias de una verdadera autoría textual en Mesopotamia. Los textos se presentan, al máximo, como copias o compilaciones de composiciones más antiguas o procedentes de otras áreas geográficas, y si hay que atribuirles un origen, por lo general se les remite a un origen divino. En última instancia, los dioses son al mismo tiempo autores y fuente de autoridad de los remedios descritos.

60. La autora lleva a cabo actualmente una investigación sobre este conjunto de textos como parte del proyecto «Medical systems in transition: The case of the Ancient Near East», integrado en el Cluster of Excellence Asia and Europe in a Global Context, Universidad de Heidelberg.

61. Véase Steinkeller (1981, 90) para una discusión de los términos, especialmente en lo que se refiere al aspecto lexicográfico y a las variantes ortográficas de estos. El autor sostiene que en los textos presargónicos las escrituras UM+ME y UM+ME.DA aluden a dos realidades distintas: UM+ME.DA = *tārītum* se refiere a 'aya, niñera', y UM+ME = *mušēniqtum*, a 'nodriza'.

62. CAD T s.v. A, 232-233 y CAD M/2 s.v., 265-266, respectivamente. Cf. CAD E *sub enēqu* 'amamantar', 165-166.

Tu madre sabe concebir hijos en modo excelso, tu nodriza sabe alimentar a los bebés en modo excelso.

Algunas diosas, asociadas igualmente al trabajo de la partera, como Nintu o Ninhursaga, son descritas en algunos casos actuando como nodrizas, tanto de reyes como de dioses (Frayne 2008, 129, E1.9.3.1, iv 9-12 y 18-29; cf. *ibid.* E1.9.3.5, ii 2-3):

[El dios Ni]n[gi]r su [imp]lantó el [semen] de E-[a]natum (i. e., que engendraría a Eanatum) en el [inter]ior. [...] La diosa Inanna lo acompañó, le dio el nombre E-anna-Inanna-Ibgalakakatum, y lo sentó en la rodilla derecha de la diosa Ninhursaga. Ninhursaga [acercó (a Eanatum)] su pecho derecho.

Y (*Enūma eliš* I 83-86, en Bottéro y Kramer 1989, 608):

(A Marduk) lo engendró su padre, Ea. Lo dio a luz su madre, Damkina. Lo amamantaron pechos divinos. La nodriza que lo crió hizo que se llenase de una formidable vitalidad.

En comparación con los testimonios de los que disponemos para la actividad de las parteras divinas, las referencias a las diosas nodrizas inciden fundamentalmente en este aspecto de nutrir a la figura real o heroica, y apenas proporcionan otro tipo de datos sobre las bases de la profesión.

3.3. Las primeras evidencias de la actividad de las nodrizas

Las primeras atestaciones de la actividad de las nodrizas proceden de las listas de raciones recibidas como pago de sus servicios a los hijos e hijas de la familia real. En los textos de Ebla se las designa con la forma genérica *ga-dū* 'la que da la leche en el pecho', y a alguna de ellas, como a Gišadu, la nodriza del rey Irkab-damu, se la sigue recordando y mencionando en los textos en base a la función ejercida.⁶³ Entre las trabajadoras mencionadas en las listas de distribución de asignaciones en la corte de Ebla se incluye igualmente a las nodrizas (Milano 1990, 111-183 y 385; Biga 1997).⁶⁴

Existen también algunas referencias a nodrizas y cuidadoras en cilindro-sellos datados en el tercer milenio.⁶⁵ Uno de ellos contiene una inscripción sumeria que apunta a su pertenencia a una nodriza, y que ha sido interpretada y traducida de diversos modos. Nougayrol la traduce 'Dimmuži, el *mayordomo femenino*: Daguna, nodriza, hija de Tisha' (Nougayrol 1960, 209-214);⁶⁶ Steinkeller propone 'Timmuzi, el *mayordomo femenino*: Daguna es la nodriza de su hija' (Steinkeller 1981, 90; 1988).

La posesión de estos cilindro-sellos podría revelar un estatus de importancia ejercido por estas mujeres. El cilindro-sello pudo haber sido usado para la validación de documentos, si bien faltan evidencias que permitan reconstruir los detalles precisos de su estatus. Es probable que las nodrizas empleadas al servicio de la familia real, especialmente las dedicadas al cuidado de príncipes y princesas, hubiesen ejercido labores de responsabilidad dentro de la esfera real, más allá del término estipulado para el amamantamiento. Un caso ejemplar procede de Urkesh (Tell Mozan, en la actual Siria), donde se encontraron diversas impresiones del tercer milenio del cilindro-sello poseído por Zamena, nodriza al servicio de la reina Uqnitu. Los dos cilindros de la nodriza, de los que se conservan 28 impresiones, fueron usados para sellar bienes en nombre de la reina (Buccellati y Kelly-Buccellati 1997, 79-80). El sello relaciona a la nodriza con la reina, y según Buccellati y Kelly-Buccellati, este es uno de los pocos sellos en los que leyenda e iconografía van parejos (Buccellati y Kelly-Buccellati 1997, 82): la nodriza Zamena, representada frente a la reina, toma de la muñeca al niño que la figura real sostiene sobre sus rodillas.

Pero, ¿cuál es la ocupación fundamental de las nodrizas? Las madres que no pueden amamantar a su bebé, o los familiares al cargo de un niño o niña, ya sean estos huérfanos o no, lo ceden a cualquier mujer que pueda hacerlo. El pago, que estaba regulado legalmente, ascendía a unos 2 1/3 o 3 siclos de plata (entre unos 19 y 25 gramos, aproximadamente), o bien se saldaba en especie (comida, aceite, vestidos), por un período de 2 a 3 años (Steinkeller 1981).⁶⁷ Según las Leyes de Ešnunna §32 (Goetze 1956), del período paleobabilónico:

Si un hombre da a su hijo para que lo amamenten (y) críen, pero no entrega las raciones de cebada, aceite y

63. Biga (1991, 297-298); Biga (1994, 340, n. 23), que cita los textos 5, l. 140, y 25, l. 10, en Biga y Milano (1984), en los que se mencionan nodrizas; Biga (1997).

64. Para el caso de Mari, véase Charpin (1988, 29-48, n.º 298).

65. Steinkeller lo considera sargónico; Lambert opina que podría datarse en Ur III.

66. Nougayrol interpreta la escena del cilindro-sello como la presentación de la nodriza a la diosa Ninhursaga, así identificada por la presencia de una montaña que despunta entre los cuernos de la tiara, y otra que sirve de trono o taburete (Nougayrol 1960, 212; imagen en p. 210).

67. Las nodrizas se encargaban de amamantar también a los bebés adoptados, y, en ocasiones, la propia nodriza podía adoptar al bebé pagando el precio del amamantamiento. Otros ejemplos paleobabilónicos indican que la *nadītu* podía adoptar un bebé pagando el coste de la nodriza (al-Rawi 1979, 196-197; Stol 2000, 183; Ungnad 1909, texto 10/11).

lana durante tres años, pagará diez siclos de plata por la cría de su hijo y podrá tomar su hijo consigo.⁶⁸

En otro texto de naturaleza jurídica se certifica que Idin-Nana y Ahatum, los padres de Sin-ibnišu, han pagado los 12 gur de grano que le costó a Mannun-kīma-Šamaš (padre de Ahatum, y, por tanto, abuelo del bebé) contratar a una nodriza (*mušēniqtu*) para que amamantase y criase⁶⁹ al niño, y por tanto, Mannun-kīma-Šamaš no podrá reclamar la custodia de Sin-ibnišu.⁷⁰

Otros ejemplos textuales presentan a figuras femeninas vinculadas al culto religioso ejerciendo de nodrizas. Entre ellas, resulta emblemática la *qadištu*, mujer dedicada al culto de un dios,⁷¹ que puede ejercer, además, de cantante y de operadora cultural,⁷² pero cuyo estatus le habría permitido contraer matrimonio (Stol 2000, 187-188). En los siguientes ejemplos textuales paleobabilónicos se hace referencia a las *qadištu* que ejercen como nodrizas (Gruber 1986, 142; Ungnad 1909, texto 10: 1-5):

Zuhuntun, la esposa de Anum-kīnum, dio su hijo a Ittani, la *qadištu*, para amamantarlo.

Y (Ungnad 1909, texto 37: 13-17):

Waqartum se dirigió a los jueces en relación a su tarifa por el amamantamiento (*tēniqū*). Los jueces convocaron a la nodriza (*qadištu*), y ella recibió el pago por el amamantamiento.

En una carta paleobabilónica algo fragmentaria (Stol 1981, 108-109, texto 130, rev. 6-11), el remitente, Tutub-māgir, pide que le envíen el hijo del señor y la señora y que lo dejen a su cargo, y asegura que procederá a encontrarle una *qadištu* para que lo amamante. Stol apunta que las *qadištu* podrían haberse ocupado de la gestión del negocio de las nodrizas, aunque habitualmente en los textos se menciona que es la propia *qadištu* la que amamanta (Stol 2000, 187).

La *nadītu*,⁷³ que en Sippar ejerce igualmente funciones de escriba, así como la *ištarītu*, podían detentar también funciones ligadas a la asistencia de parturientas y de infantes. Aparentemente, las *nadītu* se habrían encargado en ciertos casos de la gestión de las nodrizas.

3.4. Las funciones de la nodriza

La nodriza, siendo una mujer que bien ha perdido a su propio bebé, bien cuenta con un excedente de leche (o que incluso decide amamantar al bebé de terceros para obtener beneficios económicos), se ocupa fundamentalmente de alimentar al neonato. Los términos usados para ‘amamantar’ suelen ser el sum. ga gu, lit. ‘comer / alimentarse de leche’, ac. *enēqu* ‘succionar (la leche), amamantar’ (CAD E s.v., 165-166);⁷⁴ y las formas sum. lá, ac. *rakāsu* ‘atarse (al pecho)’ (Sjöberg y Bergmann 1969, 143, 502-503). La leche materna es considerada fuente de fuerza y vitalidad (*Lugale*, 27-28, en Van Dijk 1983, 55):

Ninurta, ella (la Tierra) ha dado a luz un guerrero sin miedo, el Asakku, un hijo que, sin haberse sentado (sobre las rodillas) de una nodriza, ha mamado la fuerza de la leche (materna).

Al contrario que en otras tradiciones escritas de la antigüedad,⁷⁵ en el caso de Mesopotamia no contamos con descripciones exhaustivas sobre las características que debe poseer la nodriza perfecta, pero sí que disponemos de algunos apuntes suficientemente esclarecedores sobre algunas de las cualidades deseables. La calidad de la leche es fundamental para el crecimiento en salud del bebé. Esta debe ser dulce (ac. *ṭābu*), como lo revela el siguiente texto, en el que se listan expresiones relativas a las nodrizas (u m - m e - g a - l á / *mušēniqtu*, l. 35-39) y a las niñeras (l. 40-43, *tarītu*) (Haupt 1881-1882, 84-85, texto 11, l. 36):

Nodriza cuyo pecho es dulce.

68. Cf. Stol (2000, 186, n. 95), referencia al texto UMM H 24, quien incluye correcciones al texto. Para otros ejemplos de pago, véase Figulla (1953, texto 92); Chiera (1922, texto 107); Faust (1941, texto 152).

69. Véase *rubbū* ‘criar (aplicado también al cultivo)’, en CAD R sub *rabū* 7, 45-48, y *tarbītu* ‘cría, cuidado (de un bebé o niño)’, en CAD T s.v. A, 223-225. Ambas acciones pueden ser realizadas tanto por hombres como por mujeres.

70. Gordon (1952, 33, texto 42, para transliteración y traducción, pl. L-LII para la copia manuscrita de la tablilla).

71. En las ciudades Kish y Sippar habría sido devota de Adad, el paredro de Bēlet-ilī, diosa del nacimiento; en Mari, de Annunītu.

72. Westenholz (1989) la relaciona también con la prostitución. En la serie contra la brujería *Maqlū* III 44-45 aparece mencionada en combinación con la *nadītu*, la *ištarītu* y la *kulmašītu*, demonizada y equiparada a la bruja. En la versión acadia de Emar de la composición literaria *Debate entre el tamarisco y la palmera*, se menciona a la *qadištu* esparciendo agua y participando en un festival religioso (Wilcke 1989, 176, l. 46). Westenholz (1989, 254) describe a la *qadištu* como participante en rituales y festivales a partir del período paleoasirio; cf. Hirsch (1972, 58), Menzel (1981, 262), Gruber (1986, 133).

73. Harris (1963; 1964); Figulla (1967, 305); Harris (1975, 196-197 y 288).

74. Un proverbio bilingüe expresa la siguiente creencia: u m - m e - d a n á - a g a - K A x G A í b - t a - a n - š u b = n a - a - k u š u - n u - q a ú - š a (var. da) - a d - d a “(sum.) la nodriza que mantiene relaciones sexuales pierde (la capacidad) de amamantar; (ac.) mantener relaciones sexuales hace perder (la capacidad) de amamantar” (Langdon 1912, 235 ii 43-44).

75. Cf. Sorano *Enfermedades de las mujeres* II 8-10, en Burguière (1988-2000, 28-40).

Si la leche es amarga, el bebé corre el peligro de enfermar, como lo demuestra el siguiente pasaje tomado de la serie de diagnósticos y pronósticos (Labat 1951, 220-222, 36-37):

Si las carnes del niño se desgastan / menguan mientras es amamantado, y (si) el pecho de su nodriza (*mušēniqtu*) es fino / estrecho, si no come cuando le dan el pecho: ese pecho tiene amargor(?). Deberás cambiarlo a un nuevo pecho, y se recuperará.⁷⁶

Este mecanismo de buscar «un nuevo pecho», es decir, una nueva nodriza para el bebé, se confirma en otros documentos textuales, como en el caso de la siguiente carta paleobabilónica (Kraus 1964, texto 31, rev. 7-9; cf. Stol 2000, 184):

Si vieses que su pecho no es bueno, da el niño a otra nodriza.

Además, la nodriza tiene la obligación de informar a los padres del bebé de la muerte del precedente niño o niña a su cargo, como lo demuestra la siguiente disposición legal medioasiria (Driver y Miles 1955, 76-77; cf. CH § 194, 23-40 y Cardascia 1982):

Si un hombre ha dado su hijo a una nodriza para que lo amamante y ese hijo ha muerto al cargo de la nodriza, (y si) la nodriza une otro bebé (a su pecho) sin (el conocimiento) de su padre o de su madre, la castigarán, y por el hecho de haber unido otro bebé (a su pecho) sin (el conocimiento) de su padre ni de su madre, cortarán su pecho.

La nodriza y la niñera deben conocer, además, el modo justo de sujetar al bebé entre los brazos, probablemente tanto para amamantarlo como para llevarlo consigo, y esto se demuestra en otras entradas del encantamiento bilingüe mencionado más arriba, en los que se apuntan los modos incorrectos de llevar al neonato (Haupt 1881-1882, 84-85, texto 11, l. 40-43; cf. Borger 1969, 5):⁷⁷

Niñera cuyo abrazo es relajado,
Niñera cuyo abrazo es suelto,

Niñera cuyo abrazo es poco firme,
Niñera cuyo abrazo no está en la posición correcta.

Las nodrizas ejercen, además, una importante función afectivoemocional, puesto que adormecen, cuidan y tranquilizan al bebé (*Debate entre el pájaro y el pez*, 54-55):

(El pájaro) como si fuese una tata que cantase una nana (lit. que dijese u₅-a-aš, una expresión que tranquiliza) no prestó atención a su palabrería.

Y (Kramer 1971, 194-195, 29-30):

La nodriza, feliz en su interior, hablará con él. La nodriza, feliz en su interior, lo amamantará.

Se han conservado textos de nanas en la forma de encantamientos destinados a calmar y a adormecer a los bebés que constituyen un subgénero denominado LÚ.TUR HUN.GÁ '(para) tranquilizar al bebé'.⁷⁸ Estos textos derivan, muy probablemente, de la tradición oral de ámbito doméstico, y con seguridad fueron usadas, aunque no exclusivamente, por las nodrizas (Farber 1989, 84-89; traducción en Foster 1993, 894):

[Pequeño, que ha molestado a su padre, que ha hecho que los ojos de su madre se llenasen de lágrimas]. Los peludos⁷⁹ están enfurecidos, Ištar no pudo conciliar el sueño en su cuarto. Que el dulce sueño te haga descansar, que el sueño, el bienestar, y el silencio caigan sobre ti. Eructa como un borracho, silba como el muchacho (que trabaja para) la tabernera. Hasta que tu madre venga, te toque y te tome en brazos, está tranquilo como un estanque, está quieto como una charca. Que el sueño caiga sobre ti como (sobre) un rebaño de bueyes descansando. Escúchame, niño, debes dormir, quien duerme es liberado.

Y (Farber 1989, 36, 7-10):

En lugar de hacer bien a tu padre, de dejar que tu madre haga las cosas (normales que hace) la gente, has asustado a la tata / niñera (*tārītam*), has disturbado el sueño de la nodriza (*mušēniqtam*).

76. Cf. Labat (1951, 222, 38), donde se prescribe que el bebé sea cambiado de pecho para curar su *ašū* y su *samānu*. Cavigneaux y al-Rawi han editado un encantamiento contra la «mala lengua» en el que, entre los efectos dañinos de esta, se cuenta el siguiente: «(la mala lengua) no deja en su lugar (i. e. afecta) la leche de la nodriza; / no deja que la nodriza críe correctamente (al bebé)» (Cavigneaux y al-Rawi 1985, 183, líneas 6 y 7).

77. Véase el término *kirimmu* en CAD K s. v., p. 406, para la expresión 'sujeción, posición de los brazos de la madre para acunar al bebé'; cf. Labat (1951, 218, 16).

78. Farber (1990, 146) sostiene que las nanas terminarán siendo integradas en el corpus de textos mágico-religiosos, con rituales asociados, como parte de la *tradition of exorcism*. El lenguaje usado en estos textos o nanas generalmente no guarda paralelismos con las estructuras habituales de los textos mágicos y rituales de la tradición mesopotámica, sino que evocan un origen oral.

79. *Lahmu*, se refiere a un tipo de monstruo o ser mitológico, véase CAD L s. v., 41-42; Black y Green (1992, *sub lahama*, 114, y *sub lahmū*, 115).

Por otro lado, en algunos casos las nodrizas continúan estando presentes en la vida adulta de los infantes a los que amamantaron y cuidaron. Buen número de ellas se ocupan del cuidado de los hijos del rey, y entre ellas destaca, especificándose como tal, la «nodriza del rey», como es el caso de Gisadu durante el reinado de Irkab-damu (ca. 2340), en Ebla, que permanece toda su vida en la corte. En los textos procedentes del archivo real de Mari, a menudo a las cuidadoras se las denomina *ummu* ‘madre’, e incluso permanecen al servicio de los niños y niñas que amamantaron después de que estos hayan crecido y contraído matrimonio. En una de las cartas pertenecientes a dicho archivo, escrita por el funcionario Ušur-awassu al rey Yasmah-Addu, se informa no solo sobre el estado de salud de la reina Bēltum (quien ha sufrido una insolación), sino también sobre la llegada desde Qatna a la corte de Mari de la antigua nodriza (*ummu*) de la princesa, respondiendo a la petición caprichosa de Bēltum. De esta *ummu* se especifica en la carta que crió a Bēltum de pequeña, y que conoce sus costumbres (Charpin 1988, texto 298; Durand 1990, 276).⁸⁰

En otra carta de Mari se menciona a Bahlī-baštī, perteneciente a las mujeres de la casa de Yarīm-Addu, que es cedida a la princesa Narāmru para que ejerza de madre (*ana ummūt Narāmru*), dado que la princesa ha sido dada en matrimonio a Šarriya, rey de Eluhut (Bardet 1984, 72-74, carta n.º 84). Ziegler, quien ha estudiado las listas de asignaciones y otros textos relativos al denominado *harén de Mari*, observa que las *tārītu* o niñeras probablemente vivían en el interior del palacio, puesto que sus nombres se incluyen en las listas de asignaciones del personal palacial; por el contrario, las nodrizas *mušēniqtu*, debieron de hacerlo fuera del palacio, puesto que sus nombres se incluyen después de la sección que hace referencia a las trabajadoras del palacio (Ziegler 1999, 108-109).

En relación con esta presencia activa de la nodriza en la vida del niño o niña y a menudo en la posterior fase adulta, cabe destacar su función educadora durante la infancia. Las primeras fases de la vida pasadas en compañía de las mujeres, la educación y los cuidados dispensados, influyen de modo decisivo en la formación humana del futuro rey, como se sintetiza en el

siguiente pasaje sumerio de naturaleza casi proverbial (*Instrucciones de Šuruppak* 257; Alster 1974, 49):

Las nodrizas en el *gineceo* determinan el destino de su señor.⁸¹

4. Mujeres cuidadoras: una conclusión

En este capítulo he analizado, principalmente, la actividad de tres profesionales en Mesopotamia: la partera, la nodriza y el aya. El espectro de mujeres cuidadoras, entendido como aquellas que ponen diligencia, atención y solicitud en la ejecución de algo, que asisten, guardan, conservan,⁸² sin embargo, abarca muchos otros cometidos, espacios, y protagonistas. En los “harenes” (léase *gineceo*, espacio reservado a las mujeres dentro del palacio, etc.) de Mari, la mujer o mujeres del rey gestionan como delegadas los asuntos de su marido durante la ausencia de este (Dossin 1978), y en ese constante velar por el buen funcionamiento de la red doméstica (y, a menudo, también política) se incluyen los aspectos de salud y bienestar.

Otros ejemplos proporcionan casos directos del cuidado de niños, enfermos, etc. En una carta paleobabilónica (Lutz 1919, 83-84, texto 5 y pl. LI), la remitente escribe a su hermana Iltani para que cuide de su hijo, y promete reembolsarle los gastos de manutención.

Otras evidencias textuales nos hablan de las mujeres ancianas ejerciendo de consejeras o educadoras de las generaciones más jóvenes. El término con el que se las suele denominar es *um-ma* ‘viejo, -a’ en sumerio, y *šibtu* en acadio, y el análisis de sus áreas de acción merecería un capítulo aparte. Valga decir, por el momento, que afirmaciones como la hecha en Harris (2000, 98), «Women, especially older women, serve as mediators and intercessors, not as creators of culture», parten de la identificación errónea de *cultura* con cultura escrita, docta, académica, sin considerar la existencia de una cultura oral, empírica, práctica, transmitida e incluso perfeccionada mediante mecanismos distintos de la escritura.

En este capítulo, por tanto, he procurado ofrecer una visión panorámica lo más completa posible de las

80. En otra carta, publicada por Dossin (1978, 146-149, texto 97), Ahāssunu pide al rey que se le permita a su ama, a quien ella llama *ummu* ‘madre’, abandonar su servicio (se refiere a ella como *qīštu* ‘don, ofrenda’), probablemente por una disminución en el rendimiento de este a causa de su edad. En las líneas 23-27, se cita un fragmento de una carta previa que el ama escribió a Ahāssunu pidiendo que esta intercediese ante el rey: se evidencia aquí, como en otros ejemplos, la existencia de redes de contacto dinámicas entre mujeres asociadas a la esfera de poder. La carta también ha sido tratada por Durand (1985, 413-415). Para este y otros ejemplos similares, véase Bardet (1984, 72-74, texto 84).

81. El término *a m a*, alude a un espacio femenino cuya función y características no han podido ser convenientemente definidas. Suele traducirse como ‘lugar o dominio de las mujeres, *gineceo*’, y en la literatura se aplica, por ejemplo, al templo de Akkad fundado por Inanna y descrito como el *a m a* 5 de la diosa (*La maldición de Agadé*, 5, 11, 61). La traducción que del vocablo se da en acadio, *maštaku*, guarda una acepción más general como ‘habitación, cuarto; almacén’. Para la discusión y las atestaciones del término, véase Kramer (1987, 107-108), Michalowski (1989, 76-78), De Maaijer y Jagersma (1997-1998, 285 *sub á - g i*) para una crítica a la interpretación de PSD A/II *sub á - g i*, 62.

82. A partir de RAE *sub cuidar* (<http://buscon.rae.es/draeI/>; consulta: 17 de noviembre de 2009).

evidencias de las que disponemos para conocer los roles de la partera, la nodriza y la cuidadora en el ámbito mesopotámico. Las fuentes, como espero haber demostrado a lo largo de estas páginas, guardan una naturaleza dispar en cuanto a contenidos, procedencia geográfica, cronología y finalidad, y por ello lo dicho hasta aquí no puede tomarse de ninguna manera como verdad cierta e inmutable para los tres milenios en los que se mantuvo viva la escritura cuneiforme. Aun así,

no debe minusvalorarse la relevancia de los datos de los que disponemos en lo que se refiere a la actividad asistencial y sanitaria de las mujeres en el contexto de la antigüedad. Al contrario, debe alentarnos para continuar la búsqueda, el estudio y la investigación, especialmente cuando se trata de descubrir las bases de estas actividades en momentos tan distanciados de nuestro presente como los aquí tratados.

Susana Reboreda Morillo

Grupo de Estudios de Arqueología y Territorio, Universidad de Vigo

1. Introducción

El objetivo principal de este estudio se vislumbra muy complejo ya desde su planteamiento; resulta realmente complicado llegar a esbozar cómo se establecía la relación entre las madres e hijas en la antigüedad griega. Los motivos parecen bastante obvios. En primer lugar, como ya se ha subrayado muchas veces, los autores de las principales fuentes de estudio, tanto escritas como iconográficas, eran varones, y este tema no se encontraba entre sus prioridades. Además, parece bastante evidente que existía cierta reserva a exponer aspectos de la vida privada, especialmente si se trataba de realidades femeninas del interior del *oikos*. Para intentar resolver estos inconvenientes, se ha optado por una previa contextualización de la situación que lleva a la mujer a ser madre y se ha recurrido a todo tipo de fuentes posibles: escritas, tanto literarias como epigráficas; iconográficas y arqueológicas. Aun así, las conclusiones, en ciertos aspectos interesantes, están lejos de ser definitivas y en muchos casos nos moveremos en el campo de los supuestos; supuestos, a mi entender, plenamente enriquecedores e ilustrativos de una situación que, hasta hace una veintena de años, no resultaría, al menos en ciertos aspectos, tan ajena a las mujeres incluso de la cultura occidental.

2. La maternidad divina: Deméter y Perséfone

En las sociedades antiguas cualquier aspecto de la vida pública y privada se encontraba íntimamente imbricado en el sentir religioso; en parte porque los mitos, entre otros muchos aspectos, eran una vía para justificar la situación establecida y servían de modelo

o contramodelo en el mundo terreno. Este motivo nos lleva a comenzar por un breve análisis de la situación en el contexto divino, concretamente el referido a las diosas olímpicas. El primer factor que comúnmente llama la atención es que, de las seis divinidades femeninas, tres permanecen vírgenes voluntariamente y con tesón –Atenea, Ártemis y Hestia– y dos –Hera y Afrodita–, si bien tienen descendencia, tienen una relación con sus hijos o hijas que no se puede calificar de maternal en el sentido estricto, a pesar de que respectivamente sus campos de actuación se refieran al matrimonio y al amor. En contraposición con estas cinco diosas, se erige la figura de Deméter, diosa de la fertilidad, símbolo y referente de los lazos maternofiliales, realidad que se ve acrecentada al ser puesta en valor en relación con sus homólogas; una evidencia más de que las divinidades del panteón olímpico solo pueden entenderse y definirse a nivel colectivo, como seres opuestos y complementarios.

En relación con el tema concreto de las madres e hijas, debemos hacer una pequeña parada en el relato mítico más significativo de Deméter que describe un episodio cuyo centro es el lazo conmovedor que la une con su hija Perséfone y que aparece descrito de forma magistral en el segundo *Himno homérico a Deméter*, datado entre finales del siglo VII y principios del siglo VI a. C. Los análisis de este magnífico canto son prolíficos desde temáticas muy amplias; por mi parte voy a ceñirme a definir las manifestaciones del relato, sin duda modélicas, que subrayan la fortaleza del vínculo entre madres e hijas.

El tema central circula alrededor de la repentina desaparición de Perséfone y la consecuente desesperación de su divina madre, descrita con las siguientes palabras (*Himnos homéricos*, «Himno II: A Deméter», 40-52):

1. Esta publicación se enmarca en el Proyecto de Investigación I+D+I financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad y dirigido por la profesora Rosa Cid López de la Universidad de Oviedo titulado “Maternidades y familias: permanencias, cambios y rupturas en la historia. Entre las sociedades antiguas y contemporánea” (HAR 2013-42371-R).

Un agudo dolor se apoderó de su corazón. En torno a sus cabellos perfumados destrozaba con sus propias manos su tocado. Se echó un sombrío velo sobre los hombros y se lanzó, como un ave de presa, en su busca [...] Y ya no se nutría con la ambrosía y con el néctar dulce de beber, presa de aflicción. Y tampoco sumergía su cuerpo en el baño.²

Es esta actitud la que provoca la compasión de Helios, divinidad estratégicamente situada, que podía observar casi todo lo que acontecía, y que confiesa lo sucedido: Hades, de acuerdo con Zeus, en un arrebato de amor y pasión, raptó a Perséfone con la finalidad de convertirla, a espaldas de la madre y hermana de los dos dioses, en su consorte y reina del tenebroso Hades. El desgarró que sufre Deméter resulta diáfano en sus sucesivas reacciones, perfectamente asimilables a los sentimientos humanos. Rompe el vínculo con su hogar y sus parientes al abandonar el Olimpo; recorre desesperada y sin rumbo el mundo terrenal hasta que se hace pasar por una vulgar nodriza de un bebé mortal. En su permanente confusión, mediante prácticas como poner al niño en contacto con el fuego, intenta convertirlo en inmortal, cometido que fracasa cuando la madre del pequeño la descubre aterrorizada. La frustración no hace más que acumularse, el dolor se transforma en cólera y, como diosa de la agricultura, se materializa en la retirada de la fertilidad de los campos, lo que provoca una situación límite que aparece descrita en los siguientes versos (*Himnos homéricos*, «Himno II: A Deméter», 305-314):

Hizo que aquel fuera el año más espantoso para los hombres sobre la tierra fecunda, y el más perro de todos, pues la tierra ni siquiera hacía medrar semilla alguna [...]. De seguro habría hecho perecer a la raza toda de los hombres de antaño por la terrible hambre, y habría privado del magnífico honor de las ofrendas y sacrificios a los que ocupaban las olímpicas moradas, si Zeus no se hubiese percatado y lo hubiera meditado en su ánimo.

En realidad, la venganza de Deméter no se dirigía estrictamente hacia los humanos, a pesar de resultar estos, a simple vista, los principales afectados; las consecuencias últimas de esta completa carestía repercutirían en todas las divinidades Olímpicas, que dejarían de percibir sacrificios. De todas las manifestaciones de piedad posibles, el sacrificio era la más significativa, en la medida en que daba sentido a la existencia de los dioses, tal y como parodia Aristófanes en su comedia *Las aves*. Este es el motivo que lleva a Zeus a reaccionar, primero intentando infruc-

tuosamente convencer a su hermana a través de emisarios divinos y después presionando a Hades para que libere a Perséfone. Bajo la aparente cesión del dios del inframundo se esconde un acto de astucia, al persuadir a la inocente Perséfone que ingiera comida antes de partir; este sencillo gesto no le impedirá el reencuentro con su madre, pero la vinculará de forma definitiva al funesto consorte y a su reino.

La intensidad de los sentimientos descritos en el reencuentro entre madre e hija es la mejor constatación de la fortaleza del lazo que unía a ambas (*Himnos homéricos*, «Himno II: A Deméter», 387-389 y 435-438):

Ella (Deméter) al verla se lanzó como una ménade por el monte sombreado por el follaje. Desde el otro lado, Perséfone, cuando vio los hermosos ojos de su madre, dejando el carro y los corceles, se lanzó a la carrera y le echó los brazos al cuello, abrazándola [...]. Así entonces, el día entero, con unánime anhelo, conformaban de múltiples formas su corazón y su ánimo, demostrándose mutuo cariño. Su ánimo se liberaba de dolores, y recibían una de otra alegrías y a la vez se las daban.

Pronto Deméter descubre la estratagema de su hermano Hades y el indisoluble lazo de Perséfone con él y su mundo. La solución se encontrará en una cesión compartida: Perséfone residirá con su madre en el Olimpo durante dos tercios del año; el tiempo restante deberá permanecer en el inframundo como consorte de Hades. Este traslado se identifica con el ciclo vegetativo: la primera etapa, de mayor felicidad para ambas diosas, coincidirá con el momento de esplendor y belleza en el campo; su retirada al Hades simbolizará la temporada más improductiva, es decir, el invierno.

Como recordatorio de este acontecimiento se exige a los seres humanos que instituyan un culto en honor a ambas diosas en la localidad próxima a Atenas, Eleusis, donde como veremos, a través de los célebres Misterios, se ritualizaba el conjunto del mito.

Más allá de este conmovedor relato que justifica el paso de las estaciones y la fertilidad agrícola, es posible extraer una serie de conclusiones. La primera es que este mito era, muy probablemente, el referente social de las relaciones maternofiliales, más concretamente de los lazos que unían a una madre con su hija. La segunda es que la armonía predominante entre ambas se vio truncada con una doble intervención masculina, del padre y del tío de la joven, quienes conciertan su matrimonio, a espaldas de su madre y sin su consentimiento. Además, el dolor ante la separación provocada por el matrimonio es evidente. Las concomitancias con la realidad histórica resultan obvias y, como trataré de argumentar, la inevitable

2. La traducción empleada en las citas de esta obra es la de A. Bernabé Pajares (1988).

separación entre ambas mujeres que provocaba el lazo matrimonial suponía un momento traumático, aunque las relaciones continuasen con posteridad.

Dejemos de momento a las diosas y veamos qué podemos saber sobre la realidad de esas mujeres de la antigua Grecia.

3. Las responsabilidades de una madre griega

3.1. La concepción y el parto

Es comúnmente admitido que a las mujeres en Grecia, como en otras muchas sociedades patriarcales de la antigüedad, se le inculcaba como responsabilidad máxima la de ser madres de hijos o hijas con la evidente finalidad de perpetuar la especie. En el caso de Atenas y, especialmente a partir de la ley de ciudadanía de Pericles, además de mantener la especie, se perpetuaba la clase social, ya que los ciudadanos solo podrían nacer de padre y madre *astoi*, es decir, miembros de la comunidad ateniense; los metecos engendraban metecos y los esclavos se reproducían en esclavos. Todos y cada uno de estos grupos eran imprescindibles para el mantenimiento del sistema de la *polis* ateniense.

En función de esta realidad, la vida de las mujeres hijas de ciudadanos, tal y como veremos, se planificaba con un objetivo diáfano: convertirlas en buenas esposas y en buenas madres. La famosa frase de Demóstenes en la que afirma que las hetairas servían para el placer, las concubinas para el cuidado diario del cuerpo y las esposas para la producción de hijos legítimos y la protección de los bienes de la casa,³ no es más que un testimonio entre muchos. En el campo de la epigrafía, los epitafios de las doncellas reflejan el lamento sobre una muerte prematura que ha impedido a la joven casarse y tener hijos; es decir, cumplir con la realización plena de su género. Cavalier (1996) apunta que la belleza reflejada en las estelas subrayaba la desgracia de ese destino que provoca que esa belleza permanezca desempleada.

Las responsabilidades de una esposa comenzaban, pues, con la necesidad, en principio imperiosa, de la propia concepción; es preciso tener presente dos aspectos significativos. Primero, que el pensamiento filosófico tradicional griego atribuía a la madre un papel pasivo en la reproducción, al ser considerada únicamente como el receptáculo de la semilla del varón. La segunda es que, a pesar de que la medicina griega asumía el papel activo en la procreación de la mujer, también atribuía la incapacidad de concebir a un pro-

blema relacionado estrictamente con ella, nunca con el esposo, tal y como sugiere el tratado hipocrático *De las mujeres estériles*, donde se resumen una serie de causas relacionadas sobre todo con una disfunción de la matriz (Sissa 2001). Los remedios empleados a veces resultaban peligrosos y otras muchas infructuosos. En este último caso el marido tenía un motivo fundado para solicitar el divorcio y contraer un nuevo matrimonio con la finalidad de subsanar el fracaso anterior.

Una vez confirmado el embarazo, la segunda preocupación se centraba en cómo llevarlo a buen término. Sin duda uno de los momentos más peligrosos y arriesgados era el parto, como subraya la afirmación de Medea: «Dicen que vivimos en la casa una vida exenta de peligros, mientras que ellos luchan con la lanza. ¡Necios! Preferiría tres veces estar a pie firme con un escudo que dar a luz una sola vez.»⁴ En este punto es preciso mencionar el lúcido estudio de N. Loraux, en el que equipara la muerte por la *polis* en el combate al fallecimiento de las mujeres al traer ciudadanos al mundo (Loraux 2002, 43-97). Probablemente en consonancia con esta casi heroicidad debamos comprender la relativa frecuencia con que se subraya esta causa en las inscripciones funerarias y en la iconografía que las acompaña en *lekytos* y estelas, donde se incluyen mujeres completamente exangües. La escasa edad de las primíparas, la precariedad higiénica y la incapacidad de la medicina eran las causas recurrentes (Bernard 2003, 81). La amenaza del peligro era una constante y las mujeres buscaban la mejor protección, tanto en los amuletos como en un elevado número de divinidades femeninas que las acompañaban en el duro proceso. La superación con éxito de este trance tan arriesgado siempre iba acompañada de las pertinentes ofrendas.

El momento del parto era una actividad exclusivamente femenina. Colaboraban todas las mujeres de la casa y la madre de la parturienta ocupaba un papel muy significativo. La ayuda «técnica» provenía de una comadrona, *maia*, una mujer de edad madura que ya había pasado por la experiencia de la maternidad. En el diálogo de Platón *Teeteto* encontramos la justificación mítica de esta inexcusable condición (149 c):

Dicen que la causante de esto es Ártemis, porque, a pesar de no haber tenido hijos, es la diosa de los nacimientos. Ella no concedió el arte de partear a las mujeres estériles, porque la naturaleza humana es muy débil como para adquirir un arte en asuntos de los que no tiene experiencia, pero sí lo encomendó a las que ya no pueden tener hijos a causa de su edad, para honrarlas por su semejanza con ella.⁵

3. Demóstenes: *Discursos privados* LIX, *Contra Neera*, 122-123.

4. Eurípides: *Medea* (248-251). Traducción de A. Medina, J. A. López Férez y J. L. Calvo. Biblioteca Clásica Gredos.

5. Traducción de Vallejo Campos (1996).

3.2. La crianza y la educación

Una vez que la criatura llegaba al mundo, la responsabilidad de su futuro inmediato recaía sobre el padre, quien decidía si era admitida como miembro de la familia⁶ o si se seguían otros cauces (infanticidio o exposición). Sin profundizar en ese tema, sí quiero subrayar la absoluta incapacidad de la madre para decidir sobre el niño o la niña que, con grandes dificultades, había traído a la vida. Los casos de niñas expuestas eran más frecuentes que los de los niños, ya que se consideraba que podían incidir negativamente en la economía de una casa, a pesar de que, como indica Jenofonte,⁷ se les alimentaba peor y que a través de su matrimonio podían realizarse interesantes alianzas entre familias. La otra cara de la moneda, que probablemente tenía más peso, era la necesidad de entregarles una dote en el momento del matrimonio.

A partir del momento en que el bebé era legitimado en el seno de la familia, la responsabilidad se transfería de nuevo a las mujeres de la casa, en general, y a la madre, en particular. Su función más inmediata, por encima de las tareas cotidianas relacionadas con la limpieza y alimentación, era encargarse de la educación. Esta enorme responsabilidad tenía implicaciones importantes, que en principio no eran asumidas por la sociedad griega que entendía este proceso como algo natural. Frente a esta «naturalidad», tenemos datos que apuntan a otra dirección, como la denuncia de Platón al calificar como paradójica que esta función descansara sobre unos seres, las mujeres, a las que nunca se consideró necesario educar (Sissa 2001, 129-131).

Quizás debamos centrar la paradoja en otra realidad, ya que si por una parte, como indica Lewis (2002, 81), la madre, en teoría, no era considerada el centro del hogar, sino que todo giraba en torno al padre, en la práctica era ella quien se encargaba del día a día de sus hijos y quien estaba en contacto más intenso con ellos en un momento tan determinante en su vida como es la infancia. Entra dentro de la lógica afirmar que la mayor o menor proximidad de una madre con sus hijos estaría, al menos en parte, relacionada con el estatus económico, pero siempre superaría la de un padre que pasaba gran parte de su tiempo fuera del hogar, dedicado a la política o a la guerra. A mayor rango social, mayor ayuda y menor proximidad, con más tareas desempeñadas por amas de cría y/o nodrizas, muchas

esclavas, pero incluso en este contexto, siempre bajo la supervisión de la señora de la casa. En cualquier caso me pregunto si la excesiva preponderancia que la tragedia otorga a las nodrizas no formará parte de esas manipulaciones de los autores, con el posible objetivo, más o menos consciente, de minimizar la importante responsabilidad de la madre.

Es interesante subrayar que las actividades de ocio a las que tenían acceso las mujeres ciudadanas eran, por lo que sabemos, bastante escasas; de hecho si, como está demostrado, todas las mujeres, independientemente de su estatus social, tejían y confeccionaban vestidos, es más que probable que también mantuvieran una relación estrecha con sus hijos. En consonancia con lo expuesto, Aristóteles afirma que las madres aman a sus hijos más que sus padres, porque ellas piensan que sus hijos son de su propia responsabilidad;⁸ Eurípides es de la misma opinión, aunque la fundamenta en la certidumbre de que el hijo sea suyo, mientras el hombre solo puede creerlo.⁹ Cuando Clitemnestra le pide ayuda a Aquiles para que Agamenón no sacrifique a su hija, la intervención del coro es contundente: «Tremenda cosa es ser madre; e infunde a todas un gran hechizo de amor, que impulsa a sufrirlo todo por los hijos».¹⁰

Para analizar las relaciones afectivas que rodeaban a una esposa, debemos de tener en cuenta ciertas premisas. La primera es la muy probable ausencia de cariño entre unos cónyuges que manifestaban una diferencia de edad acusada y que habían tenido un contacto muy reducido o nulo con anterioridad a su matrimonio; a ello añadimos el súbito traslado de residencia de la novia a la casa del marido con la familia de este. Sin duda, a nivel general, ella no debió de encontrar, al menos en un primer momento, un ambiente muy cálido. En relación con estas premisas, no sería muy aventurado afirmar que la generalidad de estas mujeres vieron en sus descendientes una vía trascendental para manifestar y recibir afecto; en este último sentido, la educación de los hijos podría convertirse en una de las tareas femeninas más gratificantes. Probablemente fuera un sentir recíproco;¹¹ de hecho un tema recurrente en la literatura es la gratitud debida a una madre.

Además de los afectos hay un aspecto ideológico, la continuidad de la ciudadanía y de la *polis* residía en la renovación de ciudadanos varones que contribuye-

6. Este reconocimiento se ritualizaba en las Anfíromías: el padre levantaba en brazos a su hijo o hija recién nacido y daban una vuelta alrededor del fuego doméstico.

7. *República de los Lacedemonios* I, 3, y *Económico* 7, 6.

8. Aristóteles: *Ética Eufemia* 1241b 7-9.

9. Fragmento 1015, apunte tomado de Morales Ortíz (2007, 165).

10. Eurípides: *Ifigenia en Aúlida* 917-918; traducción de C. García Gual. Biblioteca Clásica de Gredos.

11. Golden (1993, 100) afirma que los hijos parecen manifestar por sus madres un sentimiento más intenso, probablemente fruto del contacto más íntimo y perdurable.

sen al soporte político-bélico, y de mujeres, las únicas capaces de concebir. No parece poca responsabilidad (Foley 2003, 119) hacerse cargo del período de crianza; la inculcación de los valores por las madres podría tener a largo plazo implicaciones políticas (Picazo 2008, 139), como el ejemplo narrado por Heródoto de la venganza de las mujeres milesias: «Y a causa de esta matanza tales mujeres, habiéndose impuesto una norma a sí mismas, se impusieron juramentos, y los transmitieron a sus hijas, de no comer nunca en compañía de sus maridos y de no llamar al marido propio por su nombre».¹² También Eurípides¹³ subraya las desgraciadas consecuencias que puede tener la influencia de una mala madre sobre su hija, como sucedió con Helena y Hermíone, quien heredó los rasgos negativos de su madre; el trágico va más allá cuando subraya que las derivaciones de una esposa inadecuada resultaban funestas no solo para el *oikos*, sino también para la *polis* (Morenilla 2007, 21).

Es importante destacar que las fuentes clásicas minimizan o incluso negativizan esa relevancia del papel femenino en la transmisión de valores a través de la educación y la proximidad afectiva. Esta escasa consideración de la maternidad experimenta cambios a partir de mediados del siglo V, al principio de forma velada y después con más claridad. La arqueología detecta un progresivo esmero en los enterramientos de los niños, localizados en las puertas más prestigiosas de la ciudad de Atenas; ambos factores derivados de la consciencia de su papel como futuros ciudadanos de una *polis* cada vez más afianzada (Houby-Nielsen 2000, 162-3). Más llamativo, para el asunto que nos ocupa, es el siguiente cambio: si con anterioridad las tumbas de los niños se ubicaban próximas a los hombres adultos; en época clásica se asociaban a las de las mujeres. No podemos obviar que son las parientes femeninas de los fallecidos quienes preparaban esos esmerados enterramientos.

También se aprecian cambios en la iconografía de mediados del siglo V a. C. (Beaumont 2003). En la cerámica de figuras rojas, a diferencia de las figuras negras, se vuelven más visibles los contextos domésticos que muestran a la madre en un ambiente familiar con su hijo en brazos. Beaumont lo interpreta como la muestra de un nuevo orgullo de la unidad familiar como apuntalamiento de esos valores de la *polis*, coincidente con la nueva ley de ciudadanía de Pericles. Shapiro (2003) subraya que escenas equivalentes con un padre son inexistentes; en las raras ocasiones en que se incluye la figura paterna en un contexto doméstico, casi siempre aparece como un observador marginal. En los relieves del templo de Apolo en Bassai, se representa el rapto de los centauros de mujeres y niños en-

fatizando el fuerte lazo maternofilial: indefensión del niño y lucha de una madre que protege a su progenie hasta la muerte. También en esta época se incrementa el número de estelas en la que se representan niñas y niños, solos o en compañía de una mujer adulta, casi siempre identificada con la madre.

Mi propuesta es relacionar estos cambios con esa realidad que de algún modo la sociedad griega, de una forma más o menos consciente, pretendía obviar: la importancia de las mujeres en la educación de sus hijos, idea que nos llevará a su preponderancia en el mantenimiento de la ideología de la *polis*.

Profundicemos en esa responsabilidad de las madres enfocada a algo tan complicado como era contribuir con sus cuidados a mantener a sus hijos con vida, en una época en la que la mitad de los recién nacidos no alcanzaba la madurez (Demand 1994, 22); las abundantes ofrendas de estatuillas de terracota a las divinidades solicitando la protección de los niños constituyen una buena prueba de esa inquietud. Aunque tenemos pocos detalles sobre los primeros años de vida, todos los indicios apuntan a que tanto niños como niñas compartían juegos y espacios; la arqueología relaciona esta primera infancia con objetos sonoros: sonajeros, campanillas, matracas, cascabeles. En la segunda infancia se van incluyendo juegos más pedagógicos, como los de destreza (tabas, yoyó, pelota...) o los juegos «sin juguetes» (escondite, caminar sobre las manos...) (Legras 2002), a los que Platón alude en *Leyes* 793e-794a. Son escasas las alusiones directas a esta etapa de la vida, muchas veces se describen imágenes fugaces como el símil homérico de la madre que espanta una mosca que se acerca a su hijo dormido o la niña que agarra el vestido de su madre para que la coja en brazos (Durán López 2007). Entre las excepciones figura el bello verso, por desgracia incompleto, que Safo dedica a su hija Cleis (fragmento 152 D):

Tengo una preciosa niña, que las flores de oro pueden
parangonar su belleza, mi muy amada Cleis.
No la daría yo ni por toda la Lidia ni por la deseable [...].

A pesar de la evolución ya comentada en la iconografía, en su conjunto, resultan escasas las escenas domésticas del interior del gineceo, quizás por su carácter privado (Lissarrague 2001; Lewis 2002, 81-85). La excepción a esta generalidad se relaciona con la festividad de las Antesterias, dedicada en Atenas a Dioniso; en el segundo día de la fiesta los niños y las niñas que habían cumplido tres años eran presentados a los clanes familiares, momento en que se les en-

12. Heródoto: *Historias* I, 146. Traducción: González Caballo (1994).

13. *Andrómaca* 103-265.

tregaban como regalos *choes*, pequeños jarros de vino (Neils 2003, 145-147). Sin duda, a través de esta celebración se realizaba la integración institucional en la vida religiosa, al tiempo que se manifestaba la alegría de que los pequeños de la casa hubiesen superado con éxito la edad fatídica de los tres años, momento en que la mortalidad infantil, aunque todavía elevada, descendía; se calcula que en el primer año de vida se situaba entre el 30 y el 40 por cien (Picazo 2008, 113). Las imágenes que representan los *choes* son de niños y niñas con coronas de flores, jugando con pasteles, pelotas, trompos, yoyós y animales domésticos, sin distinción de sexo. En estos peculiares vasos, los pequeños se representan siempre en solitario, sin ningún adulto a su lado.

Es en el contexto funerario de las estelas (Hirsch-Dyck 1983) donde, especialmente desde mediados del siglo V, abundan las representaciones que aluden a sentimientos de afecto y dolor; en numerosos ejemplos se representa a la madre con un hijo o una hija; a veces se incluyen conmovedores epitafios que subrayan el desgarró de la separación y la pérdida, tanto si quien muere es la madre como uno de sus pequeños. Resulta significativo que las mujeres solo aparezcan como dedicantes cuando la persona fallecida fuera un hijo o una hija, especialmente si morían jóvenes (Stehle 2009, 180). En las tumbas más modestas las costosas estelas eran sustituidas por *lekites* blancos que representaban escenas similares. Tal y como indica A. Iriarte (2009): «[...] el dolor de la madre enlutada nace de la intensificación del sentimiento de proximidad corporal en el que se enraíza la relación madre/hijo».

Los datos expuestos nos permiten concluir que en esta edad de «crianza» la relación de la madre con sus hijos y sus hijas era intensa y afectiva y que entre ellos se establecían fuertes lazos de dependencia en ambas direcciones. Si bien es cierto que probablemente esta dependencia era mayor de los pequeños hacia su madre por tratarse de la puerta al aprendizaje y el referente vital más explícito.

Es a partir de los seis o siete años cuando las vidas de los hermanos y las hermanas comenzaban caminos separados, ya que los varones iniciaban un proceso educativo fuera de los límites del hogar, mientras que las niñas continuaban aprendiendo en casa, principalmente de su madre. Analicemos cómo se establecía esta relación femenina en la segunda fase de su vida.

4. De madres a hijas: transmisión y pervivencia de los valores establecidos

Recuperar el contexto de la relación entre las madres y las hijas en la antigüedad griega es una tarea ardua, si, como ya comentamos, tenemos en cuenta que la autoría femenina de las palabras, imágenes y dedicatorias es muy escasa (Foley 2003, 113). Por ello, para establecer una simple aproximación es necesario recurrir a todas las fuentes posibles; principalmente literarias, epigráficas e iconográficas.

A diferencia del varón que abandonaba ocasionalmente su casa, las niñas permanecían en el hogar hasta el momento del matrimonio, aproximadamente alrededor de los quince años, período en que eran consideradas *parthenoi*. Además de la separación de sus hermanos, otro cambio que observamos respecto a la etapa anterior se refiere a la especificidad de los juguetes para los distintos géneros, coincidiendo con el comienzo de los juegos de simulacro (Bernard 2003). Los niños aparecen asociados a carros, caballos y aros; mientras que las niñas empiezan a unirse a las muñecas, figurillas de barro cocido articuladas que podían ser vestidas y desvestidas y acompañadas de pequeños muebles o «comiditas». Este juego, más allá del entretenimiento, les permitía descubrir y practicar múltiples aspectos de la vida doméstica. Asimismo, el cuidado de mascotas, como gansos, canarios, palomas o perros con las que aparecen retratadas en las estelas funerarias, fomentaba el ejercicio de responsabilidades; todo ello favorecía el paso progresivo de la *país*, niña, a la *kore*, adolescente. Esta diferenciación se corrobora en los ajueres de las tumbas, cuyos objetos son más abundantes a medida que la edad es más avanzada (Oakley 2003, 189).

Muy pronto se compatibilizarían los juegos con el aprendizaje real de cómo ser, al igual que su madre, una buena esposa y una buena madre, sin apenas diferencias sociales. Pienso que en esta transmisión de roles se está perpetuando la ideología de la *polis* y el soporte de la ciudadanía; la sociedad masculina griega de época clásica temía las innovaciones, especialmente si podían enmascarar una amenaza para el equilibrio sociopolítico y ello es especialmente visible en las comedias de Aristófanes, como por ejemplo en *La asamblea de mujeres*. En este mismo sentido la profesión femenina más respetada, la de sacerdotisa (Vial 1985),¹⁴ tenía también un carácter hereditario (Lewis 2002, 47), con lo cual la experiencia de la madre para instruir a su hija y conseguir que se reprodujera el modelo era fundamental.

14. Una evidencia de la gran consideración de que disfrutaban las sacerdotisas se manifiesta en los litigios, donde, a nivel general, se evitaba mencionar el nombre personal de las mujeres respetables; su nombre era sustituido por referencias a los varones próximos. En el caso de las sacerdotisas, son ellas las que se convierten en las referentes de los varones.

Esta fase de aprendizaje que implicaba una fuerte convivencia se cerraba alrededor de los quince años con un ritual dedicado a Ártemis o Atenea, que incluía una serie de ofrendas que simbolizaban la ruptura con su mundo de la infancia: el pelo cortado, las ropas y los juguetes. La *parthenos* estaba lista para el matrimonio.

Describamos brevemente el contexto de las tareas domésticas del aprendizaje en las que se subraya la importancia del modelo y de su perpetuación.

Las tareas femeninas por excelencia eran el *hilado* y el *tejido*. Todas las fuentes, tanto literarias como epigráficas e iconográficas, coinciden en exaltarlas como símbolo de la virtuosidad femenina; realidad representada por la propia Penélope, quien gracias a esta destreza logró engañar a un centenar de varones. Jenofonte,¹⁵ por citar una fuente literaria, pone en boca de Isómaco la importancia del aprendizaje que en este sentido su joven esposa ha tenido de su madre. En los epitafios y/o epigramas dedicados a las mujeres era frecuente evocar el trabajo de la lana, como símbolo de una mujer virtuosa y sabia. En la iconografía también son abundantes las representaciones sobre cerámica de mujeres relacionadas con estas tareas, a veces en presencia de niños pequeños.

El tejido, más allá de su simbología en el imaginario masculino, tenía un carácter eminentemente práctico, al contribuir a la economía familiar, en general proporcionando todo lo necesario para el hogar y para los integrantes de este; en las familias más humildes o en momentos de estrechez, podía utilizarse como mercancía en el comercio, que proporcionaba un ingreso extraordinario. Todas las mujeres de una casa tejían; la calidad y el destino de los tejidos dependía de las manos que trabajaban. Las niñas aprendían pronto a tejer; de hecho, ya debían ser unas expertas cuando a los 7 años, en calidad de *arreforas*, comenzaban el *peplos* que se le entregaba como ofrenda a Atenea en la festividad de las Panateneas. En muchas ocasiones se ofrecían a las diosas tejidos realizados conjuntamente por madres e hijas.¹⁶ También estas mismas manos tejían aquellas telas y ropas que iban a formar parte de la dote nupcial que se le entregaba al marido.

La interpretación acertada que hace Stehle (2009), sobre los fragmentos de *La rueca*, obra de Erina (siglo iv a. C.), ilustra un momento de transición entre los juegos de niñas y el aprendizaje que las llevará a convertirse en adultas. Las jóvenes están en el interior de la casa, quizás jugando a ser esposas y madres; una madre está traba-

jando la lana e insiste en implicar a la niña en su tarea, sin duda a modo de aprendizaje. Se describen los roles presentes y futuros del género femenino que la sociedad tradicional prevé, pero en realidad Erina está denunciando el constreñimiento en el que vivía la mujer. En su obra, incluyendo los epigramas fúnebres, se anuncia que la situación femenina está caminando hacia un cambio.

Una segunda tarea se relacionaba con la *cocina*. En este apartado se incluía la propia elaboración de ciertos productos, como la harina, fundamental en la dieta. En la iconografía hay constancia de la molienda relacionada con la mujer. También era fundamental la preparación de las comidas que iban más allá del ambiente cotidiano, ya que la mayor parte de los rituales iban acompañados de alimentos específicos cocinados para la ocasión. Las *aletrides*, seleccionadas entre las familias aristocráticas atenienses, tenían como misión preparar un bizcocho ritual a Atenea cuando solo contaban con diez años; podemos deducir que a esa edad ya tenían que conocer ciertos rudimentos culinarios. Un dato relevante es que la recién casada llevaba a casa del marido una serie de útiles de cocina que, de forma simbólica, se suspendían en la puerta de la habitación nupcial. Existe unanimidad en la idea de que la madre enseñaba a su hija a cocinar, aunque parece que solo ha llegado hasta nuestros días una constancia iconográfica en una pequeña, pero expresiva, escultura de terracota. Esta muy limitada importancia del arte de trabajos cotidianos del hogar se corresponde con la ausencia de simbolismo en el imaginario masculino. Otra excepción es la imagen que describe a una mujer haciendo una cama, probablemente en un contexto de carácter ritual, ya que se trataba del lecho nupcial que esperaba a los recién casados (Lewis 2002, 86). Otras tareas femeninas que la niña debería conocer y de las que tenemos constancia en la literatura eran la *supervisión de los trabajos de los esclavos y esclavas*, cuyo número dependía de las posibilidades económicas; también se consideraban esenciales ciertos *conocimientos básicos de medicina familiar* y la *crianza de los hijos*, práctica que se ejercía con el cuidado de sus hermanos menores (Demand 1994).

Junto con estas nociones de carácter práctico, una buena mujer de su casa, debía, tal y como indica Jenofonte,¹⁷ administrar la economía del hogar y, en la medida de lo posible, contribuir al incremento del patrimonio que heredarían sus hijos; en ocasiones este aspecto de mujer ecónoma aparece reflejado en los epigramas funerarios como un elogio a su persona (Vérlhac 1985, 91),¹⁸ sobre todo a partir del siglo iv a. C.

15. *Económico* 7, 6.

16. «Hera venerable, la que al Lacinio que huele a incienso / muchas veces desde el cielo te vuelves a contemplar, acepta esta veste de lino que con su noble / hija Nósíde tejió para ti Teofilide, la hija de Cléoca» (*Antología palatina* VI 265) (González González 2006, 60).

17. *Económico* 3, 15-16.

18. «[...] La ateniense Nicaterere era trabajadora y ecónoma» (GV, 328).

Aunque sin duda al acceso a la *escritura y lectura* en el sector femenino ciudadano no estaba generalizado, sí encontramos ciertas evidencias tanto en la iconografía como en la literatura.¹⁹ Partiendo de la base de que aprender a leer y a escribir no entrañaba la misma dificultad, ni tenían que abordarse al unísono, debemos descartar la propuesta de que todas las referencias iconográficas pertenecían al sector de las hetairas. Beck (1975) opina que la extendida alfabetización del siglo v a. C. no escapaba a las niñas, que aparecían representadas a veces como las Musas, patronas de la cultura, pero también en el marco de una competición de lectura. Con las referencias escritas sucede algo similar, son escasas, pero existentes; así por ejemplo en un discurso de Lisias se alude a la capacidad de una madre para leer e interpretar un registro de cuentas;²⁰ otra mujer podía escribir notas de carácter financiero.²¹ También la esposa de Isómaco, a los 14 años, era competente para realizar un inventario de útiles que en la casa se reservaban para las ocasiones festivas.²² Por supuesto que estos ejemplos en absoluto pueden generalizarse y sin duda estaban contextualizados en el seno de familias opulentas, pero probablemente ya anunciaban una situación que será más habitual a lo largo del siglo iv y se incrementará visiblemente en el helenismo. La cuestión a debate es cómo y dónde eran instruidas esas niñas. Bernard defiende que este aprendizaje se realizaba en casa con maestros privados y descarta de forma rotunda la posibilidad de que fuera la madre quien asumiera la enseñanza (2003, 33). En realidad, más allá del muy probable contexto doméstico, no existen evidencias para tomar partido por una u otra opción, pero personalmente no descartaría la posibilidad de que, si la madre estuviera en posesión de esos conocimientos, fuera ella quien los transmitiera a su hija y mantuviera la línea de perpetuación, tantas veces aludida en este capítulo. La duda que planteo es por qué, si admitimos sin réplica que la madre enseñaba las tareas de la casa, le quitamos la potestad de transmitir otros saberes digamos que «más refinados».

Algo similar sucedería con las prácticas de la *danza* y la *música*, mucho más generalizadas y ampliamente manifestadas a través de la cerámica del siglo v. Si bien es cierto, como puso de manifiesto Calame (1977), que en Esparta este aprendizaje musical y coreógrafo, se efectuaba en el contexto de los coros y fuera del hogar; en el caso de otras *poleis* donde las niñas continuaban en su hogar, se podría aventurar la probabilidad de que en estas artes, con carácter religioso y lúdico,

se iniciaran a través de la madre; hipótesis que vendría avalada por la relativa abundancia de representaciones en la cerámica ática de mujeres asociadas a la música en escenas privadas en el interior del *oikos*, a modo de entretenimiento. En algún ejemplo las actividades musicales conviven con escenas femeninas de lectura (Beck 1975). Sabemos que ese conocimiento era fundamental en ciertos rituales en los que solo colaboraban las *parthenoi*, las mujeres vírgenes de la *polis*. Además, los instrumentos musicales figuraban entre los objetos, ya comentados, que las jóvenes consagraban, junto a los juguetes y ropa de la niñez, a determinadas diosas para marcar su ruptura definitiva con la infancia. Con toda probabilidad, al menos el inicio de ese aprendizaje debería ser previo a la ejecución del rito. En la iconografía se documentan representaciones de chicas recibiendo clases de baile, frecuentemente acompañadas por la flauta.

En Atenas los rituales femeninos públicos (Zaidan 2001) que ejercían las *parthenoi* tenían un carácter selectivo; unas pocas representantes, sin duda entre las clases más elevadas, eran elegidas para llevarlos a cabo. Es el caso de las *arrephoroi* (portadoras de objetos secretos y tejedoras iniciales del *peplos* de Atenea), *aletrides* (moledoras de grano empleado en el sacrificio o en pasteles rituales), *kanephoroi* (portadoras de cestos) (Neils 2003).²³ No sería extraño que las niñas seleccionadas hubieran heredado ese privilegio de sus propias madres, quienes a su vez les debieron de enseñar sus principales tareas en tan destacado acontecimiento. Un carácter menos selectivo tenían los rituales dedicados a la diosa Ártemis, como por ejemplo en el templo de Brauron, donde tenemos constancia iconográfica por las singulares *krateriskoi* ofrecidas a la diosa, que representan rituales de niñas, a veces en compañía de personajes femeninos adultos, quizás madres, quizás sacerdotisas. El contexto es, sin duda, ritual, en ocasiones aparecen vestidas con un chitón corto y en otras desnudas, en sus manos llevan una corona o una vela y formando un círculo, corren alrededor del altar (Kahil 1977).

Además de los rituales mencionados, tenemos constancia de la participación de las niñas en otros integrados en la cotidianeidad, como los funerarios, territorio exclusivo del género femenino. Las mujeres se encargaban de todas las tareas relacionadas con el difunto: el cadáver era lavado, se ungía con aceite y perfume y se vestía. Una vez preparado se exponía para la despedida de los seres queridos. Eran también las

19. Lisias: *Discurso XXXII. Contra Diogiton*, 14-5.

20. Lisias: *Discurso XXXII. Contra Diogiton*, 11 y 17.

21. Demóstenes: *Discursos privados XLI. Contra Espudias, por una dote* 9 y 21.

22. Jenofonte: *Económico* 19, 10.

23. Aristófanes: *Lisistrata* (641-647).

mujeres quienes se encargaban del lamento fúnebre, consideradas más propias para manifestar abiertamente sus sentimientos de dolor; mientras los hombres le dedicaban al difunto un saludo ritual. En la abundante iconografía funeraria, desde la cerámica geométrica, se recoge, de forma reiterada, la presencia de las niñas junto a sus madres. Más escasa es la representación de los niños, y cuando sucede se describen con gestos identificados con la inmadurez; gestos emotivos que los sitúan del lado femenino, sin duda manifestando esa primera etapa de dependencia materna (Lewis 2002, 22).

También en las procesiones femeninas que acompañaban a la novia al nuevo hogar suelen aparecer representadas niñas integrando un cortejo del que un día, tal y como demanda la sociedad griega, ellas deberán ser protagonistas.

Hay otro aspecto de la formación femenina en el que las fuentes no parecen demasiado claras, al menos en lo que respecta a la sociedad ateniense. Se trata del *entrenamiento físico*. Si bien parece evidente que las niñas espartanas entrenaban su cuerpo con ejercicio y que ello generaba críticas entre la sociedad ateniense por resultar «poco femenino», ciertas fuentes iconográficas, más implícitas que explícitas, avalan la idea de que en Atenas también se ejercitaba el cuerpo femenino, probablemente al servicio de la estética, la higiene y el mantenimiento (Bernard 2003), aunque las referencias son tan escasas que solo nos movemos en el contexto de la hipótesis.

5. El final de la convivencia: el matrimonio

Retomemos la directriz del significado de este aprendizaje, convertir a la joven en una buena madre y esposa, que a su vez transmitiera a sus hijos e hijas los valores fundamentales de la *polis*. Es decir que el camino inexorable de esta intensa convivencia era necesariamente la separación de madre e hija que conllevaba el matrimonio.

Sin entrar en el proceso ni los ritos matrimoniales de los que tenemos interesantes estudios, sí me gustaría dejar constancia de una serie de datos relacionados con el tema que tratamos.

Las madres desempeñaban un papel fundamental en la boda, a pesar de que no participaran en la elección del novio. Su contribución empezaba en la elaboración, conjunta con su hija, de los tejidos que incluía el ajuar, fruto y consecuencia del proceso de aprendizaje. El paso siguiente era la preparación del evento; los días previos al enlace la novia se recluía en com-

pañía de sus parientes femeninas y amigas, momento en que tenían lugar ciertos rituales como la *loutrophoria*, que consistía en la recogida de agua de una fuente determinada y el traslado a casa de la novia en recipientes especiales para la ocasión, los *loutrophoroi*; este agua se empleaba en la perceptiva purificación el día del evento; sin duda este encuentro femenino y las diversas actividades eran organizados y dirigidos por la madre. También era ella quien intervenía en todo el proceso del banquete nupcial. El día de la celebración la casa de la futura esposa se preparaba con las mejores galas; las fuentes indican que los hombres y las mujeres comían en lugares separados. Sobre la madre recaía la elección y elaboración de los productos, tanto los que tenían un carácter ritual como los que no.

La significación de esta participación de la madre queda plasmada en el lamento que Alceste dirige a su hija antes de entregarse voluntariamente a la muerte:

¡Que no se lance sobre ti algún vergonzoso rumor y en la flor de la edad destruya tu matrimonio! Tu madre no será tu compañera en el día de tu boda, ni te dará ánimos en tus partos, hija, con su presencia, en los que nada hay más reconfortante que una madre [...].²⁴

Una vez finalizado el banquete llegaba irremediablemente el momento de la despedida; es posible que la iconografía haya plasmado este momento doloroso y que podamos identificar con la madre a la mujer que aparece a menudo representada, observando desde la puerta de su casa la procesión nupcial que parte y que lleva a la novia al nuevo hogar. Si pudiésemos confirmar esta identificación, tendríamos que asumir la enorme relevancia de este momento, tan significativa que incluso ha sido captada por artistas masculinos, ajenos a esa sensibilidad.

Algunos investigadores se muestran pesimistas sobre la fortaleza del nexo madre-hija por la edad temprana en que las jóvenes llegaban al matrimonio, abandonando el hogar materno para vivir con la madre del marido, con quien quizás establecerían lazos más estrechos. Frente a esta opinión, comparto la idea de que, en general, la relación entre madres e hijas debió de mantenerse estrecha, realidad que entronca con la lógica de esa intensa convivencia previa descrita. A todas luces el matrimonio y la partida de la casa familiar debieron de resultar traumáticos, tanto para la madre como para la hija (Foley 2003, 126).²⁵ Quizás este sea el motivo de la asociación tradicional de las bodas con la muerte y los funerales (Golden 1993, 48; Demand 2004, 14). Slater (1992) defiende que el matrimonio para las doncellas griegas resultaba en su conjunto una

24. Eurípides: *Alceste*. Traducción de A. Medina, J. A. López Férrez y J. L. Calvo, Biblioteca Clásica de Gredos, Madrid, 1982.

25. Eurípides, *Medea* 231, 238-40.

tremenda frustración, al salir bruscamente de la seguridad de su mundo conocido e irse a una casa extraña, con un marido mayor que pronto llevaría a casa una concubina, mientras mantenía relaciones homosexuales con jóvenes; en mi modesta opinión sus conclusiones están en exceso mediatizadas por teorías identificadas con el mundo del psicoanálisis.

Probablemente, a no ser en los escasos ejemplos en los que el matrimonio se establecía con alguien que habitaba lejos de la casa materna, la madre y la hija preservaban un contacto estrecho; la tragedia, por ejemplo, alude repetidas veces a su papel esencial en los partos de sus hijas (Demand 2004). Otra evidencia significativa son los epitafios de mujeres ya casadas y con hijos, en los que la mención a la madre ocupa un lugar destacado, como ocurre en el siguiente ejemplo (Stehle 2009, 183) (*CEG* n.º 543):

Dejando dolor a mi madre, mi hermano, mi marido y mi hijo muero y esta tierra me cubre, tierra que es común a todos aquellos que han pasado a mejor vida. Yo soy esta Archestate, hija de Lisandro de Pitios.

Las fuentes literarias también aluden a esta relación posterior a la boda, como la descripción que hace Heródoto sobre la esposa de Pisístrato (I, 60):

[...] Según el acuerdo contraído para con Megacles, se casa con la hija de Megacles. Como sus hijos eran jóvenes y se decía que los Alcmeónidas estaban malditos, no queriendo que le nacieran hijos de la reciente esposa, se unía a ella no de acuerdo con la costumbre. Ahora bien, al principio la mujer mantenía oculto esto, pero después, bien por preguntárselo o incluso sin esto, lo cuenta a su madre y ella a su esposo [...].²⁶

Estos datos indican que en la época previa al matrimonio se establecía entre ambas un nexo de unión y

dependencia, en un primer momento más acusada, de la hija, que veía en ella a su principal modelo, mientras que la madre observaba, en su enseñanza, su continuidad y reflejo. Será el momento de la partida cuando se inviertan los papeles y se dé paso a la dependencia materna, quien verá intensificada su soledad, al finalizar la función más importante y enriquecedora que la sociedad le había asignado. La afirmación del coro al referirse a la separación de Clitemnestra e Ifigenia es significativa:

Cosa extraña la maternidad, porta un filtro doloroso que todas hemos compartido y que nos empuja a sufrir por nuestros hijos: el dolor es inherente a la maternidad.²⁷

Se trataba, como afirman Brulé, Bodiou y Pierini, de un duelo en dos direcciones: para la madre, quien pierde a su hija y su existencia social, y para la hija, que súbitamente pierde el estatus de hija (Brulé 2007, 99).

Es el momento de volver al inicio de este capítulo y retomar el mito dedicado a Deméter y su hija Perséfone; el culto más extendido, los misterios de Eleusis, indica una reactivación ritual del mito que dramatizaba la separación entre madre e hija. Las fiestas exclusivamente femeninas de las Tesmoforias, que se celebraban similares en numerosas *poleis* de la Hélade (Demand 2004, 119), se definen como celebraciones destinadas a proteger y auspiciar la fertilidad de los campos y de las esposas. Junto a esta intención, encontramos otra realidad más profunda que ofrecía a las mujeres casadas una visión positiva de dos momentos cruciales en su vida: la separación de sus madres y la posterior pérdida de una hija. El mensaje explícito era que, si la diosa Deméter lo había soportado, ellas también debían hacerlo, el implícito era que la continuidad las *poleis* dependía de ese ciclo femenino de la vida en el que madres resignadas transmitían a sus hijas la necesidad de aceptar un destino similar.

26. Heródoto: *Historias*. Traducción de A. González Caballo. Akal Clásica.

27. Eurípides: *Ifigenia en Aulide*. Traducción de C. García Gual. Biblioteca Clásica Gredos.

Madres sustitutas y oficios femeninos. Nodrizas y niñeras en la Roma antigua¹

Rosa María Cid López
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Oviedo

A pesar de los notables avances que se han producido en las últimas décadas en el conocimiento sobre las mujeres de la Roma antigua, y en general de las sociedades del Mediterráneo, resulta llamativo el escasísimo número de publicaciones existentes acerca de los trabajos femeninos. Para justificar este desinterés, se suele argumentar que apenas disponemos de testimonios que permitan desvelar tanto los oficios desempeñados por las mujeres y su grado de participación en las actividades productivas como su capacidad para generar riqueza;² por ello, las investigaciones se han dirigido preferentemente hacia las creencias o prácticas religiosas, el poder o las manifestaciones culturales en sentido amplio, cuestiones sobre las que, sin duda, disponemos de una información más abundante y de más fácil manejo. En cualquier caso, en la antigüedad, como ocurrió en otras etapas de la historia, parece evidente que las mujeres no se limitaron a realizar meras labores de subsistencia en el hogar, que en sí mismas representan ya una forma de trabajo, sino que también ejercieron oficios remunerados que, en numerosas ocasiones, presentaban características específicas frente a los ejercidos por los varones.

Ciertamente, son las tareas domésticas las que se identifican con las labores femeninas y se utilizan para exaltar a las mujeres *virtuosas*, *castas* y *laboriosas*, con-

trapuestas a las críticas vertidas hacia las consideradas *holgazanas* y *lascivas*, tal y como se refleja en la literatura grecolatina (Dixon 2004, 57). Es decir, era deseable que la mujer trabajase, aunque, evidentemente, se pensaba en su dedicación a determinadas actividades en la *oikia* o la *domus*, independientemente de que disfrutara de una posición económica desahogada.³ Pero, frente a lo ocurrido a personajes de los círculos aristocráticos, otras muchas mujeres de condición humilde realizaron labores extradomésticas y remuneradas, aunque no fuesen ellas las que inspiraron el prototipo de la matrona hacendosa.

En efecto, cuando revisamos los textos literarios o analizamos los documentos epigráficos, comprobamos la larga lista de oficios desempeñados por las mujeres, en especial las de baja extracción social.⁴ Resulta significativo que sean más bien las esclavas, libertas o *ingenuae*, con escasos recursos, las que mencionen en sus epitafios el oficio que desempeñaron, mientras que las aristócratas prefieren ser honradas y recordadas por sus virtudes domésticas o su atención a la familia.⁵ Tales prácticas, probablemente haya que relacionarlas con los prejuicios y la concepción despectiva que las gentes de las sociedades antiguas exhibían respecto al trabajo, salvo si servía como forma de enriquecimiento personal o de promoción en la sociedad; también

1. Este artículo se inscribe en el marco de los proyectos de I+D «Claves diacrónicas de la divergencia social entre las construcciones jurídicas y simbólicas de la maternidad», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (ref. HAR2009-10035HIST), (ref. HAR2009-10035HIST) y «Maternidades y familias: permanencias, cambios y rupturas. Entre las sociedades antigua y contemporánea», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (ref. HAR2013-42371R).

2. Aunque Dixon (2004, 56-57) insiste en la capacidad generadora de riqueza de las mujeres. Entre los estudios pioneros sobre el trabajo femenino en Roma, destacan los artículos de Le Gall (1969) y Treggiari (1976), consistentes más bien en listados de oficios a partir de testimonios epigráficos. Véase también Pupillo (2003, 43, n. 1).

3. La identificación entre lo femenino y lo doméstico fue establecida por Jenofonte, autor imitado por autores latinos, entre los que destacan Catón y Columela. Sobre la conocida obra del autor griego, *Económico*, tantas veces utilizada en los estudios históricos de género, véase especialmente el análisis de Iriarte Goñi (2001).

4. Véase la información proporcionada por Le Gall (1969), Treggiari (1976) y sobre todo la obra de Kampen (1981). Uno de los trabajos más mencionados es precisamente el de *nutrix*, al que siguen las *obstetrices*.

5. Según afirma Pupillo (2003, 44-45), quien también proporciona interesantes valoraciones sobre el trabajo en la antigüedad.

ocurrió que se valoraban los oficios, o el trabajo en general, en función de las habilidades que se exigían para su ejercicio, fuesen estas de tipo técnico o moral. Es decir, solo los más desfavorecidos se veían obligados a trabajar para recibir un salario, ya que funcionaba un modelo social en el que primaba el ideal de clases dirigentes ociosas, percibidas sobre todo a través del protagonismo masculino.

En el caso de las profesiones femeninas, sobresale el origen humilde de quienes las ejercían, en lo cual se igualan a los varones de su misma condición, pero de una manera especial sorprende el protagonismo atribuido al uso del propio cuerpo de la mujer como fuerza de trabajo. Por ello, los oficios más frecuentes eran el de prostituta y, a continuación, el de nodriza; en el primer caso, el cuerpo femenino se convierte en una fuente de placer para la población masculina y, en el segundo, se recurre a la capacidad nutricia que algunas mujeres pueden poseer en determinadas etapas de su vida.

Antes y también ahora, salvo algunos debates recientes sobre el tema, el ejercicio de la prostitución era denostado y la meretriz era considerada una figura despreciable, cuya actividad se reprochaba. No ocurrió lo mismo con las nodrizas, que sí disfrutaron de respetabilidad social, pero no de reconocimiento, ya que solo esclavas o libres con muy pocos recursos elegían ser lactantes de alquiler. Es decir, ser nodriza solía coincidir con la privación de libertad y la pobreza. Esta figura debía sustituir a la madre en su labor de alimentar a los niños y niñas, aunque, con frecuencia, también asumía las responsabilidades de cuidar y educar. La prolongación de una tarea maternal ennoblecía inequívocamente su trabajo que, en la práctica, resultaba imprescindible para lograr la supervivencia de criaturas que no hubiesen sobrevivido de otra manera. Precisamente esta relación con la maternidad conviene que sea destacada. Si la madre en la antigüedad, con Roma como un ejemplo paradigmático, ante todo se concibe como un cuerpo gestante, que alberga el hijo o la hija del padre, la nodriza se convierte en el cuerpo nutricional.⁶ Para el mantenimiento de la especie, su labor era crucial; de ahí que las leyes regulen de forma escrupulosa este oficio. En realidad, todo lo que rodea

el nacimiento y los primeros años de la vida de los niños y niñas romanos está controlado, lo que evidencia el interés por defender los derechos del padre sobre la descendencia, de tal manera que las labores de comadrona y las de la nodriza estaban sometidas a normas muy precisas.

Sin embargo, la relación con prácticas maternas no era suficiente para eliminar cierto estigma social que recaía sobre un oficio que se ha mantenido hasta etapas muy recientes. En este sentido, se observa cómo la nodriza ha tenido una notable función social, pero siempre se ha ligado a mujeres humildes y como evidencian estudios realizados sobre sociedades modernas, esta tarea implicaba enormes sacrificios; por ello, solo la ejercían personas con acuciantes necesidades económicas. Sin duda, lo ocurrido a las amas de cría de la sociedad decimonónica nos ilustra sobre las condiciones y formas de vida de las existentes en la antigüedad.⁷ Se puede comprobar hasta qué punto se planteaban similares exigencias sobre sus condiciones físicas y sus rasgos morales, o las formas de vida durante el período contratado para la lactancia de los bebés; a la vez, podemos entender mejor los riesgos que implicaba para la mujer que ejercía esta labor, tales como contraer enfermedades, sin olvidar la plena y absoluta dedicación durante largos períodos de tiempo, ya que debía alimentar sin descanso a los lactantes. Desentrañar las razones que conducen a la aparición de la nodriza o las peculiares características de este oficio, sin duda, nos permite profundizar en el estudio de las mujeres antiguas. A partir de una actividad que podía ser un privilegio, al permitir la supervivencia de criaturas que sin la lactancia de la madre sustituta hubiesen fallecido, emerge una poderosa figura literaria, pero también histórica, que sigue evocando tanto la representación de lo femenino como la realidad cotidiana de mujeres que se veían obligadas a realizar un trabajo asalariado, singular, desde el momento en que solo era posible en función de los ciclos biológicos de la vida femenina, coincidentes con las etapas de la lactancia.⁸ El caso de la Roma antigua puede ofrecernos ejemplos destacados de la nodriza para adentrarnos en el conocimiento de los trabajos de las mujeres, y en particular de la concepción de lo femenino.

6. De este modo, el cuerpo se convierte en fuerza productiva, como enfatiza Medina Quintana (2010), a quien agradezco las estimulantes discusiones sobre el trabajo femenino en la Roma antigua, el tema de la tesis doctoral "Mujeres y economía en la España romana. Oficios, riqueza y promoción social, defendida en junio del año 2012".

7. Como muestra de lo sucedido en la etapa contemporánea, sobre la que se dispone de información más precisa, véanse las investigaciones sobre las nodrizas de la Casa de Beneficencia Pública de Almería en los años setenta del siglo XIX, estudiadas por González Canalejo (2002, 243 y 331), cuya situación es muy similar a la que se ofrece para las Casas de Inclusas de Barcelona, analizadas por Rodríguez Martín (2009, 70, 73 y 86-90), donde se recogía a los expósitos. Véase también Sarasúa García (1994) para el caso madrileño en la centuria decimonónica.

8. A. Dimopoulou enfatiza el hecho de que las profesiones más típicamente femeninas, como nodriza, médica, ginecóloga y comadrona, se ligan al ciclo de vida de las mujeres (2001, 285). A tales reflexiones, debería añadirse la estrecha relación que históricamente se ha establecido entre los oficios femeninos y la tarea de cuidar.

1. La imagen literaria de la nodriza. De la épica homérica a los tratados médicos

Sin duda, la aparición de la nodriza en los textos más antiguos de la literatura antigua, griega y latina, muestra el interés temprano que suscitaba esta figura y su oficio, sobre la que muy pronto se construyeron estereotipos opuestos, cargados de temores y prejuicios, a la vez que se insistía en la conveniencia de que las madres biológicas amamantaran a su descendencia.⁹ Tal situación se revela en la obra de Homero, quien ya alude a la buena nodriza, que cuida a los bebés, frente a la perversa que los daña, sin olvidar la imagen amable de las madres que amamantan a sus propios hijos y no recurren a extrañas. Junto a los estereotipos sobre estas trabajadoras, en la *Iliada* destaca el uso del término *Τιθήνη*, que suele referirse a las amas de cría de hombres ilustres, mientras que *τροφός*, mencionado en *La Odisea*, acabó convirtiéndose en la expresión más común en la lengua griega para definir a las nodrizas.¹⁰

Pero, en el caso que nos ocupa, el interés de la obra homérica reside en la galería de personajes que ejercieron el oficio de nodriza, muy habitual ya en la época del poeta, al menos entre las familias aristocráticas. Entre ellas, destaca la cuidadora de Astianacte, el amado hijo de Héctor y Andrómaca, aunque probablemente esta última fue la que amamantó a su primogénito, sin recurrir a la nodriza, que aparece sobre todo como la encargada de dormir y llevar en brazos al bebé. Curiosamente, también Penélope asume personalmente la alimentación de su único vástago, Telémaco. Como cuidadora y nodriza benévola, emerge también el personaje de Euriclea, que amamantó a Ulises, o de Eurimedusa, la encargada de Nausica. Frente a estos seres bondadosos, la imagen contrapuesta está representada por la perversa fenicia, causante de la esclavización de un noble como Eumeo, a quien le habían encargado amamantar y cuidar, pero al que traicionó, por lo que acabó convertido en el porquerizo de Ulises, tal y como se nos narra en *La Odisea* (Mencacci 1995, 227-8; Molinos 2005, 60-3).

Tras Homero, la literatura de los trágicos también sucumbió al interés por las nodrizas, aunque el verdadero protagonismo lo disfrutaban las figuras portentosas

y variadas de la madre, desde las «dolientes y dolorosas» como Hécuba, hasta las «asesinas» como Medea. Junto a ellas, aparecen las nodrizas, aunque ya no están singularizadas y no las distinguimos por su nombre, pero sí deducimos cómo se recurría a estas mujeres para que alimentasen la descendencia de otras madres, a la vez que la cuidaban, y se encargaban también de la higiene de los bebés o de calmar su llanto. Entre algunas nodrizas destacadas y admiradas, aparece la esclava cilicia que cuidó a Orestes, según cuenta Esquilo en *Las Coéforas* (750-753a).¹¹ En cualquier caso, los datos provenientes de los textos épicos y trágicos ponen de manifiesto que las griegas, sobre todo las aristócratas y ciudadanas, recurrían a nodrizas para sus hijos e hijas, como ocurrió con Amiclas, que alimentó al conocido militar y político Alcibíades en la Atenas de fines del siglo v a.C.¹² Pero si los autores trágicos exaltan la figura de la nodriza, en la comedia representada por Menandro se nos transmite ante todo un prototipo de *perezosa*, *parlanchina*, *indecente* y *amiga del vino*, una figura con la que frecuentemente se asoció a las mujeres que ejercían el oficio de amamantar los hijos e hijas de otras (Molinos 2005, 74).

En el caso de Roma, es significativo que las primeras imágenes sobre los orígenes de la ciudad, en concreto sobre Rómulo y Remo, el fundador y su hermano, se ligan a seres nutricios, pero no a la figura materna. En efecto, como hermosos y saludables bebés aparecen Rómulo, el fundador de la ciudad, y Remo, su hermano, alimentados por una loba, luego sustituida por una pastora, Acca Larentia. Loba y pastora, nutricias y cuidadoras, arrinconan el protagonismo de la madre biológica, la antigua vestal Rea Silvia. Entre las múltiples interpretaciones que han surgido sobre esta compleja leyenda, plasmada en impactantes versiones iconográficas, algunos consideran que se trataba de mostrar la sucesión de una tipología de madres: la que da a luz, la que amamanta o la que cuida.¹³ En otros casos, lo cual no contradice lo anterior, se analiza este episodio desde una perspectiva que pretende minimizar el protagonismo de la madre biológica para exaltar la figura del padre, el dios Marte. De ahí la aparición de otros seres secundarios como el animal o la pastora.¹⁴ En esta línea, también se percibe un afán por ligar los orígenes

9. En la conocida obra de Ch. Daremberg y E. Saglio, publicada en su primera edición a principios del siglo xx, se analizaba fundamentalmente la figura de la nodriza griega a partir de los testimonios de Homero y los trágicos (Daremberg y Saglio, 1969, vol. IV: 122-123). Para un análisis más reciente sobre la nodriza y la literatura antigua, véase Mencacci (1995) y Molinos (2005).

10. Aunque *τροφός* puede significar también 'ama seca', según López Pérez (2004-05, 228; 2005, 63).

11. En el recorrido que hace M. T. Molinos Téjada por la literatura griega, destaca el escaso interés mostrado por los historiadores, al igual que los filósofos, ya que solo Lisias, Platón y Demóstenes hacen alguna alusión sobre el particular (2005, 65-69 y 74).

12. Una situación que se repetirá también en Roma. Para el caso griego, véase Picazo (2008, 121). Sobre Amiclas, Daremberg y Saglio (1969, vol. IV, 123).

13. Meurant (2004, 328-338) se refiere a las madres *sustitutas*, cuando alude a las nodrizas y cuidadoras, expresión muy común en la historiografía reciente, como ocurre también con Dixon (1990, 141-168), entre otras.

14. Molas (2009, 138-146 y 147) se fija también en estas figuras de simbología compleja, para resaltar el énfasis que se pone en la figura paterna; el hecho de la presencia de la loba significaría recurrir al animal asociado a Marte, el padre de las criaturas.

de Roma a un estado salvaje, en el sentido de que los hijos no eran criados por la propia madre, a quién se le arrebatában para ser entregados a seres que habitan el territorio de los bosques, fuera de la ciudad. Una domesticación posterior de la maternidad implicaría que la madre biológica asumiría el cuidado y la alimentación de su descendencia, situación propia, entonces, de una sociedad civilizada, que se imponía con la aparición de la ciudad.¹⁵ Es decir, la vida *civilizada* supondría la desaparición de las nodrizas, lo que ni se respetó ni funcionó en la sociedad romana, dónde la presencia de estas madres *sustitutas* acabó convirtiéndose en un hecho cotidiano.

En cualquier caso, en la literatura grecolatina y en los tratados médicos, no dejará de recomendarse la lactancia materna como la mejor forma de alimentar a las personas recién nacidas. De ahí la admiración que provocaba el caso de Licinia, la esposa de Catón el Censor, quien alardeaba de haber alimentado a sus propios hijos, pero también a la descendencia de sus esclavas.¹⁶ Precisamente las alusiones constantes a esta mujer, a la que se atribuían las virtudes de la matrona tradicional, nos hace pensar que la población femenina, al menos la aristócrata, no seguía estas consignas de los moralistas romanos, de modo que la contratación de nodrizas debió de ser una práctica habitual en los tiempos finales de la república, que continuó en la etapa imperial, tal como revela la obra de Tácito.¹⁷

En el caso de la obra tacitea, sin cuestionar el patriotismo del autor, resultan sorprendentes los halagos que aparecen en el *Diálogo de los oradores* (28, 4-5, y 29, 1), donde ensalza ciertas costumbres de Germania, sobre todo el comportamiento de sus mujeres, porque las madres son las encargadas de amamantar a sus hijos e hijas, y no se sirven de nodrizas.¹⁸ Similares afirmaciones figuran también en Plauto, Lucrecio, Cicerón, Plinio, Quintiliano o Aulo Gelio, quien reproduce las recomendaciones del sofista Favorino.¹⁹ Curiosamente, como se señala en el Pseudo-Plutarco (*De Educ. Liberis*, 30), aunque deben ser las propias madres quienes alimenten a su descendencia, pueden recurrir

a otra mujer, por imposibilidad de la primera, o si prefieren conservar su energía para un nuevo embarazo (Treggiari 1976, 78). Es decir, el gesto de rechazar el amamantamiento de los hijos solo se justificaría si servía para ampliar la familia de manera más rápida.

Tales concepciones, aunque defendidas con supuestos argumentos médicos, se observan asimismo en la obra de Sorano, muestra inequívoca de la medicina hipocrática aplicada a la salud de las mujeres, en la que se incluyen cuestiones relativas al parto y la lactancia y se ilustra sobre oficios femeninos como los de comadrona, nodriza y médica, con detallada y curiosa información. En su tratado ginecológico, se menciona el parto que se desarrollaba siempre con la presencia de otras mujeres, entre las que destacaba la comadrona, la *obstetrix*, cuyas funciones sobrepasaban la mera atención a la parturienta para facilitar el nacimiento de las criaturas, encargándose de cortar el cordón umbilical y asumir los primeros cuidados del niño. Este personaje decidía también sobre la vida o muerte de los recién nacidos, una vez que los inspeccionaba, o sobre la paternidad de descendientes póstumos, cuestión que estaba ligada a los derechos sobre las herencias familiares.²⁰ Para el ejercicio de su tarea, debía ofrecer ciertos rasgos físicos, en especial ser robusta, pero sobre todo cualidades morales como la discreción, junto a conocimientos de cirugía o farmacología, para lo que tenía que demostrar una cierta inteligencia. A pesar de la importancia de su servicio, se les acusaba de practicar abortos, así como de vender o cambiar niños, e incluso de recurrir a prácticas adivinatorias para intentar conocer el momento en que se produciría el parto. Sin negar la existencia de ciertos prejuicios, la *obstetrix* gozó de cierto prestigio social, aunque la tarea podían ejercerla esclavas, y era comparable a la de médica, con quien a veces se la confunde, pero de forma diferente a lo ocurrido con las nodrizas, a las que presta mucha atención Sorano.

Los cuidados a las criaturas recién nacidas son objeto de especial interés en el tratado de Sorano, quien dedica un importante apartado a su alimentación.²¹

15. Sobre la domesticación de la maternidad en la Roma antigua, que implica, entre otras cosas, un control masculino del cuerpo femenino y de la descendencia, véase Cid López (2009, 160-164 y 176-177).

16. Según informa Plutarco en la biografía de Catón (*Cat.* 20.3). A. Dimopoulou también refiere el caso de una mujer, en cuyo epitafio (*CIL* VI 19.128) se la exalta como virtuosa por haber amamantado a sus hijos (2001, 281). Véase también Bradley (1992, 201).

17. La difusión de las nodrizas en Roma a fines de la república la destacan muchos autores, entre otros, Mencacci (1995, 233).

18. Alabanza que se repite en su obra *Germania* (20,1).

19. Sobre las reflexiones de estos autores latinos, véase López Pérez (2004-2005, 229), quien recoge la referencia de Plutarco, *Bacchides*, 434, y para el caso de Aulo Gelio (*Not. Att.*, XII, 1). Crespo (2006, 21) comenta que Cicerón y Quintiliano son los autores que más atención dedican a las nodrizas en la Roma antigua. Véase Gourevitch (1984, 233-235 y 254-255), Bradley (1992, 201-201) y Dimopoulou (2001, 281).

20. *Obstetrix* significa 'la que se coloca delante' de la parturienta para recoger más fácilmente al bebé. Sobre las comadronas, entre otras, véase French (1986, 69-84), quien comenta las noticias de Plinio, que corroboran o complementan los datos de Sorano. Véase también Picazo (2009, 110) para el caso griego y Dimopoulou (2001, 275-280).

21. Gourevitch realiza un comentario exhaustivo a la obra de Sorano e insiste en cuestiones que se repiten en los estudios sobre el tema (1984, 239-254).

Como es de esperar, con argumentos médicos recomendando también la lactancia materna, aunque, en algún caso, justifica el recurso a la nodriza, ya que «el recién nacido será más robusto si es alumbrado por una mujer y alimentado por otra, al menos en los casos en que una constitución débil impide a la madre biológica proporcionarle alimento» (II.18.106-110); por ello, explica con detalles precisos el tipo de leche de mayor calidad, atendiendo al espesor, color y grado de transparencia, sabor, olor, consistencia..., y recomienda que carezca de coágulos.²² Al parecer, Mnesites de Cízico, un autor del siglo IV a. C., ya había establecido un test bastante completo para analizar la calidad de la leche, que reproduce Sorano, y que seguirá en vigor en época de Juliano, en el siglo IV d. C., como muestra la obra de Oribasio, que insiste en estos mismos temas.²³ La calidad de este alimento parecía relacionarse también con los rasgos físicos y los hábitos cotidianos de la nodriza, cuyo estilo de vida debió de ser controlado con el fin de que pudiera proporcionar los mejores alimentos a los bebés que estaban a su cargo. Al igual que ocurría con las comadronas, para el desempeño de su oficio se requerían virtudes morales y no solo cualidades físicas.

La imposición del cristianismo no modificó tales percepciones sobre la bondad de la lactancia materna, aunque añadía otros argumentos. En especial, los padres de la Iglesia consideraban que las madres debían alimentar a su propia descendencia para evitar los peligros de la presencia de una nodriza no instruida en la nueva religión, que podía inculcar en los recién nacidos cultos extraños. Es decir, la nodriza amamantaba, pero también podía educar, al asumir los primeros cuidados de sus lactantes.

2. Amamantar los hijos e hijas de otras madres: una labor social hecha oficio

Tal y como percibimos en la literatura antigua, parece que la nodriza era un personaje familiar y necesario en las sociedades antiguas, cuya existencia se ha mante-

nido a lo largo de la historia hasta tiempos recientes.²⁴ Ante su presencia, lo primero que debe plantearse son las causas de su aparición ligadas, en general, a la muerte de la madre biológica en el parto o en los primeros meses de vida del lactante, un hecho frecuente ante la elevada mortalidad de las parturientas en sociedades preindustriales. Pero, en algunos casos, también pudo influir la actitud de la madre biológica, no dispuesta a soportar las servidumbres de la lactancia, y sobre todo el afán por volver a quedarse embarazada, para lo que debía prescindir de amamantar a su descendencia. Tal es la situación propia de las clases aristocráticas.²⁵

Sin embargo, otra realidad, bastante común, consistía en recurrir a nodrizas para que alimentasen a la población esclava, dándose la circunstancia de que los niños y niñas abandonados solían ser recogidos y criados para luego convertirse en *servi*.²⁶ Al parecer, la persona que tomaba a su cargo a los niños y niñas víctimas de una *expositio*, lo hacía para luego convertirlos en esclavos y se responsabilizaba de contratar a una nodriza. Una vez criados, podía mantenerlos a su servicio o venderlos. Así se refleja en contratos de nodrizas, en los que se observa la existencia del doble número de niñas frente a los niños (Dunand 2004, 17-18). Ha de tenerse en cuenta que la procreación era la fuente principal de esclavos, de ahí la necesidad de emplear recursos en alimentarlos, aún corriendo el riesgo de que no llegaran a la edad adulta; se pensaba que si la alcanzaban, trabajarían mejor.²⁷

Sobre la elección de la nodriza y la forma de alimentar al bebé, Sorano nos ofrece un detallado relato, y bastantes de sus recomendaciones, curiosamente, se han mantenido incluso en las sociedades modernas, por lo que se crean sorprendentes paralelismos.²⁸ Según sus propias palabras (II. 19.1-10):

Es preciso elegir una nodriza que no tenga ni menos de veinte años ni más de cuarenta; habrá alumbrado a dos o tres hijos; debe estar exenta de enfermedades, de buen tallo y tez sonrosada; sus senos serán de tamaño medio, suaves, sin durezas ni arrugas y los pezones no deben ser ni muy grandes ni muy pequeños, ni muy tupidos, ni

22. Sorano alude también al examen probatorio de la leche, recomendando que el bebé dispusiera de varias nodrizas para que se acostumbrara a diferentes sabores (II.20). Véase también López Pérez (2004, 228-230 y 232). Los textos citados de Sorano en su versión francesa han sido traducidos al castellano por la autora de este artículo.

23. Oribasio, amigo del emperador Juliano, escribió la obra *Colecciones médicas*, en la que figura esta información. Véase López Pérez (2004-2005, 225-236).

24. Fildes (1988) es autora de un interesante trabajo sobre las nodrizas a lo largo de la historia, aunque precisaría cierta actualización.

25. Se añade que quizá se pretendía que la madre no se encariñase con la descendencia, dada la elevada mortalidad infantil. Véase, entre otros, Bradley (1992, 216-217) y Cid (2001, 27; 2002, 26-27).

26. Sobre la *expositio* o abandono de niños, véase, entre otros, Bradley (1992, 210-211) y, en especial, Boswell (1984) y Corbier (2001).

27. Además, esclavos y esclavas podían empezar a trabajar a una edad temprana, por lo que se trataba de una empresa *lucrativa*. Véase Biezunska-Malowist y Malowist (1966, 175-279) y Bradley (1992, 210-211).

28. En especial, los requisitos de la edad (de 20 a 40 años), la lozanía, la higiene, etc. Véanse, para las condiciones que comenta para el caso antiguo, Rawson (2003, 122), y González Canalejo (2002, 342-343) para el ejemplo de la Almería del siglo XIX, entre otros.

demasiado porosos para que dejen pasar fácilmente la leche; será sobria, sensible, de carácter apacible; griega y preocupada por la higiene.

En la parte dedicada a la nodriza, Sorano sigue enumerando sus virtudes de persona «sensible y afectuosa» y de «carácter tranquilo, pues este influye en los recién nacidos». Para que no peligre la vida del niño, insiste en que no sea supersticiosa y recomienda que sea griega, «para que el bebé se acostumbre con ella a la más bella de las lenguas».²⁹ Un último aspecto que preocupaba al médico griego era la forma de vida durante la lactancia, ya que la nodriza «debe abstenerse de mantener relaciones sexuales, de la embriaguez, de excesos físicos o de otras formas de placer».³⁰ Ha de señalarse que la nodriza era la que daba la comida a los bebés, no solo leche, y, al parecer, la masticaban antes para que no se atragantaran; esto dio lugar al prejuicio de que hurtaban la comida a los niños y niñas a su cargo, y de ahí su asociación a la glotonería, aunque al mismo tiempo se insistía en que debían alimentarse bien.³¹ No cabe duda de que este oficio importaba en la sociedad antigua, ante el énfasis en definir las condiciones físicas y morales de las nodrizas, lo que se refleja también en los contratos impuestos a estas trabajadoras, procedentes de la zona del Nilo.

Aun siendo ilustrativa la información de Sorano, los contratos de nodrizas hallados en Egipto nos acercan mucho más a la situación de estas mujeres, ya que ofrecen unos testimonios absolutamente excepcionales que no se localizan en otros lugares del Mediterráneo.³² Salvo un ejemplo de la etapa ptolemaica y escrito en demótico, el resto de los documentos proceden de la etapa romana y están fechados entre los años 15 a. C. y 305 d. C., y de ellos destacan los procedentes de Alejandría y Oxirrincos.³³ Se trata de escritos sobre papiro en los que un personaje, masculino o femenino, contrata los servicios de una nodriza; en el caso de las mujeres, figura siempre su tutor o *κύριος*. En el documento, se especifican con detalle los derechos y

deberes de cada parte, y se hacen constar los datos del bebé, con frecuencia un esclavo o esclava víctima de abandono. La nodriza tiene que comprometerse a alimentar al niño o niña, cuidarlos, tolerar las visitas del dueño o dueña, varias veces al mes, y a no mantener relaciones sexuales, en lo que se insiste especialmente. A cambio, recibirá un sueldo anualmente, que se abona en pagas mensuales, además de medidas de aceite; también se le proporcionará la ropa para el bebé. Se le puede obligar a que devuelva el dinero si el niño es desatendido o muere sin causa justificada, y también si se incumple alguna cláusula del acuerdo. La duración del compromiso oscila entre los seis meses y los tres años.³⁴ Al repetirse la estructura y las condiciones, resulta evidente que funcionaban modelos de contratos que se iban copiando.³⁵ Como ejemplo puede servir el hallado en Alejandría y datado en el año 13 a. C., cuyo texto es el siguiente:

Ante Protarco, de Isidora, hija de [...], con quien está su tutor, su hermano Eutíquides, hijo de [...], y de Dídima, hija de Apolonio, persa, con quien está su tutor, su hermano Escríon, hijo de Apolonio, persa del epígono. En su propia casa, alejada de la ciudad, Dídima acepta cuidar y amamantar, con su propia leche pura y sin mancha, durante un período de dieciséis meses [...], al niño esclavo abandonado llamado [...] que Isidora le ha confiado, recibiendo como salario por la leche y los cuidados diez dracmas de plata y dos cotilas de aceite cada mes. Mientras sea debidamente remunerada, debe cuidar de sí misma y del niño, sin contaminar la leche, ni dormir con un hombre, ni quedarse embarazada ni amamantar otro niño; cuidará todas las cosas que ha recibido o le han sido confiadas, que habrán de ser devueltas cuando se le demande o, en su defecto habrá de abonar el valor de las mismas, excepto si hubo pérdida manifiesta, en cuyo caso, y de existir pruebas, se la eximirá de tal responsabilidad. Como adelanto, Dídima ha recibido de Isidora el aceite convenido para los tres primeros meses [...]. Ella no podrá abandonar su trabajo antes de finalizar el período pactado y si, por

29. Sorano, II.19, 80, 83-86, 90 y 99-100. Mangas añade que se recomendaban igualmente nodrizas egipcias, famosas por su fertilidad (2000, 224, n. 7). Véase también López Pérez (2004-2005, 230-234).

30. Sorano, II. 19, 66-70.

31. Esta práctica ya era conocida entre los griegos, según lo que nos cuenta Aristófanes en *Caballeros*, 715 y ss., como refiere Molinos (2005, 69). Todd Makler (1980, 317-319) afirma que se recurría a «papillas de cebada» entre los sectores más humildes para completar la dieta alimenticia, aunque se recomendaba también la miel, según figura en la obra de Sorano (II.18, 76-78). Véase asimismo Bradley (1992, 218).

32. Se trata de una documentación extraordinaria que ha suscitado el interés de varios investigadores como Bradley (1980, 321-325), Gourevitch (1984, 255-258), Evans (1997, 215-216) y Rawson (2003), entre otros.

33. Pomeroy (1990, 162) alude al ejemplo datado en el Egipto ptolemaico y rescata los nombres de nodrizas que figuran en la epigrafía funeraria de esta etapa.

34. El salario oscilaba de 7 a 10 dracmas en el siglo I d. C. y de 16 a 20 en la centuria siguiente, cantidades al parecer muy bajas. Sobre esta cuestión, véase especialmente Bradley (1980, 321 y 322-24) y Dimopoulou (2001, 282-284).

35. Según Van Lith (1974, 155), debían de prepararse modelos de contratos en alguna oficina, y llama la atención la semejanza de regulaciones y palabras. Se observa que son más parecidos entre sí los de Alejandría que los de la zona rural. Sobre el número de contratos, Evans alude a 28 (1991, 215-216).

alguna razón, rompe este acuerdo, perderá las rentas recibidas y las que hubiese obtenido de otras formas, teniendo que devolverlas y abonando además la mitad de lo percibido en concepto de daños y gastos, así como otras 500 dracmas y la multa prescrita. Isidora tendrá el derecho de ejecución sobre la persona de Dídima y todas sus propiedades, de modo que, por prescripción legal, todos los seguros y las protecciones que aquella pudiera tener se invalidarán. Si ella cumple todas las condiciones, Isidora deberá darle el salario mensual indicado anteriormente durante los 13 meses restantes y no podrá quitarle el niño antes de que termine dicho período, de lo contrario ella deberá pagar una multa. Dídima deberá visitar regularmente a Isidora cada mes, dejando márgenes de cuatro días de separación, y llevará consigo al niño para su inspección. Yo, Isidora, acepto los términos anteriores. Yo, Eutíquides, he actuado por mi mismo como tutor de mi hermana y he firmado por ella, ya que es iletrada. Yo, Dídima, acepto los términos anteriores. Yo, Escríón he actuado por mí mismo como tutor de mi hermana y he firmado por ella, ya que es iletrada. [...] Yo, Isidora, estoy de acuerdo. El año 17 del (reinado de) César [...].³⁶

Tal y como se deduce de los testimonios egipcios, los contratos podían firmarse incluso en la calle, aunque debieron de hacerse contactos previos, lógicamente. De todos modos, la urgencia de disponer de una nodriza hizo que en algunas ciudades hubiese lugares específicos para su elección. En concreto, para el caso de Roma se menciona la llamada Columna Lactaria, enclave situado en el *Forum Holitorium*, dónde aguardaban las nodrizas y se procedía a su contratación.³⁷ Una vez seleccionada, la nodriza iniciaba una estrecha relación con los bebés amamantados que parecía superar la mera labor de alimentarlo.

3. La madre sustituta: de ama de cría a niñera. *La nutrix y los conlacte*

Aunque la relación entre la nodriza y los niños y niñas amamantados pudiera acortarse, lo normal es que se prolongase durante meses y en muchos casos llegase hasta los tres años. Parece entonces que su tarea superaba la de alimentar y que el contacto directo y estrecho la convertía en la persona que los educaba en los primeros años de su vida y que actuaba como un eficaz instrumento de socialización; curiosamente, la expresión *alumni* significaba originariamente 'persona alimentada por otra diferente a su madre'.³⁸ Sin embargo, podían surgir situaciones muy variadas, y resultan evidentes los lazos afectivos, lo que refleja la documentación epigráfica; en efecto, en las inscripciones, la nodriza es objeto de homenajes por iniciativa de sus antiguos lactantes, pero ella puede honrar igualmente a sus antiguos *alumni* o *alumnae*, incluso cuando ya habían alcanzado la edad adulta. Al parecer, la relación más estrecha se produjo entre las esclavas que trabajaban al servicio de una familia, ya que las nodrizas remuneradas solían romper más fácilmente el contacto cuando finalizaba el contrato.³⁹

De nodrizas que trabajaron en las casas de personajes poderosos disponemos de datos del profundo afecto que surgió con los niños y niñas que alimentaron, que en ocasiones se prolongó a lo largo de toda la vida. Sin duda, las familias aristocráticas disponían de sus propias nodrizas, que luego podían permanecer en la vivienda como cuidadoras.⁴⁰ Algunas de ellas son reconocidas en epitafios funerarios y otras incluso tuvieron el privilegio de ser aceptadas en los mausoleos de sus dueños, como ocurrió en el caso de los Escipiones, lo que otorgaba un notable prestigio a la familia.⁴¹ De ahí que se represente a la nodriza como anciana, cuando ya no está en edad de alimentar.⁴² En estas casas, la *nutrix* puede alimentar a los hijos e hijas de los dueños, pero también a los alumbrados por las esclavas, modalidad, esta última, bastante difundida.

36. El texto figura en la obra de Chester Johnson (1975, 287-288), quien reproduce tres contratos del total de 26 que se conocían en su época. La traducción al castellano de la versión inglesa es obra de la autora del artículo, supervisada por Carlos Erice Cid. En la obra de Gourevitch (1984, 256), este contrato figura en francés, aunque suprimió algunas expresiones y cambió otras, que no modifican el contenido en sus cuestiones esenciales.

37. La noticia figura en Festo, según comenta Evans (1991, 129 y 158, n. 109). La importancia de este lugar es enfatizada por Julio Mangas (2000, 225).

38. Mangas (2000, 119) y Crespo (2006, 210-211). Véase también Bradley (1992, 27).

39. Sobre estos casos, véase Kampen (1981, 110), Mangas (2000, 229) y Crespo (2006, 22).

40. En la inscripción *CIL* VI 8942, se menciona el sorprendente caso de *Tatia*, que alimentó a los siete hijos de *Flavius Clemens* y *Flavia Domitila* (Dimopoulou 2001, 282). Véase también Pomeroy (1990, 161-162) y Rawson (2003, 122-123). Aunque quizá este hecho, verdaderamente extraordinario, se refiera más bien a una niñera, a la que llaman *nutrix*.

41. El ejemplo figura en la inscripción *CIL* VI. 16.128, mencionada por Dixon (1990, 32-33). También se conocen casos de tumbas familiares de *Lugdunum*, a los que alude Mangas (2000, 236 y 238). Véase también Crespo (2006, 200, 215-219 y 314).

42. Lo que enfatiza para el caso griego Picazo, quien alude a vasos funerarios áticos, en los que nodrizas tracias identificadas por sus tatuajes lloran la pérdida de la criatura que cuidaron y alimentaron (2008, 91 y 148).

También se dio el caso de que algunas mujeres, sobre todo las libres o *ingenuae*, se dedicaban esporádicamente a este oficio, viviendo en el campo, donde criaban al bebé que le confiaban. Esta situación aparece mencionada en los contratos de Egipto, pero también en el *Digesto*, que indica a propósito de los esclavos urbanos y rústicos (*Digesto*, 32.99.3):

[...] el hijo de una esclava urbana trasladado a una finca de campo para su crianza piensan algunos que, de momento, no es rústico ni urbano, pero puede pensarse que se le tenga entre los urbanos, como se admite generalmente.

Parece que, en estos casos, se trata de alimentar a esclavos, o esclavas, que han sido llevados por sus dueños. A través del contacto cotidiano, sobre todo si había perdido a su hijo biológico, podían surgir notables sentimientos de cariño, lo que hizo que algunas acabasen adoptándolos como hijos.⁴³

Con frecuencia, una nodriza podía amamantar varios niños a la vez, que podían convertirse incluso en compañeros de juegos; en estos casos, se alude a los fuertes lazos de amistad que surgieron entre los llamados *conlactei*, o hermanos de leche, a pesar, de que en algunos casos, la diferencia social era muy acusada.⁴⁴ Así ocurrió, entre otros ejemplos, con el biznieto del emperador Tiberio, *Rubellius Drusus*, que se crió junto a *Communi*us, esclavo y *conlacteus*.⁴⁵ De ahí la recomendación de que la nodriza amamantase a un niño del mismo sexo que el suyo, con la finalidad de que los varones no se feminizaran ni las niñas se masculinizasen (López López 2004-2005, 230-234).

Parece entonces que la labor de la nodriza superaba la lactancia, combinando la labor de alimentar y educar. En ese sentido debe entenderse la aparición de expresiones como *nutrix assa*, que se puede traducir por 'niñera' o 'la que no amamanta', sin olvidar a los cuidadores de los niños varones de corta edad, que eran conocidos como *nutrici* o *nutritores*.⁴⁶ Los últimos no

se confundían con los *paedagogi*, quienes asumían una educación más elaborada, volcada en la enseñanza de materias diversas.

Junto a estas expresiones figuran también *tatae* y *mammae*, cuyo significado no está claro. Tales términos apenas se citan en los testimonios literarios, pero están bien documentados en los textos epigráficos, en los que niños y niñas las honran bajo tales epítetos, a la vez que ellas también aparecen como promotoras de los homenajes a personas de corta edad. Para algunos autores, pueden aludir a madres adoptivas, o simplemente que ejercen la función sin reconocimiento jurídico, quizá porque los biológicos desaparecieron; pero en algunos casos aparecen también como dueñas de esclavos. Se da la circunstancia de que, con tales acepciones, figuran personajes actuando de acuerdo con los padres biológicos.⁴⁷ Quizá con estos términos se aluda a mujeres que mantenían una especial relación afectiva con determinados niños y niñas, aunque podían encubrir situaciones muy variadas, que implicaban desde fuertes sentimientos de cariño a responsabilidades en su crianza y educación.⁴⁸

Este círculo de personas que rodeaba la vida del niño en sus primeros años de vida muestra sin duda la preocupación por su crianza y educación. Se trata evidentemente de situaciones propias de familias con una posición económica desahogada, con capacidad para disponer de *nutrices*, *nutrices assae* y *nutritores* o *nutricii* para la atención y crianza de su descendencia; los *paedagogi* y las *paedagogae* se diferencian claramente por su labor de educadores.⁴⁹ Algunos de estos cuidadores, sobre todo ciertas mujeres, podían asumir el rango de *tatae* y *mammae* en el seno de los círculos familiares poderosos, lo que ha de entenderse como manifestación de afecto entre la niñera y las criaturas a su cargo. Probablemente, cuando se utilizan estas expresiones entre sectores sociales más humildes, están evocando a mujeres que suplantaban a las madres biológicas en el control de la crianza y educación de los niños y niñas.

43. Sobre estos casos, véase Dixon (1990, 165, n. 33). C. González Canalejo también comenta esta situación en la Almería moderna, según se deduce de un contrato, fechado en los años 1874 a 1877, en el que se especifica la ropa que le entregan para el bebé (2002, 339-340). Aunque algunos autores opinan que en las nodrizas contratadas el afecto por sus nutricios era menos intenso, como plantea Mangas (2000, 229), entre otros autores citados en la nota 39.

44. Los términos utilizados para definir a los hermanos de leche son *conlactus*, *conlactana*, *collactus*, *collactia* junto con *conlacteus*. Véase, entre otros, Mangas (2000, 236-237) y Crespo (2006, 210, 261 y 270).

45. Quizá la madre de *Communi*us fuese la misma nodriza, lo que apunta Rawson (2003, 257-258). Este niño falleció con poco más de dos años y era esclavo de Antonia, la esposa de Druso, hermano del emperador Tiberio, según consta en su epitafio (*CIL* VI.16.057). *Rubellius Drusus* era el hijo de Julia y de *Rubellius Blandus*, de familia senatorial.

46. Sobre estos términos y su significado, véase Cid López (2002, 28, y 2001, 27-29) y también Dixon (1990, 126). Bradley (1991, 214) alude expresamente al *nutritor lactaneus*, encargado de vestir, bañar y dar leche de «botella» a los niños.

47. Mujeres honradas como *mammae* se conocen en 44 inscripciones, mientras que estas aparecen como dedicantes de monumentos funerarios a niños o niñas en 27 ejemplos (Dixon, 1990, 146).

48. Para Evans (1991, 128 y 158, n. 102), la *mamma* era la mujer encargada de la crianza de un niño. Sobre otros posibles significados, véase especialmente Bradley (1991).

49. Bradley (2001, 37-38). Sobre las pedagogas, véase Treggiari (1976, 90), que recoge ejemplos documentados en la epigrafía.

4. Las nutrices como madres «mercenarias». Su proyección en la sociedad antigua

Aunque alimentar los hijos e hijas de otras madres no parecía representar un oficio que otorgase prestigio social, al menos sí se tenía en cuenta su importancia, ya que la *nutrix* seguía en rango a la madre y se situaba por encima de la abuela en el seno de la familia.⁵⁰ En cualquier caso, resulta curioso que la lactancia, una labor que es mercenaria, se mencione con frecuencia en los textos literarios y epigráficos, pero también en representaciones iconográficas, lo que no ocurre con el embarazo.⁵¹ En efecto, no es fácil encontrar imágenes de mujeres exhibiendo un cuerpo gestante, pero sí figuran aquellas que alimentan a sus bebés, mostrando la desnudez de los pechos, como ocurre con las diosas procedentes de panteones muy diversos del Mediterráneo antiguo, entre las que destaca la poderosa imagen de *Isis Lactans*.⁵² En Grecia, encontramos también a Deméter como nodriza de Demofonte, el hijo del rey de Eleusis, mientras que en Roma destaca *Anna Perenna*, diosa lunar y madre nutricia, cuyo culto estaba relacionado con la renovación de la naturaleza y el bienestar de la ciudad, actividades a las que no eran ajenas las otras deidades. Pero, si la labor de amamantar podía ser adjudicada a los seres divinos, entre los humanos, las mujeres de baja condición social eran las que asumían tal tarea; estas últimas también figuran en representaciones iconográficas, y no siempre se diferencian de las diosas, síntoma evidente de la popularidad del oficio de nodriza.⁵³

En efecto, aunque el oficio femenino más común en la Roma antigua, y en otras sociedades, se liga al ejercicio de la prostitución, lo cierto es que en la literatura el caso de las nodrizas es el más citado, percepción que se corrobora en los testimonios epigráficos (López Pérez 2004-2005). Precisamente son las inscripciones las que mejor nos acercan a la situación social de las nodrizas, para conocer tanto su origen

social como la promoción que podía permitirles este trabajo. Se conocen unos 150 testimonios epigráficos para el conjunto del Mediterráneo en la etapa imperial.⁵⁴ A través de este material, podemos comprobar hasta qué punto la lactancia de alquiler era una tarea realizada por esclavas, libertas o *ingenueae*, al igual que se muestra en la documentación de los contratos egipcios hechos en papiro. Ocurre que, en la documentación epigráfica, la mayoría de las veces no se indica el estatuto jurídico de la nodriza, aunque se distinguen las contratadas por la *domus* imperial o familias aristocráticas, como los *Statilii*, cuya posición jurídica oscilaba entre las esclavas y las libres, en las cuales primaba la población de condición *servi*; sobre el resto de las nodrizas, ha de señalarse que las *servae* y libertas también son más numerosas que las *ingenueae*, aunque el número de las inciertas es bastante elevado.⁵⁵ En función de los datos epigráficos, parece que este oficio lo ejercían tanto libres como esclavas, aunque se imponían las de origen servil o manumitidas;⁵⁶ con el desempeño de este trabajo, las libres seguramente pretendían aportar su contribución a la economía familiar, mientras que en el caso de las esclavas, estas no debían de recibir ningún salario. Muy probablemente, las *servae* ejercían esta tarea para facilitar que otras compañeras se incorporasen rápidamente al trabajo tras dar a luz, o para que pudiesen volver a quedar embarazadas.

Para conocer la posición social de las nodrizas, la notable documentación epigráfica aparecida en Roma ha proporcionado una importante y rica información. En concreto, en la capital imperial se localizaron 62 inscripciones con mención de la *nutrix*. Del total, destacan 40 en las que la nodriza es homenajeada por su dueño o sus *alumni*, quienes la evocan como *dulcissima*, *amantissima* o *pientissima*, a la vez que les ofrecen generosas donaciones, mientras que las restantes son dedicadas por la *nutrix* a otros personajes o familiares, en los que llegan a figurar sus antiguos nutricios

50. Según figura en el *Digesto* (26.10), lo que comenta Mangas (2000, 226).

51. La nodriza calificada como madre mercenaria figura en Bradley (1991, 24), entre otros.

52. Sobre las diosas representadas como nodrizas, véase Crespo (2006, 17-18) y especialmente Dunand, sobre todo para el caso egipcio (2004, 14, n. 3). Véase también Boëls Janssen (1993, 27-30 y 33), Molinos (2005, 63) y Fernández García (2010, n. 30-34).

53. Kampen cita el caso de *Severina*, *nutrix* de la ciudad de Colonia, que aparece amamantando en su epitafio, y también insiste en que suelen aparecer representaciones de niñas en los sarcófagos o con bebés en el regazo (1981, 82, 88, 96 y 106, fig. 4, 81 y 82).

54. Los datos figuran en Evans (1991, 129), quien añade que la mitad de las inscripciones proceden de Roma, que, sumadas a las halladas en la península Itálica, alcanzan el 80 por ciento de las conocidas para todo el Imperio. Crespo Ortiz de Zarate comenta que la mayoría se datan entre los siglos I y II d. C. (2006, 289-303).

55. Evans analiza 102 ejemplos de nodrizas, aunque afirma que se conocen 150 para todo el Imperio, en las que distingue 44 libertas, 17 *servae*, 2 *ingenueae* y 39 de origen incierto; entre ellas, destacan 6 casos de libertas vinculadas a la familia *Caesaris* y 27 (en las que se distinguen 18 libertas, 5 *servae* y 4 inciertas) relacionadas con personajes aristocráticos; en el caso de Egipto, en los 28 contratos se identifican con claridad 7 esclavas (1991, 129 y 213-215). Ha de señalarse que las mujeres de las capas dirigentes disponían también de sus propias comadronas, junto a las *ornatrices* (Treggiari, 1973, 248 y 254). Este oficio, al parecer, podía *transmitirse* de madres a hijas, como señala Crespo (2006, 220).

56. Tal y cómo afirma Bradley (1991, 15-16 y 23; 1993, 203 y 213), Crespo Ortiz de Zarate defiende la condición servil a partir de los datos de la onomástica (2006, 11-139, 143, 170, 209-210 y 313).

o nutricias.⁵⁷ Estos datos muestran el reconocimiento del que disfrutaron las mujeres dedicadas a este oficio, y también los recursos de los que llegaron a disponer, puesto que podían sufragar un monumento funerario, aunque en general fuese de dimensiones humildes.⁵⁸ Del total de las nodrizas conocidas en la capital imperial, se distinguen 11 esclavas, 17 libertas y sólo una libre, y en 37 casos se desconoce su estatuto.⁵⁹ Aunque la cifra es escasa, parece que aquí predominó la población servil y que, dado el número de libertas, este oficio les facilitó ampliamente el acceso a la manumisión, sobre todo si dependían de familias aristocráticas o de la casa imperial.⁶⁰ Es decir, menos en el conjunto del Mediterráneo, pero de manera acusada en la urbe de Roma, la labor de amamantar se ligaba a las mujeres de condición servil, aunque el oficio les servía de promoción social, hasta alcanzar el estatus de liberta.

Sin duda, ser nodriza en la Roma antigua, como en otras sociedades del Mediterráneo, no era un trabajo apetecible, sino que se imponía a las mujeres por sus dueños, por el patrón si eran esclavas o por el pariente masculino si eran *ingenueae*; también las propias circunstancias, ya que era la vía para que mujeres con escasos recursos pudiesen realizar un oficio respetable. Pero, más allá de la cruda realidad cotidiana que imponía este trabajo a las mujeres que lo ejercían, en la concepción de la nodriza confluyen elementos propios de lo femenino que conviene no olvidar, ya que reflejan ciertas paradojas o contradicciones, aunque solo aparentes.

Amamantar a niños y niñas, inequívocamente, es una actividad ligada a las tareas maternas, que se convierte en imprescindible para la supervivencia de la especie en cualquier sociedad. Por consiguiente, la maternidad no finaliza en el momento del parto, sino que se prolonga en la lactancia, aunque sean otras quienes asuman esta obligación. Las mujeres son necesarias socialmente para tener hijos y cuidarlos. Es decir, su

función prioritaria en la sociedad depende de los ciclos biológicos y propios de la naturaleza femenina, en el sentido de que importan sobre todo cuando son capaces de procrear y de alimentar. El énfasis en el papel del cuerpo femenino como fuerza de trabajo es una muestra de tal situación, por la cual se defiende un ideal que empieza con la mujer como cuerpo receptor y gestante para ser luego cuerpo nutricio.

De esta capacidad para dar y mantener la vida, emergió el poderoso prototipo de la mujer como ser entregado a los demás, con extraordinaria capacidad de abnegación, lo que influyó en que históricamente las mujeres hayan buscado un destino laboral próximo a las actividades de cuidado de niños y niñas, también de personas enfermas; el propio Jenofonte presentaba a la *vilica* como experta en conocimientos médicos y con capacidad para cuidar a los enfermos de la hacienda.

Sin duda, la aparición de las nodrizas se impuso por el afán de salvaguardar la vida de los bebés indefensos en muchos casos, lo que proporcionaba una salida profesional a mujeres sin recursos ni conocimientos para realizar otras tareas; solo podían ofrecer ciertas condiciones físicas, también morales, y en determinados períodos de su vida. La pobreza de estas trabajadoras impuso la imagen de la nodriza como ser humilde, alejado totalmente de la poderosa figura de la madre, protagonista absoluta de la historia de lo femenino en la Roma antigua. En síntesis, la maternidad en las sociedades antiguas, como revela la romana, contiene una compleja carga simbólica, que oscila entre el temor y la veneración hacia lo femenino, a la vez que ha servido para justificar la sumisión y enclaustramiento de las mujeres. La nodriza como ser que asume tareas propias de la madre biológica, en su vertiente de madre sustituta y mercenaria, acaba incorporando los prejuicios, mejor estigmas, que se han vertido sobre el hecho materno. De ahí que este respetable oficio nunca pudiese disfrutar del reconocimiento social.

57. Según datos de Dixon, quien alude asimismo a ejemplos de *nutritor* y *nutricius* (1990, 161, n. 7, y 163, n. 20). Véase también Bradley (1992, 220), Mangas (2000, 229 y 238-239) y Crespo (2006, 214).

58. Como caso excepcional, Mangas (2000, 231 y 234) cita el caso de *Rasinia Pietas*, que dedicó un monumento a un cónsul, a cuyas hijas había amamantado; la inscripción se localizó en *Minturnae*, en la vía Apia (*CIL* X.6006).

59. Los datos figuran en Kampen (1981, 109). Bradley menciona 62 ejemplos (1992, 202).

60. Curiosamente, en Egipto predominaron más bien los casos de nodrizas casadas y pobres, cuyo oficio no favoreció su promoción. Al parecer, las contratadas eran las que menos ascendieron socialmente, según afirma Mangas (2000, 237).

Bibliografía

- ACQUARO, E.; BERNARDINI, P.; BULTRINI, G.; FRANCISI, M. T.; INGO, G. M.; PETRUCCIOLI, G.; PADELETTI, G. 1996: «Primi risultati delle indagini chimico-fisiche sui materiali rinvenuti nel quartiere metallurgico di Tharros (Sardegna)», *L'Africa Romana: Atti del XI Convegno Internazionale*, 853-865.
- ADAMS, J. L. 1993: «Toward understanding the technological development of manos and metates», *Kiva* 58(3), 331-334.
- 1996: *Manual for a technological approach to ground stone analysis*, Center for Desert Archaeology, Tucson.
- 1999: «Refocusing the role of food-grinding tools as correlates for subsistence strategies in the U.S. Southwest», *American Antiquity* 64, 475-498.
- AGUSTÍ, B. 2009: *Minferri 2006. Estudi antropològic*, informe inédito.
- AL OUMAOU, I.; JIMÉNEZ-BROBEIL, S.; DU SOUICH, P. 2004: «Markers of activity patterns in some populations of the Iberian Peninsula», *International Journal of Osteoarchaeology* 14, 1-17.
- AL-RAWI, F. N. H. 1979: «Brief review of the Cuneiform texts recently excavated at the ancient site of Sippar», *Sumer* 35, 196-197.
- ALAOUI, M. K. 2007: *Revisando Kuass (Asilah, Marruecos): talleres cerámicos en un enclave fenicio, púnico y mauritano*, Saguntum Extra 7.
- ALARCÓN, E. 2005: *Las actividades de mantenimiento en el yacimiento de Peñalosa: una aproximación a la vida cotidiana de las poblaciones argáricas*, trabajo de investigación inédito (DEA).
- 2006: «Aproximación al estudio de las actividades de mantenimiento en el poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)», *Arqueología y Territorio* 3, 89-116.
- 2010a: *Continuidad y cambio social. Las actividades de mantenimiento en el poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)*, tesis inédita.
- 2010b: «Maintenance Activities: an Analysis Category for Analysing Prehistoric Societies», en: DOMASNES, L. H.; HJORUNGDAL, T.; MONTÓN SUBIAS, S.; SÁNCHEZ ROMERO, M.; WICKER, N. L. (eds.), *Situating Gender in European Archaeologies*, Archaeolingua 15, Budapest.
- ALARCÓN GARCÍA, E.; SÁNCHEZ ROMERO, M. 2010a: «Maintenance activities: an analysis category to gain knowledge of prehistoric societies», en: DOMASNES, L. H.; HJORUNGDAL, T.; MONTÓN SUBIAS, S.; SÁNCHEZ ROMERO, M.; WICKER, N. L. (eds.), *Situating gender in European archaeologies*, Archaeolingua, Budapest, 261-282.
- 2010b: «Relaciones de género y organización del trabajo metalúrgico en la Edad del Bronce del sureste Peninsular», en: *V Simposio internacional Minería y Metalurgia Históricas en el Suroeste Europeo: Homenaje a Claude Domergue*, Universidad de León, 207-218.
- 2010c: «Identidades de género y edad en la organización del trabajo minero-metalúrgico en el distrito de Linares-La Carolina», en: CONTRERAS, F.; DUEÑAS, J. (coords.), *Una historia de la tierra: la minería en el distrito minero de Linares-La Carolina*, Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 343-366.
- 2011: «Relaciones de género y organización del trabajo metalúrgico en la Edad del Bronce del sureste Peninsular», en: *V Simposio Internacional, Minería y Metalurgia Históricas en el Suroeste Europeo: Homenaje a Claude Domergue*, Universidad de León, 343-366.
- ALARCÓN GARCÍA, E.; SÁNCHEZ ROMERO, M. 2015: «Arqueología feminista, de las mujeres y del género de la Península Ibérica», en: SÁNCHEZ ROMERO, M.; ALARCÓN GARCÍA, E. (coord.), *Feminismo, mujeres y género*, MENGA. Revista de Prehistoria de Andalucía nº 6, 33-59.
- ALBIR, C. 2010: «Etnología de la elaboración del pan», *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, extra 9, 151-160.
- ALBIZURI, S.; ALONSO, N.; LÓPEZ-CACHERO, J. 2011: «Economia i canvi social a Catalunya durant l'edat

- de bronze i la primera edat del ferro», en: VALENZUELA, S. (ed.), *Economia agropecuària i canvi social a partir de les restes bioarqueològiques. El primer mil·lenni aC a la Mediterrània occidental*, V Reunió d'Arqueologia de Calafell, Arqueomediterrània, 11-36.
- ALCALÁ-ZAMORA, L. 2004: *Necrópolis ibérica de Pozo Moro*, Biblioteca Archaeologica Hispana 23.
- ALLISON, P. 2001: «Using the material and written sources: Turn of the Millenium Approaches to Roman domestic Space», *American Journal of Archaeology*, 105, 2, 181-208.
- ALONSO, N. 1999: *De la llavor a la farina. Processos agrícoles protohistòrics a la Catalunya occidental*, Monographies d'Archéologie Méditerranée 4, CNRS, Lattes.
- 2002: «Los molinos», *Limes: Revista de Arqueología*, extra 8, 113-120.
- ALONSO, N.; JUNYENT, E.; LAFUENTE, A.; LÓPEZ, J. B. 2008: «Plant remains, storage and crop processing inside the Iron Age fortress of Els Vilars d'Arbeca (Catalonia, Spain)», *Vegetation History and Archaeobotany* 17, supl. 1, 149-159.
- ALSTER, B. 1974: *The instructions of Suruppak, A Sumerian proverb collection*, Mesopotamia 2, Akademisk Forlag, Copenhagen.
- ÁLVAREZ GARCÍA, N.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. 2011: «De allí y de aquí: los intercambios y el comercio», en: BONET, H.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (eds.), *La Bastida de les Alcusses, 1928-2010*, Museu de Prehistòria de València, Valencia, 176-195.
- ANTOLÍN, F. 2016: *Local, intensive and diverse? Early farmers and plant economy in the North-East of the Iberian Peninsula (5500-2300 cal BC)*, Advances in Archaeobotany, 2, Eelde, The Netherlands.
- ARANCIBIA, A.; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, L. E. 2012: «El período fenicio arcaico en la Bahía de Málaga», en: GARCÍA ALFONSO, E. (ed.), *Diez años de arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010)*, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura y Deporte, Sevilla, 49-65.
- ARANDA, G. 2008: «Cohesión y distancia social. El consumo comensal de bóvidos en el ritual funerario de las sociedades argáricas», en: ARANDA JIMÉNEZ, G. (ed.), *Poder y prestigio en las sociedades prehistóricas peninsulares: el contexto social del consumo de alimentos y bebidas*, Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada 13, 107-123.
- ARANDA, G. et al. 2008: «El poblado y necrópolis argáricos del Cerro de la Encina (Monachil, Granada). Las campañas de excavación de 2003-05», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 18, 219-264.
- ARANDA, G., MONTÓN, S.; JIMÉNEZ-BROBEIL, S. 2009: «Conflicting evidence? Weapons and skeletons in the Bronze Age of south-east Iberia», *Antiquity* 83, 1038-1051.
- ARANDA, G.; MONTÓN, S.; SÁNCHEZ-ROMERO, M.; ALARCÓN, E. 2009: «Death and everyday life. The Argaric societies from Southeast Iberia», *Journal of Social Archaeology* 9(2), 139-162.
- ARANEGUI, C. 2007: «Apuntes sobre el urbanismo de Lixus (Larache, Marruecos)», en: LÓPEZ CASTRO, J. L. (ed.), *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*, Universidad de Almería, Almería, 369-382.
- 2008: «La prevalencia de las representaciones femeninas: el caso de la Cultura Ibérica», en: PRADOS, L.; RUIZ, C. (eds.), *Arqueología del género. 1er encuentro internacional en la UAM*, Madrid, 205-224.
- 2010: «El lenguaje del prestigio. A propósito de la Dama de Baza», en: CHAPA, T.; IZQUIERDO, I. (eds.), *La Dama de Baza. Un viaje femenino al más allá*, Madrid, 185-194.
- ARCHI, A. 1985: *Testi amministrativi, assegnazioni di tessuti (Archivio L. 2769)*, Archivi Reali di Ebla, Testi 1, Roma, Missione Archeologica Italiana in Siria.
- ARENDT, H. 2003: *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios de reflexión política*, Ediciones Península, Barcelona.
- ARMADA PITA, X.-L.; HUNT ORTIZ, M. A.; TRESSERRAS, J.; MONTERO RUIZ, I.; RAFEL FONTANALS, N.; RUIZ DE ARBULO BAYONA, J. 2005: «Primeros datos arqueométricos sobre la metalurgia del poblado y necrópolis de Calvari del Molar (Priorat, Tarragona)», *Trabajos de Prehistoria* 62(1), 139-155.
- ARMENTANO, N.; GALLART, J.; JORDANA, X.; LÓPEZ, J. B.; MALGOSA, A.; RAFEL, N. 2008: «La cova sepulcral de Montanisell (Sallent-Coll de Nargó, Alt Urgell): pràctiques funeràries singulars durant l'edat del bronze al Prepirineu», *1r Col·loqui d'Arqueologia d'Odèn (Solsonès): La prehistòria avui en el Prepirineu lleidatà*, Museu Diocesà i Comarcal de Solsona, 55-72.
- ARTHUR, K. W. 2010: «Feminine knowledge and skill reconsidered: women and flaked stone tools», *American Anthropologist* 112(2), 228-243.
- ASHER-GREVE, J. M. 1997: «Feminist research and Ancient Mesopotamia: problems and prospects», en: BRENNER, A.; FONTAINE, C. (eds.), *A feminist companion to reading the Bible*, Academic Press, Sheffield, 218-237.
- ATTINGER, P. 2001: «Nanna O» (UM 29-15-570), *NABU* 2001 (41), 45-47.
- 2008: «La médecine mésopotamienne», *Le Journal des Médecines Cunéiformes*, 1-96.
- AUBET, M. E. 1997: «Un lugar de mercado en el Cerro del Villar», en: AUBET, M. E. (ed.), *Los fenicios en Málaga*, Universidad de Málaga, Málaga, 197-213.

- 2002: «Notas sobre tres pesos del Cerro del Villar (Málaga)», en: AMADASI-GUZZO, M. G.; LIVERANI, M.; MATTHIAE, P. (eds.), *Da Pirgy a Mozia: Studi sull'Archeologia del Mediterraneo Vicino Oriente*, Quaderni 3.1, CNR, Roma, 29-40.
- AUBET, M. E.; CARMONA, P.; CURIÀ, E.; DELGADO HERVÁS, A.; FERNÁNDEZ CANTOS, A.; PÁRRAGA, M. 1999: *Cerro del Villar I: El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland*, Junta de Andalucía, Sevilla.
- AUBET, M. E.; DELGADO HERVÁS, A. 2003: «La colonia fenicia del Cerro del Villar y su territorio», en: GÓMEZ BELLARD, C. (ed.), *Ecohistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Universidad de Valencia, Valencia, 57-74.
- AULT, B. A. 2005: *The excavations at Ancient Halieis: The houses: The organization and use of domestic space*, Indiana University Press, Bloomington.
- AULT, B. A.; NEVETT, L. C. 1999: «Digging houses: archaeologies of classical and hellenistic Greek domestic assemblages», en: ALLISON, P. M. (ed.), *The archaeology of household activities*, Routledge, Londres, 43-56.
- AURA, J. E.; CARRIÓN, Y.; ESTRELLES, E.; PÉREZ JORDÀ, G. 2005: «Plant economy of hunter-gatherer groups at the end of the last Ice Age: plant macroremains from the cave of Santa Maira (Alacant, Spain) ca. 12000-9000 B.P.», *Vegetation history and archaeobotany* 14, 542-550.
- AZARPAY, G.; LAMBERT, W. G.; HEIMPEL, W.; KILMER, A. D. 1987: «Proportional guidelines in Ancient Near Eastern art», *Journal of Near Eastern Studies* 46(3), 183-213.
- BARBER, M.; FIELD, D.; TOPPING, P. 1999: *The Neolithic flint mines of England*, English Heritage, Londres.
- BABOT, M. 2006: «El papel de la molienda en la transición hacia la producción agropastoril: Un análisis desde la Puna Meridional argentina», *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 32, 75-92.
- BANKS, A. C. 1999: *Birth chairs, midwives, and medicine*, University Press of Mississippi, Jackson.
- BAHRANI, Z. 2001: *Women of Babylon*, Routledge, Londres.
- BALAGUER, P.; FREGEIRO, M. I.; OLIART, C.; RIHUETE, C.; SINTES, E. 2002: «Indicadores de actividad física y cargas laborales en el esqueleto humano. Posibilidades y limitaciones para el estudio del trabajo y su organización social en sociedades extintas», en: CLEMENTE, I.; RISS, R.; GIBAJA, J. F. (eds.), *Análisis funcional. Su aplicación al estudio de las sociedades prehistóricas*, BAR Internacional Series 1073, Oxford, 97-108.
- BARCELÓ, A.; DELGADO, A.; FERNÁNDEZ, A.; PÁRRAGA, M. 1995: «El área de producción alfarera del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)», *Rivista di Studi Fenici* 23(2), 147-182.
- BARDET, G. 1984: *Archives administratives de Mari / 1*, Archives royales de Mari 23, Éditions Recherche sur les Civilisations, París.
- BARTLETT, K. 1933: *Pueblo milling stones of the Flagstaff region and their relation to others in the Southwest*, Museum of Northern Arizona Bulletin 7, Flagstaff, Arizona.
- BAXTER, J. E. 2005: *The archaeology of childhood. Children, gender and material culture*, Altamira Press, Lanham (Maryland).
- BEAUMONT, L. A. 2003: «The changing face of childhood», en: NEILS, J.; OAKLEY, J. H. (eds.), *Coming of age in Ancient Greece: Images of childhood from the classical past*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 59-83.
- BECK F. A. G. 1975: *Album of Greek education. The Greeks of school and at play*, Cheiron Press, Sidney.
- BECKMANN, G. M. 1983: *Hittite birth rituals*, Studien zu den Bogâköy-Texten 29, O. Harrassowitz, Wiesbaden.
- BELARTE, M. C. 1997: *Arquitectura domèstica i estructura social a la Catalunya protohistòrica*, Arqueo Mediterrània 1, Treballs de l'Àrea d'Arqueologia de la Universitat de Barcelona.
- 2010: *La casa ibèrica. De la construcció a l'ús de l'espai*, Societat Catalana d'Arqueologia.
- BELARTE, M. C.; BONET, H.; SALA, F. 2009: «L'espai domèstic i l'organització de la societat ibèrica: els territoris de la franja mediterrània», en: BELARTE, M. C. (ed.), *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier mil·lenni). Actes de la IV Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell*, Barcelona, 93-123.r
- BENEDETTI, B. 1980: «Nota sulla ŠU.GI itita», *Mesopotamia* 15, 93-108.
- BERNABÉ PAJARES, A. 1988: *Himnos homéricos*, Gredos, Madrid.
- BERNABEU, J.; BONET, H.; GUÉRIN, P.; MATA, C. 1986: «Análisis microespacial del poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)», *Arqueologia Espacial* 9, *Coloquio sobre el microespacio* 3, 321-337.
- BERNARD, N. 2003: *Femmes et société dans la Grèce classique*, Armand Colin, París.
- BIANCHETTI, S. 1989: «La normativa ateniese relativa al κακός λέγειν da Solone al IV secolo», *Rivista Storica Italiana* SF I, 65-87.
- BIELMAN, A. 2002: *Femmes en public dans le monde hellénistique*, Sedes, París.
- BIEZUNSKA-MALOWIST, I.; MALOWIST, M. 1966: «La procréation des esclaves comme source de l'escla-

- vage (quelque observations sur l'esclavage dans l'antiquité, au moyen-âge et au cours des temps modernes», en: *Mélanges offerts à K. Michalowski*. Panstwowe Wydawnictwo Naukowe, Varsovia, 275-280.
- BIGA, M. G. 1991: «Donne alla corte di Ebla», *La parola del passato* 46(3-5), 85-303.
- 1994: «Il latte nella documentazione cuneiforme del III e II millennio», en: MILANO, L. (ed.), *Drinking in ancient societies: History and culture of drinks in the Ancient Near East. Papers of a Symposium held in Rome, May 17-19, 1990*, Sargon, Padua, 333-345.
- 1997: «Enfants et nourrices à Ebla: Enfance et éducation dans le Proche-Orient ancien», *Ktema* 22, 35-44.
- BIGA, M. G.; MILANO, L. 1984: *Testi amministrativi: Assegnazioni di Tessuti (Archivio L. 2769)*, Archivi reali di Ebla. Testi 4, Missione Archeologica Italiana in Siria, Roma.
- BIGGS, R. 2000: «Conception, contraception and abortion in Ancient Mesopotamia», en: GORGE, A. R.; FINKEL, I. L. (eds.), *Wisdom, gods and literature: Studies in Assyriology in honour of W. G. Lambert*, Eisenbrauns, Winona Lake, 1-13.
- BLACK, J.; GREEN, A. 1992: *Gods, demons and symbols of Ancient Mesopotamia. An illustrated dictionary*, Trustees of the British Museum, Londres.
- BOECKH, A. 1976: *Public economy of Athens*, John W. Parker, Londres.
- BOËLS-JANSSEN, N. 1993: *La vie religieuse des matrones dans la Rome archaïque*, Mélanges de l'École Française de Rome, Roma.
- BOLGER, D. 2008: *Gender through time in the Ancient Near East*, AltaMira Press, Lanham (Maryland).
- BONET, H. 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antigua Edeta y su territorio*, Museu de Prehistòria de València, Valencia.
- 2010: «Lugares de culto de ámbito doméstico», en: *Debate en torno a la religiosidad protohistórica (25-27 de mayo 2005)*, Mérida, 177-201.
- BONET, H.; GUÉRIN, P. 1995: «Propuestas metodológicas para la definición de la vivienda ibérica en el área valenciana», en: *Table ronde Ethno-archéologie méditerranéenne: finalités, démarches et résultats (Madrid, 1991)*, Collection de Casa de Velázquez 54, 85-104.
- BONET, H.; GUÉRIN, P.; MATA, C. 1994: «Urbanisme i habitatge ibèrics al País Valencià», *Cota Zero* 10, diciembre, 115-130.
- BONET, H.; MATA, C. 1997: «Lugares de culto edetanos: propuesta de definición», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, 115-146.
- 2002: *El Puntal dels Llops. Un fortín edetano*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 99, Valencia.
- BONET, H.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. 2011: *La Bastida de les Alcusses*, Museu de Prehistòria de València, València.
- BONET, H.; VIVES-FERRÁNDIZ, J.; CARUANA, I. 2005: «La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia). Investigación y musealización», en: *La Contestania ibérica, treinta años después*, Serie Arqueología, Alicante, 267-279.
- BORGER, R. 1969: «Die erste Teiltafel der zi-pà Beschwörungen (ASKT 11)», en: RÖLLIG, W. (ed.), *Lisan mithurti. Festschrift Wolfram Freiherr von Soden zum 19.VI.1968 gewidmet von Schuelern und Mitarbeitern*, Butzon & Bercker, Kevelaer, 1-22.
- BOSCH, A. 1984: «Les destrals polides del nord de Catalunya: tipologia i petrologia», *Fonaments* 4, 221-245.
- BOSCH, A.; CHINCHILLA, J.; TARRÚS, J. 2006: *Els objectes de fusta del poblat neolític de La Draga. Excavacions 1995-2005*, Monografies del CASC 6, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Girona.
- BOSERUP, E. 1967: *Las condiciones del desarrollo en la agricultura: la economía del cambio agrario bajo la presión demográfica*, Tecnos, Madrid.
- 1970: *Woman's role in economic development*, George Allen and Unwin Ltd., Londres.
- 1984: *Población y cambio tecnológico: Estudio de las tendencias a largo plazo*, Crítica, Barcelona.
- BOSWELL, J. E. 1984: «*Expositio* and *oblatio*: The abandonment of children and the ancient and medieval family», *The American Historical Review* 89, 10-33.
- BOTELLA, M. C.; JIMÉNEZ-BROBEIL, S. A.; ORTEGA, J. A. 1995: «Traumatismos in Bronze age settlements in the Iberian Peninsula: Argar culture», *Proceeding of the IXth European Meeting of the Paleopathology Association*, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Barcelona, 65-72.
- BOTTÉRO, J.; KRAMER, S. N. 1989: *Lorsque les dieux faisaient l'homme, mythologie mésopotamienne*, Gallimard, París.
- BOTTO, M.; OGGIANO, I. 2003: «L'artigiano», en: ZAMORA, J. A. (ed.), *El hombre fenicio: estudios y materiales*, CSIC-Escuela Española de Arqueología en Roma, Roma, 129-146.
- BOURRIOT, F. 1959: *Histoire générale du travail*, Nouvelle Librairie de France, París.
- BOWSER, B. J.; PATTON, J. Q. 2004: «Domestic spaces as public places: an ethnoarchaeological case study of houses, gender, and politics in the Ecuadorian Amazon», *Journal of Archaeological Method and Theory* 11(2), 157-181.
- BRADLEY, K. R. 1980: «Sexual regulations in wet-nursing. Contracts from Roma Egypt», *Klio* 62, 2, 321-325.
- 1991: «The Social Rule of the Nurse in the Roman World» and «*Tatae* and *Mammae* in the Roman

- Family», en: *Discovering the Roman family. Studies in Roman social history*, Oxford University Press, Oxford, 13-36 y 76-102.
- 1992: «Wet-nursing at Rome: a study in social relations», en: Rawson, B.: *The Family in ancient Rome*, Routledge, Londres, 201-229 (1.^a ed., 1986).
- BRAY, F. 1997: *Technology and gender. Fabric of power in Late Imperial China*, University of California Press, Berkeley.
- BRENIQUET, C. 2008: *Essai sur le tissage en Mésopotamie*, De Boccard, París.
- BRIDGES, P. S. 1989: «Changes in activities with the shift to agriculture in the Southeastern United States», *Current Anthropology* 30(3), 387-394.
- BRONCANO, S. 1989: *El depósito votivo ibérico de El Amarejo (Bonete, Albacete)*, Madrid.
- BRONCANO, S.; BLÁZQUEZ, J. M. 1985: «El Amarejo (Bonete, Albacete)», *Excavaciones Arqueológicas de España* 139, Madrid.
- BROSHI, M. 2001: «The diet of Palestine in the Roman period: Introductory notes», en: *Bread, wine, walls and scrolls*, Journal for the Study of the Pseudepigrapha, supplement series 36, 121-143.
- BROWN, J. K. 1970: «A note on the division of labor by sex», *American Anthropologist* 72, 1073-1078.
- BRULÉ, P. 1987: *La fille d'Athènes*, Les Belles Lettres, París.
- 2001: *Les femmes grecques, à l'époque classique*, Hachette, París.
- 2007: *La Grèce d'à côté. Réel et imaginaire en miroir en Grèce antique*, Presses Universitaires, Rennes.
- BRUMFIEL, E. M. 1991: «Weaving and cooking: women's production in Aztec Mexico», en: GERO, J.; CONKEY, M. W. (eds.), *Engendering Archaeology*, Blackwell, Oxford, 224-254.
- 1996: «The quality of tribute cloth: the place of evidence in archaeological argument», *American Antiquity* 61(3), 453-462.
- 2006: «Cloth, gender, continuity, and change: fabricating unity in anthropology», *American Anthropologist* 108(4), 862-877.
- BRUMFIEL, E. M.; ROBIN, C. 2008: «Gender, households, and society: An introduction», *Archaeological Papers of the American Anthropological Association* 18(1), 1-16.
- BUCCELLATI, G.; KELLY-BUCCELLATI, M. 1997: «Ur-kesh: the first Hurrian capital», *The Biblical Archaeologist* 60(2), 77-96.
- BURGUIÈRE, P. (ed.) 1988-2000: *Maladies des femmes, Soranos d'Ephèse*, vol. 1-4, Belles Lettres, París.
- BURGUIÈRE, P. et al. 1990: *Soranos d'Ephèse. Maladies des Femmes*, Les Belles Lettres, París.
- BURTON, M. L.; WHITE, D. R. 1984: «Sexual division of labor in agriculture», *American Anthropologist* 86(3), 568-583.
- BURTON, M. L.; BRUDNER, L. A.; WHITE, D. R. 1977: «A model of the sexual division of labor», *American Ethnologist* 4(2), 227-251.
- BUTLER, J. 2006: *Deshacer el género*, Paidós, Barcelona.
- BUXÓ, R. 2008: «La explotación de los vegetales como recurso alimenticio durante la Prehistoria: datos y reflexiones», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología* 18, 41-54.
- BUXÓ, R.; PIQUÉ, R. 2008: *Arqueobotánica. Los usos de las plantas en la península Ibérica*, Ariel Prehistoria, Barcelona.
- CAHILL, N. 2000: *Household and city organization at Olynthus*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), Londres.
- 2005: «Household industry in Greece and Anatolia», en: *Ancient Greek houses and households. Chronological, regional and social diversity*, Pennsylvania University Press, Filadelfia, 53-66.
- CALAME, C. 1977: *Les chœurs de jeunes filles en Grèce Archaique*, Edizioni dell'Ateneo & Bizzarri, Roma.
- CARDASCIA, G. 1982: «La nourrice coupable (§ 194 du Code de Hammurabi)», en: HUMBERT, M. (ed.), *Mélanges à la mémoire de Marcel-Henri Prévost*, Presses Universitaires de France, París, 67-84.
- CAVALIER, O. 1996: «Catalogue de la sculpture grecque du Musée Calvet», en: CAVALIER, O. (dir.), *Silence et fureur. La femme et le mariage en Grèce. Les antiquités grecques du Musée Calvet*, Imprimerie Laffont, Avignon, 59-75.
- CAVIGNEAUX, A.; AL-RAWI, F. N. H. 1985: «Textes magiques de Tell Haddad», *ZA* 85, 19-46 y 169-220.
- CHAPA, M. T. 2003: «La percepción de la infancia en el mundo ibérico», *Trabajos de Prehistoria* 60(1), 115-138.
- 2005: «Espacio vivido y espacio representado: las mujeres en la sociedad ibérica», en: MORANT, I. (coord.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, vol. 1, *De la prehistoria a la edad media*, Madrid, 117-37.
- 2008: «Presencia infantil y ritual funerario en el mundo ibérico», en: GUSI, F. M. (ed.), *Nasciturus: infans, puerulus, vobis mater terra. La muerte en la infancia*, Diputación de Castellón. Servicio de Investigaciones Arqueológicas y Prehistóricas, Castellón, 619-638.
- CHAPA, M. T.; MAYORAL, V. 2007: *Arqueología del trabajo. El ciclo de la vida en un poblado ibérico*, Akal, Madrid.
- CHARPIN, D. 1988: *Archives épistolaires de Mari I/2. ARM 26*, Éditions Recherche sur les Civilisations, París.
- CHESTER JOHNSON, A. 1975 (1.^a ed., 1936): *Roman Egypt to the Reign of Diocletian*, en: FRANK, T. (dir.), *An economic survey of Ancient Rome*, vol. II, Octagon Books, Nueva York.

- CHIERA, E. 1922: *Old Babylonian Contracts*, PBS 8/2, University Museum, Filadelfia.
- CID LÓPEZ, R. M. 2001: «La educación de la niña romana: de *puella* a *matrona docta*», en: ALFARO, V.; FRANCIA, R. (eds.), *Bien enseñada: La formación femenina en Roma y el Occidente romanizado*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Colección Atenea, 21-44.
- 2002: «La maternidad y la figura de la madre en la Roma antigua», en: BLANCO GARCÍA, A. I. et al., *Nuevas visiones de la maternidad*, Secretariado de Publicaciones y Medios Audiovisuales de la Universidad de León, León, 11-49.
- 2009: «Madres para Roma. Las “castas” matronas y la *res publica*», en: CID LÓPEZ, R. M. (coord.), *Madres y maternidades. Construcciones culturales en la civilización clásica*, Oviedo, KRK, 155-183.
- (ed.) 2010: *Maternidades: representaciones y realidad social*, Mudayna, Madrid.
- CIVIL, M. 2001: «El arte de escuchar voces lejanas», en: MONTERO FENOLLÓS, J.-L.; VIDAL PALOMINO, J.; MASÓ, F. (eds.), *De la estepa al Mediterráneo. Actas del 1r Congreso de arqueología e historia antigua del Oriente Próximo. Barcelona, 3-5 abril de 2000*, 1, Monografies Eridu, Barcelona, 11-17.
- CIVIL, M.; BIGGS, R. D. 1969: *The Series 'lú = sa' and related texts*, MSL 12, Pontificium Institutum Biblicum, Roma.
- CIVIL, M.; LANDSBERGER, B. 1967: *The Series 'HAR - ra = hubullu': Tab. XV and related Texts*, MSL 9, Pontificium Institutum Biblicum, Roma.
- CLAASSEN, C. P. 2002: «Mothers' workloads and children's labor during the Woodland Period», en: NELSON, S.; ROSEN-AYALON, M. (eds.), *In pursuit of gender: Worldwide archaeological approaches*, Altamira, Walnut Creek, 225-234.
- CLÉMENT, C. et al. 2002: *La mère des masques: un Dogon raconte*, Seuil, París.
- COHEN, E. E. 2005: «Laws affecting prostitution at Athens», en: CANTARELLA, E. (ed.), *Symposion 2005, Vorträge zur griechischen und hellenistischen Rechtsgeschichte (Salerno, 14-18 September 2005)*, 201-225.
- COHEN, M. N.; ARMELAGOS, G. J. (eds.) 1984: *Paleopathology at the origins of agriculture*, Academic Press, Nueva York.
- COHEN, M. N.; BENNETT, S. 1998: «Skeletal evidence for sex roles and gender hierarchies in Prehistory», en: HAYS-GILPIN, K.; WHILLEY, D. S. (eds.), *Reader in Gender Archaeology*, Routledge, Nueva York, 297-317.
- COLOMER, L. 1996: «Contenidors ceràmics i processament d'aliments a la prehistòria», *Cota Zero* 12, 47-60.
- COLOMER, L.; GILI, S.; GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN, S. 1998: «Maintenance activities, technological knowledge and consumption patterns: a view of Northeast Iberia (2000-500 Cal BC)», *Journal of Mediterranean Archaeology* 11(1), 53-80.
- CONKEY, M. W.; WILLIAMS, S. H. 1991: «Original narratives: The political economy of gender in archaeology», en: LEONARDO, M. di (ed.), *Gender at the crossroads of knowledge: Feminist Anthropology in the postmodern era*, University of California Press, Berkeley, 102-139.
- CONKEY, M. W.; GERO, J. M. 1991: «Tensions, pluralities, and Engendering Archaeology: an introduction to women and prehistory», en: GERO, J. M.; CONKEY, M. (eds.), *Engendering Archaeology. Women and Prehistory*, Blackwell, Oxford, 3-30.
- CONTRERAS, F.; RODRÍGUEZ ARIZA, M.^a O.; CÁMARA, J. A.; MORENO, A. 1997: *Hace 4000 años... Vida y muerte en dos poblados de la Alta Andalucía. Catálogo de la exposición*, Junta de Andalucía, Fundación Caja de Granada, Granada.
- CONTRERAS, F. et al. 2000: «La reconstrucción cultural. Peñalosa y la cuenca del Rumblar. La contextualización regional y el análisis del Grupo Argárico del Alto Guadalquivir», en: CONTRERAS, F. (coord.), *Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del piedemonte meridional de Sierra Morena y depresión Linares-Bailén. Proyecto Peñalosa*. Arqueología. Monografías 10, Consejería de Cultura. Dirección General de Bienes Culturales, Sevilla, 383-404.
- CORBIER, M. 2001: «Child exposure and abandonment», en: DIXON, S. (ed.), *Childhood, class and kin in the Roman world*, Routledge, Londres, Nueva York, 52-73.
- COSTIN, C. L. 1996: «Exploring the relationship among craft production, gender, and complex societies: methodological and theoretical issues of gender attribution», en: WRIGHT, R. P. (ed.), *Gender and archaeology*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 111-142.
- COUTO FERREIRA, M. E. 2008: «Si una mujer tiene la cabeza grande: Fisionomía y carácter femenino en un texto asiriobabilónico», *Asclepio* 60(1), 19-36.
- 2009: *Etnoanatomía del cuerpo humano en sumerio y acadio. El léxico Ugu-mu*, tesis doctoral del IUHJ-VV, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona.
- en prep.: *A historical approach to healing in Mesopotamia*.
- COZZO, A. 1988: *Kerdos. Semantica, ideologie e società nella Grecia antica*, Edizioni dell'Ateneo, Roma.
- CRABTREE, P. 1991: «Gender hierarchies and the sexual division of labor in the Natufian culture of the Southern Levant», en: WALDE, D.; WILLOWS, N. D., *The archaeology of gender*, University of Calgary Archaeological Association, Calgary, 384-391.

- CRESPO ORTIZ DE ZARATE, S. 2006: *Nutrices en el Imperio romano*, I y II, *Estudio social*, Mata Digital, Valladolid.
- CROWN, P. L. 2000: «Gendered tasks, power, and prestige in the Prehispanic American Southwest», en: CROWN, P. L. (ed.), *Women and men in the Prehispanic Southwest: Labor, power & prestige*, School of American Research Press, Santa Fe (New Mexico), 3-41.
- CUADRADO, E. 1987: *La necrópolis ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- CURIÀ, E.; MASVIDAL, C. 1998: «El grup domèstic en arqueologia: noves perspectives d'anàlisi», *Cypsela* 12, 227-236.
- CURIÀ, E.; MASVIDAL, C.; PICAZO, M. 2000: «Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en Iberia Septentrional», *Arqueología Espacial* 22, 107-122.
- D'ANDRADE, R. G. 1966: *The development of sex differences*, Stanford University Press, Redwood City (California).
- DALLEY, S. 1977: «Old Babylonian trade in textiles at Tell al Rimah», *Iraq* 39(2), 155-159.
- 1984: *Mari and Karana: two old Babylonian cities*, Longman, Londres.
- DAREMBERG, Ch.; SAGLIO, E. 1969: *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, vol. IV.1, Akademische Druck, U. Verlagsanstalt, Graz (1.^a ed., Lib. Hachette, París, 1907).
- DAVIDSON, R. 1985: «The shadow of life: psychosocial explanations for placenta rituals», *Culture, medicine and psychiatry* 9(1), 75-92.
- Debate entre el pájaro y el pez*, The Electronic Text Corpus of Sumerian Literature, PP.
- DE LUCIA, K. 2013: «Domestic economies and regional transition: household multicrafting and lake exploitation in pre-Aztec Central Mexico», *Journal of Anthropological Archaeology* 32(4), 353-367.
- DELGADO HERVÁS, A. 2005: «Multiculturalidad y género en las colonias fenicias de la Andalucía mediterránea: un análisis contextual de las cerámicas a mano del Cerro del Villar (Málaga)», en: SPANNÒ GIAMMELLARO, A. (ed.), *Atti V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Università degli Studi di Palermo, Palermo, 1249-1260.
- 2008a: «Cerro del Villar, de enclave comercial a periferia urbana: dinámicas coloniales en la bahía de Málaga entre los siglos VIII y VI a. C.», en: GARCIA RUBERT, D.; MORENO MARTÍNEZ, I.; GRACIA, F. (eds.), *Contactes. Indígenes i fenicis a la Mediterrània occidental entre els segles VIII i VI a. C.*, Ajuntament d'Alcanar, 69-88.
- 2008b: «Alimentos, poder e identidad en las comunidades fenicias occidentales», en: ARANDA, G. (ed.), *Poder y prestigio en las sociedades prehistóricas peninsulares: El contexto social e consumo de alimentos y bebidas*, Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada 18, 163-188.
- 2010: «De las cocinas coloniales y otras historias silenciadas: Domesticidad, subalternidad e hibridación en las colonias fenicias occidentales», *Saguntum*, extra 10, 27-42.
- 2011: «La producción de cerámica fenicia en el extremo occidente: hornos de alfar, talleres e industrias domésticas en los enclaves coloniales de la Andalucía Mediterránea», *Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera* 66, 9-48.
- 2013: «Households, merchants, and feasting: Socioeconomic dynamics and commoners' agency in the emergence of the Tartessian world (eleventh to eighth centuries, BC)», en: BERROCAL, M. C.; SANJUÁN, L. G.; GILMAN, A. (eds.), *The prehistory of Iberia: Debating early social stratification and the state*, 311-336.
- DELGADO HERVÁS, A.; FERRER MARTÍN, M. 2007: «Alimentos para los muertos: mujeres, rituales funerarios e identidades coloniales», *Treballs d'Arqueologia* 13, 29-68.
- 2012: «Life and death in ancient colonies: Domesticity, material culture and sexual politics in the western Phoenician world, eighth to sixth centuries B.C.», en: VOSS, B. L.; CASELLA, E. C. (eds.), *The archaeology of colonialism: Intimate encounters and sexual effects*, Cambridge University Press, Nueva York, 195-213.
- DELGADO HERVÁS, A.; FERRER MARTÍN, M.; GARCIA, A.; LÓPEZ, M.; MARTORELL, M.; SCIORTINO, G. 2014: «Arquitectura doméstica en el Cerro del Villar: uso y función del espacio en el edificio 2», en: *VI Congreso Internacional de Estudos Fenício Púnicos*, Lisboa, 339-343.
- DEMAND, N. 1994: *Birth, death, and motherhood in Classical Greece*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- DENNIS, W. 1940: *The Hopi Child*, Appleton-Century Co., Nueva York.
- DERCKSEN, J. G. 2000: «Institutional and private in the Old Assyrian period», en: BONGENAAR, A. C. V. M. (ed.), *Independency of institutions and private entrepreneurs. Proceedings of the second MOS Symposium (Leiden 1998)*, MOS Studies 2, Nederlands Historisch-Archaeologisch Instituut te Istanbul, Leiden, 135-152.
- DESCAT, R. 1986: *L'acte et l'effort. Une idéologie du travail en Grèce ancienne*, Belles Lettres, París.
- 1999: «La représentation du travail dans la société grecque», en: ANNEQUIN, J.; GENY, E.; SMADJA, E. (eds.), *Le travail. Recherches historiques, Table ronde*

- de Besançon, 14 et 15 novembre 1997, Besançon, 9-22.
- DÍAZ-ANDREU, M. 2005a: «Género y arqueología: una nueva síntesis», *Arqueología y género*, Granada, 13-51.
- 2005b: «Gender identity», en: DÍAZ-ANDREU, M.; LUCY, S.; BABIC, S.; EDWARDS, D.N. (eds.), *The archaeology of identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*, Routledge, Londres, Nueva York, 13-42.
- DIEHL, M. 1996: «The intensity of maize processing and production in upland Mogollon pithouse villages AD 200-1000», *American Antiquity* 61(1), 102-115.
- DIES, E.; BONET, H.; ÁLVAREZ, N.; PÉREZ JORDÀ, G. 1997: «La Bastida de les Alcuses (Moixent): resultados de los trabajos de excavación y restauración. Años 1990-1995», *Archivo de Prehistoria Levantina* XXII, 215-295.
- DIMOPOULOU, A. 2001: «*Medica, obstetrix, nutrix*: les femmes dans les métiers médicaux et paramédicaux dans l'antiquité grecque et romaine», en: ALFARO GINER, C., *Más allá de la «labor matronalis»: aspectos del trabajo profesional femenino en el mundo antiguo*, Sema, Valencia, 273-287.
- DIXON, S. 1990: «Mother Substitutes», en: *The Roman mother*, Routledge, Londres, 142-167.
- 2004: «Exemplary housewife or luxuriosus slut: Cultural representations of women in the Roman economy», en: MCHARDY, F.; MARSHALL, E. (eds.), *Women's influence on classical civilization*, Routledge, Londres, 56-74.
- DOBRES, M. A. 2000: *Technology and social agency*, Blackwell, Oxford.
- DOCTER, R. F. 2007: «Published settlement contexts of Punic Carthage», *Carthage Studies* 1, 37-76.
- DOSSIN, G. 1978: *Correspondance féminine*, ARM 10, Geuthner, París.
- DRIVER, G. R.; MILES, J. C. 1955: *The Babylonian laws. Transliterated text, translation, philological notes, glossary*, Ancient Codes and Laws of the Near East 1, Clarendon Press, Oxford.
- DUARTE, F. X. 2000: «Aproximació a la ubicació dels tallers terrissers de tradició fenicio-púnica: El cas d'Ibosim», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 21, 109-120.
- DUNAND, F. 2004: «Les enfants et la mort en Egypte», en: DASEN, V. (ed.), *Naissance et petite enfance dans l'Antiquité. Actes du colloque de Fribourg, 28 novembre-1er décembre 2001*, Orbis Biblicus et Orientalis 203, Academie Press, Friburgo, 13-33.
- DUNDES, L. 1987: «The evolution of maternal birthing position», *American Journal of Public Health* 77, 636-641.
- 2003: «The evolution of maternal birthing position», en: DUNDES, L. (ed.), *The manner born: Birth rites in cross-cultural perspective*, Rowman Altamira, Lanham (Maryland), 53-64.
- DURÁN LÓPEZ, M.^a A. 2007: «La maternidad de Semele, una fuente de conflictos», en: CALDERÓN DORDA, E.; MORALES ORTIZ, A. (eds.), *La madre en la Antigüedad: Literatura, sociedad y religión*, Signifier, Madrid, 185-202.
- DURAND, J. M. 1985: «Les dames du palais de Mari a l'époque du royaume de Haute-Mesopotamie», *MARI* 4, 385-436.
- 1990: «Documents pour l'histoire du royaume de Haute-Mesopotamie II», *MARI* 6, 271-301.
- EHRENBERG, M. 1989: *Women in prehistory*, British Museum, Londres.
- EMBER, C. R. 1983: «The relative in women's contribution to agriculture with intensification», *American Anthropologist* 85(2), 285-304.
- ESCORIZA, T. 2002: *La representación del cuerpo femenino. Mujeres y arte rupestre levantino del arco mediterráneo de la península Ibérica*, BAR International Series 1082.
- EVANS, J. K. 1991: *War, women and children in Ancient Rome*, Routledge, Londres.
- FALKENSTEIN, A. 1964: «Sumerische religiöse Texte», *Zeitschrift für Assyriologie und vorderasiatische Archäologie* 56, 44-129.
- FALSONE, G. 1981: *Struttura e origine orientale dei forni da vasaio di Mozia*, Studi Monografici 1, Fondazione Giuseppe Whitaker, Palermo.
- FANTAR, M. 1984: *Kerkouane: cité punique du cap Bon, Tunisie*, Institut National d'Archéologie et d'Art, Túnez.
- FARBER, W. 1987: «Rituale und Beschwörungen in Akkadischer Sprache», en: *Texte aus der Umwelt des Alten Testaments* II/2, Gütersloh.
- 1989: *Schlaf, Kindchen, schlaf! Mesopotamische Baby-Beschwörungen und Rituale*, Eisenbrauns, Winona Lake.
- 1990: «Magic at the Cradle», *Anthropos* 85, 139-148.
- FAUST, A. 2011: «Household economies in the kingdoms of Israel and Judah», en: YASUR-LANDAU, A.; EBELING, J. R.; MAZOW, L. B. (eds.), *Household archaeology in Ancient Israel and beyond*, Brill, Leiden, Boston, 255-273.
- FAUST, D. E. 1941: *Contracts from Larsa, Dated in the reign of Rîm-Sin*, YOS 8, Yale University Press, New Haven (Connecticut).
- FEDÈLE, F. 2006: «La traction animale au Val Camonica et en Valteline pendant le Néolithique et le Chalcolithique (Italie)», en: PÉTREQUIN, P., et al. (eds.), *Premiers chariots, premiers araires. La diffusion de la traction animale en Europe pendant les IV*

- et IIIe millénaires avant notre ère*, CRA Monographies 29, CNRS, París, 47-61.
- FEINMAN, G. M.; NICHOLAS, L. M. 2011: «Domestic craft production and the classic period economy of Oaxaca», en: MANZANILLA, L. R.; HIRTH, K. G. (eds.), *Producción artesanal y especializada en Mesoamérica: Áreas de actividad y procesos productivos*, México.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, V. 2010: «Las diferentes maternidades de Isis. Una aproximación al poder a través de la maternidad/procreación en las sociedades grecolatinas», en: CID LÓPEZ, R. M. (ed.), *Maternidades. Representaciones y realidades históricas. Edades Antigua y Media*, Almudayna, Madrid, 75-98.
- FERRER, M. A. 2002: «Actividad extractiva y metalurgia», en: BONET, H.; MATA, C. (eds.), *El Puntal dels Llops. Un fortín edetano*, Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 99, Valencia, 192-206.
- FIGULLA, H. H. 1953: *Letters and documents of the Old-Babylonian period*, UET 5, British Museum, Londres.
- 1967: *Old-Babylonian Naditu Records*, Trustees of the British Museum, Londres.
- FILDES, V. 1988: *Wet nursing. A history from Antiquity to the present*, Basil Blackwell, Nueva York.
- FINKEL, I. 2000: «On late Babylonian medical training», en: LAMBERT, W.; FINKEL, I. (eds.), *Wisdom, Gods and Literature*, Eisenbrauns, Winona Lake (Indiana), 137-189.
- FLACK, I. H. 1947: «The pre-history of midwifery», *Proceedings of the Royal Society of Medicine* 40, 713-722.
- FLANNERY, K. V. 1969: «Origins and ecological effects of early domestication in Iran and the Near East», en: UCKO, P. J.; DIMBLEBY, G. W. (eds.), *The domestication and exploitation of plants and animals*, Duckworth, Londres, 73-100.
- FLETCHER, D.; PLA, E.; ALCÀCER, J. (1965): *La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia)*, Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 24, Valencia.
- (1969): *La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia)*, Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 25, Valencia.
- FOLEY, H. 2003: «Mothers and Daughters», en: NEILS, J.; OAKLEY, H. (eds.), *Coming of age in Ancient Greece. Images of childhood from the classical past*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 113-138.
- FORTENBAUGH, W. 1992: *Theophrastus of Eresus. Sources of his life, writings, thought and influence*, E. J. Brill, Leiden.
- FOSTER, B. 1993: *Before the Muses. An anthology of Akkadian literature*, CDL Press, Bethesda (Maryland).
- 2007: «Water under the straw. Peace in Mesopotamia», en: RAAFLAUB, K. A. (ed.), *War and peace in the Ancient World*, Blackwell, Oxford, 66-80.
- FRAYNE, D. R. 2008: *Presargonic period. Early periods, vol. 1 (2700-2350 BC)*, University of Toronto Press, Toronto.
- FRENCH, Valerie 1986: «Midwives and maternity care in the Roman world», *Helios. New Series* 13(2), 69-84.
- FRONTISI-DUCROUX, F. 2009: *Ouvrages de dames Ariane, Hélène, Pénélope*, Seuil, París.
- FUENTES, M. H. 2004: «Nuevas aportaciones al estudio de la apicultura en época ibérica», *Recerques del Museu d'Alcoi* 13, 181-199.
- FUMADÓ ORTEGA, I. 2010: «Cartago: usos de suelo en la ciudad fenicia y púnica», *Archivo Español de Arqueología* 83, 9-26.
- GALLANT, T. W. 1991: *Risk and survival in Ancient Greece: Reconstructing the rural domestic economy*, Stanford University Press, Stanford.
- GALTES, I.; RODRÍGUEZ-BAEZA, A.; MALGOSA, A. 2006: «Mechanical morphogenesis: A concept applied to the surface of the radius», *The Anatomical Record*, part A, 288A, 794-805.
- GARCÍA CANO, J. 2005: «Sacaleches de barniz negro», en: *El Museo de Arte Ibérico. El Cigarralejo de Mula. La colección permanente*, Murcia, 361-362.
- GARCÍA CANO, J. M.; PAGE DEL POZO, V. 2004: *Terracotas y vasos plásticos de la necrópolis de Cabecico del Tesoro, Verdolay, Murcia*, Dirección General de Cultura, Murcia.
- GARCÍA GUAL, C. 2000: *Eurípides*, Gredos, Madrid.
- GARCÍA HUERTA, R.; MORALES, F. J. 2009: «Almacenamiento, tratamiento y conservación de alimentos en los pueblos ibéricos de la meseta meridional», en: GARCÍA HUERTA, R., *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*, Universidad de Castilla La Mancha, 167-208.
- GARCÍA LUQUE, M. 2008: *Arqueología del género en la cultura ibera: Una lectura desde la muerte*, tesis doctoral inédita, Jaén.
- GARCÍA-VENTURA, A. 2006: «Fuentes para el estudio de la producción textil en la Antigua Mesopotamia», *Datatèxtil (Centre de Documentació i Museu Tèxtil de Terrassa)* 15, 5-17.
- GARCÍA-VENTURA, A.; LÓPEZ-BERTRAN, M. 2010: «Embodying some Tell Asmar figurines», en: *Proceedings of the 6th ICAANE held in Rome May 2008*, Roma.
- GENER BASALLOTE, J. M.; NAVARRO GARCÍA, M. de los Á.; PAJUELO SÁEZ, J. M.; TORRES ORTIZ, M.; DOMÍNGUEZ-BELLA, S. 2012: «Las crétulas del siglo VIII a. C. de las excavaciones del solar del Cine Cómico (Cádiz)», *Madriider Mitteilungen* 72(1), 134-186.

- GERO, J. 1991: «Genderlithics: Women's roles in stone tool production», en: GERO, J.M.; CONKEY, M. W. (eds.), *Engendering Archaeology: Women and prehistory*, Blackwell, Oxford, 163-193.
- GIBAJA, J.-F. 2003: *Comunidades neolíticas del noreste de la Península Ibérica. Una aproximación socio-económica a partir del estudio de la función de los útiles líticos*, BAR International Series, Oxford, 1140.
- GIFFORD-GONZALEZ, D. 1993: «You can hide, but you can't run: Representations of women's work in illustrations of Palaeolithic life», *Visual Anthropology Review* 9(1), 22-41.
- 2008: «Thoughts on a method for zooarchaeological study of quotidian life», en: MONTÓN, S.; SÁNCHEZ ROMERO, M. (eds.), *Engendering social dynamics: The archaeology of maintenance activities*, BAR International Series 1862, 18-26.
- GILCHRIST, R. 1999: *Gender and archaeology. Contesting the past*. Routledge, Londres, Nueva York.
- 2005: «Cuidando a los muertos: las mujeres medievales en las pompas fúnebres familiares», *Treballs d'Arqueologia* 11, 51-72.
- GLOTZ, G. 1920: *Le travail dans la Grèce ancienne*, Alcan, París.
- GOETZE, A. 1938: *The Hittite ritual of Tunlawi*, American Oriental Series 14, American Oriental Society, New Haven (Connecticut).
- GOETZE, A. 1956: *The Laws of Eshnunna*, American Schools of Oriental Research, New Haven (Connecticut).
- GOLDEN, M. 1993: *Children and Childhood in Classical Athens*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- GONZÁLEZ CABALLO, A. 1994: *Heródoto*, Akal, Madrid.
- GONZÁLEZ CANALEJO, C. 2002: «Las nodrizas en Almería: ¿oficio o rol biológico?», *Actas III Congreso de Historia de Andalucía*, Publicaciones Obra Social y Cultural Cajasur, Córdoba, 331-343.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, M. 2006: *Nóside de Locris y su obra*, Ediciones Clásicas, Madrid.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. 2005: «Redes de complicidades y objetos vívidos», en: SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.), *Arqueología y género*, Universidad de Granada, Granada, 490-499.
- 2006: «Mujeres y prehistoria: vivir el presente, pensar el pasado», en: *Las mujeres en la prehistoria* (exposición itinerante, Museo de Prehistoria de Valencia), Diputación de Valencia, Valencia, 15-26.
- 2008: «La otra prehistoria: creación de imágenes en la literatura científica y divulgativa», *Arenal: Revista de historia de mujeres* 15(1), 91-109.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MASVIDAL, C.; MONTÓN, S.; PICAZO, M. 2007: «Interpreting household practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities», en: GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MASVIDAL, C.; MONTÓN, S.; PICAZO, M. (eds.), *Interpreting household practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities*, Treballs d'Arqueologia 13, Universidad Autònoma de Barcelona, Barcelona, 29-68.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN, S.; PICAZO, M. 2005: «Introducció», en: GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN, S.; PICAZO, M. (eds.), *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, Treballs d'Arqueologia 11, Bellaterra, 1-4.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; PICAZO, M. 2005: «Arqueología de la vida cotidiana», en: SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.), *Arqueología y género*, Universidad de Granada, 141-158.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. 2006: «Experiencia, narración, personas: elementos para una arqueología comprensible», *Complutum* 17, 235-246.
- GONZÁLEZ, S.; RUEDA, C. 2010: *Imágenes de los iberos. Comunicar sin palabras en las sociedades de la antigua Iberia*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid. Col. Divulgación.
- GORDON, C. H. 1952: «Smith College tablets: 110 Cuneiform texts selected from the College Collection», *Smith College Studies in History* 38.
- GOUREVITCH, D. 1984: *Le mal d'être femme. La femme et la médecine à Rome*, Les Belles Lettres, París.
- GOZALBES FERNÁNDEZ DE PALENCIA, M.; RIPOLLÈS, P. P. 2002: «Circulación y dispersión», en: *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y su territorio*, Sagunto, 215-256.
- GRACIA ALONSO, F.; MUNILLA, G. 2004: *Protohistoria. Pueblos y culturas en el Mediterráneo entre los siglos XIV y II a. C.*, Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona.
- GRAHAME, M. 1997: «Public and private in the Roman house: Investigating the social order of the Casa del Fauno», en: LAURENCE, R.; WALLACE-HADRILL, A. F., *Domestic space in the Roman world: Pompeii and beyond*, *Journal of Roman Archaeology*, supl. 22, 137-164.
- GRANQVIST, H. N. 1947: *Birth and childhood among the Arabs. Studies in a Muhammadan village in Palestine*, Söderström, Helsingfors.
- GRAU, I. 1996: «Estudio de las excavaciones antiguas de 1953 y 1956 en el poblado ibérico de la Serreta», *Recerques del Museu d'Alcoi* V, 63-119.
- GRAU, I.; OLMOS, R.; PEREA, A. 2008: «La habitación sagrada de la ciudad ibérica de La Serreta», *Archivo Español de Arqueología* 81, 5-29.
- GRECO, C. 2000: «La necropoli punica de Solunto», en: AUBET, M. E.; BARTHELEMY, M. (eds.), *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios Púnicos, III (Cádiz, 2 al 6 octubre de 1995)*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1319-1335.

- GRÈGOIRE, P. 1992 : «Les grandes unités de transformation des céréales. L'exemple des minoteries de la Mésopotamie du sud à la fin du III^e millénaire avant notre ère», en: ANDERSON, P. (ed.), *Préhistoire de l'agriculture: nouvelles approches expérimentales et ethnographiques*, Monographies du Centre de Recherches Archéologiques 6, ed. CNRS, Paris, 321-339.
- GRONENBORN, D. 1994: «Ethnoarchäologische Untersuchungen zur rezente Herstellung und Nutzung von Mahlsteinen in Nordost-Nigeria», *Experimentel, Archäologie Bilanz*, Isense, Oldenburg, 45-55.
- GRUBER, M. I. 1986: «Hebrew QEDESAH and her canaanite and Akkadian Cognates», *Ugarit Forschungen* 18, 133-148.
- GUÉRIN, P. 1999: «Hogares, molinos, telares... El Castellet de Bernabé y sus ocupantes», *Arqueología Espacial* 21, 85-99.
- 2003: *El Castellet de Bernabé y el horizonte ibérico pleno edetano*, Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia, 101.
- 2005: «Ideología y género en Contestania y Edetania», en: *La Contestania ibérica, treinta años después*, Serie Arqueología, Alacant, 259-266.
- GUÉRIN, P.; MARTÍNEZ VALLE, R. 1987-1988: «Inhumaciones infantiles en poblados ibéricos del área valenciana», *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 21, 231-265.
- GUÉRIN, P.; SILGO, L. 1996: «Inscripción ibérica sobre plomo de Castellet de Bernabé (Llíria, Valencia)», *Revista d'Arqueologia de Ponent* 6, 199-205.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 1990-91: «Panes, hogazas y fogones portátiles. Dos formas cerámicas destinadas a la cocción del pan en Al-Andalus: el hornillo (*tannur*) y el plato (*tabag*)», *Lucentum* 9-10, 161-175.
- HAAS, V.; THIEL, H.-J. 1978: *Die Beschwörungsskizzen der Allaiturah(h)i und verwandte Texte Hurritologische Studien 2*, Alter Orient und Altes Testament 31, Neukirchener Verl. Neukirchen-Vluyn.
- HAAS, V.; WEGNER, I. 1988: *Die Rituale der Beschwörerinnen SALŠU.GI*, Corpus der hurritischen Sprachdenkmäler, Texte aus Bogazköy 5, Multigrafica, Roma.
- HARAWAY, D. 1995: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Feminismos 28, Cátedra, Universidad de Valencia, Madrid.
- HARD, R. J.; MAULDIN, R. P.; RAYMOND, G. R. 1996: «Mano size, stable carbon isotope ratios, and macrobotanical remains as multiple lines of evidence of maize dependence in the American Southwest», *Journal of Archaeological Method and Theory* 3(4), 253-317.
- HARDING, S. 1996: *Ciencia y feminismo*, Ediciones Morata, Madrid.
- HARRIS, R. 1962: «Biographical notes on the Naditu women in Old Babylonian Nippur», *JCS* 16, 1-12.
- 1963: «The organization and administration of the cloister in Ancient Babylonia», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 6(2), 121-157.
- 1964: «The Naditu Woman», en: BIGGS, R. D. (ed.), *Studies presented to A. Leo Oppenheim June 7, 1964*, The Oriental Institute of the University of Chicago, Chicago, 106-146.
- 1975: *Ancient Sippar: A demographic study of an Old-Babylonian city (1894-1595 B.C.)*, Nederlands Historisch-Archaeologisch Instituut, Istanbul.
- 2000: *Gender and aging in Mesopotamia. The Gilgamesh Epic and other ancient literature*, University of Oklahoma Press, Norman (Oklahoma).
- HASTORF, C. A. 1991: «Gender, space, and food in prehistory», en: GERO, J. M.; CONKEY, M. W. (eds.), *Engendering Archaeology. Women and prehistory*, Basil Blackwell, Oxford, 132-159.
- HASTORF, C. A.; D'ALTROY, T. N. 2001: «The domestic economy, households, and imperial transformation», en: D'ALTROY, T. N.; HASTORF, C. A. (eds.), *Empire and domestic economy*, Springer, 3-25.
- HAUPT, P. 1881-1882: *Akkadische und sumerische Keilschrifttexte*, Hinrichs, Leipzig.
- HAYDEN, B., (ed.) 1987: *Lithic studies among the contemporary Highland Maya*, University of Arizona Press, Arizona.
- HAYS-GILPIN, K.; WHILLEY, D. S. (eds.) 1998: *Reader in Gender Archaeology*, Routledge, Nueva York.
- HENDON, J. A. 1996: «Archaeological approaches to the organization of domestic labor: Household practice and domestic relations», *Annual Review of Anthropology* 25, 45-61.
- 1997: «Women's work, women's space, and women's status among the classic-period Maya elite of the Copan Valley, Honduras», en: CLAASSEN, C.; JOYCE, R. A. (eds.): *Women in Prehistory. North America and Mesoamerica*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 17-32.
- HERFST, P. 1979 (1922): *Le travail de la femme dans la Grèce ancienne*, Arno Press, Nueva York (Hirvonen, Utrecht).
- HERRERO, P. 1984: *La thérapeutique mésopotamienne*, Éditions Recherche sur les Civilisations, Paris.
- HERTER, H. 1960: «Die Soziologie der Antike Prostitution im lichte des heidnischen und christlichen schriftums», *Jahrbuch für Antike und Christentum* 3, 70-11.
- HIGGINS, R. A. 1954: *Catalogue of the terracottas in the Department of Greek and Roman Antiquities. British Museum*, vol. I, *Greek: 730-330 B.C.*, British Museum, Londres.

- HIRSCH, H. 1972: *Untersuchungen zur altassyrischen Religion*, Archiv für Orientforschung 13/14, Biblio Verlag, Osnabrück.
- HIRSCH-DYCEK, O. 1983: *Les représentations des enfants sur les stèles funéraires attiques*, Jagiellonian University Press, Cracovia.
- HIRTH, K. G. 2009: «Housework and domestic craft production: an introduction», en: HIRTH, K. G. (ed.), *Archeological Papers of the American Anthropological Association* 19, 1-12.
- HOFFMANN, P. 2003: «Le travail antique selon Jean-Pierre Vernant ou de Marx à Aristotle et Platon», en: BALANSARD, A. (ed.), *Le travail et la pensée technique dans l'Antiquité classique*, Ramonville Saint-Angre, 13-24.
- HÖGBERG, A. 2008: «Playing with Flint: tracing a child's imitation of adult work in a lithic assemblage», *Journal of Archaeological Method and Theory* 15, 112-131.
- HORSFALL, G. A. 1987: «Design theory and grinding stones», en: HAYDEN, B. (ed.), *Lithic studies among the contemporary Highland Maya*, University of Arizona Press, Arizona (Arizona), 323-377.
- HOUBY-NIELSEN, S. 2000: «Child burials in ancient Athens», en: DEREVENSKI, J. S. (ed.): *Children and material culture*, Routledge, Londres, Nueva York, 151-166.
- HOUGH, W. 1915: *The Hopi Indians*, Torch Press, Cedar Rapids (Iowa).
- HOZ BRAVO, J. de 1981: «Algunas consideraciones sobre textos metrológicos ibéricos», *Archivo de Prehistoria Levantina* 16, 475-486.
- 2011: «Lengua y escritura», en: BONET, H.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (eds.), *La Bastida de les Alcusses, 1928-2010*, Museu de Prehistòria de València, Valencia, 220-237.
- HUFTON, O. 1995: *The prospect before her. A history of women in Western Europe*, Harper/Collins Publishers, Londres.
- HUNT ORTIZ, M. A.; MONTERO RUIZ, I.; ROVIRA LLORENS, S.; FERNÁNDEZ FLORES, A.; RODRÍGUEZ AZOGUE, A. 2010: «Estudio arqueométrico del registro de carácter metálico y metalúrgico de las campañas 2002-2005 en el yacimiento de "El Carambolo" (Camas, Sevilla)», en: BANDERA ROMERO, M. L. de la; FERRER ALBELDA, E. (eds.), *El Carambolo: 50 años de un tesoro*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 271-295.
- IBORRA, P. et al. 2010: «Prácticas culinarias y alimentación en asentamientos ibéricos valencianos», en: MATA, C. et al. (eds.), *De la cuina a la taula, IV Reunió d'Economia en el primer mil·lenni aC*, Saguntum (P.L.A.V.), extra 9, 99-114.
- INIESTA, A.; PAGE DEL POZO, V.; GARCÍA CANO, J. M. 1987: *Excavaciones arqueológicas en Coímbra del Barranco Ancho. Sepultura 70 de la necrópolis de El Poblado*, Consejería de Cultura y Educación, Comunidad Autónoma de Murcia, Murcia.
- IRIARTE GOÑI, A. 2001: «Fronteras intramuros en el Económico de Jenofonte», en: LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, P.; REBOREDA MORILLO, S. (coords.), *Fronteras e identidad en el mundo griego antiguo*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 267-279.
- 2009: «Sobre el codiciado poder de procrear: Nicole Loraux, la maternidad metafórica y la proximidad de lo distante», en: CID LÓPEZ, R. (coord.), *Madres y maternidades. Construcciones culturales de la civilización clásica*, KRK Ediciones, Oviedo, 31-46.
- IZQUIERDO, I.; MAYORAL, V.; OLMOS, R.; PEREA, A. 2004: *Diálogos en el país de los Iberos*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- IZQUIERDO I.; PÉREZ BALLESTER, J. 2005: «Grupos de edad y género en un nuevo vaso del Tossal de Sant Miquel de Lliria (Valencia)», *Saguntum (P.L.A.V.)* 37, 85-103.
- IZQUIERDO, I.; PRADOS, L. 2004: «Espacios funerarios y religiosos en la Cultura Ibérica: lecturas desde el género en Arqueología», *SPAL*, 13, 155-180.
- JACOBSEN, T. 1973: «Notes on Nintur», *Orientalia NS* 42, 274-298.
- JAMESON, M. H. 1990: «Domestic space in the Greek city-state», en: KENT, S. (ed.), *Domestic architecture and the use of space. An interdisciplinary cross-cultural study*, Cambridge University Press, Cambridge, 92-113.
- JAMESON, M. H.; RUNNELS, C. N.; VAN ANDEL, T. H. 1994: *A Greek countryside: The Southern Argolid from prehistory to the present day*, Stanford University Press, Stanford.
- JEAN, C. 2006: *La Magie néo-assyrienne en contexte. Recherches sur le métier d'exorciste et le concept d'šip tu*, State archives of Assyria studies 17, Neo-Assyrian Text Corpus Project, Helsinki.
- JIMÉNEZ-BROBEIL, S. A.; AL OUMAOU, I.; ESQUIVEL, J. A. 2004: «Actividad física según sexo en la cultura argárica. Una aproximación desde los restos humanos», *Trabajos de Prehistoria* 61, 141-153.
- JIMÉNEZ-BROBEIL, S. A.; BOTELLA, M. C.; ORTEGA, J. A. 1995: «Arthropaties in the Iberian Peninsula during the Bronze Age: Argar culture», *Proceedings of the IXth European Meeting of the Paleopathology Association*, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Barcelona, 173-179.
- JIMÉNEZ-BROBEIL, S. A.; GARCÍA SÁNCHEZ, M. 1989-1990: «Estudios de los restos humanos de la Edad del Bronce del Cerro de la Encina (Monachil, Granada)», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 14-15, 157-180.

- JIMÉNEZ-BROBEIL, S.A.; ORTEGA, J. A. 1992: «Osteoarthritis de la columna vertebral en las poblaciones de la Edad del Bronce en la provincia de Granada», *Munibe*, supl. 8, 257-60.
- JOSCHEL, S. R. 1992: *Work, identity and legal status at Rome*, University of Oklahoma Press, Oklahoma.
- JOYCE, R. A. 2008: *Ancient bodies, ancient lives. Sex, gender, and archaeology*, Thames & Hudson, Londres.
- JULIANO, D. 1998: *Las que saben. Subculturas de mujeres*, Cuadernos Inacabados 27, Madrid, Horas y horas.
- JURMAIN, R. 1999: *Stories from the Skeleton*, Gordon and Breach Publishers, Amsterdam.
- JUST, R. 2008: *Women in Athenian law and life*, Routledge, Londres, Nueva York.
- KAHIL, L. 1977: «L'Artémis de Brauron: Rites et mystère», *Antike Kunst* 20, 86-98.
- KAMMENHUBER, A. 1976: *Orakelpraxis, Träume und Vorzeichenschau bei den Hethitern*, Texte der Hethiter 7, Winter, Heidelberg.
- KAMP, K. 2010: «Entre el trabajo y el juego: perspectivas sobre la infancia en el suroeste americano», en: SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.), *Eso no se toca. Infancia y cultura material en Arqueología*, Complutum 21(2), 103-22.
- KAMPEN, N. 1981: *Image and status: Roman working women in Ostia*, Gebr. Mann Verlag, Berlín.
- KEESMANN, I.; NIEMEYER, H. G.; BRIESE, C.; GOLSCHEANI, F.; SHULZ-DOBRICK, B. 1989: «Un centro primitivo de la elaboración de hierro en la factoría fenicia de Toscanos», en: *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas I*, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Madrid, 99-108.
- KERBER, L. 1988: «Separate spheres, female worlds, woman's place: The rhetoric of women's history», *The Journal of American History* 75, 1, 9-39.
- KIENAST, B. 1972-1975: «Hungersnot», *RIA* 4, 498-500.
- KILMER, A. D. 1963: «The first tablet of *malku* = *šarru* together with its explicit version», *Journal of the American Oriental Society* 83(4), 421-446.
- KÖCHER, F. 1963-1980: *Die babylonisch-assyrische Medizin in Texten und Untersuchungen*, De Gruyter, Berlín.
- KRAMER, S. N. 1971: «A Sumerian Lullaby», en: *Studi in onore di Edoardo Volterra* / 6, Giuffrè, Milán, 191-205.
- 1987: «The woman in Ancient Sumer: gleanings from Sumerian literature», en: DURAND, J.-M. (ed.), *La femme dans le Proche-Orient antique (Paris, 7-10 juillet 1986)*, Éditions Recherche sur les Civilisations, París, 107-112.
- KRAMER, K. L.; BOONE, J. L. 2002: «Why intensive agriculturalists have higher fertility: a household energy budget approach», *Current Anthropology* 43(3), 511-517.
- KRAMER, S.; MAIER, J. R. 1989: *Myths of Enki, the Crafty God*, Oxford University Press, Oxford.
- KRAUS, F. R. (ed.) 1964: *Briefe aus dem British Museum (CT 43 und 44)*, Altbabylonische Briefe in Umschrift und Übersetzung 1, Brill, Leiden.
- KREBERNIK, M. 1984: *Die Beschwörung aus Fara und Ebla: Untersuchungen zur ältesten keilschriftlichen Beschwörungsliteratur*, Georg Olms Verlag, Hildesheim.
- 1986: «Die Götterlisten aus Fāra», *Zeitschrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie* 76, 161-204.
- 1995: «Muttergottin A», *Reallexikon der Assyriologie und vorderasiatischen Archäologie* 8(5-6), 502-516.
- 2003-2005: «Pa(p)-nigara», *Reallexikon der Assyriologie und vorderasiatischen Archäologie* 10, 325-326.
- KRONASSER, H. 1961: «Fünf hethitische Rituale», *Die Sprache* 7, 140-167.
- LABAT, R. 1951: *Traité akkadien de diagnostics et pronostics médicaux*, Académie Internationale d'Histoire de Sciences, París.
- LAMBERT, W. G. 1990: «Ancient Mesopotamian Gods. Superstition, philosophy, theology», *Revue de l'Histoire des Religions* 207(2), 115-130.
- LAMBERT, W. G.; MILLARD, A. R. 1969: *Atra-Hasis: The Babylonian story of the flood*, Clarendon Press, Oxford.
- LANGDON, S. 1912: *Die Neubabylonische Königsinschriften (NBK)*, Vorderasiatische Bibliothek 4, Leipzig.
- LARSEN, C. K. 1997: *Bioarchaeology: Interpreting behavior from the human skeleton*, Cambridge University Press, Cambridge.
- LATORRE, J.; LÓPEZ, J. A. 1996: «La industria jienense en la ilustración: los molinos de aceite y harina», en: *Actas I Congreso «La Ilustración y Jaén» (diciembre 1994)*, Universidad de Jaén, Real Sociedad Económica de Amigos del País, Centro Asociado de la UNED de Jaén, 261-282.
- LE GALL, J. 1969: «Métiers de femmes au Corpus Inscriptionum Latinarum», en: *Mélanges Marcel Durry, Revue des Études Latines* 47 bis, 123-130.
- LEACOCK, E. 1978: «Women's status in egalitarian society: implications for social evolution», *Current Anthropology* 19, 247-275.
- LEEMANS, W. F. 1950: *The Old Babylonian merchant. His business and his social position*, Studia et documenta ad iura Orientis antiqui pertinentia 3, Brill, Leiden.
- LEGRAS, B. 2002: *Éducation et culture dans le monde grec (VIII siècle av. J.-C. - IV siècle ap. J.-C.)*, Armand Colin, París.

- LEWIS, S. 2002: *The Athenian woman. An iconographic handbook*, Routledge, Londres.
- LIMET, H. 1988: «Complexité salariale et complexité sociale à l'époque néo-sumérienne», *Altorientalische Forschungen* 15, 231-242.
- LION, B. 2007: «La notion de genre en assyriologie», en: SÉBILLOTTE CUCHET, V.; ERNOULT, N. (eds.), *Problèmes du genre en Grèce ancienne*, Publications de la Sorbonne, París, 51-64.
- LION, B.; ROBSON, E. 2005: «Quelques textes scolaires paléo-babyloniens rédigés par des femmes», *JCS* 57, 37-53.
- LISSARRAGUE, F. 1991: «Femmes au figuré», en: SCHMITT-PANTEL, P. (ed.), *Histoire des femmes* 1, París, 159-251.
- 2001: «Una mirada ateniense», en: DUBY, G.; PERRROT, M. (dirs.), *Historia de las mujeres*, vol. 1, Taurus, Santillana, Madrid, 207-266.
- LLOBREGAT, E. 1972: *Contestania ibérica*, Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante.
- LÓPEZ PÉREZ, M. 2004-2005: «La alimentación del lactante: la nodriza y el examen probatorio de la leche en la obra de Oribasio», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie II, *Historia Antigua* 17-18, 225-236.
- LORAUX, N. 1981: *Les enfants d'Athéna. Idées athéniennes sur la citoyenneté et la division des sexes*, Maspero, París.
- 2002: *Las experiencias de Tiresias (Lo masculino y lo femenino en el mundo griego)*, Acantilado, Barcelona.
- LUCAS, M.^a R. 1990: «Transcendencia del tema del labrador en la cerámica ibérica de la provincia de Teruel», *Zephyrus* XXIII, 293-303.
- 2001-2002: «Entre dioses y hombres: el paradigma de El Cigarralejo (Mula, Murcia)», *Anales de prehistoria y arqueología*, 17-18, 147-158.
- LUTZ, H.F. 1919: *Selected Sumerian and Babylonian texts*, PBS ½, University Museum, Filadelfia.
- MAAIJER, R. de; JAGERSMA, B. 1997-1998: «Recensión de A. W. Sjöberg, The Sumerian Dictionary of the University Museum of the University of Pennsylvania. Vol. 1 Part I and Part II», *Archiv für Orientforschung*, Krebern 44-45, 277-288.
- MACTOUX, M.M. 1994: «Autour du travail au féminin (Athéniennes époque classique)», *Métis* 9, 307-314.
- MAEKAWA, K. 1980: «Female weavers and their children in Lagaš – Pre-sargonic and Ur III», *Acta Sumerologica (ASJ)* 2, 81-125.
- MAKLER, P. T. 1980: «New information on nutrition in Ancient Greece», *Klio* 62, 317-21.
- MANGAS MANJARRÉS, J. 2000: «Promoción social y oficio de nodrizas», en: MYRO, M. M.; CASILLA, J. M.; ALVAR, J.; PLÁCIDO, D. (eds.), *Las edades de la dependencia durante la antigüedad*, Ediciones Clásicas, Madrid, 223-238.
- MARTÍN, A. 2006: «Història de la investigació», en: PUIG, A. M.; MARTÍN, A. (eds.), *La colònia grega de Rhode (Roses, Alt Empordà)*, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Girona, 11-20.
- MARTIN, M. K.; VOORHIES, B. 1978: *La mujer: Un enfoque antropológico*, Anagrama, Barcelona.
- MARTÍN CÓRDOBA, E.; RAMÍREZ SÁNCHEZ, J. D.; RECIO RUIZ, A. 2006: «Producción alfarera fenicio-púnica en la costa de Vélez Málaga (siglos VIII-V a. C.)», *Mainake* 28, 257-287.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, C. 1994: «Las mujeres en el mundo antiguo. Una nueva perspectiva para reinterpretar las sociedades antiguas», en: RODRÍGUEZ MANPASA, M.^a J., *Roles sexuales. La mujer en la historia y la cultura*, Ediciones Clásicas, Madrid, 35-55.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, C. 2002: «Las relaciones de género en las unidades domésticas campesinas de la Roma antigua», *Vivir en femenino. Estudios de mujeres en la antigüedad*, Publicacions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 65-95.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, C.; MIRÓN, M.^a D.: *Las unidades domésticas mediterráneas. Género, trabajo y espacio*, memoria inédita de proyecto de investigación.
- MASVIDAL, C.; PICAZO, M.; CURIA, E. 2000: «Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en la Iberia septentrional», *Arqueología Espacial* 22, Teruel, 107-122.
- MATA, C.; MORENO, A.; PÉREZ, G.; QUIXAL, D.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. 2009: «Casas y cosas del campo: hábitat agrícola y estructura social en los territorios de Edeta y Kelin (siglos V-III a. n. e.)», *Arqueo Mediterrània* 11, 143-152.
- MATA, C.; PEREA, G.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (eds.) 2010: *De la cuina a la taula. IV Reunió d'economia en el primer mil·lenni a.C. Saguntum*, extra 9, Valencia.
- MATA, C., PÉREZ, G.; IBORRA, P. 2005: «Les activitats econòmiques dels pobles ibers al País Valencià», *XIII Col·loqui Internacional de Puigcerdà (Puigcerdà, 2003)*, vol. 2, 737-767.
- MAYER, W. 1976: *Untersuchungen zur Formensprache der babylonischen 'Gebetsbeschwörungen'*, Studia Pohl: Series maior 5, Biblical Institute Press, Roma.
- MCCAFFREY, K. 2002: «Reconsidering gender ambiguity in Mesopotamia: Is a beard just a beard?», en: PARPOLA, S.; WHITING, R. M. (eds.), *Sex and gender in the Ancient Near East. 47th Rencontre Assyriologique Internationale (Helsinki, July 2-6, 2001)*, The Neo-Assyrian Text Corpus Project, Helsinki, 379-391.
- MCCLEES, H. 1920: *A study of women in Attic inscriptions*, Columbia University Press, Nueva York.
- MCCLURE, S. B. 2007: «Gender, technology and evolution: Cultural inheritance theory and prehistoric potters in Valencia, Spain», *American Archaeology* 72(3), 485-508.

- McGAW, J. 1996: «Reconceiving technology: why feminine technologies matter», en: WRIGHT, R. P. (ed.), *Gender and Archaeology*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 52-75.
- MEAD, M. 1975: *Male and female*, Penguin, Harmondsworth.
- MEDINA QUINTANA, S. 2010: «Las nodrizas: una maternidad comprada», en: CID LÓPEZ, R. M. (ed.), *Maternidad/es. Representaciones y realidades históricas. Edades antigua y media*, Almudayna, Madrid.
- MEDINA, A.; LÓPEZ PÉREZ, J. A.; CALVO, J. L. 2002: *Eurípides*, Gredos, Madrid.
- MENCACCI, F. 1995: «La balia cattiva: Alcune osservazioni sul ruolo della nutrice nel mondo antico», en: RAFFAELLI, R. E. (ed.), *Vicende e figure femminili in Grecia e a Roma*, Commissione per le pari opportunità tra uomo e donna della Regione Marche, Ancona, 222-237.
- MENZEL, B. 1981: *Assyrische Tempel*, Studia Pohl: Series maior 10, Biblical Inst. Press.
- MESKELL, L. 2007: «Archaeologies of identity», en: INSOLL, T. (ed.), *The archaeology of identities: A reader*, Routledge, Nueva York, 23-43.
- MEURANT, V. 2004: «Mère charnelle et mères de substitution à la naissance de Rome: Quelques aspects d'une complémentarité symbolique», en: DASEN, V. (ed.), *Naissance et petite enfance dans l'Antiquité. Actes du colloque de Fribourg (28 novembre-1er décembre 2001)*, Orbis Biblicus et Orientalis 203, Academie Press, Friburgo, 328-338.
- MEYERS, C. 2003: «Roman period houses from Galilee: Domestic architecture and gendered space», en: DEVER, W. G.; GITIN, S. (eds.), *Symbiosis, symbolism, and the power of the past: Canaan, Ancient Israel, and their neighbors from the Late Bronze Age through Roman Palestine*, Eisenbrauns, Winona Lake (Indiana), 487-99.
- 2005: «Harina de otro costal: género y cambios tecnológicos en la producción de harina en la Galilea romana», en: GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN, S.; PICAZO, M. (eds.), *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, Treballs d'Arqueologia 12, 25-50.
- MEYERSON, I. 1955: «Le travail, fonction psychologique», *Journal of Psychology*, n.º especial.
- 2000: *Existe-t-il une nature humaine?*, Seuil, París.
- MICHALOWSKI, P. 1989: *The lamentation over the destruction of Sumer and Ur*, Mesopotamian civilizations 1, Eisenbrauns, Winona Lake (Indiana).
- MICHEL, C. 2004: «Deux incantations paléo-assyriennes. Une nouvelle incantation pour accompagner la naissance», en: DERCKSEN, J. G. (ed.), *Assyria and Beyond. Studies presented to Mogens Trolle Larsen*, Nederlands Instituut voor het Nabije Oosten, Leiden, 395-419.
- 2006: «Femmes et production textile à Aššur au début du IIe millénaire avant J.-C.», en: AVERBOUH, A.; BRUN, P.; KARLIN, C.; MERY, P.; MIROSCHEJII, S. de (eds.), *Spécialisation des tâches et sociétés. Techniques & culture*, Fondation de la Maison des Sciences de l'Homme, París, 281-297.
- MILANO, L. 1990: *Testi amministrativi: assegnazioni di prodotti alimentari (Archivio L. 2712 - parte 1)*, Archivi reali di Ebla, Testi 9, Missione Archeologica Italiana in Siria, Roma.
- MILLEDGE, S. 1997: *Gender in archaeology. Analyzing power and prestige*, Altamira Press, Londres.
- MILLER, R. J. 1985: «Lateral Epicondylitis in the Prehistoric Indian Population from Nuvakwewtaqa (Chavez Pass), Arizona», en: MERBS, C. F.; MILLER, R. J. (eds.), *Health and disease in the Prehistoric Southwest*, Anthropological Papers 34, Arizona State University, Tempe, 391-399.
- MILNOR, K. 2005: *Gender, domesticity, and the Age of Augustus: Inventing private life*, Oxford University Press, Oxford.
- MIRÓN, M. D. 2007: «Los trabajos de las mujeres y la economía de las unidades domésticas en la Grecia clásica», *Complutum* 18, 111-120.
- MOLAS FONT, M. D. 2009: «La maternidad usurpada en las leyendas sobre los orígenes de Roma», en: CID LÓPEZ, R. M. (coord.), *Madres y maternidades. Construcciones culturales en la civilización clásica*, KRK, Oviedo, 131-153.
- MOLINOS TEJADA, M. T. 2005: «Madres y nodrizas en la antigüedad», en: PEDREGAL RODRÍGUEZ, A.; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, M. (coords.), *Venus sin espejo. Imágenes de mujeres en la antigüedad clásica y el cristianismo primitivo*, KRK, Oviedo, 55-79.
- MOLLESON, T. 1994: «La lección de los huesos de Abu Hureyra», *Investigación y ciencia* 217, 60-65.
- MONTÓN, S. 2000: «Las mujeres y su espacio: una historia de los espacios sin historia en la Historia», *Arqueología Espacial* 22, 45-59.
- 2002: «Cooking in zooarchaeology. Is this issue still raw?», en: MIRACLE, P.; MILNER, N. (eds.), *Consuming passions and patterns of consumption*, McDonald Institute, Cambridge, 7-15.
- 2005: «Las prácticas de alimentación: cocina y arqueología», en: SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.), *Arqueología y género*, Universidad de Granada, 159-176.
- 2007: «Interpreting archaeological continuities: An approach to transversal equality in the Argaric Bronze Age of south-east Iberia», *World Archaeology* 39(2), 246-262.
- MOORE, J.; SCOTT, E. (eds.) 1997: *Invisible people and processes: Writing gender and childhood into European archaeology*, Leicester University Press, Londres.
- MORALES ORTIZ, A. 2007: «La maternidad y las madres en la tragedia griega», en: CALDERÓN DORDA,

- E.; MORALES ORTIZ, A. (eds.), *La madre en la Antigüedad: Literatura, sociedad y religión*, Signifer, Madrid, 129-167.
- MORENILLA, C. 2007: «La maternidad en el reforzamiento de la *polis* ateniense: *Andrómaca* de Eurípides», en: CALDERÓN DORDA, E.; MORALES ORTIZ, A. (eds.), *La madre en la Antigüedad: Literatura, sociedad y religión*, Signifer, Madrid, 203-236.
- MORGAN, J. 2006: «La sociabilité masculine et l'architecture de la maison grecque: l'*andrôn* revisité», en: GHERSCHANOC, F. (ed.), *La maison, lieu de sociabilité, dans des communautés urbaines européennes de l'Antiquité à nos jours. Actes du colloque international des 14 et 15 mai 2004*, Universidad de París 7 Denis Diderot, París, 37-65.
- MORGENSTERN, J. 1973: *Rites of birth, marriage, death and kindred occasions among the Semites*, KTAV, Nueva York.
- MORITZ, L.A. 1958: *Grain-mills and tour in Classical Antiquity*, Clarendon Press, Oxford.
- MOSSÉ, C. 1966: *Le travail en Grèce et à Rome*, PUF, París (col. Que Sais-je?).
- 1983: *La femme dans la Grèce Antique*, Éditions Complexe, París.
- MURDOCK, G. P. 1967: «Ethnographic Atlas: A summary», *Ethnology* VI(2), 109-236.
- MURDOCK, G. P.; PROVOST, C. 1973: «Factors in the division of labor by sex: A cross-cultural analysis», *Ethnology* 12(2), 203-225.
- MURDOCK, G. P.; MORROW, D. O. 1970: «Subsistence economy and supportive practices: Cross-cultural codes 1», *Ethnology* XIX(3), 302-330.
- MURDOCK, G. P.; WHITE, D. R. 1969: «Standard Cross-Cultural Sample», *Ethnology* VIII(4), 329-369.
- NEILS, J. 2003: «Children and Greek religion», en: NEILS, J.; OAKLEY, J. H. (eds.), *Coming of age in Ancient Greece. Images of childhood from the classical past*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 139-161.
- NELSON, S. M. 1997: *Gender in archaeology*, AltaMira Press, Lanham (Maryland).
- NELSON, S. M. 2004: *Gender in archaeology. Analyzing power and prestige*, 2.^a ed., Altamira Press, Londres.
- NEMO, Ph. 1998: *Histoire des idées politiques dans l'Antiquité et au Moyen Age*, PUF, París.
- NEVETT, L. C. 1994: «Separation or seclusion? Towards an archaeological approach to investigating women in the Greek household in the fifth to third centuries B.C.», en: PARKER PEARSON, M.; RICHARDS, C. (eds.), *Architecture and order: Approaches to social space*, Routledge, Londres, 98-112.
- 1999: *House and society in the Ancient Greek world*, Cambridge University Press, Cambridge.
- 2010: *Domestic Space in Classical Antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge.
- NIEMEYER, H. 1985: «El yacimiento fenicio de Toscanos: Urbanística y función», *Aula Orientalis* 3, 109-24.
- NOUGAYROL, J. 1960: «Documents du Habur», *Syria* 37(3), 205-214.
- NUÑO GÓMEZ, L. 2010: *Género, igualdad y diversidad*, Editorial Aldevara, Madrid.
- OAKLEY, J. H. 2003: «Death and the children», en: NEILS, J.; OAKLEY, J. H. (eds.), *Coming of age in Ancient Greece. Images of childhood from the classical past*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 163-194.
- OGLIVIE, M.; HILTON, C. 2011: «Cross-sectional geometry in the humeri of foragers and farmers from the Prehispanic American Southwest: Exploring patterns in the sexual division of labor», *American Journal of Physical Anthropology* 144(1), 11-21.
- OLIVER, A. 2000: *La cultura de la alimentación en el mundo ibérico*, Diputación de Castellón, Castellón.
- OLMOS, R. 2000-2001: «Diosas y animales que amantan: la transmisión de la vida en la iconografía ibérica», *Zephyrus* 53-54, 353-378.
- OPPENHEIM, L. A. 1948: *Catalogue of the Cuneiform Tablets of the Wilberforce Eames Babylonian Collection in the New York Public Library*, AOS 32, American Oriental Society, New Haven (Connecticut).
- (ed.) 1970: *Glass and glassmaking in Ancient Mesopotamia. An edition of the Cuneiform texts which contain instructions for glassmakers with a catalogue of surviving objects*, The Corning Museum of Glass Monographs 3, Corning Museum of Glass.
- 1996 (1.^a ed., 1964): *Ancient Mesopotamia: Portrait of a dead civilization*, University of Chicago Press, Chicago.
- OROZCO, T. 2005: «Cultura material y actitudes de género: el utillaje lítico pulimentado», en: SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.), *Arqueología y género*, Universidad de Granada, Granada, 245-260.
- 2006: «Reflexiones sobre las herramientas de piedra», en: *Las mujeres en la prehistoria*, Diputación de Valencia, Valencia, 139-149.
- ORTEGA, J. M. 1999: «Microespacio y microhistoria: La arqueología del espacio doméstico», *Arqueología Espacial* 21, 101-115.
- OTTEN, H. 1952-1953: «Ein Reinigungsritual im Hethitischen: ^{GIŠ}hataalkišna», *Archiv für Orientforschung* 16, 69-71.
- PAGE DEL POZO, V. 1984: *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante, Murcia, Iberia Graeca*, Serie Arqueológica 1, Madrid.
- PALLARÉS, M. 2000: «Género y espacio social en arqueología», *Arqueología Espacial* 22, 61-92.

- PAPADOPOULOU-BELMEHDI, I. 1994: *Le chant de Pénélope. Poétique du tissage féminin dans l'«Odyssee»*, París.
- PECCHIOLO DADDI, F. 1982: *Mestieri, professioni e dignità nell'Anatolia Ittita*, Edizioni dell'Ateneo, Roma.
- PECHRIGGL, A. 2003: «Sphères/espaces de la "polis" et rapports des sexes/genres chez Platon et Aristote», en: FREI-STOLBA, R.; BIELMAN, A.; BIANCHI, O. (eds.), *Les femmes antiques entre sphère privée et sphère publique*, Universités de Lausanne et Neuchâtel, Berna, 9-35.
- PEDERSEN, O. 1986: *Archives and libraries in the city of Assur. A survey of the material from the German excavations, Part II*, Acta Universitatis Upsaliensis, Studia Semitica Upsaliensia 8. Almqvist & Wiksell, Upsala.
- PÉREZ, G.; ALONSO, N.; IBORRA, M. P. 2007: «Agricultura y ganadería protohistóricas en la Península Ibérica: modelos de gestión», en: *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 327-373.
- PÉREZ BALLESTER, J.; GÓMEZ BELLARD, C. 2004: «Imitaciones de vasos plásticos en el mundo ibérico», en: *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)*, Collection de la Casa de Velázquez 8, Madrid.
- PÉREZ JORDÀ, G.; IBORRA, M. P.; GRAU, E.; BONET, H.; MATA, C. 2000: «La explotación agraria del territorio en época ibérica: los casos de Edeta; Kevin», *XXII Col·loqui Internacional per a l'Estudi de l'Edat del Ferro (Girona, 1998)*, Sèrie monogràfica 18, 151-167.
- PETERSON, J. D. 2002: *Sexual revolutions. Gender and labor at the dawn of agriculture*, Altamira, Walnut Creek.
- PÉTREQUIN, P.; ARBOGAST, R. M.; PÉTREQUIN, A.-M.; VAN WILLINGEN, S.; BAILLY, M. 2006: *Premiers chariots, premiers araires: La diffusion de la traction animale en Europe pendant les IV^e et III^e millénaires avant notre ère*, CRA Monographies 29, CNRS, París.
- PICAZO, M. 1997: «Hearth and home: the timing of maintenance activities», en: MOORE, J.; SCOTT, E. (eds.), *Invisible people and processes. Writing gender and childhood into European archaeology*, Leicester University Press, Londres, 59-67.
- 2008: *Alguien se acordará de nosotras. Mujeres en la ciudad griega antigua*, Bellaterra, Barcelona.
- PLA, E. 1950-51: «Un arado ibérico votivo: nota sobre los arados antiguos», *Saitabi* VIII, 12-17.
- PLUCKHAHN, T. J. 2010: «Household archaeology in the Southeastern United States: history, trends, and challenges», *Journal of Archaeological Research* 18(4), 331-385.
- POEBEL, A. 1914: *Historical and grammatical texts. PBS 5*, University Museum, Filadelfia.
- POMEROY, S. 1976: *Goddesses, whores, wives, and slaves*, Schocken Books, Nueva York.
- 1990 (1.^a ed., 1984): *Women in Hellenistic Egypt. From Alexander to Cleopatra*, Wayne State University Press, Detroit.
- 1994: *Xenophon Oeconomicus, a Social and Historical Commentary*, Clarendon Press, Oxford.
- POMPIANU, E. 2010: «Un impianto artigianale per la lavorazione del ferro dall'antica Sulky (Sardegna)», en: MILANESE, M.; RUGGERI, P.; VISMARA, C. (eds.), *L'Africa romana: I luoghi e le forme dei mestieri e della produzione nelle province africane*, Atti del XVIII Convegno di Studio, Carocci Editore, Roma, 1267-1282.
- POMPONIO, F.; VISICATO, G. 1994: *Early dynastic administrative tablets of Suruppak*, Istituto Universitario Orientale, Nápoles.
- PONS, E. 2002: *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà): Un complex arqueològic d'època ibèrica (excavacions 1990-1998)*, Sèrie monogràfica 21, Museu Arqueològic de Catalunya, Girona.
- PONS, E.; GARCÍA PETIT, L. 2008: *Prácticas alimentarias en el mundo ibérico. El ejemplo de la fosa FS362 de Mas Castellar de Pontós (Empordà-España)*, BAR International Series 1753, Oxford.
- PONSICH, M. 1968: «Alfarerías de época fenicia y púnico-mauritana en Kuass (Arcila, Marruecos)», *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 4, 1-25.
- PORADA, E. 1964: «An emaciated male figure of bronze in the Cincinnati Art Museum», en: BIGGS, R. D.; BRINKMAN, J. A. (eds.), *Studies presented to A. Leo Oppenheim*, University of Chicago Press, Chicago, 159-166.
- POTTIER, E. 1900: «Les sujets de genre dans les figures archaïques de terre cuite», *BCH* 24, 510-523.
- POWELL, M. A. 2003: «Obst und Gemüse», *A. I. Mesopotamien. Reallexikon der Assyriologie und vorderasiatischen Archäologie* 10, 13-22.
- PRADOS, L. 2008: «Y la mujer se hace visible: estudios de género en la arqueología ibérica», *Arqueología del género*, Universidad Autónoma, Madrid, 225-250.
- PRADOS, L.; LÓPEZ, C.; PARRA, J. 2012: «La arqueología funeraria desde una perspectiva de género», *II Jornadas Internacionales de Arqueología y Género (Madrid 2010)*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- PUIG, A. M. 2006: «Les excavacions al barri hel·lenístic», en: PUIG, A. M. et al., *La colònia grega de Rhode (Roses, Alt Empordà)*, Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona, Gerona, 139-294.
- PUPILLO, D. 2003: «Attività lavorative femminili all'ombra dell'uomo: esempi e ipotesi dalle iscrizioni», en: BUONOPANE, A.; CENERINI, F. (eds.),

- Donna e lavoro nella documentazione epigrafica, Atti del I Seminario sulla condizione femminile nella documentazione epigrafica*, Fratelli Lega Editori, Faenza, 43-55.
- PYBURN, K. A. 2004: *Ungendering Archaeology*, Routledge, Londres y Nueva York.
- 2008: «Shaken, not stirred: the revolution in archaeology», *Archaeological Papers of the American Anthropological Association* 18, 1, 115-124.
- RAFEL, N. 2007: «El textil como indicador de género en el registro funerario ibérico», *Treballs d'Arqueologia* 1, 115-146.
- RAFEL, N.; BLASCO, M.; SALES, J. 1994: «Un taller ibérico de tratamiento de lino en el Coll del Moro de Gandesa (Tarragona)», *Trabajos de Prehistoria* 51(2), 121-136.
- RAKOB, F. 1998: «Cartago: la topografía de la ciudad púnica: nuevas investigaciones», *Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 4, 14-46.
- RAMON TORRES, J. 1991: «Barrio industrial de la ciudad púnica de Ibiza: el taller AE-20», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 15, 247-286.
- 2007: *Excavaciones arqueológicas en el asentamiento fenicio de Sa Caleta*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea 16.
- RAMON TORRES, J.; SÁEZ, A.; SÁEZ ROMERO, A. M.; MUÑOZ VICENTE, A. 2007: *El taller alfarero tardoarcaico de Camposoto (San Fernando, Cádiz)*, Junta de Andalucía, Sevilla.
- RAWSON, B. 2003: *Children and childhood in Roman Italy*, Oxford University Press, Oxford.
- REINACH, T. 1892: «L'impôt sur les courtisanes à Còs», *REG* 5, 99-102.
- REINER, E. 1982: «Babylonian Birth Prognoses», *Zeitschrift für Assyriologie und vorderasiatische Archäologie* 72, 124-138.
- RENZI, M. 2013: *La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante) y la metalurgia fenicia de época arcaica en la Península Ibérica*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- RIERA, S. 1995: «Incendis i pertorbacions forestals d'origen antròpic durant el neolític antic al pla de Barcelona (sector central de la costa catalana)», *I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica, Gavà-Bellaterra, Rubricatum* 1, 35-39.
- RIERA, S.; PARRA, E. 1994: «Palinología holocénica en el litoral mediterráneo peninsular», en: LA SERNA, I. (ed.), *Polen y esporas: contribución a su conocimiento*, Universidad de la Laguna, Tenerife, 423-429.
- RIGGSBY, A. M. 1997: «'Public' and 'Private' in Roman culture: the case of the cubiculum», *Journal of Roman Archaeology* 10, 36-56.
- RISCH, R. 1998: «Análisis paleoeconómico y medios de producción líticos: el caso de Fuente Álamo», en: DELIBES CASTRO, G. (coord.), *Minerales y metales en la prehistoria reciente: Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica*, Secretariado de Publicaciones, Valladolid, 105-154.
- RÍSQUEZ, C.; GARCÍA LUQUE, M.^a A. 2007: «¿Actividades de mantenimiento en el registro funerario?: el caso de las necrópolis iberas», *Treballs d'Arqueologia* 1, 147-173.
- 2012: «Identidades de género y prácticas sociales en el registro funerario ibérico. La necrópolis de El Cigarralejo», en: PRADOS TORREIRA, L.; LÓPEZ RUIZ, C.; PARRA CAMACHO, J. (eds.), *La arqueología funeraria desde una perspectiva de género, III Jornadas Internacionales de Arqueología y Género en la UAM (Madrid 2010)*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 257-276.
- RÍSQUEZ, C.; GARCÍA, M.^a A.; RUEDA, C. 2008: «Los estudios de arqueología del género desde el Centro Andaluz de Arqueología Ibérica», *Arqueología del Género*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 191-204.
- RÍSQUEZ, C.; HORNOS, F. 2005: «Mujeres iberas. Un estado de la cuestión», *Arqueología y género*, Granada, 283-333.
- RÍSQUEZ, C.; HORNOS, F.; RUIZ, A.; MOLINOS, M. 1991: «Aplicación del análisis multivariante: una propuesta de tipología contextualizada», *Complutum* 1, 83-98.
- RITTER, E. K. 1965: «Magical-expert (= *āšipu*) and physician (*asû*). Notes on two complementary professions in Babylonian medicine», en: GÜTERBOCK, H. G. (ed.), *Studies in honor of Benno Landsberger on his seventy-fifth birthday (April 21, 1965)*, University of Chicago Press, Chicago, 229-231.
- ROBIN, C. 2002: «Outside of houses: the practices of everyday life at Chan Noohol, Belize», *Journal of Social Archaeology* 2(2), 245-268.
- 2006: «Gender, farming, and long-term change: Maya historical and archaeological perspectives», *Current Anthropology* 47(3), 409-433.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, A. M. 2009: «Las nodrizas de las Inclusas. Las amas de leche de la Casa de Maternidad y expósitos de Barcelona», *Cuestiones de género de la igualdad y la diferencia*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de León, 65-94.
- ROGERS, J.; WALDRON, T.; DIEPPE, P.; WATT, I. 1987: «Arthropathies in palaeopathology: the basis of classification according to most probable cause», *Journal of Archaeological Science* 14, 179-193.
- ROHRICH-LEAVITT, R. 1975: *Women cross-culturally: Continuity and change*, Mouton, La Haya.
- RÖMER, W. H. Ph. 1969: «Einige Beobachtungen zur Göttin Nini(n)sina auf Grund von Quellen der Ur III-Zeit und der altbabylonischen Periode», en: RÖLLIG, W.; DIETRICH, M. (eds.), *lišān mit[h]*

- urti. *Festschrift Wolfram Freiherr von Soden zum 19 VI. 1968 gewidmet von Schülern und Mitarbeitern*, Verlag Butzon & Bercker/Neukirchener Verlag, Kevelaer / Neukirchen-Vluyn, 279-305.
- 1993: «Mythen und Epen in sumerischer Sprache», en: KAISER, O. (ed.), *Mythen und Epen I*, Verlagshaus Gerd Mohn, Gütersloh, 351-559.
 - ROTMAN, D. L. 2006: «Separate spheres? Beyond the dichotomies of domesticity», *Current Anthropology* 47(4).
 - 2013: «Domestic production for public markets: the Arts and Crafts movement in Deerfield, Massachusetts, c. 1850-c. 1911», *Historical and archaeological perspectives on gender transformations*, Springer, 45-62.
 - ROVIRA, M. C. 2000: «Aproximación a la agricultura protohistórica del noreste de la Península Ibérica mediante el utillaje metálico», en: BUXÓ, R.; PONS, E. (dir.), *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'edat del ferro de l'Europa occidental: de la producció al consum. Actes del XXII Col·loqui Internacional de l'AFEAF, 21-24 maig 1998*, Girona, 269-280.
 - 2005: «Los talleres metalúrgicos fenicios del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)», en: SPANNÒ GIAMMELLARO, A. (ed.), *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Marsala-Palermo, 2-8 ottobre 2000)*, Università degli Studi di Palermo, Palermo, 1261-1270.
 - RUANO, E.; MONTERO, I. 1989: «Placas de huesos perforadas procedentes de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia)», *Espacio, tiempo y forma*, serie I, *Prehistoria y arqueología* 2, 282-302.
 - RUBIO GOMIS, F. 1986: *La necrópolis ibérica de La Albufereta de Alicante (Valencia. España)*, Serie Arqueológica 11, Academia de Cultura Valenciana. Sección de Prehistoria y Arqueología, Valencia.
 - RUEDA, C. 2007: *Imagen y culto en los territorios iberos: el Alto Guadalquivir (siglos IV a. n. e. - II d. n. e.)*, tesis doctoral inédita, Jaén.
 - RUEDA, C.; GARCÍA, M.^a A.; ORTEGA, C.; RÍSQUEZ, C. 2008: «El ámbito infantil en los espacios de culto de Cástulo», en: GUSI, F. M. (ed.), *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra. La muerte en la infancia*, Diputación de Castellón, Servicio de Investigaciones Arqueológicas y Prehistóricas, Castellón, 473-496.
 - RUIZ MATA, D.; PÉREZ, C. J. 1995: *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca: el Puerto de Santa María, Cádiz*, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María.
 - RUIZ, A.; MOLINOS, M. 1995: *Los iberos: análisis arqueológico de un proceso histórico*, Crítica, Barcelona.
 - 2007: *Iberos en Jaén*, Universidad de Jaén, Jaén.
 - RUNNELS, C. N. 1981: *A diachronic study and economic analysis of millstones from the Argolid, Greece*, tesis de la Universidad de Indiana.
 - SAHLINS, M. 1983: *Economía de la Edad de Piedra*, Akal Universitaria, Madrid.
 - SALA, F.; ABAD, L. 2006: «Arquitectura monumental y arquitectura doméstica en la Contestania», *Lucentum* XXV, 23-46.
 - SALLER, R. P. 2007: «Household and gender», en: SCHEIDEL, W.; MORRIS, I.; SALLER, R. (eds.), *The Cambridge economic history of the Greco-Roman world*, Cambridge University Press, Cambridge, 87-112.
 - SÁNCHEZ ROMERO, M. 2002: «Espacios domésticos y mujeres en la prehistoria reciente de la alta Andalucía», *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía. La Mujer I*, 275-288.
 - 2007a: «Actividades de mantenimiento en la Edad del Bronce del sur peninsular: el cuidado y la socialización de individuos infantiles», en: SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.): *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*, Complutum 18, 185-194.
 - (ed.) 2007b: «Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género», Complutum 18, 161-280.
 - 2008a: «Childhood and the construction of gender identities through material culture», *International Journal of Childhood in the Past* 1, 17-37.
 - 2008b: «An approach to learning and socialisation in children during the Spanish Bronze Age», en: DOMMASNES, L. H.; WRIGGLESWORTH, M. (eds.), *Children, identity and the past*, Cambridge Scholars Publishing, Cambridge, 113-124.
 - 2008c: «Cuerpos de mujeres: la construcción de la identidad y su manifestación durante la Edad del Bronce», en: SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.), *Imágenes de mujeres en la prehistoria: De las manifestaciones de la identidad femenina en el pasado a los estereotipos actuales*, Arenal 15(2), 5-29.
 - 2008d: «Actividades de mantenimiento, espacios domésticos y relaciones de género en las sociedades de la prehistoria reciente», en: PRADOS, L.; RUIZ, C. (eds.), *Arqueología del Género, I^{er} Encuentro Internacional en la U.A.M.*, 93-104.
 - 2009: «Women during Bronze Age in Southeast of Iberian Peninsula: daily life, relationship and identity», *Aegeum. Annales d'archéologie égéenne de l'Université de Liège et UT-PASP* 30, 75-79.
 - SÁNCHEZ ROMERO, M.; ARANDA, G. 2005: «El cambio en las actividades de mantenimiento durante la Edad del Bronce: Nuevas formas de preparación, presentación y consumo de alimentos», en: GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN, S.; PICAZO, M. (eds.), *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, Treballs d'Arqueologia 11, 73-90.

- 2008: «Changing foodways: new strategies in food preparation, serving and consumption in the Bronze Age of the Iberian Peninsula», en: MONTÓN, S.; SÁNCHEZ ROMERO, M. (eds.), *Engendering social dynamics: The archaeology of maintenance activities*, BAR International Series 1862, Oxford, 83-94.
- SÁNCHEZ-ROMERO, M.; MORENO, A. 2005: «Mujeres y producción metalúrgica en la prehistoria: el caso de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)», *Arqueología y Género*, Granada, 261-281.
- SÁNCHEZ VIZCAÍNO, A.P. 2009: «Análisis de contenidos en contextos doméstico y ritual de época ibero-romana en el Alto Guadalquivir», en: GARCÍA HUERTA, R.; RODRÍGUEZ, D. (eds.), *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*, Universidad de Castilla La Mancha, 303-314.
- SANDAY, P.R. 1973: «Toward a theory of the status of women», *American Anthropologist* 75(5), 1682-1700.
- SANMARTÍ, J.; LÓPEZ, D.; VALENZUELA, S. 2011: «Creixement demogràfic, canvis econòmics. El procés de complexificació social a Catalunya durant l'Edat del Ferro», en: VALENZUELA, S. (ed.), *Economia agropecuària i canvi social a partir de les restes bioarqueològiques. El primer mil·lenni aC a la Mediterrània occidental*, V Reunió d'Arqueologia de Calafell, Arqueomediterrània.
- SANMARTÍ, J.; SANTACANA, J. 2005: *Els ibers del nord*, Rafael Dalmau, Barcelona.
- SANMARTÍN, J.; SERRANO, J.M. 1998: *Historia antigua del Próximo Oriente*, Akal, Madrid.
- SANTONJA, M. 1985: «Necrópolis de El Cigarralejo. Estudio osteológico y paleopatológico, 1.ª parte», *BAEAA* 21, 46-57.
- SARASÚA GARCÍA, C. 1994: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño*, Siglo XXI, Madrid.
- SASSAMAN, K.E. 1998: «Lithic technology and the hunter-gatherer sexual division of labor», en: HAYS-GILPIN, K.; WHITLEY, D.S. (eds.), *Reader in Gender Archaeology*, Routledge, Londres, 159-171.
- SASSON, J.M. (ed.). 1995: *Civilizations of the ancient Near East*, vol. 1-4, Scribner, Nueva York.
- SAVALLI, I. 1983: *La donna nella società della Grecia Antica*, Patron Editore, Bolonia.
- SCHAPS, D. 1979: *Economic rights of women in Ancient Greece*, Edinburgh University Press, Edimburgo.
- SCHEIL, J.V. 1932: *Actes juridiques susiens*, MDP 23, Leroux, París.
- SCHMITT-PANTEL, P. 2009: *Aithra et Pandora. Femmes, genre et cité*, L'Harmattan, París.
- SCHÖN, W.; HOLTER, U. 1988: «Zum Gebrauch von Reib- und Mahlsteinen in der Ostsahara», *Archäologische Informationen* 11(2), 156-160.
- SCHORR, M. 1915: «Ein Anwendungsfall der *inspectio ventris* im altbabylonischen Rechte», *Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes* 29, 74-96.
- SCHREITER, M.K. 1990: *Emesal-Studien: sprach- und literaturgeschichtliche Untersuchungen zur sogenannten Frauensprache des Sumerischen*, Institut für Sprachwissenschaft, Innsbruck.
- SCHUBART, H. 1985: «Morro de Mezquitilla: informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982 realizada en el asentamiento fenicio cerca de la desembocadura del río Algarrobo», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 23, Ministerio de Cultura, Madrid, 141-174.
- SCHUSTER-BRANDIS, A. 2008: *Steine als Schutz- und Heilmittel. Untersuchung zu ihrer Verwendung in der Beschwörungskunst Mesopotamiens im 1. Jt. vor Chr.*, Alter Orient und Altes Testament 46, Ugarit-Verlag, Münster.
- SCOTT, J.W. 1990: «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en: AMELANG, J.S.; NASH, M. (eds.), *Historia y género*, Alfons el Magnànim, Valencia, 23-56.
- SCURLOCK, J. 1999: «Physician, exorcist, conjurer, magician: a tale of two healing professionals», en: ABUSCH, T.; TOORN, K. van der (eds.), *Mesopotamian magic: Textual, historical, and interpretative perspectives*, Styx Publications, Gröningen, 69-79.
- SEUX, M.-J. 1976: *Hymnes et prières aux dieux de Babylonie et d'Assyrie*, Les Éditions du Cerf, París.
- SHAPIRO, H.A. 2003: «Fathers and sons, men and boys», en: NEILS, J.; OAKLEY, J.H. (eds.), *Coming of age in Ancient Greece. Images of childhood from the classical past*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 85-11.
- SHEID, J.; SVENBRO, J. 2003: *Le métier de Zeus, mythe du tissage et du tissu dans le monde gréco-romain*, La Découverte, París.
- SHERRATT, A. 1997: *Economy and society in prehistoric Europe. Changing perspectives*, Edinburgh University Press, Edimburgo.
- SHORTER, E. 1984: *A History of Women's Bodies*, Penguin, Harmondsworth.
- SIRET, H.; SIRET L. 1886: *Les premiers Âges du Métal dans le sud-est de l'Espagne*, Amberes.
- SISSA, G. 2001: «Filosofías del género: Platón, Aristóteles y la diferencia sexual», en: DUBY, G.; PERROT, M. (dir.): *Historia de las mujeres. 1. La antigüedad*, Taurus, Santillana, Madrid, 89-134.
- SJÖBERG, Å. W. 1973: «Nungal in the Ekur», *Archiv für Orientforschung* 24, 19-46.
- SJÖBERG, Å. W.; BERGMANN, E. 1969: *The collection of the Sumerian temple hymns*, Texts from Cuneiform Sources 3, Augustin, Locust Valley (Nueva York).

- SLATER, Ph. E. 1992: *The glory of Hera. Greek mythology and the Greek family*, Princeton University Press, Princeton.
- SODEN, W. von 1957-1958: «Die Hebamme in Babylonien und Assyrien», *Archiv für Orientforschung* 18, 119-121.
- SPANNÒ, A. 2002: «Strutture in mattoni crudi nelle aree "industriali" di Mothia», en: AMADASI-GUZZO, M. G.; LIVERANI, M.; MATTHIAE, P. (eds.), *Da Pirgry a Mozia: Studi sull'Archeologia del Mediterraneo Vicino Oriente*, Università degli Studi di Roma La Sapienza, Roma, 545-554.
- SPECTOR, J. D. 1998: «Male/Female task differentiation among the Hidatsa», en: HAYS-GILPIN, K.; WHITLEY, D. S. (eds.), *Reader in Gender Archaeology*, Routledge, Londres, 145-158.
- SPENCER-WOOD, S. M.; CAMP, S. L. 2010: «Introduction to historical and archaeological perspectives on gender transformations: from private to public», en: SPENCER-WOOD, S. M. (ed.), *Historical and archaeological perspectives on gender transformations: From private to public*, Springer, Nueva York, 1-20.
- SPIELMANN, K. A. 1995: «Glimpses of gender in the Prehistoric Southwest», *Journal of Anthropological Research* 51(2), 91-102.
- SPRETNAK, Ch. 2009: «Demeter and Persephone», *Rosicrucian Digest* 2, 8-11.
- STANLEY, A. 1981: «Daughters of Isis, daughters of Demeter: when women sowed and reaped», *Women's Studies International Quarterly* 4(3), 289-304.
- STEARNS, P. N. 2006: *Childhood in world history*, Routledge, Londres.
- STEHLE, E. 2009: «The good daughter. Mothers' tutelage in Erinna's Distaff and fourth-century epigrams», en: LARDINOIS, A.; MCLURE, L. (eds.), *Making silence speak: Women's voices in Greek literature and society*, Princeton University Press, Princeton, 179-200.
- STEINKELLER, P. 1981: «More on the Ur III Royal Wives», *Acta Sumerologica* 3, 77-92.
- 1988: «Daguna's Seal», *NABU* 1988/48 (48), 32.
- STOL, M. 1981: *Letters from Yale*, Altbabylonische Briefe in Umschrift und Übersetzung 9, Brill, Leiden.
- 1991-1992: «Diagnosis and therapy in Babylonian medicine», *Jaarbericht van het Voor-Aziatisch-Egyptisch-Gezelschap Ex Oriente Lux* 32, 42-65.
- 2000: *Birth in Babylonia and the Bible: Its Mediterranean setting, cuneiform monographs*, Brill, Leiden.
- STONE, E. C. 2002: «The Ur III-Old Babylonian transition: an archaeological perspective», *Iraq* 64, 79-84.
- STRONG, S. A. 1894: «On Some Oracles to Esarhaddon and Aššurbanipal», *Beiträge zur Assyriologie* 2, 627-645.
- TALLQVIST, K. L. 1938: *Akkadische Götter Epitheta mit einem Götterverzeichnis und einer Liste der prädiagonalen Elemente der sumerischen Götternamen*, vol. 7, *Studia Orientalia*, Akat. Kirjakauppa, Helsinki.
- TARRÚS, J.; SAÑA, M.; CHINCHILLA, J.; BOSCH, A. 2006: «La Draga (Banyoles, Catalogne): traction animale à la fin du vie millénaire?», en: PÉTREQUIN, P.; ARBOGAST, R. M.; PÉTREQUIN, A.-M.; VAN WILLEN, S.; BAILLY, M. (eds.), *Premiers chariots, premiers araires. La diffusion de la traction animale en Europe pendant les IV^e et III^e millénaires avant notre ère*, CRA Monographies 29, CNRS, París, 25-30.
- TEPPO, S. 2007: «The role and the duties of the Neo-Assyrian šakintu in the light of archival evidence», *State Archives of Assyria Bulletin* 16, 257-271.
- THOMAS, Y. 1999: «L'usage et les "fruits" de l'esclave: Opérations juridiques romaines sur le travail», *Les objets du droit. Enquête*, Cahiers du CERCOM, *L'objet du droit* 7, 203-230.
- THOMPSON, R. C. 1923: *Assyrian medical texts from the originals in the British Museum*, Millford, Londres.
- 1936: *Dictionary of Assyrian chemistry and geology*, The Clarendon Press, Oxford.
- THOMSON, W. 1982: «Weaving: a man's work», *The Classical World* 75, 217-222.
- TILLEY, C. 2004: *The materiality of stone: Explorations in landscape phenomenology*, Berg, Oxford.
- TODD MAKLER, P. 1980: «New information on nutrition in Ancient Greece», *Klio* 62, 2, 317-319.
- TREGGIARI, S. 1973: «Domestic staff at Rome in the Julio-Claudian period, 27 B.C. to A.D. 68», *Histoire Sociale = Social History*, 6, Universidad de Ottawa, 241-255.
- 1976: «Jobs for women», *American Journal of Ancient History* 1(2), 76-104.
- TRÉMOUILLE, M.-C. 2004: «I testi ittiti di medicina», *Res Antiqua* 1, 205-225.
- TRESSERRAS, J. J.; ECHAVE, C.; ALBERT, R. M. 1995: «El procesamiento de vegetales y la interpretación funcional del utillaje neolítico de molido y triturado en la Península Ibérica», *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*, Rubricatum 1, 201-206.
- TRINGHAM, R. 1991: «Households with faces: the challenge of gender in prehistoric architectural remains», en: GERO, J. M.; CONKEY, M. W. (eds.), *Engendering archaeology. Women and prehistory*, Blackwell, Oxford, 93-131.
- UCHITEL, A. 2002: «Women at work: weavers of Lagash and spinners of San Luis Gonzaga», en: PARPOLA, S.; WHITING, R. M. (eds.), *Sex and gender in the Ancient Near East, 47th Rencontre Assyriologique Internationale (Helsinki, July 2-6, 2001)*, The Neo-Assyrian Text Corpus Project, Helsinki, 621-631.
- UNGNAD, A. 1909: *Kontrakte und Listen*, VAS 7, Hinrichs, Leipzig.

- VALERA, A. C. 2009: «Estratégias de identificação e recursos geológicos: o anfíbolito e a necrópole da Sobreira de Cima (Vidigueira)», en: BETTENCOURT, A. M.; BACELAR ALVES, L. (eds.), *Dos montes, das pedras e das águas. Formas de interacção com o espaço natural da pré-história à actualidade*, CITCEM/APEQ, Braga, 25-36.
- VALLEJO CAMPOS, A. 1996: *Diálogos de Platón*, Gredos, Madrid.
- VAN DE MIEROOP, M. 1999: *Cuneiform texts and the writing of history: Approaching the Ancient World*, Routledge, Londres, Nueva York.
- VAN DIJK, J. 1983: *Lugal ud me-lám-bi nir-Ĝál: Le récit épique et didactique des travaux de Ninurta, du Déluge et de la Nouvelle Création. 1. Introduction, texte composite, traduction*, Brill, Leiden.
- VAN LITH, S. M. E. 1974: «Lease of sheep and goats nursing contract with accompanying receipt», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 14, 145-162.
- VEENHOF, K. R. 1972: *Aspects of Old Assyrian trade and its terminology*, *Studia et documenta ad Iura Orientis Antiqui Pertinentia* 10, Brill, Leiden.
- 2010: «Ancient Assur: the city, its traders, and its commercial network», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 53, 39-82.
- VÉRILHAC, A. M. 1985: «L'image de la femme dans les épigrammes funéraires grecques», en: *La femme dans le monde méditerranéen*, vol. I, *Antiquité*, Travaux de la Maison de l'O, Lyon, París, 85-112.
- VERNANT, J. P. 1956: «Aspects psychologiques du travail dans la Grèce ancienne», *La Pensée* 66, 80-84.
- 1979: «A la table des hommes», en: DETIENNE, M.; VERNANT, J.-P. (eds.), *La cuisine du sacrifice*, Gallimard, París, 37-132.
- 2002 (1988): «Travail et esclavage», en: VERNANT, J. P.; VIDAL-NAQUET, P. (eds.), *Travail et esclavage en Grèce antique*, Complexe Eds., París.
- VIAL, C. 1985: «La femme athénienne vue par les orateurs», en: *La femme dans le monde méditerranéen*, vol. I, *Antiquité*, Travaux de la Maison de l'O, Lyon París, 47-60.
- VIVES-FERRÁNDIZ, J. 2006-2007: «La vida social de la vajilla de bronce etrusca en el este de la Península Ibérica: notas para un debate», *Revista d'Arqueologia de Ponent* 16-17, 318-342.
- VIVÓ, D. 1996: «Rhode: arquitectura i urbanisme del barri hel·lenístic», *Revista d'Arqueologia de Ponent* 6, 81-117.
- VÖLLING, E. 2008: *Textiltechnik im Alten Orient. Rohstoffe und Herstellung*, Ergon Verlag, Würzburg.
- VOSS, B. L. 2006: «Engendered archaeology: Men, women and others», en: HALL, M.; SILLIMAN, S. W. (eds.), *Historical Archaeology*, Blackwell, 107-127.
- 2008: «Gender, race, and labor in the archaeology of the Spanish colonial Americas», *Current Anthropology* 49(5), 861-893.
- WÄTZOLDT, H. 1972: *Untersuchungen zur neusumerischen Textilindustrie*, *Studi economici e tecnologici* 1, Centro per le Antichità e la Storia dell'Arte del Vicino Oriente, Roma.
- WALCOT, P. 1967: «The specialisation of labour in early Greek Society», *REG*, 60-67.
- WALLACE-HADRILL, A. 1994: *Houses and society on Pompeii and Herculaneum*, Princeton University Press, Princeton.
- WATSON, P. J.; KENNEDY, M. C. 1998: «The development of horticulture in the Eastern woodlands of North America: Women's role», en: HAYS-GILPIN, K.; WHILLEY, D. S. (eds.), *Reader in Gender Archaeology*, Routledge, Nueva York, Londres, 173-190.
- WELTER, B. 1966: «The cult of true womanhood: 1820-1860», *American Quarterly* 18, 2, 151-174.
- WESTENHOLZ, J. G. 1989: «Tamar, Qēdēšā, Qadištu, and Sacred Prostitution in Mesopotamia», *The Harvard Theological Review* 82(3), 245-265.
- WESTERMANN, W. L. 1955: *The slave systems of Greek and Roman antiquity*, vol. 40, American Philosophical Society, Filadelfia.
- WHITE, D. R.; BURTON, M. L.; DOW, M. M. 1981: «Sexual division of labor in African agriculture: a network autocorrelation analysis», *American Anthropologist* 83(4), 824-849.
- WIDELL, M. 2004: «Reflections on some households and their receiving officials», *Journal of Near Eastern Studies* 63(4), 283-290.
- WILCKE, C. 1989: «Die Emar-Version von 'Dattelpalme und Tamariske' – ein Rekonstruktionsversuch», *Zeitschrift für Assyriologie* 79, 161-190.
- WILCZAK, C. A. 1998: «Consideration of sexual dimorphism, age, and asymmetry in quantitative measurements of muscle insertion sites», *International Journal of Osteoarchaeology* 8, 311-325.
- WRIGHT, R. P. 1999: «Tecnología, género y clase: mundos de diferencia en Mesopotamia durante el período de Ur III», en: Colomer, L. et al. (eds.), *Arqueología y teoría feminista*, Icaria, Barcelona, 173-215.
- 2008: «Gendered relations in Ur III Mesopotamia: Kinship, property and labor», en: BOLGER, D. (ed.), *Gender through time*, Altamira Press, 247-279.
- WURST, L. 2003: «The legacy of separate spheres», en: ROTMAN, D. L.; SAVULIS, E.-R. (eds.), *Shared spaces and divided places: Material dimensions of gender relations and the American historical landscape*, University of Tennessee Press, Knoxville, 225-237.
- ZAIDAN, L. B. 2001: «Las hijas de Pandora. Mujeres y rituales en las ciudades», en: DUBY, G.; PERROT,

- M. (dirs.), *Historia de las mujeres*, vol. 1, *La Antigüedad*, Taurus, Santillana, Madrid, 394-444.
- ZAMORA LÓPEZ, J.A. 2010: «De orfebres, fenicios e indígenas: la nueva inscripción sobre molde de joyería del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María)», *Paleohispanica* 10, 219-230.
- ZIEGLER, N. 1999: *Le harem de Zimrî-Lîm. La population féminine des palais d'après des Archives Royales de Mari*, *Florilegium marianum* 4, *Mémoires de NABU* 5, SEPOA, París.
- ZIFFER, I. 2003: «The figurative language of the potter's craft», *Assaph. Studies in Art History* 8, 13-30.
- ZIMMERN, H. 1912: *Sumerische Kultlieder aus altbabylonischer Zeit*, 1. VAS 2, Hinrichs, Leipzig.
- 1913: *Vorderasiatische Schriftdenkmäler der Königlichen Museen zu Berlin*, Heft X (VAS 10), Hinrichs, Leipzig.
- Diccionarios*
- [AHw] SODEN, W. von, *Akkadisches Handwörterbuch*.
- [CAD] (1956-): *The Assyrian dictionary of the Oriental Institute of the University of Chicago*, Oriental Institute, Chicago.
- [HED] PUHVEL, J., *Hittite Etymological Dictionary*.
- [PSD] (1984-): *The Sumerian dictionary of the University Museum of the University of Pennsylvania*, University of Pennsylvania, Museum of Archaeology and Anthropology, Filadelfia.

Abstracts in English

1. Lithic production in prehistoric societies. Some reflexions from a gendered perspective

Teresa Orozco-Köhler

In this paper the author argues for a more social and gender –based approach to the analysis of the processes of manufacture, use and deposition of lithic material. Using the *chaîne opératoire* perspective a study of lithic production is presented based on a series of actions that express and reaffirm gender identity and social relations. The study emphasizes the collaborative nature of tasks related to extraction and transport of stone material with reference to ethnographic research. In addition, the role of female labour in quarrying work in prehistoric communities is demonstrated by using examples of osteopathologies from skeleton material. Finally, the author suggests the need for more attention to be directed at the role of children in lithic manufacturing processes.

Keywords: Lithic production, female labour, osteopathology, children's work.

2. In search of women's work in prehistoric and protohistoric agriculture

Natàlia Alonso Martínez

This paper analyses female agricultural labour in prehistoric communities, using ethnographic and archaeological data. This work is opposed to conventional evolutionist approaches, which suggests that women's work became less relevant with the introduction of the plough. By contrast, this study focuses on the importance of a diverse set of variables that affect the methods and time dedicated to agricultural labour by women. Given the relative scarcity of archaeological data and contexts on gender-based agricultural

work, the author uses a variety of data sources such as iconographic representations, funerary contexts and skeleton material to obtain new archaeological interpretation on the subject.

Keywords: Female labour, osteopathology, agricultural labour.

3. Keeping things clear: the role of Iberian women in the household economy

Helena Bonet Rosado and Consuelo Mata Parreño

This paper is based on an analysis of the distribution of artefacts in a variety of domestic contexts from Levantine Iberian sites, such as La Bastida, El Puntal dels Llops i El Castellet de Bernabé. The main results of this study demonstrate an important connexion linking maintenance activities, the production of metallurgy and administrative tasks. The evidence suggests that the production of silver artefacts was carried out at the household level. In addition, these domestic contexts also reveal a series of objects, such as weights, lead writing tablets and keys, all connected to the realm of administrative affairs. All of these factors suggest that Iberian women were probably involved in the administrative aspects of the household economy.

Keywords: Maintenance activities, household economy, female administration.

4. Carers, managers and producers: women's work seen through the archaeology of Iberian Culture

Carmen Rísquez Cuenca

This paper deals with the interpretation of women's work in relation to funerary and domestic contexts in

Andalusian sites spanning the 4th to the 1st century BC. This period is known for the emergence of aristocracy and systems of patron/client relations in Iberian urban sites. The present paper argues that women played a more important role in society than previously based on a analysis of their participation in maintenance and caring activities. In common with other ancient Mediterranean societies, the evidence from Iberian sites demonstrates the importance of the production of textiles in relation with women's work and their changing role in society since the 4th century BC.

Keywords: Maintenance activities, care, production of textiles, women's work.

5. Wage-earners and entrepreneurs: female textile workers in Ancient Mesopotamia

Agnès Garcia-Ventura

This paper deals with the role of women in textile manufacture in Mesopotamia in the Ur III and the Paleobabylonian periods. Evidence from cuneiform tablet shows that there were a hierarchy of tasks as well as a variety of specializations related to textile production. Traditional approaches emphasize the role of gender in understanding social and economic status of textile workers. By contrast the author suggests that it was social status and not gender that provided access to the most important positions in the organization of textile manufacture.

Keywords: Textile manufacture, social status and labour, gender roles.

6. Craftwork production and female labour in western Phoenician communities: a critical reflection on the theory of separate spheres

Ana Delgado Hervás

This chapter offers a reflection on the dominance of the concept of separate spheres in our approach to the study of ancient societies. This has meant the imposition of a western gender perspective on archaeological and historical studies. In order to demonstrate the problems of this perspective, the paper uses evidence from western Phoenician households. In these contexts we find evidence of the association between food preparation and craft production. For example, there appears to be a relationship between certain utensils, techniques, and activities used for food preparation and metallurgical production, which suggests that women were implicated in these activities. The author argues that this evidence contradicts the conventional

model of sexual division of labour, suggesting the participation of men, women and children in these tasks.

Keywords: Division of labour, food preparation, craft production, women's work.

7. Family and collective world in Greek households

Marina Picazo Gurina

This chapter argues that the idea of women's work has been generally viewed from a simplistic perspective stressing a 'natural' approach to sexual roles. However, recent research in archaeology has introduced a new set of approaches to the analysis of social and economic relations at the household level. One of these perspectives is connected with the discovery that in a variety of ancient Greek settlements there were areas of craft production found in conjunction with domestic activities. This is precisely the case of the Hellenistic Quarter at the Greek site of Roses, in NE Catalonia, comprising a dozen or so houses spanning the 4th to the 2nd centuries BC. In at least four of these houses, we see areas of metallurgy or ceramic production in close connection with domestic spaces. The author argues that this may represent a family-based economy in which men, women and children participated.

Keywords: Craft production, family-based economy, household activities.

8. Women, work and slavery in ancient Greece

Anastasia Serghidou

This paper argues that conventional modern western approaches to the analysis of work are inadequate for the understanding of labour processes in the ancient Greek polis. The value systems in the Greek city were linked to the ideal of citizenship. The Greeks considered two types of work, 'respectable' or 'unrespectable'. 'Respectable' work was especially linked to agricultural production and enhanced the dignity of the citizen. By contrast, works carried out by craftsmen, women and slaves were regarded as 'unrespectable'. Using a variety of literary sources, the author demonstrates that in addition the representation of women's work was seen as degrading and humiliating by contrast to the high status accorded to male labour.

Keywords: Greek citizenship, gender status and labour.

9. Quotidian rhythms: the transformation of cereals in prehistoric societies

Eva Alarcón García and Margarita Sánchez Romero

This paper deals with the basic tasks related to food preparation in Argaric prehistory. Based on data from Argaric sites from the South West region of the Iberian Peninsula, the authors analyse the milling process in terms of production, labour and technology. A variety of experiments have demonstrated the care in the manufacture of saddle querns. These appear in contexts related to other activities, such as textile manufacture and food preparation, all of them connected with female work. In addition, studies of skeletal material had shown, in the case of women, the presence of lesions associated with arthritis in the vertebral column, hands, hips, knees and feet- parts of the body related to the process of grinding.

Keywords: Food preparation, milling processes, female work, osteopathology.

10. Midwives, wet-nurses and carers in Mesopotamia societies

M. Erica Couto-Ferreira

This paper focuses on the Mesopotamian female practices connected with birth and post-natal care. Most of this information comes from Sumerian and Acadian texts on the birth goddesses who help other divinities with techniques and procedures that emanated from real human contexts. The author argues for the importance of the personal experience of midwives and wet-nurses in transmitting knowledge about the processes of birth and child- care. In addition the paper stresses the emotional role of wet-nurses and their ongoing relationship with the children from childhood to adulthood.

Keywords: Female care, midwives, wet-nurses and children.

11. Motherhood: from infancy to adolescence in ancient Greece

Susana Reboreda Morillo

This chapter focuses on the relationship between mother and daughters, particularly in relation to the learning processes in the ancient Greek household. This paper uses evidence from funeral epitaphs and epigrams to show the central importance of textile manufacture in quotidian life- something conventionally connected with the stereotype of the ideal woman. A number of literary and iconographic representations show that the knowledge of this type of work, as with other maintenance activities, was transmitted from mother to daughter. The author argues that this type of educational or learning process formed an essential part of the socialization process of girls in ancient Greece.

Keywords: Mothers and daughters, socialization, textiles manufacture.

12. Substitute mothers and female Jobs. Wet nurses and nannies in ancient Rome

Rosa María Cid López

This paper argues that insufficient attention has been paid to the cultural construction of motherhood in ancient Greco-Roman societies. For this reason the author proposes an approach to the maternal care provided by nurses in Roman elite families. This role was provided by women of low status who could obtain a certain social recognition. The paper argues that these women were responsible for the emotional wellbeing of children, which is the central core of motherhood. Effectively this meant that the biological mother played a secondary role in bringing up her children. As the author emphasized, this is a notable deviation from the conventional stereotypical relation between the mother and child presented in the idealized Roman texts.

Keywords: Motherhood, female care, nurses, child wellbeing.

